José Carlos Mariátegui

UNIVERSITY OF ARIZONA
3900103133534 5

Voces II

Escritos Juveniles

La Edad de Piedra

5

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/escritosjuvenile0000jose

BIBLIOTECA AMAUTA/OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

PQ
8497
M267
A6
1987
V.5

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

ESCRITOS JUVENILES

(LA EDAD DE PIEDRA)

TOMO 5

Voces II

Compilación de Alberto Tauro

BIBLIOTECA AMAUTA
LIMA PERÚ

© Empresa Editora Amauta S.A.
Calle 1 Nº 142, Urb. Sta. Lucía
Km. 2.600 C. C. – Ate, Lima 3
Casilla de Correos 10111, Lima 100

NOTA EDITORIAL

Este tomo de Escritos Juveniles, 5 *("Voces II") continúa con la publicación de la columna política prestigiada por José Carlos Mariátegui y publicada en los diarios* El Tiempo *y* La Razón. *La lectura de este material ofrece al lector la crónica y la crítica de la vida política peruana desde noviembre de 1916 hasta mayo de 1917.*

En tono risueño, "Juan Croniqueur" da cuenta puntual del acaecer político y parlamentario de ese tiempo. El análisis político permite al autor describir la vida cotidiana de la política peruana, los temas, los personajes y las circunstancias. Es una descripción fina, penetrante, que permite atisbar las características de los personajes de la política a la manera de un "escenario teatral". Ahonda en situaciones, movimientos, sentimientos y modos de expresión de la política de esos años. Los personajes están animados e interaccionan con otros o se sienten reflejados en los demás.

"Voces" es el examen de la vida pública que registra lo significativo de las conductas y extrae las consecuencias. Es crónica de la vida cotidiana en un tiempo más lento que el actual y más accesible al examen fenomenográfico del comportamiento en la segunda década de este siglo. Aporta por lo tanto valiosa información, a través del género "crónica"; y también refleja al cronista, sus variados recursos periodísticos, el tono

vital presente, el temple emocional, la proyección que de sí mismo deja el autor en el escrito en una etapa formativa singularmente importante.

Hablando en tercera persona, dice el Amauta en un escrito de fines de 1929: "El trato de Mariátegui con los tópicos nacionales no es, como algunos creen, posterior a su regreso de Europa... *No hay que olvidar que a los catorce o quince años empezó a trabajar en el periodismo y que, por consiguiente, a partir de esa edad tuvo contacto con los acontecimientos y cosas del país, aunque carecía para enjuiciarlo de puntos de vista sistemáticos.* Durante varios años trabajó como redactor parlamentario en "La Prensa" primero, y de "El Tiempo" después, en época en que la vida parlamentaria interesaba mucho más al público y en que el cargo de redactor parlamentario era más estimado". ("Del Autor", prefacio de *Ideología y Política*, 1969, subrayado nuestro).

El Amauta pudo renegar de sus seudónimos de la "edad de piedra" pero no de sus vivencias. Esto hace más importante el acierto de dar a la estampa su producción juvenil que, como acabamos de ver en el texto citado, no era para José Carlos Mariátegui "tiempo perdido" sino etapa importante de un proceso personal dinámico.

Los Editores

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI (Juan Croniqueur), Lima 1919.
(Fotografía de Diego Goyzueta)

VOCES II

VOCES

Pesadilla

Estamos compungidos, desolados, contristados. Nos hemos llenado de angustia y malestar. Anoche hemos tenido insomnio.

Y es que hemos sentido que la prórroga del presupuesto avanza en la penumbra. Avanza de puntillas, con sigilo y con cautela. Y tiene la complicidad de las sombras. Pero se encuentra ya entre nosotros. Alienta entre nosotros. Se mueve entre nosotros. Y toma carta de ciudadanía entre nosotros.

Y nos sentimos tan alarmados e inquietos, que nos asaltan deseos de dar de gritos como si tuviéramos una pesadilla. Pensamos que un fantasma o un ánima en pena se ha metido a nuestro cuarto. Y queremos pedir socorro a voces. Sólo nos contiene el temor de que se presente la policía.

La dictadura fiscal es, todavía, invisible y misteriosa. Pero se halla ya en la metrópoli. Invocada por el señor Pardo en alguna noche de sábado trágica y lúgubre, ha venido del otro mundo. Y es aquí una intrusa espectral, maligna y cautelosa, que se ha aparecido en un aquelarre.

Ayer sentimos a esta intrusa sentada junto a nosotros. Y en esta madrugada la hemos sentido a nuestras espaldas aguaitando aviesamente como un espía lo que poníamos en la máquina de escribir. Y luego hemos creído escucharla respirar debajo de la mesa. Los cabellos se nos han erizado y se nos ha cortado el habla.

Vivimos invocando a Jesús, a José y a María.

Nos asombra que todas las gentes metropolitanas no estén consternadas como nosotros, afligidas como nosotros. Les proponemos hacer rogativas y pedir al Señor misericordia. Las invitamos a llevar un milagro muy grande a Cristo Pobre. Y las gentes metropolitanas que se han puesto impías, irreverentes y apóstatas, no nos quieren hacer caso. Y no quieren ayudarnos a rezar las letanías.

Nosotros clamamos:

–¡Está entre nosotros el espíritu del mal! ¡Santigüémonos! ¡Arrodillémonos! ¡Hagamos asperges con agua bendita!

Y las gentes metropolitanas siguen tan indiferentes y tan jubilosas y siguen tan alegres y tan confiadas, que dan tentaciones de subirse al proscenio como don Jacinto Benavente y hacer una comedia con honda prédica de previsión, de moralidad y de civismo. Sólo acobarda el temor de que las gentes se rían de la comedia.

Y la impasibilidad y tranquilidad de las gentes aumentan nuestra angustia y nuestro malestar. Sentimos que nos ahogamos, que nos afixiamos, que estamos perdidos.

Y es que hemos oído cerca de nosotros los pasos y el aliento de la dictadura fiscal. Y es que hemos pensado que no tardará en aplastarnos con la prórroga del presupuesto.

La prórroga del presupuesto está encima de todos los peruanos. Toca ya nuestras cabezas. Pende de un hilo como la espada de Damocles. Sabemos que va a herirnos repentinamente. Y somos tan desgraciados que no sabemos siquiera cuándo debe herirnos.

Nosotros, muertos de miedo, rezamos a la sordina:

–¡Jesús, José y María! ¡Jesús, José y María!

Nos apretamos el corazón con las dos manos.

¡Y no hay un alma misericordiosa y buena que nos diga por piedad que ésta es sólo una pesadilla!

Editor responsable

Ya el plan del señor Pardo tiene padrino. Que es como quien dice que ya tiene editor y empresario. En buscar padrino se había demorado. Y más que en buscarlo en persuadirlo.

Y ahora que tiene padrino, comienza a buscar fórmulas de legitimidad. Ya no será el suyo un advenimiento sombroso y bastardo. Será un advenimiento con limpia fe de bautismo y con inscripción responsable en el rẹgistro civil.

Hacía muchos días, tantos como veníamos nosotros gritándolo, que el señor Pardo tenía resuelta la prórroga del presupuesto y el olvido de la convocatoria constitucional. Y sólo le faltaba un hombre grande y afamado que amparase su resolución, que la prohijase, que la patrocinase. Quería un consejero y un mentor que diese vestidura a sus ideas y que partiese con él de los azares. Y no lo encontraba.

Llamaba al señor Pardo, al señor Manzanilla.

Y el señor Manzanilla, inflamado por todos sus ardores democráticos parlamentaristas, protestaba:

–¡Yo he defendido doctrina adversa! ¡Y yo soy fiel a mi doctrina!

Llamaba al señor Pardo y al señor Tudela y Varela.

Y el señor Tudela y Varela se excusaba:

–¡Yo soy diputado!

Las gentes le aconsejaban al señor Pardo que llamase al señor Cornejo. Mas el señor Pardo dudaba de la asequibilidad del señor Cornejo en asunto tan grave y recordaba sus recientes resentimientos con el orador máximo. Y agregaba:

–Cornejo tiene mala sombra para estas empresas. El aconsejó a Billinghurst. Su padrinazgo es fatal. Y la historia tiene la inconveniente costumbre de repetirse.

Y luego exclamaba:

–¡Quiero un hombre de ciencia! ¡Quiero un hombre sabio! ¡Quiero un catedrático de la Universidad Mayor de San Marcos!

Como ama el recuerdo de lo que fue el señor Leguía para su administración pasada y como anda buscándole un sustituto en su afecto y en su favor, anhelaba hallar asequible a un amigo esclarecido del señor Leguía. Y se decidía finalmente por el doctor Manuel Vicente Villarán, jurisconsulto eminente, maestro ilustre y joven y amado discípulo del señor Leguía.

Y el señor Villarán era llamado por el señor Pardo para acorrerlo en el trance de la prórroga del presupuesto y de la congruente prescindencia del congreso.

Desde ese día el señor Villarán vivió abstraído en el estudio del problema constitucional que se le había puesto entre las manos. Lo cogía, lo analizaba y le daba vueltas. Lo escudriñaba con una lente. Lo miraba de cerca y lo miraba de lejos. Lo ponía a la luz y lo ponía a la sombra. Y lo único que constataba era que estaba mejor a la sombra.

El señor Pardo le había planteado así el problema:

–Yo necesito tener presupuesto. Pero no quiero convocar al congreso. Prorrogar de hecho el presupuesto es ilegalidad. Yo necesito prorrogar el presupuesto sin ilegalidad. Arregle usted todo esto con su talento.

El talento del señor Villarán se agitaba, se distendía y se estiraba juglarescamente en demanda de la solución. Era el suyo un atrenzo terrible y crítico:

Y para algo es tan grande el talento del señor Villarán. No ha encontrado una solución precisamente. Ha encontrado algo que se le parece. Por lo menos a los ojos del señor Villarán y del señor Pardo.

El señor Villarán lo ha comunicado de esta suerte al señor Pardo:

–¡Ya está! ¡Se prorroga el presupuesto! Pero no se prorroga el de 1916. No. Sería ilegal. Se prorroga el de 1912. Y entonces es legal. Dentro de los recovecos de la ley de presupuesto del 74 hay uno que deja sitio para la prórroga del presupuesto de 1912.

Y el señor Pardo se ha quedado encantado.

Sólo que ha saltado un obstáculo. Si se prorroga el presupuesto de 1912 se restituye a los empleados públicos sus antiguos sueldos. Fracasan las economías. Y esto es lo que en el fondo de su corazón el señor Pardo no quiere. Esto es lo que le duele. Esto es lo que le molesta. Esto es también lo que se conflagra en la cabeza del señor Villarán. Todo su talento, voluminoso y magnífico, no puede dar con una nueva solución. Y no sabe el señor Villarán que le aguardan muchas desazones y muchas angustias. Porque ignora que quien se llama consejero, por virtud del criollísimo ambiente, puede también llamarse paño de lágrimas.

La opinión amiga

Hay gentes malignas que nos dicen:

–A ustedes no más les parece malo que el señor Pardo no convoque al Congreso.

Para que nosotros que somos muy porfiados y tenaces les contradigamos:

–¡También le parece malo a la minoría parlamentaria!

Ellas entonces nos conceden:

–Bueno. A ustedes y a la minoría parlamentaria.

Y se suscita entonces larga contradicción:

–¡También le parece malo al señor Manzanilla!

–Bueno. A ustedes, a la minoría y al señor Manzanilla.

–¡También le parece malo al general Cáceres!

–Bueno. A ustedes, a la minoría, al señor Manzanilla y al general Cáceres.

–¡También le parece malo al señor Osma!

–Bueno. A ustedes, a la minoría, al señor Manzanilla, al general Cáceres y al señor Osma.

Como son tantas, tan valiosas y tan grandes las opiniones que nos acompañan, nos damos por vencidos y las gentes malignas que hay en Lima tienen que rendirse, aunque se rindan con una nueva, persistente y risueña perversidad:

–Bueno. Siempre son muy pocos los que encuentran malo que el señor Pardo no convoque al congreso. El resto del país ampara al señor Pardo.

Y esta nueva, persistente y risueña perversidad nos exaspera:

–Pero, ¿cuál es el resto del país.

Hoy tenemos a nuestro lado un nombre bien grandazo y bien sonoro para confundir a las gentes malignas de la ciudad. A fin de que no se nos escape, nos lo hemos guardado en el bolsillo del corazón, que es el bolsillo donde guardamos la cartera, el retrato de la amada y el pase del tranvía. Y nos hemos abotonado rigurosamente la americana.

Este nombre grandazo y sonoro es el nombre del señor Silva Santisteban, que también piensa que es muy malo no convocar al congreso.

Nos lo han noticiado con grandes aspavientos:

–¿Saben ustedes lo que han hecho los liberales en su sesión?

–Tomar chocolate, pastas y oporto. Nos consta. Nos lo ha dicho el señor Balbuena.

–No, hombres. Ocuparse del congreso extraordinario. ¿Y saben ustedes lo que ha hecho en la sesión el señor Silva Santisteban.

–Nos lo figuramos.

–¡Armar trocatinta! ¡Hablar mal del gobierno! ¡Reclamar congreso extraordinario! ¡Exigir la renuncia del señor Valera!

No hemos seguido escuchando. Con su nombre sonoro y castizo en el bolsillo del corazón, nos hemos echado a buscar al señor Silva Santisteban, lo hemos buscado en todo Lima. Pero no lo hemos buscado a su casa. Nos ha parecido muy vulgar buscar a un gran hombre en su casa. Y hemos querido que la ciudad nos ponga frente al señor Silva Santisteban con espontaneidad y solicitud. Mas no hemos tenido fortuna. Todo el día hemos andado en vano. Si a quien buscábamos no hubiera sido al señor Silva Santisteban lloraríamos por haber perdido el día. Pero tratándose de persona tan ilustre, amigo tan entrañable y senador esclarecido, podríamos buscarle sin fortuna una semana y creeríamos bien empleada la semana.

A medianoche, cuando desesperábamos de dar con el señor Silva Santisteban y caminábamos irresolutos en el jirón de la Unión encontramos a nuestro gran amigo. Y hemos corrido hacia él:

–¡Doctor, doctor! ¿Dónde ha estado usted metido? ¡Lo hemos estado

buscando todo el día!

–He estado todo el día en mi casa.

–¡Habrá estado usted estudiando el problema constitucional del presupuesto! ¡Preparará usted un manifiesto! ¡Preparará usted una conferencia!

–He estado enseñándole a jugar con el bolero a un niño mío. ¡Qué divertido había sido jugar con el bolero! ¿No es verdad?

–¡Doctor, doctor, no nos desoriente usted! ¡No se ría usted! ¡Póngase usted grave! ¡Contéstenos usted! ¿Qué ha dicho usted en la sesión de los liberales?

–Yo no he dicho nada en la sesión de los liberales.

–¡Si nos lo han contado todo! ¡Si no se habla en Lima de otra cosa!

–No he estado en la sesión de los liberales. Los liberales sesionan en la noche. A mí me parece que es muy imprudente salir en las noches a las calles.

–¡No se ría usted, doctor! ¡Que esto es muy serio! ¡Que esto le interesa a la patria!

–Naturalmente.

–¿A usted le parece bien que no se convoque a congreso extraordinario?

–No.

–¿Al partido liberal le parece bien?

–Lo impiden su tradición y sus principios.

–¿El partido liberal debe hacer declaración de su pensamiento?

–Por supuesto.

–¡Así nos gusta! ¿Y esto no lo ha dicho usted en la sesión de los liberales?

–No. Pero lo he mandado decir. Le di recado con mi opinión al señor Lanatta.

–¿Luego usted no ha gritado en la sesión de los liberales?

–No.

–¿El señor Lanatta habrá gritado por cuenta de usted?

–No lo sé. No tengo noticia de la sesión. He estado todo el día en mi casa. Le he estado enseñando a jugar con el bolero a un niño mío. ¡Qué divertido había sido jugar con el bolero! ¿No es verdad?

Hay una pausa. Miramos muy serios al señor Silva Santisteban. El señor Silva Santisteban nos mira en cambio muy sonriente. Nos ofrece pastillas para el pecho. Y nos dice:

–Esto aclara la voz. ¡Ustedes que gritan tanto!

Nos ponemos más serios todavía.

–Entonces, ¿usted, doctor, cree que está muy mal que no se convoque al congreso y que el partido liberal debe hacer una declaración de protesta?

–Sí. Y que debe renunciar el señor Valera.

–¿Y por qué no le grita usted eso al partido liberal? ¿Por qué no le grita usted eso al país?

–A mí me hace mucho daño gritar. Yo necesito estar tranquilo. Hace diez años que tomo estas pastillas para el pecho. Son muy eficaces. ¿Quieren ustedes otra?

Y el señor Silva Santisteban nos ofrece una pastilla más. Y nos vuelve a decir:

–Esto aclara la voz. ¡Ustedes preguntan tanto!

(En *El Tiempo*: Lima, 16–XI–1916)

VOCES

Un día más

Hoy nos despertamos igual que todos los días. Y nos despertamos igual que todos los días. Y nos incorporamos en la cama igual que todos los días.

¿Qué día es hoy? Vamos a arrancar una hojita del almanaque y a mirar la que está abajo. Y vamos a ver luego si la hojita que hemos arrancado tiene chiste, charada, adivinanza, logogrifo, adagio o epigrama. No sabemos por qué nos da el corazón que tiene adivinanza.

El almanaque nos dice que hoy es 17 de noviembre. La iglesia católica, apostólica y romana celebra a Santa Gertrudis la Magna, a San Gregorio Taumaturgo, a San Hugón, obispo. La efemérides del día es la exaltación de Isabel al trono de Inglaterra en 1558. Y dura hasta hoy la luna llena. Conforme a la Astrología, la persona nacida en este día está bajo la influencia de Escorpión. Y conforme también a la Astrología, Escorpión es un signo violento que da audacia y obstinación y expone a frecuentes peligros.

Este día es, pues, un día absolutamente vulgar. No hay festividad religiosa. No hay festividad cívica. No hay centenario patriótico. No hay duelo nacional. Es un día sin descanso y sin misa obligatoria. ¿Qué va a ser de nosotros en este día? Esto no lo sabe decir el almanaque.

Tenemos otros desperezo. Nos levantamos. Nos vestimos. Nos asomamos a la ventana. Y comprobamos que estamos en Lima. Y recordamos que somos periodistas y que tenemos que escribir para las gentes metropolitanas y curiosas.

Nos parece que la calle está llena de gentes. Y nos parece que las gentes nos hacen preguntas ávidas con las manos. Pensamos que las gentes nos aplauden y nos sentimos en trance de hombres públicos. Y gritamos así desde la ventana:

–¡Oid, mortales! Hoy, según el Calendario, es 17 de noviembre. La luna nueva llega a su término. Mañana estaremos en cuarto menguante. Los

santos del día fueron austeros varones y virtuosas vírgenes cuando estuvieron en la Tierra. Ahora que están en el cielo son santos no más.

Las gentes metropolitanas y curiosas nos interrumpen:

–¡Política! ¡Política! ¿Qué hay de política? ¿Qué hace el señor Pardo?

Y nosotros continuamos:

–¡Oíd, mortales! Apartaos de la política que es cosa mundana y pueril! ¡Pensad en Dios! ¡Pensad en la Patria! ¡Pensad en el Progreso! ¡Pensad en la salvación de vuestras almas! ¡Poned los ojos en el cielo y separadlos de las cosas de la tierra! Sed buenos, sed piadosos, sed humildes, sed mansos.

Las gentes metropolitanas y curiosas se indignan contra nosotros y vuelven a interrumpirnos:

–¡Política! ¡Política! ¿Cuándo sale la convocatoria? ¿Cuándo sale la prórroga?

Y nosotros nos obstinamos:

–¡Oíd, mortales! No penséis en la prórroga. No penséis en la convocatoria. ¡Quitad vuestros ojos de la política! ¡Dejad en paz y tranquilidad al señor Pardo! Si hay convocatoria, recibidla con humildad y paciencia. Si hay prórroga del presupuesto, recibidla también con humildad y paciencia. Tened fe en Dios y en el señor Pardo. Sed buenos, sed piadosos, sed humildes, sed mansos.

Pero las gentes nos silban furiosamente y nosotros tenemos que cerrar nuestra ventana.

¡Santa Gertrudis la Magna, San Gregorio Taumaturgo y, San Hugón obispo, nos acorran y nos protejan!

Por la señal de la Santa Cruz...

Camino adelante

Con el señor Pardo a la cabeza, seguimos adelante. A veces nos paramos y hacemos una "pascana", como dice el señor Abelardo Gamarra.

Estamos en una peregrinación fatigante e inexorable. Caminamos. Caminamos. Caminamos. Y caminamos con resignación y mansedumbre.

De rato en rato sentimos una rebeldía o una inquietud y hacemos una interrogación:

–¿A dónde vamos?

Pero nadie nos contesta y seguimos marchando. Y tenemos que callarnos porque si persistimos en nuestras rebeldías, en nuestras inquietudes y en nuestras preguntas, corremos el peligro de quedarnos en el

camino.

Y tenemos que confiar en que nos llevan a la tierra prometida o a la ciudad feliz.

Hay repentinamente voces así:

–¡Nos estamos perdiendo! ¡Nos estamos extraviando! ¡Por este camino se va al fracaso!

Y estas voces tienen en las noches un eco muy largo y se quedan vibrando mucho rato como los alertas inquietantes de los centinelas.

–¡Nos estamos perdiendooooo! ¡Nos estamos extraviandooooo!

Pero luego estos temores y estas vacilaciones se despejan. El señor Pardo que va a la cabeza de todos nosotros avanza tranquilo, risueño, despreocupado, feliz. Luego no puede pasarnos nada malo. Luego no debe amenazarnos ningún peligro. Luego no debe asustarnos ninguna asechanza.

Y no sólo el señor Pardo avanza tranquilo, risueño, despreocupado y feliz. También avanzan tranquilos, risueños, despreocupados y felices los esclarecidos políticos que rodean al señor Pardo. El señor Riva Agüero, el señor Valera, el señor García y Lastres, el señor García Bedoya, el señor Sosa, el general Puente.

Entre todos, el que marcha con más decisión, arrojo y gallardía es el general Puente. El general Puente es también el que tiene más arrogante apostura y más sonora marcialidad. Va tan radiante, tan regocijado y tan jocundo, que hay que pensar que tiene como los santos un nimbo de luz y de gloria y que nosotros, de puro menguados y miserables, no sabemos vérselo.

El general Puente es en estas horas el gran paladín del régimen. Su espada nueva, bizarra y señorita, está al lado del señor Pardo y de lo que quiera el señor Pardo. Si el señor Pardo quiere la dictadura fiscal, está al lado de la dictadura fiscal. Si el señor Pardo quiera la convocatoria a Congreso, estará al lado de la convocatoria de congreso.

Y la fidelidad austerísima del general Puente, no permite que se dude del señor Pardo, que se piense mal del señor Pardo, ni que se critique al señor Pardo.

Insuflado, con sus galones, con sus plumas, con sus medallas y con sus entorchados, el general Puente se yergue en defensa del señor Pardo, en esta peregrinación fatigante.

Y si le dicen que el señor Pardo se equivoca, el general Puente protesta lleno de energía y de énfasis:

–¡El señor Pardo no se equivoca nunca!

Y si le dicen que el señor Pardo vacila, el general Puente protesta también:

–El señor Pardo no vacila nunca!

Y si le dicen que el señor Pardo se asusta, el general Puente protesta otra vez:

–¡El señor Pardo no se asusta nunca!

Y si le dicen que el señor Pardo retrocede, el general Puente protesta una vez más y con tono definitivo:

–¡El señor Pardo no retrocede nuuuuunca!

El señor Pardo tiene para estar orgulloso. Lo acompaña, lo ampara y lo engríe una espada nueva, virgen y señorita de general de brigada. Una espada es siempre eficaz, definitiva y leal. Y, si el camino es muy largo y el cansancio agudo, una espada puede hacer de báculo.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–XI–1916)

VOCES

Cuarto menguante

No es una pesadilla nuestra. El fantasma de la dictadura fiscal está metido en nuestra casa. Se ha alojado sigilosamente entre nosotros y se escurre en la penumbra.

El señor Pardo nos tiene todavía en antesala. Pero no reflexiona ya en el paso que va a dar. Estamos por creer que no ha reflexionado nunca en él. Asunto de tan escasa monta no merecía su reflexión altísima.

La veleta de la política gira con consternadora dirección. Ya no nos engaña con sus vacilaciones. Ya no se para. Y por más que la sopla el señor Pardo para que siga engañándonos, no sabe obedecerle y nos dice a todo viento sus presagios.

Nosotros que queremos siempre ser muy optimistas, que queremos tener fe en el señor Pardo, que queremos tener confianza en el éxito de su administración, nos hemos sentido pesimistas en esto de la convocatoria. Y el señor Pardo nos ha hecho sentir hace días con cuánta razón éramos pesimistas.

Ahora apenas si nuestra ansiedad de periodistas nos hace salir a la puerta y preguntar al acaso:

–¿Cuándo va a salir la prórroga del presupuesto? ¿Cuándo va a ratificar su actitud el señor Pardo?

Y como nadie nos contesta, avanzamos hasta la esquina y volvemos a preguntar al acaso:

–¿Cuándo va a salir la prórroga del presupuesto? ¿Cuándo va a ratificar su actitud el señor Pardo?

Y como nadie nos contesta, avanzamos hasta la esquina y volvemos a preguntar al acaso:

–¿Cuándo va a salir la prórroga del presupuesto?

Y pues tampoco nos contesta nadie, llegamos a la esquina del Palais Concert y hacemos otra vez la interrogación. Y, avanzamos, avanzando avanzando, la repetimos en la esquina de La Merced, en la esquina de Espaderos, en la esquina de Mercaderes y en la esquina de Palacio. En la

puerta de Palacio no nos atrevemos a repetirla porque tenemos miedo de que nos lleven presos.

Los amigos del gobierno nos gritan en las calles:

–¡Ya ven cómo el señor Pardo no vacila! ¡Ya ven cómo el señor Pardo se va derecho a la prórroga fiscal!

Pero luego se nos acercan y nos dicen al oído:

–¡Un disparate!

Y nos piden que les guardemos el secreto. Nosotros que somos muy reservados se lo prometemos de veras.

Los futuristas, inflamados por su juventud y por su arrebato, gritan sin recato y sin embozo:

–¡Un disparate!

Los constitucionalistas, se ponen una mano en el pecho, carraspean, se cuadran y dicen:

–¡Un disparate!

Y los liberales, que son los mas cautelosos y reticentes, sonríen y murmuran:

–Casi un disparate.

Y suspiran llenos de pena, de compunción, de amargura y de pesadumbre, por tener que confesarlo.

Los hombres ingenuos y candorosos de la ciudad se agarran la cabeza con las dos manos, miran al cielo y preguntan a los hombres avisados y socarrones:

–¿Este es el gobierno constitucional del señor Pardo? ¿Este es el gobierno de reconstitución? ¿Este es el gobierno de la Convención tripartita? ¿Este es el gobierno de la convalecencia nacional?

Los hombres avisados y socarrones les sueltan la risa estrepitosamente.

Nosotros que venimos diciendo hace tanto tiempo que nos hemos perdido, que nos hemos extraviado, que no sabemos adónde vamos, ya no hablamos del congreso extraordinario y sólo preguntamos obedeciendo los requerimientos de nuestra curiosidad:

–¿Cuándo va a salir la prórroga del presupuesto?

Nadie nos contesta.

Pero nosotros tenemos una sospecha. La prórroga del presupuesto va a salir a media noche y cuando la media noche sea muy oscura. Hasta ayer hubo luna llena. Pero hoy entramos en cuarto menguante y esto para nosotros es una señal que nos llena de congoja.

Contrición

Aquí donde nos ven ustedes, estamos con el alma llena de aflicción. Y es que somos tan sensibles y tan cristianos que nos consternamos con el infortunio ajeno, tanto como con el nuestro. Y ahora el infortunio de la mayoría parlamentaria de 1916 nos duele en el alma.

La desgracia de la mayoría es desoladora. Las gentes se confabulan para acusarla y motejarla. Y no hay un alma misericordiosa y buena que tome a cargo su defensa. El señor Balbuena, que defiende siempre a los desamparados, se escabulle y dice que está muy ocupado con su candidatura.

Nosotros, que somos de la minoría, queremos socorrer a la mayoría. Vamos hacia ella para decirle nuestra condolencia. La abrazamos amorosamente. Le damos nuestros pañuelos para que se enjugue las lágrimas que vierte. Y la besamos en la frente. Queremos fraternizar con ella. Queremos solidarizarnos con ella. Queremos partir con ella de su dolor, como dos amantes de un confite.

Y nos indignamos de que la ingratitud humana tenga la crueldad de inhumar para siempre su recuerdo y de escribir en su lápida un epitafio mordaz y sarcástico.

Tenemos que comenzar por un acto de contrición. Tenemos que pedir antes que se nos absuelva de un pecado. Y nos arrepentimos de todo corazón y con entera sinceridad.

Nosotros fuimos los primeros en hostilizar a la mayoría. Nosotros fuimos los primeros en satirizarla. Nosotros fuimos los primeros en ajocharla. A nosotros nos siguió la minoría.

Cada vez que la minoría quería hacer una de las suyas y la mayoría le cerraba el paso con sus carpetazos, la minoría vibraba en tremendos apóstrofes:

–¡Mayoría incondicional! ¡Mayoría inconsciente! ¡Mayoría automática! ¡Aquí no hay patriotismo! ¡Aquí no hay serenidad! ¡Aquí no hay justicia!

El señor Secada gritaba con entonación tornadiza y dramática por darles susto a sus compañeros nerviosos:

–¡Un día de estos la farola se vendrá abajo de vergüenza!

El señor Torres Balcázar, sonoro, imponente y rotundo, repetía:

–¡Mayoría incondicional! ¡Mayoría inconsciente! ¡Mayoría automática!

La mayoría se llenaba de cólera, manoteaba sobre las carpetas y exigía:

–¡Retire su señoría esas palabras! ¡Retírelas ahora mismo! ¡Retírelas sin pérdida de tiempo!

Y la campanilla y el honor de la cámara sonaban a dúo en demanda de la reparación de los apóstrofes.

También nosotros glosábamos las posturas de la mayoría con ánimo agresivo y mordaz, también nosotros le poníamos motes y reparos, también nosotros la criticábamos y también nosotros la poníamos en pugna con el sentimiento público.

Y la mayoría sufría todos los desdenes, todas las improbaciones y todas las censuras por amor al régimen. Igual que los cristianos sufrimos con paciencia nuestros males por amor a Dios, la mayoría sufría con paciencia los suyos por amor al señor Pardo.

Y el señor Pardo, sorpresivamente, le grita hoy al país:

–¡No habrá congreso extraordinario!

Y cuando el país le pregunta por qué, el señor Pardo le responde:

–¡Por culpa de la mayoría! ¡La mayoría es indisciplinada! ¡La mayoría es tímida! ¡La mayoría es voluble! ¡No me sirve para nada!

La mayoría ha pasado del reproche de los chicos al reproche de los grandes. La execra todo el mundo. No hay quien no la pellizque. No hay quien no le tire una piedrecita.

Nosotros estamos indignados. La ingratitud es una cosa que nos subleva. Y cuando todo el mundo silba a la mayoría y la apedrea nosotros corremos a darle la mano. Le pedimos que nos perdone todos nuestros reproches y críticas. Nos arrodillamos. Decimos compungidos un acto de contrición. Y nos golpeamos el pecho.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–XI–1916)

VOCES

Insomnio

Hemos querido quedarnos a solas con nuestra conciencia. Hemos querido huir de la política. Hemos querido encerrarnos inexpugnablemente y atrancar la puerta. Hemos querido evitar que nos sigan hablando de la dictadura fiscal y que sigan soliviantando nuestra curiosidad ansiosa y desbordante de periodistas.

Y no hemos tenido suerte. Nuestra conciencia también está influenciada por la política y también nos habla de la dictadura fiscal. Y hasta el reloj de nuestra alcoba, un reloj de péndulo, un reloj que es siempre muy discreto, un reloj que es siempre muy prudente, un reloj que parece el señor Fuchs, se ha contagiado de esta obsesión de la política y parece preguntarnos por la dictadura fiscal.

Y tenemos que subirnos sobre una mesa y gritar en medio del cuarto como si nos hubiéramos vuelto locos:

–¡No sabemos nada de la dictadura fiscal! ¡No sabemos nada de la política! ¡Somos unos pobres hombres de trabajo! ¡Somos unos pobres hombres patriotas!

Y queremos dormirnos. Darnos con alma y cuerpo al sueño para que nadie nos turbe y nos interrumpa. No despertarnos hasta que no salga la prórroga del presupuesto y valga la pena salir a las calles a hablar mal del gobierno.

Pero no logramos dormirnos. Sentimos que golpean con los nudillos en los cristales. Y escuchamos que nos gritan:

–¡Hay una noticia grande!

Creemos que nos van a decir que ha salido el decreto de la prórroga del presupuesto y preguntamos:

–¿Es la noticia del decreto?

Y nos contestan:

–¡No! ¡Pero es una noticia muy grande, muy grande!

Guardamos silencio. Apagamos la luz. Nos arrebujamos. Nos tapamos las orejas. Cerramos los ojos. Mas no cogemos el sueño sin embargo.

Creemos que nos molesta una pulga.

Es que el insomnio no nos deja dormir.

Nos desvelamos mirando al techo.

Y vuelven a tocar en nuestra ventana. Y vuelven a gritarnos:

–¡Hay una noticia grande! ¡Hay una noticia grande!

Pero como nosotros sabemos que no es la prórroga del presupuesto lo que vienen a anunciarnos nos quedamos callados. Y apagamos la luz.

Estamos obstinados en dormirnos y en no despertarnos hasta que no salga la prórroga del presupuesto. No queremos oír murmuraciones. No queremos oir chismes. No queremos meternos en enredos. Somos gentes austeras y honradas que anhelamos dormirnos como unas tortugas hasta que pase esta avalancha. Y no tenemos la culpa de no ser tortugas y de ser en cambio hombres sensibles y peruanos.

Y nos continúan molestando, gritando e importunando:

–¡Hay una noticia grande! ¡No se duerman!

Las gentes no saben que eso es lo que queremos nosotros. Dormirnos. Cerrar los ojos. No mirar nada. No saber esa noticia grande con que nos tientan. Nirvanizarnos como si nos hubieran dado adormidera o cloroformo. Y es un crimen que nos sigan desvelando con los gritos y con las murmuraciones. Porque vamos a tener al fin que llamar a un médico y pedirle que nos cloroformice. O vamos a tener que llamar a la policía y pedirle a gritos garantías.

En la trastienda

Nos han parado en la calle y nos han preguntado:

–¿Se acuerdan ustedes del señor Rafael Villanueva?

Hemos respondido inmediatamente:

–¿Del señor Villanueva? ¡Por supuesto! ¿Podíamos acaso olvidarnos del señor Villanueva?

Y nos han dicho:

–¡Ah! Bueno.

Pero nos han dejado en seguida sin explicarnos más.

Nosotros nos hemos quedado solos con el nombre del señor Villanueva entre las manos. Le hemos dado vueltas prudentemente como si fuera una bomba. Y nos lo hemos traído con cautela a esta casa.

Y lo hemos puesto en nuestra mesa junto a la máquina de escribir. Sobre él hemos colocado un pisapapeles para que no se nos fugue.

¿Por qué nos habrán preguntado si nos acordamos del señor Villanueva? Lo recordamos muchísimo. Tenemos toda su historia en la cabeza. En la cabeza tenemos siempre nosotros las cosas que valen la pena. Las de poca cuantía las tenemos en el corazón, que casi nunca nos sirve para nada.

Sabemos del señor Villanueva todo cuanto en su vida pública brilla y suena. Sabemos que es enemigo personal de la constitución y de las leyes. Sabemos que tiene la teoría más original sobre el orden público. Sabemos que piensa sobre el principio de autoridad lo mismo que el señor Hildebrando Fuentes, lo mismo que el señor Criado y Tejada y lo mismo que el señor ministro de gobierno. Sabemos que es cajamarquino. Sabemos que fue en una época leader fervoroso y ardiente del leguiísmo. Sabemos que le escribe aún a Inglaterra al señor Leguía. Sabemos que en sus cartas le pregunta si piensa volver. Sabemos que cree a pie juntillas en el código de justicia militar. Sabemos que cerró "La Prensa". Sabemos que le pusieron una vez una bomba de dinamita.

¿Por qué nos han preguntado si nos acordamos del señor Villanueva?

No se nos alcanza.

Salimos a la ventana para que nos dé el aire y nos refresque la cabeza.

Y repentinamente venimos en cuenta de lo que pasa.

El señor Villanueva, apóstol del leguiísmo hasta antes de ayer, el señor Villanueva de la teoría famosa, el señor Villanueva del cierre de "La Prensa", el señor Villanueva de la bomba de dinamita, vuelve a ser hoy una figura emocionante y trascendental.

No es sólo que se apreste para la lucha electoral en Cajamarca donde su reelección está asegurada por la voluntad de los pueblos y por la voluntad de la Divina Providencia.

Es que es que los que quieren la dictadura fiscal. Es que es de los que le han puesto trampas al congreso extraordinario en el camino para que se caiga. Y de los que le han zurrado luego para que no se levante...

Allí donde ven ustedes al señor Villanueva, tan chiquito, tan solícito, tan acucioso y tan afable, sigue siendo un hombre terrible. Incita al señor Pardo. Lo solivianta. Le repite aquello de que no hay constitución ni leyes que valgan. Le pone en las manos el código militar y el principio de autoridad. Y lo guapea y lo ajocha.

No se resigna a que la historia de cosas tan graves y tremendas se escriba sin su nombre. No lo consiente. ¿Se acuerdan las gentes de la historia del

régimen del 29 de mayo? Allí está su nombre y muy indeleblemente. ¿Se acuerdan las gentes de la historia del pleito entre el leguiísmo y el señor Billinghurst? Allí también está escrito su nombre y con dinamita. ¿Se acuerdan las gentes de la historia del 3 de febrero y de la campaña del señor Roberto Leguía y del doctor Durand en comandita? Allí también está escrito el nombre del señor Villanueva y con tinta muy fuerte y perdurable.

Y no es posible que en la historia que ha comenzado a escribirse el 26 de octubre y que no sabemos cuando encontrará su punto final, no esté puesto también con todas sus letras el nombre del señor Villanueva.

El señor Villanueva tiene mucho amor propio.

(En *El Tiempo*: Lima, 19–XI–1916)

VOCES

El looping the loop

Ayer todas las gentes estuvieron en el Hipódromo de Santa Beatriz. Todas quisieron asistir al clásico Comercio. Todas quisieron especialmente asistir a los vuelos. Se diría que las gentes deseaban poner los ojos en el cielo y extasiarse admirando a un hombre que lo exploraba.

Nosotros también fuimos a Santa Beatriz. También deseábamos poner los ojos en el cielo y extasiarnos admirando a un hombre que lo exploraba.

Nos asistía la esperanza de que en Santa Beatriz no nos hablarían de la política ni del congreso extraordinario.

Y tuvimos esa fortuna.

Hubo en nosotros la ilusión de que Santa Beatriz era una ciudad ideal. Nos imaginamos que era la tierra prometida. Nadie hablaba allí de política. Nadie hablaba allí del señor Pardo. Nadie hablaba allí de la dictadura fiscal. Todos hacían comentarios de esta especie:

–Oiseau Mouche es un gran caballo.

–Raillery dará un buen dividendo.

–El "tiempo" ha sido notable.

Y no había una sola persona que nos indujese a improbar la prórroga del presuuesto.

Más tarde, el aviador Rojas subió al cielo, hizo curvas, hizo virajes, hizo acrobacias. Hizo luego el *looping the loop*. Las gentes tuvieron un instante de gran emoción. Y hubo el epílogo de una caída desgraciada y lamentable que puso consternación y dolor en los ánimos.

Vueltos a la ciudad, confiábamos en que todas las gentes metropolitanas que no habían asistido a Santa Beatriz, nos atajarían para preguntarnos:

–¿Cómo han estado las carreras? ¿Cómo ha estado el *looping the loop*?

Pero nos aguardaba una desilusión. Las gentes metropolitanas nos atajaban para preguntarnos por la política.

Nosotros les decíamos:

–¡A nosotros no nos importa en este instante la política! ¡A nosotros sólo nos importan las carreras y la aviación!

Y entonces las gentes nos interrogaban:

–¿Ha ido a las carreras el señor Pardo?

Por lo grande y permanente que es nuestra cortesía, no podíamos responderles:

–¡A nosotros no nos importa el señor Pardo!

Y nos dábamos cuenta de que no estábamos en la tierra prometida sino en Lima, lo cual era muy distinto. Y de que había una grave situación política. Y de que nos acechaba la dictadura fiscal.

Y entonces, completamente afligidos, pensábamos que el país estaba también haciendo el *looping the loop*. Nos alucinábamos en esta ilusión. Y nos llenábamos de angustia. Sentíamos el vértigo de la trágica acrobacia. Nos parecía que estábamos vueltos de cabeza sobre la tierra. Teníamos el temor pavoroso de no poder reincorporarnos. Y recordábamos en todos sus detalles el *looping the loop* de la tarde.

Pero más, mucho más que el *looping the loop*, recordábamos la caída.

(En *El Tiempo*: Lima, 20–XI–1916)

VOCES

Con el reloj en la mano

Vamos a esperar la dictadura fiscal con el reloj en la mano. Como unos perezosos, vamos a pasarnos el tiempo contando las horas, los minutos y los segundos.

Cuando nos cansemos de contar las horas, los minutos y los segundos, le daremos cuerda al reloj. Y volveremos a contar las horas, los minutos y los segundos.

Este reloj que tenemos en las manos es un reloj exacto y puntual que no sabrá engañarnos. Es un reloj circunspecto como un inglés. Es un reloj ideal. Callamos que este reloj es el que nos regalado el señor Balbuena con el sórdido propósito de sobornarnos.

Miramos cómo giran las agujas de nuestro reloj y nos convencemos de que nuestro reloj es un dechado de precisión. A veces nos lo acercamos al oído para escuchar su tic–tac.

Y a veces lo frotamos en nuestra americana para que se abrillante su metal.

Hay gentes que nos preguntan.

–¿Qué hacen ustedes con el reloj en la mano?

Y nosotros les decimos:

–Esperamos la prórroga del presupuesto. Queremos saber a qué hora sale a la calle. Queremos tomarle el tiempo como a las carreras de caballos.

Y seguimos con el reloj en la mano.

Pasa el señor Manzanilla y nos sonríe con toda la certidumbre de que ya no pensamos en reportearle. Y nos hace un saludo que no es de hombre público ni de presidente de la Cámara de Diputados sino de abogado con mucha clientela y de amigo nuestro. Pasa el señor Prado y Ugarteche con toda la celeridad de su automóvil y toda la eficacia de su bencina. Pasa el señor Amador del Solar con todas las palabras de su reportaje en la mirada. Pasan los hombres públicos de todas las horas.

Nosotros leemos en nuestro reloj las 6 de la tarde.

Siguen desfilando gentes importantes y gentes sin importancia.

Pasan las gentes del cinema.

Nosotros leemos en nuestro reloj las ocho de la noche.

Pasan las gentes que van a la ópera. Pasan las gentes que no van a ninguna parte. Pasan los candidatos que tienen citas con sus electores. Pasa el señor Torres Balcázar. Pasa el señor Miró Quesada. Pasa el señor La Jara y Ureta. Pasa el señor Balbuena. No pasa el señor Riva Agüero.

Preguntamos:

–¿Por qué no pasa el señor Riva Agüero?

Las gentes nos contestan:

–El señor Riva Agüero no sale en las noches. Es persona prudente y cauta ¡Hay tantas neumonías! ¡Hay tantas gripes! ¡Hay tantos romadizos!

Pasan las gentes que salen del teatro.

Y pasan los liberales cogidos de las manos. Y se limpian los labios de chocolate. Y se suben las solapas del sobretodo.

Nosotros leemos en nuestro reloj las doce de la noche.

Y hasta esta noche en que escribimos para el público seguimos con el reloj en la mano. Seguiremos así hasta que llegue la dictadura fiscal. No quitaremos los ojos del reloj para saber con exactitud en qué momento aparece. Tenemos cierto presentimiento de que la dictadura fiscal no querrá que se sepa a qué hora se destapa la cara. Y esto nos ratifica en la obsesión de esperarla con el reloj en la mano.

Sólo nos asiste un temor. El temor de que el reloj, por más cuerda que nosotros le demos, se pare de improviso. Pero nos consuela la seguridad de que este reloj no es el que nos ha regalado el señor Balbuena.

Trance cotidiano

A las doce de la noche muchas gentes nos han rodeado y nos han dicho:

–¡Hay una noticia tremenda! ¡Los liberales están en "La Prensa" en sesión solemne! ¡Están conchabándose! ¡Están confabulándose! ¡Dentro de una hora van a ponerse en jarras!

Nos hemos reído:

–Imposible. Los liberales son ciudadanos tranquilos y ecuánimes que no piensan en esas cosas.

Pero nos han contradicho:

–¡Cierto! ¡Muy cierto! ¡Hay sesión solemne de los liberales! ¡Hay sesión sensacional! ¡Ahora mismo están gritando el señor Silva Santiste-

ban y el señor Lanatta!

Hemos ido con presura a "La Prensa". Y hemos entrado interrogando a voces:

–¿Es cierto que hay una sesión solemne? ¿Es cierto que hay una sesión sensacional?

Nos han respondido serenamente:

–Inexacto. Hay una sesión ordinaria. ¡La sesión de todos los lunes! ¡La sesión de los estatutos! ¡La sesión ritual! ¡La sesión reglamentaria!

Esto nos ha persuadido. Era como nosotros pensábamos. Los liberales seguían siendo ciudadanos tranquilos y ecuánimes. Y hemos preguntado, ya reportados y ya calmados, después de enjugarnos el sudor:

–¿La sesión del chocolate y del oporto?

Para que nos respondiesen con una afirmación risueña:

–La sesión del chocolate y del oporto.

Nuestra curiosidad nos ha inducido sin embargo a esta pregunta:

–¿Se ha hablado de la situación política? ¿Se ha hablado de la dictadura fiscal?

Y nos han contestado:

–No. Se ha hablado sólo de las próximas elecciones. No ha habido otro tema que el de las candidaturas liberales. Es un tema muy importante.

Y el señor Balbuena, a quien también hemos interrogado, nos ha respondido.

–Yo no he asistido a la sesión. Yo he estado en un banquete. La oportunidad de un cumpleaños me ha obligado, con toda mi satisfacción, a comer junto a un amigo. El deber social me ha sustraído al deber político.

–¿No tiene usted una sola noticia para nosotros?

–¡Ni una sola! ¡Y cuánto lo lamento! ¡Cuánto siento yo no poder colaborar al éxito de la información de ustedes! ¡Esto aflige hondamente mi anhelo de ser útil a los periodistas! ¡Estoy consternado!

Y todos nos decían:

–No nos hemos ocupado de la política actual. Nos hemos ocupado únicamente de la política del porvenir. Sólo nos interesa lanzar candidatos. El presente es vulgar. El porvenir es transcendental.

Y cuando hemos preguntado por el señor Silva Santisteban se nos ha dicho que no había ido a la sesión. Y hemos recordado que al señor Silva Santisteban no le gusta asistir a las sesiones de sus correligionarios porque sus correligionarios tienen la imprudente costumbre de sesionar en las noches.

Yate nuevo

El señor Pardo ha leído de chico a Julio Verne. Y de la lectura de Julio Verne le ha quedado la afición a los yates. Los aerostatos y los sumergibles de Julio Verne no le han entusiasmado nunca. Su espíritu cauteloso, burgués y tranquilo no se aviene con la osadía aventurera de aerostatos y sumergibles. Pero en cambio vive enamorado de los yates y del mar.

El espíritu del señor Pardo no se entusiasma con los toros. El espíritu del señor Pardo no se entusiasma con las riñas de gallos. El espíritu del señor Pardo tampoco se entusiasma con los matchs de foot ball, con las carreras de encostalados, ni con el palo ensebado.

Ama los deportes elegantes y aristocráticos. Ama las carreras de caballos. Ama el polo. Ama el lawn tennis. Y ama sobre todo los deportes del mar.

No son las regatas de yolas y esquifes las que le entusiasman y regalan. Son los paseos en yate. Las yolas y los esquifes son demasiado pequeños para impresionar su espíritu esclarecido y megalómano.

Viendo el mar surcado por yates, puestos los ojos en ellos, pasó el señor Pardo muchos días felices en los litorales azules de la Francia.

Y viendo el mar sin yates de Miraflores, vive aún muchos días de evocación y de recuerdo.

Pero su espíritu no se satisface con las cortas complacencias de la vida del balneario. Y, en estas horas de congoja política en que tiene en un hilo el alma de las gentes, una gentil obstinación ha turbado sus nobles ensueños y megalomanías.

El señor Pardo ha descubierto una necesidad nacional que el país no había advertido. Nosotros, incautos y miopes, no habíamos puesto los ojos en ella. Sólo el señor Pardo ha podido notarla. El país necesita un yate. Un yate hermoso, esbelto y cómodo. Un yate que invite al paseo. Y lo necesita inmediatamente. ¡Cómo no lo habíamos sentido hasta ahora! ¡Cuán pobres e inadvertidas gentes somos!

Y el señor Pardo se ha puesto inmediatamente en tratos de adquisición de un yate. Ya le ha echado el ojo. Ya ha hecho propuestas. Ya le han contestado. El yate está en el Callao. Se llama "Flora" y ha pertenecido a un yanqui millonario. Y el gobierno peruano va a comprarlo y va a pagarlo con el arrendamiento del "Iquitos".

Y en este yate y en su compra tiene el señor Pardo puestos todos sus sentidos. Hasta los problemas políticos de la hora presente son para él

nimios y pueriles al lado de este problema. Y ha ocurrido que cuando uno de sus áulicos le ha hablado al señor Pardo de la prórroga del presupuesto, el señor Pardo le ha preguntado despreocupadamente:

–¿No le parece a usted que es preciso que el gobierno compre un yate? ¡Un yate bien elegante! ¡Un yate bien raudo! ¡Un yate bien bonito!

Y esta afición a los yates no es nueva en el señor Pardo. No tiene su origen en la reciente estada del señor Pardo en Europa. Tiene su origen en los días en que el señor Pardo era chico. Tiene su origen en la lectura de Julio Verne.

Por eso uno de los actos más transcedentales e importantes de la primera administración del señor Pardo fue la adquisición de un yate. Enamorado de los yates, el señor Pardo compró el "Verónique". Y, pues era preciso darle un nombre nacional, lo bautizó "Iquitos".

Los años y, más que los años, la plebeyez de los gobiernos que siguieron al señor Pardo, han hecho del "Iquitos" un barco innoble y mercenario que transporta carbón y azúcar.

El señor Pardo se ve, pues, en la necesidad patriótica y aristocrática de sustituirlo. Siente la nostalgia de los paseos marítimos. Se exalta su lírica pasión por el mar. Y sueña con la próxima adquisición del "Flora", que está ya en el Callao. Y sueña con que le lleve y le traiga a lo largo del litoral brumoso y triste del Perú.

Y así cuantos aquí andamos malhablando del señor Pardo no podremos decir en adelante que tenemos un mandatario prosaico capaz de encerrarse en la aridez de vulgares cuestiones económicas y políticas, sino que tenemos un presidente artista que ha leído a Julio Verne, que ama el mar y que sueña con la Costa Azul...

(En *El Tiempo*: Lima, 21-XI-1916)

VOCES

La miel en los labios

Ya las gentes del régimen no hablan de la prórroga del presupuesto ni del olvido del congreso extraordinario. Somos nosotros, y con nosotros todos los ciudadanos ingenuos del Perú, los que andamos gritando que nos amenaza y nos asfixia la dictadura fiscal.

Ahora las gentes del régimen hablan sólo de las próximas elecciones. Las gentes del régimen sabrán por qué lo hacen.

Y cuando los partidos se acercan a ellas y les preguntan:

–¿Cuándo sale el decreto de la prórroga?–, ellas los palmean en el hombro, les acarician, les sonríen, les miman y les dicen:

–¡No piensen ustedes en el decreto de la prórroga! ¡Eso es cosa de "El Tiempo" y de la minoría! ¡Eso no vale la pena! Piensen ustedes en las elecciones. Piensen ustedes en las candidaturas. ¡Tan cerca como están las elecciones!

Y los partidos se ponen reflexivos y repiten preocupados:

–¡Tan cerca como estan las elecciones!

Y se van sin volver a preguntar cuándo sale el decreto de la prórroga.

Es que el señor Pardo se empeña en que los partidos se olviden de que va a venir la dictadura fiscal. Se empeña en hipnotizarlos, en fascinarlos, en sugestionarlos con la renovación del tercio parlamentario. Nada le importa que los hombres que no somos civilistas, que no somos constitucionales y que no somos liberales, no nos olvidemos de que se acerca la dictadura fiscal.

El señor Pardo, que no ha tenido hasta ahora una idea propia, está actualmente en nuevo trance de plagio al señor Leguía. El señor Leguía inventó las ubicaciones anhelando la paz universal. El señor Pardo quiere en este instante exhumar las ubicaciones. Las ha exhumado ya. Está encasillando candidatos para que no haya luchas, para que no haya contiendas, para que nadie se queje a la Corte Suprema.

Pero plagia al señor Leguía sin respeto a su ideal. Lo plagia como lo plagia siempre. El señor Leguía quiso las ubicaciones para conciliar a todos los partidos y todas las tendencias. El señor Pardo quiere las ubicaciones para conciliar a los liberales, a los constitucionales y a los civilistas amigos suyos. El plagio es pues un plagio de sistema. Pero no es un plagio de orientación. Lo que en el señor Leguía fue elevado ideal, en el señor Pardo es ramplona intriga. Y, sin embargo, el señor Pardo plagia de manera patente al señor Leguía.

Cuando el señor Leguía concibió las ubicaciones y llamó a todos los partidos para pedirles que las aceptasen, hubo un clamor en el país:

–¡El ideal es noble; el sistema es inmoral!

¿Cómo clamará el país al ver que el señor Pardo desdeña el ideal y utiliza el sistema?

El señor Pardo desea las ubicaciones, la concordia, el encasillado, pero los desea para su devotos. No quiere que haya entre ellos controversias y disidencias. Las juzgaría sinceramente fenecidas. Quiere que todos los amigos del gobierno vayan al congreso dándose las manos.

Y un concepto de estética le induce a evitar las luchas porque las luchas causan tumultos, gritos, mítines y violencias.

Nadie sabe si el empeño que hoy alienta el gobierno va a ser afortunado.

Nadie.

Pero desde ahora todos le reconocen evidente eficacia de anestésico y de narcótico.

Se siente en la atmósfera olor de cloroformo.

Recónditas aficiones del régimen a la farmacopea.

(En *El Tiempo*: Lima, 22–XI–1916)

VOCES

Minuto álgido

Repentinamente todos hemos tenido un estremecimiento. Nos hemos agrupado como cuando éramos chicos y escuchábamos cuentos de aparecidos. Hemos dado diente con diente. Igual nos ocurriría si pasase sobre nosotros una ave de mal agüero.

Ya hemos sentido el hálito de la dictadura fiscal. Y casi podríamos decir que ya hemos visto el traje que le tiene preparado el señor Pardo para sacarla a la calle en automóvil.

Y hemos puesto los ojos en el reloj para no perder la hora en que la dictadura fiscal se enseñoree sobre todos nosotros.

El exordio, prólogo, vestíbulo o antesala de la prórroga del presupuesto, ha llegado a su hora álgida. Sólo que ignoramos si esta hora será breve o será larga. Mientras dure, el señor Pardo seguirá dándonos cloroformo para adormecernos y anestesiarnos. Un acto tan grave como el que prepara necesita cloroformo lo mismo que las operaciones quirúrgicas.

Y hemos sabido que ha llegado la hora álgida en virtud de su síntoma infalible. Ya ha intervenido en el debate de la sanción del presupuesto el señor Enrique Echecopar. Este es un síntoma definitivo de algidez de cualquier debate.

Las gentes esperaban la intervención del señor Echecopar con el alma ansiosa. La anhelaban y la pedían. Querían que nosotros la demandásemos en un sueltecito de "La voz del vecindario". Pero nosotros nos excusábamos por temor de que el señor Echecopar se enfadase.

La publicación de un artículo de columna y media con la firma del señor Echecopar ha despertado, pues, verdadero entusiasmo público. A estas horas Lima no comenta otra cosa. Las gentes cogen "El Comercio" y releen llenas de delectación y de alegría el artículo del señor Echecopar. Lo gustan línea por línea. Se extasían leyéndolo. Se duermen leyéndolo.

Y hay alborozadas voces en las calles:

–¡Ya ha hablado el señor Echecopar! ¡Ya ha opinado sobre el presupuesto y sobre el congreso extraordinario!

Los hombres despreocupados e ingenuos preguntan:

–¿Y qué ha dicho el señor Echecopar?

Y las alborozadas vces de las calles les contestan:

–¡Ha dicho cosas muy buenas y muy justas! Ha dicho que el gobierno no tiene la culpa de que no haya presupuesto. Que si le da la gana lo prorrogará. Que para eso es el gobierno. ¡Y todo con muy gallardo estilo y muy rotunda lógica!

Luego las alborozadas voces de las calles claman:

–¡Hay que buscar quien le contradiga al señor Echecopar! ¡Hay que fomentar controversia! ¡Cómo va a ser posible que el señor Echecopar escriba un solo artículo!

Toda la preocupacion de la ciudad está ahora en que el señor Echecopar vuelva a escribir. Se le busca réplica por amoroso anhelo de su dúplica. Y se ansía muchos artículos del señor Echecopar.

Consuela y tranquiliza la esperanza de que el señor Echecopar será generoso. Pues es varón circunspecto y altísimo, no se hará de rogar como las niñas disforzadas. Y dará al país el regalo de muchos escritos más. Su opinión sobre asunto tan transcendental no quedará dicha en un artículo sino en una serie de artículos, bien ordenada, bien numerada y bien persuasiva. Sobre todo, bien persuasiva.

Coloquios y menús

Ayer el señor Pardo tuvo un largo y grave coloquio con el señor Solar. Tan largo y tan grave que la suspicacia callejera se preguntó si el señor Pardo y el señor Solar no estarían en un instante de vacilación.

Hace varios días que se da por resuelta y ratificada la dictadura fiscal sobre todas las protestas, sobre todas las oposiciones y sobre todos los reportajes.

El mismo señor Solar, abordado por los periodistas, se rio de la alarma que producía el olvido del congreso extraordinario y se encogió de hombros ante las consternaciones pueriles de las gentes que quieren ingenuamente prenderle una lámpara a la Constitución.

Y ha bastado que el señor Pardo y el señor Solar conferencien tres horas para que las gentes se asombren y tejan cálculos, deducciones y conjeturas.

Y para que las gentes exclamen con los ojos puestos en la veleta de la

política:

–¡La veleta se ha parado! ¡La veleta vacila! ¡La veleta se arrepiente!

Pero la onda optimista ha sido fugaz. La certidumbre de que el señor Pardo tiene un orgullo muy grande y no se lleva de los consejos ha prevalecido siempre en los espíritus.

Y para que ni los más esperanzados e ilusos crean todavía que habrá congreso extraordinario, hubo ayer un almuerzo de despedida a los diputados que abandonan la ciudad.

En un "palacete" de la Avenida de San Carlos se reunieron en ágape democrático y expansivo los diputados que se van y los diputados que se quedan.

Más de cuarenta representantes quisieron rendir un último homenaje al compañerismo, a la fraternidad, a la alegría y a las viandas nacionales.

Y, como siempre, fue la minoría dueña y señora del buen humor, del alborozo, de la eutrapelia.

Tan amable estuvo la minoría, que a la hora de los brindis el señor Torres Balcázar dijo:

–¡Brindo por el señor Pardo!

Y ante la sorpresa general explicó luego que brindaba por el señor Pardo porque sin el señor Pardo no habría concluido la legislatura y sin la conclusión de la legislatura no habría habido despedida y sin la despedida no habría habido banquete.

Todos celebraron esta deducción.

Y la celebró más que ninguno el señor Velezmoro, para quien tenía una lógica maravillosa.

Y hubo un nuevo apogeo del criollismo, de la música de estudiantina, de la "causa" y del vino de la Magdalena.

Como quien dice, la última sesion de la Cámara de Diputados.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–XI–1916)

VOCES

Sesiones extraordinarias

Hay sesiones extraordinarias.

Y, lo que es más grave, hay sesiones extraordinarias sin convocatoria del poder ejecutivo.

Y estas sesiones extraordinarias, cuya mención va a asombrar acaso a las gentes metropolitanas, no son unas sesiones próximas. Son unas sesiones presentes. Sin advertirlo, porque somos muy miopes y simplones, asistimos a ellas desde hace mucho tiempo.

Esta legislatura extraordinaria ha seguido a la legislatura ordinaria. La ha seguido sin vacilaciones, sin debates y sin incertidumbres. Y tiene un único defecto: el de ser tan sólo una legislatura de la Cámara de Diputados. Está viciada constitucionalmente por ausencia absoluta del Senado.

Aquí no estamos haciendo fantasías. Aquí no estamos alucinados. Aquí no estamos mintiéndoles a las gentes.

La Cámara de Diputados continúa sesionando con periódica regularidad. Y continúa sesionando con quórum. Y, lo que es más importante, continúa sesionando con presidencia legal.

Es el señor Manzanilla quien abre, dirige y cierra estas sesiones.

Y, sin suspicacias, sin mendacidades, sin malevolencias, vamos a decir nosotros aquí que el señor Manzanilla está reprobando patentemente el capricho del señor Pardo desde hace casi un mes.

El señor Pardo ha cerrado el Congreso rotundamente. Ha dicho que ya no hay más sesiones. Ha dicho que no tiene mayoría y que si la tiene no le inspira confianza.

Y el señor Manzanilla, lleno de afabilidad y de sutileza y de sprit, ha mantenido las reuniones semanales que llevaban a su casa todos los miércoles a los diputados de la mayoría y a los diputados de la minoría.

La subsistencia de las reuniones en la casa del señor Manzanilla, a pesar de la clausura del parlamento, ha sido algo así como un recurso del

presidente de la Cámara de Diputados para recordarle al gobierno su deber de la convocatoria.

No es, pues, preciso que nosotros le pidamos al señor Manzanilla que contradiga al señor Solar. El sentimiento del señor Manzanilla se ha manifestado muy ostensible y muy claramente. Y se ha manifestado también muy gentilmente, como había que esperar que ocurriese, tratándose de persona tan esclarecida, sutil y talentosa.

El señor Manzanilla no les ha dicho a los periodistas que espera la convocatoria. Pero se lo ha dicho al gobierno, manteniendo la costumbre cortesana y galante de reunir en sus salones todos los miércoles a sus compañeros de la Cámara.

Y es así como ha habido legislatura extraordinaria.

Después del día en que se clausuró la legislatura extraordinaria, la Cámara de Diputados ha celebrado varias nuevas sesiones.

Y las ha celebrado con quórum pleno, con quórum exorbitante, con todo el quórum que puede determinar la simpatía y la devoción al señor Manzanilla.

El señor Manzanilla dice de ellas risueñamente:

–¡Sesiones de bridge!

Pero ya las llama sesiones.

Y es que este nombre solemne y significativo es suyo por antonomasia, aunque tal vez sin acuerdo de la Constitución y del reglamento.

Han sido sesiones amenas, cordiales, donairosas, expansivas, francas, alegres, fecundas, regocijadas.

Y es una lástima que no hayan podido tener la eficacia legal de darle al señor Pardo el presupuesto y de librarnos a nosotros de todo mal.

Encasillado

A esta hora, el señor Pardo tiene, sobre su escritorio y ante sus ojos, como un tablero de damas, el cuadro de vacantes del Congreso.

Y ha puesto alrededor del cuadro de vacantes montoncitos de fichas de diversos colores.

El señor Pardo está ubicando candidaturas con el raro tablero de este encasillado electoral. Como quien juega solitario, se pasa las horas luminosas y las horas sombrías, acomodando y desacomodando fichas. Juzga que en armonía con este juego de ubicaciones van a desenvolverse las manifestaciones de la voluntad popular. Y seguramente le asiste razón.

Los políticos que van al gabinete del señor Pardo encuentran sumamente interesante el estado del tablero de las ubicaciones. Y observan cómo las combinaciones que un día parecían definitivas, resultan al día siguiente desbaratadas.

Y cada candidato sabe que su nombre está escrito en una ficha. Y que el señor Pardo quita y pone veleidosamente estas fichas en las codiciadas casillas del tablero. Muy pocos son los candidatos que tienen fe en su ubicación definitiva. Los que ya han sido dueños de la fortuna de alcanzarla, están representados por una ficha coronada.

El encasillado tiene sojuzgadas casi todas las voluntades partidaristas. Las agrupaciones y los políticos siguen amorosamente el proceso del juego. Y sobre el tablero del señor Pardo convergen las miradas de los civilistas, de los constitucionales, de los liberales y de los futuristas.

Se proclama triunfalmente los nombres de los candidatos consagrados desde ahora. Y se dice, por ejemplo, que a las fichas que representan al señor Solar, al señor Zapata, el general Canevaro, al señor Manuel Bernardino Pérez, les han puesto ya corona en el tablero del señor Pardo.

Y el señor José Antonio Aramburú, alborozado y radiante, les anunciaba ayer a sus amigos:

–¡Felicítenme ustedes! ¡Ya tengo corona!

Las ubicaciones han puesto en cuarentena los juicios de los partidos sobre la política del gobierno. Los partidos saben que alrededor del tablero del señor Pardo están figurados por un montoncito de fichas de color: Piensan arredrados que un concepto imprudente puede suprimirles la entrada del encasillado. Y acaso un querubín con una espada de fuego ronda los aledaños del encasillado.

Y los constitucionales que, frente a los malos rumbos del gobierno parecían los más valientes, los más denodados, los más guapos, son los que en estos momentos, en que el señor Pardo quita y pone fichas en las casillas, se sienten más cohibidos y más trémulos.

Las gentes les gritan en las calles:

–¡A ver, ustedes, que son tan fuertes! ¡A ver, ustedes, que son tan bravos!

Y ellos se callan, que es una tontería muy grande meterse a héroes en horas tan solemnes y complicadas, en las que alguien juega mefistofélicamente.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–XI–1916)

VOCES

Cancha libre

Los candidatos a las diputaciones de Lima cabían primero en la victoria del señor Balbuena. Más tarde ya no cabían en el automóvil del señor Miró Quesada. Ahora están a punto de no caber en un ómnibus.

Y no es que estos candidatos sean enemigos y que haya temor de que se pellizquen. Es que son tantos que dentro de poco va a bastar que se reunan todos ellos para que la ciudad se alarme y haya un cierrapuertas.

La cancha libre, acordada al parecer por el señor Pardo, ha sido el origen de esta multiplicación de los candidatos. Todos los postulantes se sienten amparados por la promesa de imparcialidad del señor Pardo.

Lima va a verse en duro atrenzo para otorgar sus votos. Dos son las representaciones vacantes. Y varios son los pretendientes para quienes la voluntad popular tiene toda devoción y toda simpatía.

Los electores piensan a veces que a última hora van a tener que jugar a los dados sus votos.

Y esto ha alarmado a los candidatos, sobre todo al señor Balbuena que es el que más protestas hace contra tales pensamientos.

–¡Perdón, señores! ¡No confíen ustedes a la suerte sus decisiones! ¡El juego es fatal! ¡El juego es pernicioso! ¿No han visto ustedes que el parlamento ha querido suprimir el juego? ¡Los dados interviniendo en los movimientos electorales! ¡Horror, señores! ¡Lo improbaría la Suprema! ¡Se anularían las elecciones!

Y a última hora ha asomado la cabeza de una candidatura más. Una candidatura bien grande y bien fuerte. Una candidatura valiente y denodada. Una candidatura buena moza. Todavía no se ha descubierto totalmente. Apenas ha descubierto totalmente. Apenas si ha aguaitado la ciudad desde su ventana.

Esta candidatura que comenzó a alborotar a sus bulliciosas y regocijadas predecesoras es la del señor Jorge Prado y Ugarteche, hermano de don

Javier, de don Victoriano y de don Manuel y persona de aliento esclarecido.

Una de estas mañanas saldrá de su casa en automóvil y recorrerá la ciudad alborozadamente.

Sintiéndola inminente, los electores reflexionan en que el trance de decidir sus votos se hace más difícil cada día. Jamás pensaron que los candidatos a las diputaciones de Lima fuesen tantos y tan notables y amados ciudadanos.

Los electores se suben a las azoteas y desde ellas miran pasar a los candidatos.

Y mirándolos pasar a unos en coche, a otros en automóvil y a otros a pie, piensan gravemente en sus calidades y en sus merecimientos.

Viendo pasar al señor Torres Balcázar, redondo, colorado y solemne, piensan que es un tribuno esforzado, generoso e idealista y que es dueño por antonomasia de una credencial parlamentaria.

Viendo pasar al señor La Jara y Ureta, risueño, afable y gallardo, piensan que es un príncipe de la oratoria galante, sonora y florida, y evocan el humorista donaire de su prosa.

Viendo pasar al señor Balbuena, solícito, cariñoso y alborozado, piensan que es el más joven e ilustre de los diputados liberales y recuerdan su democrático amor al criollismo y la propaganda modernista de sus relojes niquelados.

Viendo pasar al señor Miró Quesada, grave, pequeño y elegante, piensan en su condición de burgomaestre y piensan en la ciudad pavimentada y barrida.

Viendo pasar al señor Riva Agüero, gordo, buen mozo y rosado, piensan que es fresco y lozano como una flor de conservatorio o como una manzana de California.

Viendo pasar al señor Pérez Palacio, sereno, ponderado y discreto, piensan que es amo y señor de los campos y que en defensa de su candidatura vendrán a la ciudad todas las arboledas.

Y viendo pasar al señor Prado y Ugarteche, el más nuevo de todos, el más joven de todos, el más inesperado de todos, piensan que es poseedor de títulos máximos e inmarcesibles.

Y después de asistir a este cotidiano desfile, los electores se sienten más indecisos e irresolutos.

A pesar de todos las protestas del señor Balbuena, acabarán confiando a los dados la decisión de sus votos.

As, dos, tres, cuadra, quina, sena.

El señor Balbuena les tendrá que hacer a los electores esta súplica transaccional:

–¡Un favor, señores! ¡Yo quiero ser el as!

(En *El Tiempo*: Lima, 25–XI–1916)

VOCES

Parlamentarismo

Cualquiera de estas tardes el señor Pardo se va a quedar sin ministros.

No es que sus ministros deseen abandonarlo. No es que a sus ministros le dé susto la dictadura fiscal. No es que sus ministros sean funcionarios inconsecuentes y medrosos. Es que sus ministros quieren ser representantes. Les enamora ser representantes. Les seduce ser representantes...

Y, pues quieren ser representantes los ministros del señor Pardo, la crisis ministerial es inminente.

Y no es sólo el señor Valera quien se empeña en ser elegido senador de la República. También el señor Puente, que vive en el cenit de los honores, siendo de idéntico empeño. Y de rato en rato el señor García y Lastres tiene el ensueño de una representación y apenas lo ataja su misión de director de las finanzas nacionales durante la administración del señor Pardo.

El señor Puente es otra vez candidato a una senaduría de Loreto.

La espada de general de brigada le engreía y regocijaba infinitamente. Pero este engreimiento y este regocijo tuvieron pronto una aflicción. El señor Puente se dio cuenta de que perdía su título de senador de la República. Y este descubrimiento lo consternó acendradamente. Desolado, compungido, lamentaba la pérdida de una de sus más nobles y brillantes cualidades. Y no transigía con la imperativa e injusta prescripción constitucional que le impedía ser simultáneamente ministro de guerra, general de brigada y senador de la República.

Por eso el señor Puente ha presentado su candidatura a una senaduría por Loreto.

Su popularidad en Loreto es inmensa y auténtica. Es una popularidad incontrastable. Y es una popularidad fluvial. Todos los ríos de Loreto aman con amor entrañable al señor Puente. Y el nombre del señor Puente tiene una resonancia triunfal en el Amazonas, en el Yavarí, en el Ucayali, en el Yapurá, en el Aguarico, en el Napo, en todos los ríos.

Los amigos del señor Puente hablan de esta popularidad máxima en todas partes. La proclaman y la exaltan llenos de ardor. Y se soliviantan y pierden el sentido ante las contradicciones.

–¡Todo el mundo va a votar por el señor Puente en Loreto!

–¿Hasta los chunchos?

–¡Hasta los chunchos!

–¿Hasta los árboles?

–¡Hasta los árboles!

–¿Hasta los muertos?

–¡Hasta los muertos!

Y toman aliento y agregan:

–¡El nombre del señor Puente recorre Loreto como una avenida caudalosa y retumbante!

–¿Desbordándose?

–¡Anegándolo todo! ¡Bosques, pueblos, balsas!

Y los devotos de este régimen, tan agredido, tan combatido por los maledicentes y por los pesimistas, hacen vivo comentario del amor de los ministros del señor Pardo a los puestos del Congreso. Lo elogian vehementemente. Y dicen censurando a los que hablan de olvido y menosprecio del Congreso:

–¡Esto es parlamentarismo! ¡Parlamentarismo genuino! ¡Todos los ministros quieren ser representantes! ¡Esto es amor al parlamento!

(En *El Tiempo*: Lima, 26–XI–1916)

VOCES

Monotonía

Parece que la política estuviera jugando con nosotros a los escondidos. Se ha tornado infantil sin duda alguna.

A ratos nos hace morisquetas, a ratos nos pone cara compungida, a ratos se nos escapa, a ratos se nos oculta tras de las puertas.

Y todos los días nos quedamos dormidos con la certidumbre de que la política no tiene circunspección alguna y de que es pueril e inconsciente como un niño.

Nos exaspera la travesura y la tontería de la política. Nos solivianta su falta de seriedad. Nos indigna su atolondramiento y su veletería.

Hoy hemos amanecido resueltos a pedir a gritos gravedad y juicio. Y hemos salido a la calle para hacer reflexiones transcendentales a los hombres públicos despreocupados. Y le hemos dicho al señor Balbuena:

–¡La situación es indecisa! ¡La situación es absurda! ¡Esto parece cosa de chicos!

Y el señor Balbuena, que quiere ser diputado y que pronuncia discursos todos los días, nos ha contestado:

–¡Mejor que parezca cosa de chicos! ¡Amemos a los chicos ¡Sintámonos chicos! ¡Seamos todos chicos para el árbol de Navidad que yo preparo!

Ha habido en nosotros sorpresa inaudita ante la respuesta del señor Balbuena. No hemos comprendido cómo un hombre serio ha podido respondernos de tal suerte.

Y hemos parado al señor Manzanilla:

–¡La política está loca! ¡Parece al niño atolondrado! ¿Qué vamos a hacer con ella?

Y el señor Manzanilla nos ha respondido alegremente:

–¡Comprarle un juguete!

Y, más asombrados todavía, hemos detenido al señor Secada:

–¿Cuándo va a ponerse circunspecta la política? ¿Cuándo va a ponerse

grave?

Y el señor Secada nos ha dicho riéndose:

–¡El año entrante!

Así nos contestan todos los hombres grandes de la república. Todos se encogen de hombros. Todos hacen broma. Todos se ríen. Este es un país que se muere de risa.

Y todos los días son iguales. La política va pareciéndose a la guerra de trincheras. Tiene todos los días un comunicado con las mismas palabras. Jamás hay novedades. Jamás hay alteraciones. La batalla campal está proscrita y todo es escaramuzas. Los hombres luchan subterráneamente. Hacen galerías sigilosas. Cuando menos se piensa encienden una mina y salen por el cráter. Y hay instantes en que hasta parece que se sintiera gases asfixiantes. Instintivamente todos nos llevamos el pañuelo a las narices.

Ayer hubo, sin embargo, una pequeña novedad. Una sola.

–¡Ya se acabó la inmunidad parlamentaria!

–¿Tan pronto?

–¿Cómo tan pronto? ¡Hoy hace un mes que se clausuró el congreso!

Esto lo decían las gentes con el Almanaque de Bristol en la mano.

–¿Y no tiene importancia que se haya acabado la inmunidad parlamentaria?

–No. Pero es una nota del día. Y es una nota de actualidad. ¿Ustedes no andan buscando novedades?

Y concluye el día domingo con una tranquilidad perezosa que a nosotros nos exaspera y que a las demás gentes las regocija.

Frente a la máquina de escribir hemos estado perplejos cinco minutos, buscándole un epígrafe a este artículo.

Y luego hemos escrito con displicencia:

¡Monotonía!

(En *El Tiempo*: Lima, 27–XI–1916)

VOCES

Silencio

La Universidad Mayor de San Marcos está llena de congoja. Una aflicción muy honda ensombrece los claustros y contrista las aulas. Y todas las miradas convergen amortecidas hacia una cátedra desierta.

El sonoro espíritu estudiantil se compunge. La risa expansiva y sana se cohíbe. El timbrado y jocundo clamor desfallece. El alborozo claudica.

Y es que la cátedra desierta es una cátedra ilustre. Y es una cátedra de alta majestad en esta hora política. Es la cátedra de derecho constitucional.

Y el catedrático que la ha dejado vacía es un maestro esclarecido.

La congoja universitaria ha llegado hasta nosotros hecha cólera y hecha protesta:

–¡Ustedes han adquirido una responsabilidad histórica! ¡Ustedes han interrumpido el curso de derecho constitucional!

–¿Nosotros? ¡Error, juventud estudiosa y amable! ¡Error! ¡Absurdo!

–¡Verdad! ¡Ustedes hicieron escándalo con la dictadura fiscal! ¡Ustedes abordaron al doctor Villarán! ¡Ustedes quisieron sonsacarle su parecer! ¡Ustedes le zahirieron!

–Nosotros fuimos en pos de su frase porque sabemos que es toda sabiduría.

–Pero el silencio del doctor Villarán causó los aspavientos y las suspicacias de ustedes. Y el doctor Villarán suspendió sus lecciones de derecho constitucional.

–¡Coquetería!

–Resentimiento. Justo resentimiento de sabio a quien se ofende y lastima. ¡Y el resentimiento del doctor Villarán nos ha privado de sus lecciones en un momento trascendental! ¡En el momento en que el doctor Villarán iba a ocuparse de las atribuciones del Congreso!

Así ha sido. El doctor Manuel Vicente Villarán, maestro glorioso, ha abandonado su cátedra de derecho constitucional. Y la ha abandonado a

punto en que iba a explicar las atribuciones legislativas. A punto en que iba a decir si es o no es el Congreso quien debe dictar el presupuesto.

Los discípulos del doctor Villarán, alborotados, han hecho cónclaves y mítines. Han puesto el grito en los cielos. Y algunos de ellos, curiosos e impertinentes cual periodistas, han asaltado al doctor Villarán:

–¡Doctor, doctor! ¡Tiene usted que hablarnos de las atribuciones legislativas! ¡Tiene usted que decirnos si el presupuesto debe ser obra del gobierno o del parlamento! ¡Ahora que están hablando de dictadura fiscal!

Y han jalado al doctor Villarán de la americana para llevarlo a su cátedra.

El doctor Villarán se ha indignado y ha tomado a sus discípulos por periodistas:

–¿Ustedes son de EL TIEMPO?

Y sus interlocutores, llenos de asombro, le han contestado:

–¡Nosotros somos de la Universidad!

Pero el doctor Villarán los ha dejado siempre sin respuesta:

–¡Yo no sé nada! ¡A mí no me hagan reportajes!

Y la Universidad se ha quedado consternada. Precisamente en estos momentos ansía que el doctor Villarán la ilustre desde su estrado con el libro de la Constitución en la mano. Y el doctor Villarán, en un desvío doloroso, la abandona y la desdeña.

Los jóvenes de la Universidad buscan al doctor Villarán por todas partes. Y les preguntan a las gentes:

–¿No han visto ustedes pasar al doctor Villarán?

–¿Al catedrático de derecho constitucional, al jurisconsulto ilustre, al compañero del señor Leguía el 29 de Mayo?

–¡Sí! ¡Al doctor Manuel Vicente Villarán!

–Ha pasado hace un momento en un automóvil. Ha ido a Palacio.

Los jóvenes de la Universidad se preguntan afligidos si las lecciones de derecho constitucional que el doctor Villarán les niega las estará aprovechando el señor Pardo. Y se ponen celosos.

Y las gentes de las calles dicen un comentario ácido:

–¡Miren ustedes cómo estaremos de fatales! ¡El señor Pardo quiere salirse de la Constitución! ¡Y en la Universidad la cátedra de derecho constitucional se queda vacía!

(En *El Tiempo*: Lima, 28–XI–1916)

VOCES

Cónclave tremendo

Habían trascurrido muchos días silenciosos e incoloros que acentuaban nuestro desconcierto. Nos habíamos pasado las horas con el índice en la sien. Y finalmente nos habíamos dormido sin quererlo.

Conscientes de la atmósfera anestesiante gritábamos:

–¡Hay olor de cloroformo!

Ayer nos hemos despertado violentamente.

Frente a las puertas del Palacio de Gobierno hemos visto parados varios automóviles.

Una noticia impresionante nos ha sorprendido:

–¡Hay una conferencia transcendental! ¡El señor Pardo ha reunido en su despacho al señor Amador del Solar, al señor Antonio Miró Quesada, al señor Tudela y Varela y al señor Villanueva!

Y nos hemos quedado galvanizados ante la puerta de honor de Palacio. Y hemos esperado ansiosamente mucho rato. Pero al fin nuestra constancia ha claudicado y hemos vuelto a esta casa con la convicción de que este cónclave tremendo no iba a terminar nunca.

Las gentes han ido y han venido llenas de agitación y de inquietud. Han mostrado adivinación de la entrevista. Y han dicho pertinazmente y a voces:

–¡Conferencia grave! ¡Conferencia sensacional!

–¡Ha durado dos horas!

–¡Tres horas!

–¡Cuatro horas!

–¡Medio día!

Y tanto nos han soliviantado, y tanto nos han emocionado, que hemos perdido nuestra tranquilidad y ns hemos puesto a buscar por todas partes a los políticos del cónclave.

Pero, aunque hemos recorrido la ciudad buscándolos, no hemos dado con ellos, y cuando hemos dado con ellos se han mostrado risueñamente herméticos.

En la casa del señor Solar nos han dicho que el señor Solar estaba en Chorrillos. Y en el estudio del señor Tudela nos han dicho que el señor Tudela estaba en Miraflores.

Nosotros hemos concluido persuadiéndonos de que los políticos detestan la capital y aman los balnearios. La capital les crea compromisos y apuros. Los balnearios los reciben apacibles y hospitalarios. La capital los pone a merced de los periodistas. Los balnearios los defienden imponderablemente de ellos. Una línea del tranvía eléctrico debía unir directamente el Palacio de Gobierno con todos los balnearios.

Los políticos del cónclave se han mostrado inflexibles en su reserva. Cuando los periodistas los han asediado no se han puesto serios y desdeñosos. Han tenido un sistema de discreción más eficaz. Se han puesto risueños y han contestado:

–¡Ah! ¿La conferencia de hoy? ¡Sin importancia! ¡Cambio de ideas amistoso! ¡Generalidades! ¡Nada, hombres, nada!

Y hemos tenido que créerselo. Así debe haber sido. El coloquio instigador de todos los comentarios y de todas las murmuraciones del día, no ha tenido seguramente la importancia supuesta. En él no se ha mencionado la prórroga del presupuesto. No se ha mencionado el congreso extraordinario. No se ha mencionado la situación ministerial. Se ha hablado de candidaturas. Se ha examinado la renovación del tercio. Se ha destapado el cuadro intestino del partido civil.

¡Banalidades!

Todo esto no vale una preocupación.

Son cosas del porvenir.

Y es como dice el general Canevaro:

–¡El porvenir está tan lejos!

Conquista segura

Acabamos de ver al señor Manuel Bernardino Pérez con una flor en la solapa.

Y nos ha llenado de placer el regocijo que le hemos visto en el gesto, en la sonrisa, en el paso, en la flor, en la solapa y en el ademán.

Todo en el señor Manuel Bernardino Pérez es alborozo juvenil.

En estas horas de incertidumbre y congojas políticas, el señor Manuel Bernardino Pérez parece un canto a la primavera.

Y nada hay mas justo que el júbilo del señor Pérez. Una provincia nueva, una provincia pura, una provincia inocente, una provincia recién

nacida, va a darle su representación en la Cámara de Diputados. El señor Pérez va a tener el inmenso orgullo de ser personero de una provincia sin historia y sin pecado, que es como quien dice una provincia en botón.

Hace muchos meses, desde que se sintió cercano el período electoral, el señor Pérez pensó que el año de 1917 traería para él el obsequio de una diputación. Estaba seguro de este regalo. Y se decía a veces que Madame de Thebes lo consideraría entre los grandes sucesos del año. Entre la paz del universo y la muerte de un príncipe senil. Entre un terremoto en el Asia Menor y un complot anarquista de Petrogrado.

Pomabamba despertó sus primeros pensamientos. Pomabamba se enseñoreó en sus ilusiones. Pero el recuerdo del desvío ingrato de Pomabamba le hizo olvidar a la provincia bien amada. Puso entonces los ojos en Pataz. Y mandó a Pataz muchas cartas, muchos manifiestos, muchos programas y muchos retratos.

Las gentes de Pataz no son gentes comprensivas. Tienen atrofiado el sentido de la admiración. Aceptaron los requerimientos amorosos del señor Arana y Santa María que es futurista y católico y del señor Gonzalo Herrera que es católico no más. Y le devolvieron al señor Pérez sus cartas, sus manifiestos, sus programas y sus retratos. Lo que más consternó al señor Pérez fue que le devolvieran sus retratos.

Pero como el régimen es muy previsor y ama en demasía al señor Pérez, había creado para él una provincia. Le reservaba el honor de ser elegido representante de una provincia fresca y joven como una virgen. Y quería que el señor Pérez fuese amado por una provincia que no hubiese tenido antes amor alguno.

Así es como el señor Pérez va a ser electo por la nueva provincia de Cajamarquilla.

Una provincia adolescente e impúber sueña hace muchos días con el señor Pérez. Y piensa que ha sido creada para él. Y se estremece de alegría.

A Cajamarquilla han ido muchas cartas, muchos manifiestos, muchos programas y muchos retratos del señor Pérez. Y de Cajamarquilla no ha habido quien le devuelva un retrato siquiera al señor Pérez. Cajamarquilla se entrega al señor Pérez, rendida, enamorada, seducida.

Y en Lima el señor Pérez sonríe, piensa en Cajamarquilla y se pone una flor en la solapa.

Es negocio de sentirse poeta y escribir un epitalamio.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–XI–1916)

VOCES

Clausura

Ya no es posible hablar siquiera de legislatura extraordinaria.

El señor Manzanilla ha clausurado sus recepciones a los diputados.

Las últimas sesiones de la cámara joven han concluído.

Ayer este suceso fue el que estuvo en todos los comentarios callejeros. La clausura del congreso tendría siempre resonancia menor que la clausura de las recepciones del señor Manzanilla. Aparte de que una determinación del señor Manzanilla es siempre trascendental.

Las gentes discurrían propagando y glosando la noticia:

–¡Esta noche no hay recepción en la casa del señor Manzanilla!

Y cuando un despreocupado les decía:

–Esa es una nota social–, se indignaban y protestaban las gentes:

–¡Inexacto! ¡Es un acontecimiento político! ¡Es un síntoma! ¡Es una revelación!

Los periodistas reflexionaban inmediatamente en hacerle un reportaje al señor Manzanilla para preguntarle por qué no reunía ya a sus amigos.

Nosotros pensamos en hacerle más bien un reportaje al señor Balbuena. Y nos echamos en busca de él.

El señor Balbuena no se parece a los demás políticos. No se escapa de los periodistas. No se esconde en los balnearios. Como es candidato tiene que estar visible en todas partes. Sus electores le necesitan a cada instante y el señor Balbuena quiere estar siempre cerca de sus electores.

Hemos abordado al señor Balbuena en la calle:

–¡Doctor Balbuena! ¡Hay un acontecimiento grave! ¡Un acontecimiento político!

–¿Cierto? ¿Otra conferencia?

–¡No, doctor! ¡Un acontecimiento mas grande! El señor Manzanilla ha suspendido sus recepciones.

–¡Muy sensible! ¡Muy sensible!

–¿Y qué piensa usted, doctor, de este acontecimiento?

–¿Se puede pensar algo de él? No se me ocurre nada. No opino nada.

Hemos pensado acongojados que el señor Balbuena no era ya tan amante y buen discípulo del señor Manzanilla como antes. Nos hemos quedado asombrados y hemos estado a punto de despedirnos inmediatamente del señor Balbuena. Pero el recuerdo que el señor Balbuena había conferenciado anteayer con el señor Pardo nos ha instado a hacerle nuevas e interesantes preguntas.

–¿Usted estuvo anteayer en Palacio, doctor?

–Sí, amigos míos. Lo dicen los periódicos. Lo sabe todo el mundo.

–Anteayer estuvieron también en Palacio el señor Solar, el señor Miró Quesada, el señor Villanueva y el señor Tudela y Varela.

–Efectivamente. Anteayer estuvieron muchos personajes en Palacio.

–¿Quiere usted darnos algún dato de su entrevista con el señor Pardo? ¿Quiere usted contarnos algo en secreto?

–Pero si yo no he tenido entrevista alguna con el señor Pardo.

–¡Entonces los periódicos mienten! ¡Entonces todo el mundo miente!

–¡No, señores! ¡Hay que ser benévolos! ¡No mienten! Se equivocan. ¡Y a mí no me conviene desmentirles! ¡Yo fui a Palacio para hablar con Concha!

Y el señor Balbuena se ha reído alborozadamente.

Y luego nos ha dicho despidiéndose:

–¡No desmientan ustedes mi entrevista con el presidente!

Nos hemos indignado. Y ha soliviantado nuestra indignación el comentario malévolo de un amigo que nos ha dicho:

–¡El señor Balbuena no podía dejar de ir a Palacio en día en que iban a él los mas esclarecidos y devotos amigos del señor Pardo! ¡Necesitaba ir a Palacio de todas maneras! ¡Sólo le faltaba el pretexto! ¡Y por fin lo encontró! ¡Fue a Palacio a regalarle un reloj al señor Concha!

(En *El Tiempo*: Lima, 30–XI–1916)

VOCES

Aventura extraña

Hemos tenido en las manos un retrato de Tórtola Valencia. Lo hemos mirado de cerca y de lejos, lo hemos mimado, lo hemos engreído.

Un amigo se ha acercado a nosotros y nos ha preguntado:

–¿De quién es ese retrato? ¿Del señor Pardo? ¿Del señor Leguía?

Hemos respondido:

–¡Es el retrato de Tórtola Valencia!

Y nuestro amigo nos ha dicho:

–Perdón. Es que acabo de ver dos retratos. Uno del señor Pardo y otro del señor Leguía. Uno grande y uno chico. Uno con dedicatoria y otro sin dedicatoria.

Hemos guardado el retrato en un cajón de nuestro escritorio y hemos comentado despreocupadamente la noticia.

–Ajá.

Entonces nuestro amigo nos ha hecho una invitación:

–¡Vengan ustedes conmigo a ver esos retratos! ¡Son muy interesantes! ¡Son muy sugerentes! ¡Inspiran múltiples filosofías! ¡Vengan ustedes conmigo!

Hemos echado llave a nuestro escritorio y nos hemos parado resignadamente.

–Vamos.

Y nos hemos preguntado si se nos llevaba a una fotografía.

Pero no se nos ha llevado a una fotografía. Nos han llevado a la casa del general Cáceres. Nos han metido subrepticiamente en ella. Hemos entrado furtivamente a su salón como unos apaches. Y le hemos preguntado a nuestro amigo, desconcertados e inquietos:

–¿Qué va a pasarnos? ¿Qué va a sucedernos?

Nuestro amigo nos ha tranquilizado como en los folletines misteriosos:

–Nada.

Y luego nos ha enseñado un retrato del señor Pardo. El retrato del señor Pardo era chico y tenía dedicatoria. Y estaba sobre una mesita frágil y rinconera. Y nos ha enseñado enseguida un retrato del señor Leguía. El retrato del señor Leguía era grande y no tenía dedicatoria. Y estaba en el testero.

Hemos escrutado los dos retratos. Los hemos mirado de cerca y de lejos. Los hemos admirado. Y después hemos dicho:

–¡Muy bonitos! ¿Son de Courret? ¿Son de Goyzueta?

Pero nuestro amigo nos ha contemplado con asombro y nos ha preguntado:

–¿Y no me dicen ustedes nada? ¿No deducen ustedes nada? ¿No sienten ustedes nada?

Nos hemos quedado estupefactos como unos infelices y hemos respondido:

–Nada.

–¡No puede ser! ¡Abran ustedes los ojos! ¡Abranlos bien grandazos! ¡Abran ustedes el entendimiento! ¡Abranlo bien grandazo! ¡El retrato del señor Leguía está en el testero! ¡El retrato del señor Pardo esta en una rinconera! ¡El señor Leguía está en Europa! ¡El señor Pardo está en Palacio!

Nos hemos quedado con la boca abierta.

Y hemos vuelto a mirar el retrato del señor Leguía y el del señor Pardo. El del señor Leguía en el testero y el del señor Pardo en una mesita.

Y nuestro acompañante seguía exclamando:

–¡El retrato del señor Leguía grande, majestuoso, severo! ¡El retrato del señor Pardo elegante, bonito, gracioso! ¡Y el general Cáceres ha puesto a aquél en el testero y a éste en una mesita! ¡En otra mesita está un retrato bijou!

Este hombre tremendo nos ha zarandeado, nos ha gritado, nos ha hecho mil aspavientos.

Y cuando hemos salido de la casa del general Cáceres, sigilosamente, presurosamente, medrosamente, como unos apaches, nuestro amigo nos ha dicho en una oreja:

–¡Ya han entrado ustedes en el alma del general Cáceres!

Nos hemos callado y hemos volteado la cara para ver el portero.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º –XII–1916)

VOCES

Glosa callejera

Un gobiernista, un pardista, un áulico, un palatino, un magnate, un hombre grande de este régimen, que es al mismo tiempo nuestro amigo, nos ha parado en la calle y nos ha dicho:

–¿Con que viene el señor Leguía?

Y nosotros le hemos respondido:

–Así nos han contado.

Y nuestro amigo nos ha hecho interrogatorio risueño y encarnizado:

–¿Viene antes que Gaona o después que Gaona?

Nos hemos quedado estupefactos. Y nos ha escamado la sonrisa de nuestro amigo.

Pero le hemos preguntado:

–¿Cuándo viene Gaona?

–Antes de Pascua de Navidad.

–El señor Leguía vendrá en la primera quincena de enero.

–¿Entonces va a venir después de Pascua de Reyes?

–Lo guiará la Estrella de Oriente lo mismo que a los tres magos. Estoy seguro. ¿No lo creen ustedes también?

–Acaso.

–Pero debía venir en otra fecha. Debía venir después de Pascua de Resurrección. ¿Ustedes qué piensan de esto?

–Nada.

–Estan ustedes herméticos. ¡Hablen! ¡Espontanéense!¡Prodíguense! ¡A ver! ¿Qué piensa el señor Villanueva del viaje del señor Leguía?

–Iremos a preguntárselo.

–¿Y el señor Málaga Santolalla? ¿Y el señor Salomón? ¿Y los demás

señores leguiístas? ¿Cuántos son los demás señores leguiístas?

–Muchos. Muchos. Muchos. Nosotros no sabemos cuántos.

–¿Y no saben ustedes lo que piensan? ¿No lo sospechan?

–Ir a recibir al señor Leguía.

–¿Y qué más? ¡Hablen! ¡Espontanéense! ¡Prodíguense!

–Nosotros no somos políticos. Somos periodistas no más.

–Están ustedes herméticos. Están ustedes reservados.

Hemos pensado que este gobiernista se empeña en tomarnos el pelo y en hacernos un reportaje. Y nos hemos indignado.

Evidentemente el comentario del viaje del señor Leguía está en todas partes. Vuela, ondula, salta, se zambulle, reaparece, cabrillea.

Los hombres de Palacio se sonríen y les tocan en el hombro a las gentes:

–¿Con que va a venir el señor Leguía?

Y las gentes les gritan soliviantadas:

–¡Claro!

Los hombres de Palacio sonríen, se inclinan y replican con mucha cortesía:

–Bueno.

Y se van.

Y el anuncio del viaje nos ha servido para darle una broma y un susto al señor Balbuena. Lo hemos detenido en las calles y le hemos dicho:

–¿Ya sabe usted para qué viene el señor Leguía?

–Para saludarnos, para apretarnos las manos, para mirarnos la cara.

–No. ¡Para lanzar su candidatura a una diputación por Lima!

–¡Imposible! ¡El señor Leguía no puede querer una diputación! ¡Una figura política tan grande! ¡Un ex–presidente de la República! ¡Un hombre eminentísimo! ¡Un caudillo! ¡Imposible!

–Cierto. El señor Leguía ama al pueblo de Lima. Desea su representación. El señor Leguía tiene sus caprichos.

–¡No me alarmen ustedes! ¡Por Dios! ¡Díganme que es una broma!.

–No lo es.

Ha habido una pausa.

Pero después de ella, el señor Balbuena reportado, serenado, sonriente, nos ha dicho:

–¡Bueno! ¡Perfectamente! ¡Admirablemente! ¡Yo no me alarmo! ¡Que se alarmen los otros candidatos! ¡Que se alarme Riva Agüero! ¡Que se alarme La Jara! ¡Que se alarme Miró Quesada! ¡Que se alarme Torres Balcázar! ¡Yo no tengo contendor!

Más candidaturas

Las gentes pensaban que la clausura del Congreso privaba al país del favor de los proyectos del señor Borda.

Han estado equivocadas.

Ayer, el señor Borda se presentó ante el jurado de Ciencias Políticas, cogido de las manos con el señor Luis Felipe Villarán.

Y ambos, el diputado por Lima y el sub–gerente de la Recaudadora, dieron examen de Derecho Administrativo.

El jurado es ya histórico. El doctor Francisco Tudela y Varela, el doctor José Varela y Orbegoso y el doctor Luis Felipe de las Casas.

El examen fue sensacional.

Se contaron, entre sus espectadores, el doctor Adolfo Villagarcía, que es presidente de la Corte Suprema, el doctor Hildebrando Fuentes, que es profesor de Metafísica y el doctor Manzanilla que es muchas cosas pero que no necesita ser sino el señor Manzanilla.

El examen del señor Villarán tuvo un tema de actualidad: ministros y presupuestos.

Y el examen del señor Borda versó sobre reformas totales de la administración.

Hubo muchas notas interesantes.

El señor Borda se presentó con sus cuarenta proyectos en papel celeste.

Y el señor Tudela y Varela, que se siente siempre "leader" de la mayoría, le hizo objeciones y le armó controversia.

Los dos universitarios eminentes, el diputado por Lima y el subgerente de la Recaudadora, alcanzaron la nota 20.

Bueno. Más que bueno. Sobresaliente.

Y esta nota los pone en aptitud de disputarles la contenta a los universitarios jóvenes que han obtenido la misma nota.

Hay, pues, dos candidaturas nuevas.

Felizmente son sólo candidaturas a una contenta.

(En *El Tiempo*: Lima, 2–XII–1916)

VOCES

Oratoria festiva

La minoría parlamentaria no ha dejado de hacer discursos. Los sigue haciendo. Los hará siempre. Su oratoria es imperecedera.

Ya la oratoria de la minoría no es oratoria de combate. Es sólo oratoria de banquetes. Oratoria de brindis. Oratoria cortesana. Oratoria festiva.

Y, pues la minoría necesita prodigar los discursos y los brindis, necesita también prodigar los banquetes. Y los prodiga con espíritu alborozado, humorista y glotón.

Un día le dio un banquete al doctor Manuel Químper. Otro día le dio un banquete al señor Torres Balcázar y al señor Basadre despidiéndoles de la Cámara por la terminación de su mandato y deseándoles el regreso. Otro día le dio un banquete al señor Secada por su cumpleaños.

Las fiestas al señor Secada han sido múltiples. Comenzaron el 30 de noviembre, día en el que el país sintió la necesidad imperiosa de celebrar el cumpleaños del señor Secada, y no terminarán sino hoy. Comenzaron con un almuerzo en Bellavista y terminarán con un almuerzo en Otero.

El mes de noviembre no ha sido sólo mes de apoteosis para Bolognesi. No ha sido sólo mes de apoteosis para la batalla de Tarapacá. No ha sido sólo mes de apoteosis para el general Cáceres. Ha sido también mes de apoteosis para el señor Secada.

El señor Secada no podía cumplir años sino en el mes de noviembre. El mes de noviembre lo reclamaba, lo demandaba, lo exigía. A nadie en el Perú podía ocurrírsele que el señor Secada cumpliese años en un mes distinto.

Así lo pregona, así lo reclama, así lo dice todo el mundo.

Nosotros, que a veces somos muy ingenuos y muy simplones, no sabemos explicárnoslo.

Ayer nos han dicho:

–El señor Secada estaba obligado a cumplir años en el mes de noviem-

bre. Y estaba obligado a cumplir años el 30 de noviembre.

Y nosotros hemos preguntado con candidez y pertinacia:

–¿Por qué? ¿Por qué?

Para que nos contestasen con un gesto:

–¡Por que se lo habían ordenado en un plebiscito nacional!

No lo hemos contradicho. Tenemos un alma tímida y crédula que le ha cogido un miedo enorme a la controversia.

Hoy se realiza el último de los agasajos al señor Secada. El epílogo de su apoteosis. Van a rodearlo en una mesa campesina y criolla muchos de sus compañeros de la cámara de diputados. Y va a sentarse junto a él el señor Manzanilla. Va a ser ésta casi una sesión extraordinaria, cordial y humorística de la cámara joven. La minoría continuará diciendo discursos y continuará rindiendo su culto devoto a la oratoria.

Y las gentes seguirán preguntándose en las calles:

–Y la mayoría, ¿por qué no se reúne? ¿Por qué no se junta? ¿Por qué no se festeja? ¿Por qué no celebra sus éxitos? ¿O es que la mayoría está triste? ¿O es que no es mayoría?

Y el puerto y la metrópoli seguirán festejando el "santo" del señor Secada, que es un "santo" del 30 de noviembre, que es un "santo" simpático, que es un "santo" alegre. Y que es el "santo" de un hereje.

Consagración

Los hombres nerviosos y vehementes de la ciudad se paran, miran al cielo, abren los brazos, bajan luego la mirada y les preguntan a los transeúntes:

–¡Vamos a ver! ¿Quién defiende al señor Pardo? ¿Quién elogia su política? ¿Quién saca la cara por ella?

Los transeúntes, serenos y ponderados, responden:

–¡Qué sabemos nosotros!

Y siguen su camino.

Los hombres nerviosos continúan haciendo aspavientos y continúan preguntando a gritos:

–¿Quién defiende al señor Pardo? ¿Quién nos dice "esto que hace está bien hecho"?

Y es que los hombres nerviosos no conciben que haya dictadura fiscal y que no haya en cambio periódico que diga claro que es buena, que es loable, que es oportuna, que es justa, que es provechosa.

Todas las mañanas, tras el desayuno, con el sabor de la última tostada en la boca, estos hombres se sientan en una mecedora y revisan uno a uno los periódicos.

Y después de leer las protestas de la prensa de oposición y de reírse de las morisquetas que le hace al señor Pardo, se levantan y preguntan:

–¿Quién dice lo contrario?

Estos hombres no entienden que en una hora de controversias y de luchas, en que hay tantos clamoreos contra el gobierno, los diarios amigos del gobierno no salgan a defenderlo y elogiarlo.

Y se indignan más cuando ven que la prensa amiga del gobierno, por todo elogio, le dice al señor Pardo que es un mandatario honesto, que maneja con austeridad la hacienda pública y que paga las deudas y las pensiones.

El comentario de las calles le da plenamente la razón a los hombres nerviosos y vehementes que se indignan y que gritan.

Y es muy justo.

Tanto se elogia las aptitudes de pagador puntual del señor Pardo, tanto se las exalta, tanto se las alaba, que el país va a concluir convenciéndose equivocadamente de que el señor Pardo sólo tiene esas aptitudes.

Va a pensar que el señor Pardo, si no fuera presidente de la república, sería pagador de los montepíos o del Banco.

Va a imaginarse la posibilidad de que aspire algún día al cargo de cajero fiscal.

Y, por consiguiente, va a darle un susto muy grande y prematuro al señor Bruno Bueno.

(En *El Tiempo*: Lima, 3–XII–1916)

VOCES

Día de fiestas

Ayer fue un día de fiestas. Fiesta del señor Prado y Ugarteche. Fiesta del señor Secada. Fiesta aquí. Fiesta allá.

Tórtola Valencia hizo fiesta grande de las carreras.

Se reía y hacía aspavientos con las manos y con la sombrilla.

Las gentes la seguían, la rodeaban, la admiraban y la comentaban:

–¡Le ha jugado a Springfield! ¡Le ha jugado a Springfield!

Y nosotros nos empeñábamos en preguntarle si le parecía bien o si le parecía mal la prórroga del presupuesto y en hacerle un reportaje sensacional.

Pero todas las gentes se oponían.

Y, persuadidos de que en las carreras no íbamos a conseguir un reportaje político, dejábamos las carreras y nos restituíamos a la ciudad.

La ciudad nos ponía al frente del señor Secada y de sus compañeros de la cámara de diputados que acababan de almorzar a la criolla.

Mientras le apretábamos las manos al señor Secada, todos sus compañeros nos rodeaban y nos hablaban a la vez.

Y nosotros le oíamos al señor Balbuena:

–¡Ha triunfado una vez más el nacionalismo! ¡Todo ha sido criollo! ¡Ha estado el señor Gamarra!

Nos despedimos.

El señor Secada y sus amigos seguían su camino.

Y el señor Químper nos llamaba para partir con nosotros una murmuración como si fuera un confite:

–¿Ven ustedes al señor Balbuena?

–¡Sí le vemos!

–¿Y cómo lo ven ustedes?

–¡Muy contento!

–Y saben ustedes por qué está muy contento?

–El señor Balbuena está contento siempre.

–¡Pero hoy está mas contento que nunca! ¡Y es que está seguro de haber

conquistado un voto! ¡El del señor Secada!

–¡Y tiene razón!

–¡No, señores! ¡Balbuena se engaña! ¡El señor Secada no podrá votar por él! ¡El señor Secada está inscrito en el Callao!

Y el señor Químper nos dejaba llenos de risa.

Seguíamos caminando.

Nos metíamos en la casa del señor Javier Prado y Ugarteche. Le decíamos nuestro saludo. Le deseábamos un cumpleaños feliz.

Todos los hombres grandes de la ciudad estaban en la casa del señor Prado y Ugarteche. Todos le celebraban. Todos le enaltecían. Todos le mimaban.

Era éste un besamanos imponderable.

El señor Prado y Ugarteche estaba enseñoreado en el espíritu metropolitano.

Hasta nosotros, perdidos entre el torbellino de los visitantes, nos sentíamos infinitamente cortesanos, infinitamente galantes, infinitamente rendidos, en obsequio del señor Prado y Ugarteche.

Y repentinamente la residencia del señor Prado y Ugarteche tuvo una visita oficial. La visita de un edecán del señor Pardo, que le llevaba el recado de la simpatía y del recuerdo presidenciales.

Las gentes le miraban la cara al edecán. Le miraban el uniforme. Le miraban los entorchados. Le miraban la espada.

Y el japonés Ysigala, jefe del servicio del señor Prado, salía tres veces a decirle al edecán presidencial que su señor no estaba.

Pero el edecán se obstinaba y el señor Jorge Prado tenía que recibir el recado del edecán obstinado.

Y apenas volvía las espaldas se empeñaban en una apuesta:

–¡Voy a que el Sr. Prado y Ugarteche no visitará al señor Pardo para agradecerle la cortesía!

–¡Voy a que visitará al señor Pardo!

Y la controversia se generalizaba.

Luego en las calles la encontrábamos vagando alocadamente. Y nos daban una noticia:

–También en el gobierno se ha hecho sport. El señor Riva Agüero ha dicho que el señor Prado irá a Palacio. Y el señor Valera ha dicho que no irá. Y entre los dos hay una apuesta. ¡Una apuesta sensacional!

Nosotros, que no tenemos por qué meternos en nada, nos tapamos los oídos con las manos.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–XII–1916)

VOCES

Partido flamante

Silenciosamente, discretamente, recatadamente, ha nacido un partido más. No se sabe si es un partido político. No se sabe si es un partido de principios. No se sabe si es un partido gobiernista. No se sabe si es un partido de oposición. Sólo se sabe que es un partido.

Esta agrupación flamante y buena moza ha nacido sin alboroto, sin anuncios, sin reportajes, sin convenciones, sin aspavientos, sin ceremonias.

Se diría que no ha querido parecerse al futurismo y que por eso no ha constituido junta directiva ni ha publicado programa.

Y se diría otras muchas cosas.

Pero lo que más se dice, lo que más se propala, lo que más se difunde, es que es una agrupación bien grande, bien fuerte y bien rica.

Tiene un ideal elegante y bizarro.

Y ha nacido con la gracia del Espíritu Santo.

La ciudad la ha sentido palpitar en sus entrañas llena de amor, de alegría y de entusiasmo, y ha dicho:

–¡Es el "bernalismo"! ¡Es el "bernalismo"!

Y ha proclamado que el señor José Carlos Bernales es el jefe, motivo, razón, base, cúspide, domo, pontífice, cabeza visible e invisible, alma, cerebro, idea, sentimiento y espina dorsal del partido nuevo.

El señor Velezmoro lo dice muy claro:

–¡Si no existiera el señor Bernales no existiría el "bernalismo"!

Y todas las gentes de la ciudad van y vienen gritando:

–¡Ya el "bernalismo" tiene partida de bautismo!

–¡Ya es un partido grande!

–¡Ya tiene órgano!

–¡Ya tiene gloria!

Anteayer, en el almuerzo al señor Secada, el señor Químper, que es por

diletantismo un propagandista fervoroso de los partidos nuevos, hizo el elogio del bernalismo.

Dijo que el señor Balbuena era su leader en la Cámara de Diputados. Y el señor Balbuena asintió con la cabeza y con la mano derecha.

La ciudad, que lo sabe todo, se pregunta a cada rato:

–¡Cómo! ¿El señor Balbuena no es liberal?

Y el señor Balbuena se escapa en una victoria para no absolver la pregunta.

Pero a sus íntimos nos hace confidencias:

–Miren, ustedes. El partido civil está muy viejo. Sufre achaques, reumatismo y ronquera. El partido nacional democrático está muy niño. Pide una nodriza. El partido demócrata nació para ser adversario del partido civil. Su enemigo está caduco. El partido liberal es mi partido. ¡Mas, aparece el bernalismo y yo entonces vacilo! ¡Yo entonces me detengo! ¡Yo entonces me agarro la cabeza! ¡Bernales es el hombre! ¡Bernales es buen mozo! ¡Bernales es simpático! ¡Bernales es talentoso! ¡El bernalismo puede ser el partido oportuno!

Y luego el señor Balbuena nos da unos consejos muy insinuantes, muy persuasivos y muy a la sordina:

–¡Adhiéranse ustedes al "bernalismo"! ¡Ustedes que no están en ningún partido!

(En *El Tiempo*: Lima, 5–XII–1916)

VOCES

Correo emocionante

Los periodistas no somos en este momento periodistas. Somos postas. Somos mensajeros. Somos correos. Llevamos y traemos cartas. Y las llevamos y las traemos sin timbre fiscal. Uno de estos días el señor Zapata nos va a someter a juicio militar.

Los grandes hombres del Perú se están escribiendo y se están contestando en las columnas de los diarios.

Carta del señor Ulloa al señor Manzanilla. Carta del señor Manzanilla al señor Ulloa. Nueva carta del señor Ulloa al señor Manzanilla. Carta del señor Salazar Oyarzábal.

Vamos a tener la sensación de que nos pasamos las horas corriendo entre la casa del señor Ulloa, la casa del señor Manzanilla y la casa del señor Salazar y Oyarzábal.

Todos los recados son para el señor Manzanilla. Y el señor Manzanilla se defiende de todos los recados con las dos manos. Y se esconde detrás de sus libros, detrás de sus expedientes y detrás de su sonrisa.

Ayer encontramos a todas las gentes en la ciudad indignadas y soliviantadas.

Pensamos que ya había salido el decreto de la prórroga del presupuesto y las gentes se habían molestado mucho. O que se había convocado a Congreso Extraordinario y las gentes se habían molestado también.

Las gentes nos cogieron de las mangas de la americana y nos preguntaron:

–¿Ustedes siguen siendo admiradores del señor Manzanilla? ¿Ustedes siguen siendo amigos del señor Manzanilla?

Nos hemos inclinado hasta el suelo:

–¡Muy admiradores! ¡Muy amigos!

Las gentes nos han gritado entonces y nos han metido por los ojos la carta del señor Manzanilla:

–¡Pero no han leído ustedes esta carta! ¡No saben ustedes lo que

representa! ¡No ven ustedes que el señor Manzanilla se escapa! ¡No ven ustedes que el señor Manzanilla se esconde! ¿Les parece a ustedes bien que un maestro tan grande no sepa cuadrarse, no sepa erguirse, no sepa pararse firme? ¿Les parece a ustedes bien que se achique y que se meta debajo de la cama?

Y entonces nosotros hemos respondido:

–¡Claro que no!

Y le hemos dicho un minuto después a un amigo nuestro:

–¿Ha leído usted la carta del señor Manzanilla? ¿Le parece a usted bien que el maestro se achique y que se meta debajo de la cama? ¡Un error! ¡Una fuga!

Pero este amigo nuestro se ha sonreído y nos ha sosegado:

–Cálmense ustedes. No lean ustedes la carta. Lean su interlínea. Allí dice el señor Manzanilla lo que no quiere decirles a los periodistas. Allí le hace reproches al gobierno.

Nosotros hemos cogido el periódico y hemos leído la carta para ver la interlínea.

Y hemos llamado por teléfono al señor Manzanilla para hacerle un reportaje.

El señor Manzanilla nos ha invitado a que lo visitáramos en su estudio. Nos ha parecido que nos llamaba con las dos manos:

–¡Vengan ustedes a mi estudio! ¡Vengan ahora mismo! ¡La visita de ustedes me llena de alegría y de placer!

Y en su estudio el señor Manzanilla nos ha dicho sonriendo ante el reportaje:

–Mi carta está muy pensada. No le quitaré ni le agregaré una palabra.

–¿Y la interlínea?

–No hay interlínea alguna. Yo no sé escribir con interlínea. Me falta sutileza. Me falta ingenio. Me falta intención.

–¿Y la idea de la reforma constitucional?

–Es una antigua idea mía. No es una idea oportunista. Es una idea principista. Y créanme ustedes que no me ocupo de política. Me ocupo de la Universidad. Me ocupo de mi clientela. Estoy haciendo un libro. Miren las pruebas. ¡En cuanto esté impreso les mandaré un ejemplar!

Hemos salido a la calle para que las gentes nos dijeran:

–Ya ha replicado el señor Ulloa.

Ingenuamente hemos exclamado:

–¡Tan pronto!

Cónclave chico

Ayer no hubo cónclave en Palacio. No hubo cónclave de los leaders civilistas. Pero hubo cónclave de la minoría. Toda la minoría se reunió en un ágape. Y el señor Secada fue anfitrión, leader y niño engreído de la fiesta.

La ciudad no quiso creer que la reunión de la minoría hubiese sido una reunión inocente. No quiso creer que la fiesta hubiese sido una fiesta.

Hubo profusos comentarios:

–¡La minoría se ha conchabado! ¡La minoría se ha conjurado!

–¡No es cierto! ¡La minoría ha tenido un almuerzo!

–¡Imposible! ¿Otro almuerzo? ¿Todavía dura el cumpleaños del señor Secada?

–No. Ahora el señor Secada agasaja a la minoría

–¡Disfraces! ¡Ha sido una reunión política!

–¡Suspicacia!

–¡Verdad! ¡La minoría ha tomado un acuerdo sensacional!

–¿Le va a escribir otra carta al señor Manzanilla?

–Tal vez.

–¿Entonces el señor Manzanilla va a pasarse la vida contestando cartas políticas? ¡El que está tan ocupado! ¡El que tiene tanta clientela! ¡El que tiene tantas defensas!

Todas las gentes han seguido obstinadas en que la reunión de la minoría ha sido una reunión sensacional. Forjan versiones. Imaginan acuerdos. Inventan debates.

Y tejen extravagantes deducciones:

–La minoría se ha reunido en la Huerta Lima. La Huerta Lima está en Otero. Otero está junto a la pampa del Medio Mundo. En la Pampa del Medio Mundo se realizan los duelos a pistola y los duelos a sable. En la Pampa del Medio Mundo se hacen ejercicios de tiro. La Pampa del Medio Mundo está en las faldas del cerro de San Cristóbal. En el cerro de San Cristóbal está la Telefunken.

Un largo proceso de suspicacias que intenta desentrañar no sabemos qué imaginarios simbolismos.

(En *El Tiempo*: Lima, 6–XII–1916)

VOCES

Lasitud

Hemos ido a mirar el calendario de don Juan Ríos para ver qué día es. Y el calendario de don Juan Ríos nos ha dicho que hoy es 6 de diciembre. Y que la luna está otra vez en cuarto creciente.

Nos hemos quedado pasmados.

–¡Cómo! ¿Ya es el 6 de diciembre? ¿Ya va a acabarse el año? ¿Ya va a llegar la Pascua? ¿Ya van a prenderse los castillos de fuegos artificiales?

Los candidatos a las diputaciones de Lima nos han añadido:

–¡Ya están cerca las elecciones políticas!

Nosotros hemos seguido con los ojos puestos en el calendario.

–¿Y por qué no ha salido todavía el decreto de la prórroga de presupuesto?

Nos hemos sentado para descansar.

Estamos muy fatigados.

Hace más de cuarenta días que estamos gritando en el desierto. Hace más de cuarenta días que estamos alzando las manos al cielo. Hace más de cuarenta días que estamos predicando la prudencia, la templanza y el amor de Dios.

Y ya tenemos seca la lengua, áspera la garganta, exhaustos los labios, pálido el semblante y fláccidos los músculos.

Cuarenta días no más estuvo Jesús en el Desierto. Y le tentó el demonio. Cuarenta días duró el diluvio universal. Y apareció el día cuarenta y uno la paloma con el olivo en el pico.

A nosotros nos ha tentado el diablo, pero no nos ha traído ninguna paloma una rama de olivo.

Los cuarenta días que nosotros venimos sufriendo se parecen a los cuarenta años de la peregrinación de los hebreos.

Ya no hay reportajes. Ya no hay cartas. Ya nadie habla. Ya nadie escribe. El señor Ulloa se ha gastado solito todos los conceptos y toda la

tinta que había en Lima. Y nos ha arruinado. Ha dicho él tanto que ya nosotros no sabemos casi qué vamos a seguir diciendo.

Las gentes han amanecido alborotadas con un montón de cartas y un montón de reportajes entre las manos.

Y han salido a la calle para preguntar a gritos:

–¿Qué va a decir ahora el señor Manzanilla?

Y se han agrupado a las puestas de su casa para pedirle:

–¡Que salga! ¡Que hable!

Pero el señor Manzanilla se ha callado. Se ha puesto el índice en la boca. Y nos ha dicho a nosotros aparte:

–¡Por Dios! ¿Qué quiere la gente?

Nosotros le hemos contestado:

–¡Que hable usted! ¡Que le replique usted al señor Ulloa! ¡Que le replique usted al señor Salazar y Oyarzábal!

Y el señor Manzanilla se ha cruzado de brazos:

–¡Pero si yo estoy muy ocupado! ¡Si yo no puedo hacer más cartas! ¡Si yo no tengo tiempo para escribir artículos! ¡Si yo soy abogado!

Y nosotros le hemos interrumpido entonces:

–¿Y cómo el señor Ulloa ha escrito nuevamente? ¿Y cómo el señor Ulloa tiene tiempo?

Para que el señor Manzanilla nos respondiese:

–¡El señor Ulloa es periodista!

(En *El Tiempo*: Lima, 7–XII–1916)

VOCES

La última carta

Estábamos con la cabeza entre las manos y con los codos sobre la máquina de escribir. Buscábamos un enredo, una complicación, una noticia. Y nos apretábamos las sienes, como si tuviéramos jaqueca.

Sorpresivamentee nos cayó encima la carta del señor Ulloa. La abrimos, la desdoblamos, la leímos. Y empezamos a dar de gritos y a llamar a la gente de la calle.

Nos cayó después la carta del señor Manzanilla. Nos cayó más tarde la dúplica del señor Ulloa. Nos cayó también la carta del señor Salazar y Oyarzábal.

Y esperando que nos siguieran cayendo cartas y más cartas, nos quedamos agachados y nos tapamos con el sombrero como con un escudo.

Las gentes nos gritaban:

–¡Aguarden la nueva carta del señor Manzanilla!

Pero el señor Manzanilla nos decía por señas que no.

Nosotros nos pusimos entonces de pie y recogimos del suelo todos los sobres y todos los papeles.

Nos equivocábamos.

Faltaba la carta del señor Echecopar. En el Perú no puede concebirse una controversia, una polémica cualquiera, sin que intervenga el señor Echecopar. El señor Echecopar ama la discusión. Es un polemista instintivo. Cuando se enciende una polémica en la calle, el señor Echecopar se asoma al balcón de su casa con todos sus folletos, con todas sus leyes y con la Constitución del Estado. Y cuando ve que la polémica termina, que la polémica fracasa, que los contendores se van, grita su opinión, sorpresivamente, y reanima el fuego.

La carta del señor Echecopar era, pues, inevitable.

Nos ha caído de repente y casi nos ha apachurrado. Pero, por una irreverencia y un empecinamiento muy explicables en nosotros, no nos ha

convencido.

Tenemos la certidumbre de que el señor Echecopar asistía alborozado al debate. Confiaba regocijadamente en que no terminase nunca. Esperaba que el señor Manzanilla le contestase al señor Ulloa y al señor Salazar y Oyarzábal. Y que insistiesen el señor Ulloa y el señor Salazar y Oyarzábal. Y que se obstinase el señor Manzanilla.

Sería un gran desencanto el del señor Echecopar cuando vio que el señor Manzanilla se callaba.

Y escribiría en seguida su carta llena de citas y de comillas.

Ayer comentaba la ciudad:

–El señor Ulloa tendrá que replicarle al señor Echecopar.

Pero surgían entonces múltiples protestas:

–¡Imposible! ¡Si el señor Ulloa le replica al señor Echecopar está perdido! ¡El señor Echecopar tendrá asidero para publicar una carta nueva todos los días!

Maniobras

Desde las seis de la mañana de ayer, la guarnición de Lima está en maniobras. El general Puente necesita estrenar su espada impúber. Necesita saber cómo brilla. Necesita saber cómo manda. Necesita saber cómo es obedecida.

Y, pues el general Puente quiere estrenar su espada, ha sido preciso que la guarnición de Lima salga a hacer maniobras.

Una guarnición enemiga y mal intencionada desembarcará en Chancay. Otra guarnición saldrá de Lima para coparla. Etc., etc., etc.

El general Puente tiene una aspiración muy justa. El Congreso le ha regalado una espada de general de brigada para que sirva y defienda al país. Una espada preciosa que parece una gracia de Navidad, aunque ha sido más bien una gracia del Señor de Los Milagros. No es posible que esta espada se pase la vida ociosamente. Es urgente que sea desenvainada.

Ayer hubo sólo etapa inicial de las maniobras. Diana madrugadora. Aprestos. Marcha. Desfile.

¡Rataplán!

Toda la ciudad se asomó a las ventanas y los balcones para ver pasar a los soldados. Toda la ciudad los aplaudió. Toda la ciudad los elogió.

–¡Tan marciales!

–¡Tan guapos!

–¡Tan valientes!

Y toda la ciudad pensó que estaba muy bien que el régimen nos hiciera sentir que tiene un ejército muy grande, muy disciplinado, muy bien vestido y muy bien comido.

Tras la guarnición de Lima salió un automóvil grande, fuerte y raudo.

Las gentes que estaban todavía en sus ventanas, en sus balcones o en sus portales, exclamaban al aproximarse a ellas el automóvil:

–¡El Ministro de Guerra! ¡El general Puente!

Pero luego se quedaban con la boca abierta.

No era el general Puente. No era el Ministro de Guerra. Eran dos diputados de la minoría que querían ver las maniobras.

Y el automóvil de los diputados de la minoría era el único automóvil que había en las maniobras.

Volaba.

Pasó entre el ejército sudoroso y fatigado por la marcha.

Y en el ejército se reproducía la impresión de la ciudad:

–¡El Ministro de Guerra! ¡El general Puente!

Había soldados que saludaban militarmente.

Y en la tarde, cuando la ciudad sintió otra vez en su seno a los dos diputados, hubo una pregunta:

–¿Para qué han ido a las maniobras estos diputados?

Y siguieron muchas risas y un solo comentario:

–¡La minoría anda en maniobras!

(En *El Tiempo*: Lima, 8–XII–1916)

VOCES

Redobles y jaculatorias

El día de ayer fue un día de raro eclecticismo. Fue un día de maniobras militares. Y fue un día de primera comunión. Fue un día de redobles. Y fue un día de jaculatorias. Fue un día marcial. Y fue un día místico.

Nosotros estábamos irresolutos.

Y, vacilábamos entre el vivac y la misa.

Habríamos querido como fórmula conciliatoria una misa de campaña.

Madrugadoramente, salieron al campo de maniobras muchos automóviles metropolitanos. Salieron presurosos, raudos, alborozados, vocingleros. Y regresaron en la tarde jadeantes, acezantes, empolvados y amortecidos. Regresaron derrotados.

En el campo las tropas hacían simulacro emocionante. Avanzaban, retrocedían, se buscaban, se esquivaban. Había centinelas y había alertas. La paz geórgica sufría una violación belicosa y sonora.

Y en la ciudad estaba la gracia de Dios y de la Virgen Purísima.

Nosotros quisimos quedarnos en la ciudad. Quisimos sentirnos místicos. Quisimos sentirnos unciosos. Quisimos sentirnos cristianos. Quisimos sentirnos infinitamente buenos. Y nos dimos golpes de pecho.

Corríamos del comentario político y esquivábamos las preguntas. Sentíamos profana la murmuración. Nos hurtábamos a la curiosidad callejera.

Pero las gentes pertinaces e impenitentes nos acechaban en todas partes y nos preguntaban a mansalva:

–¿Ha leído las declaraciones del señor Montesinos? ¿Es cierto que el señor Pardo piensa todavía en el congreso extraordinario?

–¿Han leído las declaraciones del señor Silva Santisteban? ¿Ven cómo los liberales están en disidencia?

–¿Qué les ha parecido el reportaje al señor Maúrtua?

–¿Han visto pasar al señor Prado y Ugarteche?

Dejábamos sin respuesta a todas las gentes y nos santiguábamos.

Pero seguían las gentes ajochándonos y tentándonos. Nos invitaban a hablar del señor Pardo. Nos preguntaban:

–¿Qué piensan ustedes del señor Pardo?

Completamente recogidos y cristianos respondíamos:

–El señor Pardo es nuestro hermano en Jesucristo. Lo amamos como a nosotros mismos.

Las gentes se quedaban estupefactas.

Y se agrupaban a ver pasar los automóviles que volvían de las maniobras.

Y más tarde tornaban a abordarnos:

–¿Qué piensan ustedes del señor Echecopar?

Y nosotros tornábamos a responderles:

–El señor Echecopar es nuestro hermano en Jesucristo. Lo amamos como a nosotros mismos.

Y agregábamos:

–No queremos para él lo que no queremos para nosotros.

Nuestra unción era infinita. Teníamos hondo misticismo. Nos dolía en el alma que toda la ciudad no lo tuviera también. Y nos dolía en el alma que en el campo cercano sonasen los clarines y los tambores.

La minoría parlamentaria no sentía como nosotros. Influída por el señor Secada se empeñaba en sustraerse a la religiosidad del día. Quería ponerse belicosa y guerrera. Quería estar fuerte.

Y para sentirse belicosa, guerrera y fuerte, se fue a los gallos.

Riña. Sangre. Plumas. Dos gallo–gallinas pico a pico.

–¡Voy al carmelo!

–¡Voy al ajiseco!

Una irreverencia criolla que pedía asperges y exorcismos.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–XII–1916)

VOCES

Un día más

Efemérides.

La epopeya libertadora. La batalla de Ayacucho. La canción nacional. Y la Sociedad Fundadores de la Independencia.

Queremos discursos. Anhelamos discursos. ¿Quién sabría decirnos un discurso?

Todo nuestro patriotismo está soliviantado, exaltado, hiperestiado, y pide a gritos que lo arrenguen, que lo conmuevan y que lo sacudan.

Sentimos en el alma no saber las señas de la casa del señor Izcue. El señor Izcue nos diría seguramente un discurso.

Pasa el señor Cornejo. Y lo detenemos:

–¡Señor, señor! ¡Necesitamos que usted hable! ¡Necesitamos su palabra y su sabiduría!

Y el señor Cornejo nos niega su palabra y su sabiduría:

–¿Un reportaje? ¡Imposible! ¡Absurdo, absurdo! ¡Yo no sé nada de la política! ¡Yo no sé nada de la prórroga del presuuesto!

Rectificamos:

–No queremos que nos hable usted del gobierno. No queremos que nos hable usted del presupuesto. Queremos que nos hable usted de la batalla de Ayacucho. Nuestro patriotismo lo pide.

Pero el señor Cornejo se sonríe y nos dice:

–¡Ustedes quieren hacerme un reportaje político! ¡Ustedes me engañan!

Y se va convencido de que hemos querido hacerle caer en una trampa.

Esto nos acongoja.

¿Por qué se duda de nuestra ingenuidad? ¿Por qué se piensa que nuestras almas no son diáfanas, inocentes, claras y evangélicas?

Tenemos ganas de echarnos a llorar a mitad de la calle.

Pasa el señor Manzanilla. Y también le detenemos:

–¡Señor, señor! ¡Un requerimiento que no es un requerimiento político! ¿Qué nos dice usted de la batalla de Ayacucho? ¿Qué nos dice usted de Sucre? ¿Qué nos dice usted de Córdoba?

Y el señor Manzanilla también duda de nosotros:

–¡Perdón, amigos míos! Yo no soy historiógrafo. Yo no sé de esas cosas. ¡Si ustedes quieren les hablaré de la legislación obrera!

Nos quedamos solos.

Nos consternamos.

Pasa el señor Javier Prado y Ugarteche en automóvil.

Y pasa igualmente en automóvil el señor Amador del Solar.

Seguimos parados sobre el sardinel, pidiendo un discurso sobre la efemérides. Anhelamos que nos toquen el himno nacional. Soñamos en los fuegos artificiales.

Y viene luego a nosotros el señor Balbuena y nos abraza con efusión:

–¡Grandes periodistas! ¿Qué hacen ustedes aquí parados?

Le respondemos tristemente:

–Nada.

El señor Balbuena sigue afable y cariñoso.

–¡Yo les he estado buscando!

Le damos las gracias.

Y nos quedamos fríos.

El señor Balbuena no sabe contenerse:

–¡Yo les he estado buscando ansiosamente! Sé que ustedes quieren una conversación sobre la batalla de Ayacucho. ¡Y supongo que ustedes me estarán buscando, mis grandes amigos, mis grandes periodistas!

Guardia Republicana

La megalomanía realista del señor Pardo ha querido un nuevo gesto.

Un gesto grande, un gesto sensacional, un gesto sonoro.

El señor Pardo tiene ensueños dinásticos y siente que es muy grande la amargura de conciliarlos con las modalidades democráticas de la república que le ha hecho su presidente.

Ha llamado al señor Concha y le ha dicho:

–Yo quiero una guardia de corps. Yo necesito una guardia de corps. Medite usted en esto.

Y el señor Concha ha llamado a su turno al ministro de guerra y le ha trasmitido:

–El señor Pardo quiere una guardia de corps. El señor Pardo necesita una guardia de corps.

Y el señor ministro de guerra se ha quedado pensativo mucho rato.

Más tarde ha declarado:

–¿Una guardia de corps? ¡Imposible!

Pero el señor Pardo y el señor Concha se han obstinado:

–¡Una guardia de corps! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Ahora que no hay presupuesto! ¡Ahora que no hay quien chille!

Y el señor Pardo ha añadido:

–¿Para qué sirve la gendarmería? ¿Qué objeto tiene la gendarmería? Hay que sustituirla con una guardia de corps.

Y ha dicho que era de muy mal gusto mantener a los gendarmes.

¡Los gendarmes!

Para regalo del espíritu presidencial, el señor Concha ha hallado una fórmula conciliatoria.

El gobierno del señor Pardo no puede crear una guardia de corps.

Pero creará una Guardia Republicana.

La gendarmería va a cambiar de nombre y de uniforme.

El comentario callejero dice:

–Esto de las guardias es hereditario. Don Manuel Pardo estableció la Guardia Nacional. Don José Pardo va a establecer la Guardia Republicana...

(En *El Tiempo*: Lima, 10–XII–1916)

VOCES

Marcha triunfal

Todos salimos ayer de campaña.

El señor Pardo, el general Puente, la gente grande, la minoría parlamentaria y nosotros.

Todos, todos, todos.

La conmemoración de la batalla de Ayacucho nos había soliviantado belicosamente. Y ya que no podíamos ver una batalla queríamos por lo menos ver un simulacro.

Los automóviles madrugaban. Y las gentes se ponían gorra y cubre–polvo y se quedaban sin oír misa.

El camino era largo y polvoriento.

El paisaje, monótono.

Tapias, sementeras, árboles, ganado.

Y los automóviles a todo correr jadeaban y acezaban.

¡Paf! ¡paf! ¡paf! ¡paf!

Nosotros pensamos que este era el día 9 de diciembre, que los calendarios se habían equivocado, que habíamos tenido un engaño unánime. El general Puente había querido, sin duda alguna, conmemorar la batalla de Ayacucho con un gran simulacro. Y había querido tener su minuto de gran capitán aunque fuese de mentiras. Acaso tenía lista en los labios la arenga de Córdoba:

–¡Adelante, paso de vencedores!

Triunfalmente llegó el tren presidencial. Un convoy de generalísimo. Y el señor Pardo y el general Puente, rodeados de un estado mayor muy grande, aparecieron en el campo de maniobras.

Cortejo gallardo. Sonoros clarines. Bravos atambores. La Marcha Triunfal de Rubén Darío orquestada por la escolta del Presidente de la República.

Y todas las gentes curiosas que se habían reunido en el teatro de las operaciones, esperando el paso del señor Pardo, de su general de brigada,

de sus edecanes y de sus amigos:

–¡Ya viene el cortejo! ¡Ya viene el cortejo!

Más tarde, el simulacro.

Allá el partido A. Acá el partido B.

Heroísmo. Denuedo. Táctica.

El general Puente, insuflado por tanta gloria, levantando un brazo lleno de majestad.

Y las gentes mal habladas haciendo una crítica estrafalaria:

–¡No hay telegrafía inalámbrica!

–¡No hay convoyes blindados!

–¡No hay automóviles militares!

–¡No hay servicio aéreo!

–¡No hay zeppelines!

–¡No hay cañones del 42!

Sólo faltaba advertir la falta del mariscal Hindemburg o del generalísimo Joffre.

La minoría de la Cámara de Diputados, en dos automóviles muy grandes y muy vibrantes, tomaban apuntes en los puños.

Tras el simulacro, la minoría quiso oír la crítica de las maniobra y se acercó a la tienda presidencial.

El señor Pardo, al verla, le dijo al general Puente:

–¡Allí están ellos!

El general Puente quiso tener una displicencia:

–¿Ellos?

El señor Pardo aclaró:

–¡Ellos! Salazar y Oyarzábal, Químper, Ruiz Bravo, Borda, Basadre.

Y haciendo la enumeración observó que no estaba el señor Torres Balcázar y preguntó:

–¿Por qué no habrá venido Torres Balcázar?

Y luego quiso que se llamase a la minoría a su tienda y se le dijese que estaba muy mal a la intemperie.

Pero en esos mismos momentos la minoría se alejaba en sus automóviles.

El viento la había advertido de que el paso de las tropas la iba a envolver en grandes nubes de polvo.

Y la minoría no se deja envolver nunca.

(En *El Tiempo*: Lima, 11–XII–1916)

VOCES

Antes del preludio

Vamos a tener a la dictadura fiscal con decoración de drama. Y esto nos consterna profundamente. Nos sentíamos casi defraudados. Esperábamos que la dictadura fiscal tuviese decoración de opereta.

Estamos a punto de salir a las calles gritando que nos han estafado. Nos detiene la reflexión de que no sabríamos añadir quién ni cómo.

Pero a la verdad que tenemos derecho para desolarnos, para entristecernos y para protestar.

La dictadura fiscal con Franz Lehar, con Esperanza Iris, con la Viuda Alegre y con El Soldado de Chocolate, habrá sido deliciosa. Vals vienés, popurrí cosmopolita, baile húngaro y chiste español.

La dictadura fiscal con Echegaray, con María Guerrero, con Mancha que limpia y con la fuente amarga va a ser inquietante. Gritos, declamaciones, catástrófes, muertes.

Nos privamos de miedo.

Pensamos que el señor Pardo se ha empeñado en armonizar la dictadura fiscal, las maniobras militares y el drama español.

¡Misericordia. Señor!

Las maniobras militares nos han puesto con el alma en un hilo. Primero nos arrebataron belicosamente. Luego nos hicieron héroes. Hacíamos de cada periódico una corneta y tocábamos zafarrancho, que es lo único que sabemos tocar. Por último, el simulacro, la pólvora, los cañones, las espadas, el general Puente y el coronel Sarmiento nos pusieron atemorizados y medrosos como unas criaturas.

Y el drama español, el drama tremendo, el drama catástrofe, nos va a hacer dar diente con diente.

La dictadura fiscal va a llegar a este paso hecha una tragedia. Nos vamos a imaginar por primera vez que el señor Pardo se ha puesto máscara y coturno. Y nos vamos a esconder entre los bastidores.

Ya las gentes no se ríen de la dictadura fiscal. Ya fruncen el entrecejo. Ya se ponen serias.

Y es que han visto en el almanaque que estamos a 11 de diciembre y que dentro de veinte días habrá llegado el año nuevo, habrá nacido el Niño Jesús y habrá salido el decreto de la prórroga del presupuesto.

Hay la misma impresión que debe haber cuando se acerca una fecha para la cual se ha pronosticado un terremoto.

Las gentes nos asaltan y nos preguntan:

–¿Qué va a ser de nosotros?

Lo mismo que nosotros, que pronosticamos la catástrofe, preguntábamos hace mes y medio, cuando las gentes nos respondían con gesto risueño y displicente.

Y luego las gentes nos interrogan angustiadas:

–¿Qué va a hacer el partido civil?

¡Nosotros nos hacemos los displicentes:

–¡Quién sabe!

Y entonces las gentes nos suplican:

–¡Vayan a preguntárselo al señor Prado y Ugarteche!

Obedecemos.

Pero en la casa del señor Prado y Ugarteche nos dicen que el señor Prado y Ugarteche está enfermo:

Y como las gentes nos siguen interrogando qué va a hacer el partido liberal y qué va a hacer el partido liberal, corremos a buscarlos.

Para que nos cuenten que el partido constitucional está jugando al encasillado y que el partido liberal está tomando chocolate.

Nos quedamos a solas con nuestro miedo y con el de los demás.

Y sentimos que toda la ciudad está murmurando:

–¡Tenemos drama!

(En *El Tiempo*: Lima, 12–XII–1916)

VOCES

Rápido y directo

Nos vamos directamente y sin estaciones a la prórroga del presupuesto. Tenemos ya entre las manos nuestros pasajes. Unos de primera y otros de segunda. El señor Pardo va en pullman.

Estamos metidos en un tren que corre a toda máquina.

Leguas y más leguas, hitos y más hitos, postes y más postes.

Hay a lo largo del camino gentes que nos hacen señas con los pañuelos y que nos gritan adiós. Y hay vacas que pacen y ovejas que triscan en los prados geométricos y escuetos.

El viaje es tan largo que nos dormimos en los asientos. Se nos cae el libro de las manos. Y se nos cierran los párpados.

Nos dormimos con las manos cruzadas sobre el pecho como si estuviéramos encomendando nuestras almas a la Divina Providencia.

De repente nos acercamos a una estación. Hay un andén. Hay un desvío. Hay un hito grande y luminoso. Hay gentes que aguardan. Todos nos asomamos a las ventanillas con la ilusión de que el tren se va a parar. Pero el tren no se para y sigue corriendo a toda máquina y deja burlados a la estación, al andén, al desvío, al hito y a las gentes. Lo que más sentimos nosotros es que deje burlado al desvío.

Los viajeros animan a veces el interior de los vagones con sus comentarios. Otras veces se callan. Otras veces se duermen.

El señor Pasquale, acodado en una ventanilla, les hace versos no sabemos bien si a los rieles o si a un molino de viento. El señor Manuel Bernardino Pérez le quita los pétalos a una pobre margarita. El señor Tudela y Varela entra y sale del pullman presidencial. El señor García Bedoya se sienta envangélicamente entre los pasajeros de segunda. El señor Salomón cambia de asiento cada hora. El señor Balbuena juega con una sonaja. El señor Manuel Vicente Villarán se teje los dedos de las manos. El señor Villanueva avienta la Constitución por una ventanilla. El

señor La Jara y Ureta habla solo. El señor Víctor Andrés Belaúnde habla con todo el mundo. El señor Maúrtua toca con la cabeza el techo del vagón. El señor Abelardo Gamarra se prende en la corbata un alfiler de huairuro.

Nosotros nos sentimos a veces dibujantes y hacemos croquis y más croquis con un lápiz Faber. El mismo lápiz Faber nos ha servido en muchas ocasiones para apuntar un discurso o para apuntar un reportaje.

A ratos nos parece que el tren no va a pararse nunca. Nos imaginamos que va a dar la vuelta al mundo. Y que va a seguirla dando por toda la eternidad. Y la idea de dar la vuelta al mundo con el señor Pardo nos llena de consternación y de inquietud.

El pasaje que tenemos entre las manos nos saca de estas divagaciones.

Vamos en tren directo a la prórroga del presupuesto.

Y no sabemos cuándo vamos a llegar a nuestro destino.

Puede ser hoy. Puede ser mañana. Puede ser pasado mañana. Puede ser dentro de quince días.

La llegada tendrá todos los atributos de lo imprevisto.

El tren se parará de improviso y la sirena y la campana nos anunciarán la estación definitiva.

A pesar de que el viaje es tan raudo no habrá un descarrilamiento.

Y a pesar de que el viaje es tan arbitrario no habrá tampoco un choque.

(En *El Tiempo*: Lima, 13-XII-1916)

VOCES

Al partir de un confite

Ayer pasó el señor Pardo por Lima entre una nube de polvo muy grande. Venía de Miraflores. Iba a La Punta. Un automóvil rápido y confortable lo traía y lo llevaba.

Nosotros lo esperábamos para verlo entrar a Palacio y hacerle una genuflexión. No podemos hacerle un reportaje.

Con toda la velocidad de su motor de bencina, el señor Pardo llegó a La Punta. Lo acompañaban el general Puente y el coronel Martínez. Y lo aguardaba la repartición de premios.

Tras la repartición el señor Pardo tornaba a Lima. El viaje en auto lo había alborozado y rejuvenecido. El señor Pardo debía hacerse deportista. Y debía pasarse las horas corriendo en automóvil por las alamedas.

En el Palacio de Gobierno esperaba al señor Pardo el señor Juan Durand. Hubo entre ambos conferencia sigilosa y reservada. El régimen, la constitución, el presupuesto, el partido liberal, las ubicaciones.

Esto para mí. Esto otro para ti. Esto para ti. Esto otro para mí. Mano a mano. Toma y daca.

La ciudad empezó a decirnos a la sordina:

–¡El partido liberal está en Palacio!

Y nosotros empezamos a hacernos los sorprendidos:

–¡Cómo! ¿Ahora que el doctor Durand está en Buenos Aires?

Para que la ciudad nos confirmase:

–¡Ahora!

Había gentes que se paraban frente a los balcones de Palacio y se empinaban:

–¿Y por donde ha entrado el partido liberal a Palacio?

–Por la puerta de honor.

–¿Y cómo lo ha recibido el señor Pardo?

–El señor Pardo lo ha encontrado dentro.

Los políticos nos enseñaban los dientes, llenos de risa.

Y en todas las calles las gentes gritaban y gritaban:

–¡El partido liberal está en Palacio! ¡El partido liberal está con el señor Pardo!

Los liberales se ponían muy alegres y asentían:

–¡Verdad! ¡Verdad!

Y nos hacían huesillo y bien hecho como los chicos.

Sólo el señor Lanatta, el señor Silva Satisteban y el señor Gianolli se callaban y se ponían aparte.

Sobresalientes

Ahora que los periodistas llevan en los labios el cuestionario de un reportaje y persiguen a los políticos reacios, sin eficacia y sin fortuna, dos políticos se han ofrecido resignada y rendidamente al interrogatorio sobre la Constitución.

Nosotros que lo sabíamos y que lo esperábamos fuimos a la Universidad de San Marcos a asistir a este interrogatorio.

El señor Luis Felipe Villarán y el señor Carlos Borda, los dos alumnos grandes de la Universidad, iban a dar examen de derecho constitucional.

Y aquí todos estamos ávidos de que se hable, con autoridad, con facundia y con lógica, del derecho constitucional, en estas horas en que la prórroga del presupuesto está colgada de un hilo sobre nuestra cabezas.

El jurado de derecho constitucional fue presidido para el señor Villarán por el doctor Rufino V. García. Y fue formado, además, por el doctor Mario Sosa y por el doctor Luis Felipe de las Casas. Un jurado ilustre.

El señor Villarán esperó el interrogatorio con ecuanimidad risueña.

Y el doctor García lo inició así:

–Imagínese que usted es Bolívar.

El señor Villarán se llenó de majestad. Se sintió prócer, se sintió héroe, se sintió libertador, se sintió genio. Pensó rápidamente en que dentro de algunos años una estatua como la de la Inquisición perpetuaría su memoria.

Y el doctor García insinuó:

–Colóquese usted en lugar de Bolívar. Y ahora díganos usted cómo habría hecho la Constitución del Perú.

El señor Villarán, transfigurado y transubstanciado, expuso entonces sus ideas sobre la Constitución que habría venido al Perú a raíz de su

independencia. Y defendió el régimen parlamentario, lo defendió con vehemencia, con ardor, con entusiasmo.

Un discurso elocuente que reclamaba un taquígrafo.

Y después del discurso el doctor Villarán dejó de ser Bolívar. Volvió a ser alumno universitario y subgerente de la Recaudadora. Nos pareció que salía de un estado de hipnotismo. Felicitado y elogiado, les dijo risueñamente a los examinadores y a los condiscípulos:

–¡Yo no me ocupo más de la Constitución! ¡Yo me ocupo sólo de la Recaudadora!

Y siguió el examen del señor Borda. Sustituyó al doctor García en la presidencia del jurado, el doctor Manuel Vicente Villarán. El ilustre maestro. El incomparable maestro. El austero maestro.

El señor Borda fue invitado a ocuparse de la historia de las Constituciones. Y lo hizo con elocuencia y con fervor. Volaba sobre las Constituciones. Y se apresuraba por llegar a la del Perú. Hubo un instante en que el comentario del señor Borda sobre la Constitución del Perú fue inminente. Y el doctor Manuel Vicente Villarán lo evitó con energía:

–Permítame que lo conduzca. ¿Y la Constitución de Alemania?

El discípulo obedeció al maestro y desvió el comentario. Pero insistió en sacarse del bolsillo la Constitución del Perú y hacer su crítica.

Y hubo una nueva interrupción:

–¿Y la Constitución de Suiza?

Y luego:

–¿Y la Constitución de los Estados Unidos?

Y más tarde:

–¿Y la Constitución de la China?

Y finalmente:

–¡Aprobado! ¡Sobresaliente! ¡Bravo!

Nos sentimos defraudados.

Y el señor Borda también.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–XII–1916)

VOCES

Tras de la puerta

Ya está listo el decreto tremendo. Le falta la fecha tan sólo. Una de estas tardes o una de estas noches el señor Pardo lo mandará a los diarios y se asomará luego a los balcones de Palacio para que las gentes vean que todavía está buen mozo.

El decreto es sensacional. Lo hemos leído. Nos hemos empinado, a espaldas del señor Pardo, para conocerlo. Casi lo hemos aprendido de memoria.

Y luego hemos salido corriendo de Palacio con un pavor muy grande como si hubiéramos penetrado en un secreto terrible.

En esta casa hemos hecho una alharaca fortísima.

–¡Hemos leído el decreto! ¡Hemos leído el decreto!

–¿Verdad? ¡Mentira!

–¡Verdad!

–¿Y es muy largo?

–No es muy largo.

–¿Es muy corto?

–No es muy corto.

–¿Está escrito con buena letra?

–Con buena letra.

–¿Tiene ya la firma del señor Pardo?

–Tiene ya la firma del señor Pardo

¿Y no le ha temblado el pulso al señor Pardo?

–¡Qué iba a temblarle!

Y en toda la ciudad hemos hecho más ruido todavía.

–¡Ya está listo el decreto!

La sorpresa ha sido grande.

–¡Tan pronto!

Y es muy cierto. La dictadura fiscal se halla tras de la puerta. Va a

presentarse de repente. Quiere darnos una sorpresa.

No va a llamarse ya prórroga del presupuesto. Tánto le han dicho al señor Pardo que era un delito la prórroga del presupuesto, que le ha cambiado de nombre a la dictadura fiscal.

El decreto es un monumento de sofismas y de eufemismos.

Menciona a la ley a cada rato. Pero no dice para qué la menciona. Y no prorroga el presupuesto. Sujeta los gastos a las leyes vigentes.

El señor Pardo no quiere presupuesto, no quiere norma, no quiere pauta legislativa alguna.

Va a gobernar sin presupuesto. Y, sin embargo, por una estrafalaria y absurda paradoja, afirma que va a gobernar con la ley.

El presupuesto es inútil.

Un gobierno honesto y puro puede reírse de él.

Con toda confianza

Humorismo

Mala voluntad le tiene el señor Pardo al general Canevaro. Lo denunciamos desde estos renglones. Lo acusamos y lo juramos.

Y tenemos una prueba muy grande. Nos la ha traído un hombre esclarecido y circunspecto que dice siempre la verdad. Y que la dice haciendo una cruz con la mano derecha.

Hace pocos días el señor Pardo estuvo en la Escuela de Artes y Oficios. En la Escuela de Artes y Oficios tiene puestos muchos de sus orgullos. La mira como una obra suya. Y la engríe como a una hija.

Y en la Escuela de Artes y Oficios, sórdidamente, sigilosamente, secretamente, el señor Pardo se empeñó en hacer una imitación de los humorismos del general Canevaro.

Toda la gente que allí estaba se moría de risa.

Los maestros de la Escuela llevaron al señor Pardo frente a una reja destruida por los alumnos y destinada al Cuerpo de Ingenieros de Caminos, de Minas y de Aguas.

Y el señor Pardo siguió imitando los humorismos del general Canevaro y llamando signos masónicos a los emblemas de la ingeniería y peces a los delfines.

Pero de repente el señorPardo se puso de mal humor y se acabó toda su alegría.

Fue ante la placa conmemorativa de la fundación de la escuela,

descubierta por las manos solícitas de los alumnos. En lo alto de ella está el busto del señor Pardo. Y no es posible saber si la placa inmortaliza al busto o si el busto inmortaliza a la placa.

Los maestros anunciaron:

–¡Va a ser colocada muy pronto! ¡Va a ser colocada con una ceremonia solemne!

Y el señor Pardo se desesperó.

–¡No! ¡No! ¡El busto no está bien! ¡No hay parecido fisonómico! ¡Esa nariz! ¡Ese bigote! ¡Esos ojos! ¡No son los mismos! ¡Tráiganme un espejo!

Y fracasó todo el humorismo de la tarde violenta y acremente.

(En *El Tiempo*: Lima, 15–XII–1916)

VOCES

¡Para hoy! ¡Para mañana!

Todos los peruanos debíamos tener los corazones desbordantes de alegría. Para provecho patrio y alborozo universal está ya sano de achaques y abatimientos el señor don José de la Riva Agüero. Los males que afligieron su carne, sin amargar su espíritu enhiesto y rozagante, han huido en derrota, compungidos y golpeados.

Ayer lo hemos visto en la calle rosado y buen mozo. Y nos hemos puesto tan regocijados como si nos hubiera hecho una merced muy grande la Divina Providencia, que es de quien esperamos toda cosa.

Pero la maledicencia callejera nos ha envuelto en su sórdidas murmuraciones y nos ha enredado con la hebra de sus suspicacias hasta dejarnos presos en un ovillo.

Y a esta hora estamos obligados a fiar en palabras que andan sueltas por la ciudad y que glosan una entrevista que hubo ente el señor Pardo y el señor José de la Riva Agüero.

Tanto tiempo como hace que el señor Pardo pensó en la mala empresa de gobernarnos sin acatamiento al congreso, el señor Riva Agüero pensó en hablarles en un manifiesto a los peruanos diciéndoles que tal empresa era fea y deshonesta.

Y luego de pensarlo, que fue mucho lo que lo pensó, hizo el manifiesto y lo leyó a las gentes ilustres de su íntimo trato.

Mas no lo dio a periodistas ni lo confió a pregoneros. Lo hizo, lo consultó, lo corrigió y lo aumentó. Y enseguida lo guardó bajo cerradura celosa y austera como el doctor Mercado.

Y se quedó esperando que el señor Pardo lo llamara a su despacho para hacerle súplica de que rompiera el manifiesto y le pidiera las gracias electorales que fuesen de su gusto.

Los futuristas se echaron a correr por las calles gritando sin embozo y sin mesura:

–¡Ya tenemos listo un manifiesto tremendo! ¡Ya nos hemos resuelto a la protesta! ¡Nos vamos de frente contra la dictadura fiscal!

Buscaban los futuristas una manera de darle alarma al gobierno. Y les ponía de mala gracia que el gobierno no les llamase para conseguir un convenio que les quitase toda idea de beligerancia.

Aguardaron un día. Aguardaron después una semana. Y aguardaron finalmente un mes.

El señor Pardo seguía indiferente y hierático, sin prestarles oído a los murmullos de las plazuelas y de las esquinas.

Y el señor Riva Agüero, vuelto a su salud y a la buena ventura tras un malestar que le tuvo triste y marchito, se pasaba las horas en espera de la llamada, como la niña enamorada que aguarda en la ventana el peregrino en los versos de los trovadores Villaespesa y Jiménez.

Se decidió un día a visitar al señor Pardo sin requerimiento ni insinuación. Pero le contuvo el temor de que el señor Pardo le obligase a hacer antesala o le negase recibo, resentido por el anuncio del manifiesto.

Y siguió sin llegar el requerimiento y siguió sin llegar la insinuación.

Por fin el señor Riva Agüero tuvo asidero para la visita. El señor Pardo le mandó a un edecán para que tomase conocimiento de su salud y de su mejoría. Y el señor Riva Agüero encontró solucionado el problema de la visita.

Anteayer estuvo en Palacio el señor Riva Agüero. Entró a la cámara del señor Pardo con lentitud y garbo para que le viesen bien los cronistas y le retratasen mejor los fotógrafos si los había.

Y el señor Pardo lo acogió con afabilidad risueña.

–¿Ya está usted bueno?

El señor Riva Agüero le respondió con un cumplido:

–¡Para servirle!

Y el señor Pardo siguió hablándole de lo mucho que había sentido sus males, sin hablarle del manifiesto que era lo que el señor Riva Agüero quería y lo que demandaba a la Divina Providencia, de quien como nosotros espera toda cosa.

Viendo que se pasaban los minutos y sintiendo que eran preciosos, el señor Riva Agüero llevó la conversación al manifiesto.

Mas el señor Pardo le habló de esta manera:

–¡El manifiesto! ¿Ya está listo? ¿Lo ha traído usted para enseñármelo? ¡Con cuanto placer voy a conocerlo!

El señor Riva Agüero tuvo una sorpresa enorme, pero aventuró una

invitación:

–¡No lo he traído! Y no quisiera lanzarlo. Muy bien está guardado. Y mejor estaría hecho cenizas.

El señor Pardo, lleno de buen humor, protestó:

–¡No, hombre! ¡Hay que publicarlo! ¡Hay que publicarlo mañana mismo! ¡Tanto trabajo que debe haberles dado! ¡No faltaba más!

El señor Riva Agüero tuvo que despedirse consternado.

Pero ya está restablecido. Ya está reportado. Ya está fortalecido. Ahora es nuevamente un hombre muy valiente y muy guapo que quiere hablar sin trabas, sin embarazos y sin eufemismos.

Ha llamado a todos sus fieles para que firmen con él la protesta.

Y sólo le inquieta que sus fieles no quieran mucho sentirse tales.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–XII–1916)

VOCES

¡Ya!

Ayer, cuando ya estaba anocheciendo, el señor Pardo sacó de la gaveta de su escritorio los papeles de la dictadura fiscal. Pero esta vez no los sacó para mirarlos, ni para añadirles una coma. Los sacó para dárselos al país.

Los mecanógrafos del señor Pardo hicieron copias de los papeles. El secretario del señor Pardo los dio en secreto a los diarios gobiernistas. Y luego el señor Pardo salió de puntillas de Palacio y todas las gentes del gobierno se pusieron el índice en la boca.

Pero como la ciudad tiene perspicaces los sentidos empezó a gritar inmediatamente:

–¡Ya ha aparecido la dictadura fiscal! ¡Ya ha aparecido la dictadura fiscal!

Nosotros nos asomamos a nuestra ventana para preguntar solamente:

–¿Ya?

Porque nosotros habíamos avisado anteayer no más que los papeles estaban listos, que los papeles estaban firmados, que los papeles estaban expeditos. Los habíamos visto con nuestros ojos. Y no los habíamos tocado con nuestras manos porque nuestras manos no saben llegar a donde llegan las manos del señor Pardo.

Aguardábamos, pues, la dictadura fiscal con el reloj en la mano. Y lo aguardábamos también con la mirada en la luna. Teníamos la certidumbre de que saldría a la calle cuando la luna estuviese en cuarto menguante. Así tenía que ser.

El anuncio de la dictadura fiscal no trajo sorpresa para nosotros. Lo esperábamos por momentos. Y habíamos puesto ya el papel en la máquina de escribir para hacer un artículo claramente acongojado.

Mas quisimos tener la dictadura fiscal en el papel timbrado de las oficinas palaciegas. Y fuimos en su demanda. Nos fue negado. El gobierno del señor Pardo no quería que este diario tuviese noticia oportuna de los

decretos que había tenido la osadía y la destemplanza de improbar. El gobierno del señor Pardo ignoraba que nosotros los sabíamos de memoria.

La dictadura fiscal salió de Palacio con recato, con timidez, con embozo. Nadie le vio la cara. Nadie le sintió el paso. Nadie advirtió su disfraz. Salió como una sombra, como un fantasma, como un duende, como una "pena".

Habríamos querido verla salir de Palacio con arrogancia, con orgullo, con desgaire, con valentía, con insuflamiento, con cohetes en la cola y con banda de músicos en el cortejo.

Y habríamos querido verla así porque sabíamos que era hija del señor Pardo. Y la queríamos muy digna de él.

Nos sentimos defraudados.

La dictadura fiscal ha aparecido avergonzada, acobardada, arredrada.

Se ha refugiado en las casas amigas del gobierno como si la estuviese persiguiendo la policía.

Y ha aparecido llena de eufemismos y de hipocresías.

Tal como dijimos, no hay ya prórroga del presupuesto. El presupuesto, a juicio del gobierno, se prorroga él solo. Es como un jebe. Se encoge y se estira. Se estira y se encoge. Hay sólo una circular del director de administración que es como un manifiesto del gobierno. Un manifiesto que no quiere llevar la firma del señor Pardo sino la del señor Heráclides Pérez únicamente. Y hay también una madeja de decretos y resoluciones que hacen papelería enorme. Toda esta papelería se llama dictadura fiscal.

La distensión de los sofismas, el escarbamiento en la Constitución, la consulta del señor Villarán, el aguijón del señor Villanueva, la máquina de escribir del señor Concha, la buena voluntad del señor Amador del Solar y la firma del señor Heráclides Pérez, confabuladas y coludidas, han servido para hacer estos papeles.

Y no se dirá en la historia del Perú que el señor Pardo no ha tenido talento!

(En *El Tiempo*: Lima, 17–XII–1916)

VOCES

A la luz del día

Le hemos visto la cara a la dictadura fiscal a la luz del día. Hemos sentido su paso. Ha comenzado ya a exhibirse y a lucirse. Y se ha quitado el embozo con que apareció a medianoche.

Y únicamente la hemos reconocido. Sabíamos cómo era. Sabíamos lo que decía. Sabíamos de dónde venía y qué quería. La aguardábamos.

Durante un mes entero quisimos ser optimistas. Durante un mes entero razonamos. Durante un mes entero suplicamos. Durante un mes entero hablamos con el alma en los labios y una mano sobre el corazón.

Aunque parezcamos a veces unos chicos mataperros, somos siempre muy buenos, muy patriotas, muy amorosos y muy mansos.

Queremos a la Patria sobre todas las cosas de la tierra. Y no queremos al señor Pardo porque el señor no es la Patria y porque tenemos derecho, mucho derecho, para hacer de nuestra manta un sayo.

Nos hemos puesto en esta calle y en esta casa –militar la calle y burguesa la casa– para hacer caricaturas al lápiz del Sr. Pardo, de sus amigos, de sus enemigos y de todo el mundo, porque tenemos un humorismo que no nos cabe en el cuerpo y unas ganas de reír que no caben en ninguna parte.

Pero como somos reflexivos y abnegados, sabemos en cualquier momento guardar nuestro humorismo en la gaveta del escritorio y ponernos muy serios, graves y circunspectos cuando se le va a hacer un daño como éste al país.

Por eso hemos empezado a gritar nuestra queja cuando el señor Pardo dejó cerrado el congreso. Por eso hicimos este alboroto político que se ha agitado, se agita y se agitará todavía por mucho tiempo. Por eso buscamos a los hombres grandes del país para que nos dijeran que la dictadura fiscal era muy imprudente y muy mala. Por eso prendimos en esta casa una antorcha que no era una antorcha de lucha sino de orientación y consejo.

Y dijimos que se nos había metido en un laberinto, que se nos tenía en

una antesala trágica y que se nos llevaba a un abismo. Lo dijimos sinceramente.

Queríamos atajar con nuestras manos esta avalancha de pasiones y concupiscencias.

Mas no pudimos ser optimistas por mucho tiempo. Las gentes comenzaron a decirnos ingenuos, bobos, inocentes, candorosos. Y vimos llenos de consternación y de pena que la dictadura fiscal era inevitable, que estaba escrita, que no le faltaba nada.

Aguaitamos en el gabinete del señor Pardo y leímos us papeles y nos los aprendimos de memoria.

Nos obligaron entonces a esperar la dictadura con el ánima afligida, compungida, acongojada.

Así ha sido como la hemos recibido, sin sorpresa, sin estupefacción. Sin asombro. Con mucho dolor y mucha tristeza únicamente.

Si fuéramos malos estaríamos a estas horas saltando de gusto. Le diríamos al señor Pardo que muy bien y le diríamos a nuestra familia que muy mal. Y nos alegraríamos de que la convención tripartita, de los ideales honestos, de la administración pura y de la paz nacional, se hubiese puesto con las manos un tropiezo tan grande en el camino.

No somos malos.

Y en esta hora angustiosa, en que vemos llegar a la dictadura, el corazón nos ha dado un vuelco doloroso.

Cónclave inquietante

La ciudad amaneció anteayer con el oído alerta y la mirada avizora. Amaneció pendiente de los civilistas, que es estar pendiente de muchas cosas.

Los civilistas se reunieron con puntualidad y circunspección. A las diez de la mañana. Y en la casa y bajo la presidencia del señor Manuel Camilo Barrios que tiene siempre una gravedad presidencial indiscutible.

Todos los civilistas sabían cuáles iban a ser el tema y el acuerdo de la reunión. Si no lo hubieran sabido no se habrían reunido seguramente.

Este es un método civilista muy preciado. Antes de ir a una reunión deben conocer el acuerdo que se va a tomar en ella.

Y luego que tomaron el acuerdo sabido por ellos anticipadamente, los civilistas salieron de la casa del señor Barrios, haciéndoles quites a los periodistas.

La ciudad sintió las cosquillas de la curiosidad y se puso a hacer aspavientos.

Y en la calle hubo interrogaciones anhelantes y pertinaces.

–¿Ya se ha reunido la junta directiva del partido civil?

–Ya.

–¿Se ha ocupado de la prórroga del presupuesto?

–No.

–¿Ha resuelto en alguna forma la crisis intestina del partido?

–Tampoco.

–¿Para qué se ha reunido entonces?

Para elegir dos nombres.

–¿Y los ha elegido?

–Sí.

–¿Y son bonitos?

–Según los gustos. El del señor Miguel Echenique y el del señor Germán Schreiber.

–¿Y nada más!

–Nada más.

Las gentes se quedaban pensativas como si les hubiesen puesto en las manos un logogrifo. No concebían que la junta directiva de un partido pudiese reunirse para elegir dos nombres solamente. Por preciosos que fuesen.

Y a nosotros se nos asaltaba en todas partes.

–¿Qué les parece a ustedes el acuerdo de la directiva de los civilistas?

–Muy interesante.

–¿Y qué le parecerá al gobierno?

–Le parecerá lo mismo.

–¡No, señores!

–¿Por qué?

–Porque al señor Pardo no le agradan los nombres elegidos.

–¿Y por qué no le agradan?

–Porque quería otros.

–El del señor Luis J. Menéndez y el del señor Manuel Vicente Villarán.

Así vinimos en cuenta de que se había tratado de un acto electoral trascendente. Todos los civilistas llevaron su voto escrito en el bolsillo. Y fueron sólo para echarlo en el ánfora.

El señor Prado y Ugarteche tenía sus candidatos. Y el señor Pardo tenía también los suyos.

Pero como los amigos del señor Prado y Ugarteche eran más numerosos, los nombres gratos al señor Pardo se quedaron guardados.

Y mientras tanto el señor Prado y Ugarteche, entre sus huacos, sus momias y sus pinturas, se rió a la sordina.

(En *El Tiempo*: Lima, 18-XII-1916)

VOCES

El comentario

Todavía está resonando el grito avieso y sorpresivo de la dictadura fiscal. Y seguirá resonando por mucho tiempo.

El gobierno esperaba que este grito fuese más discreto, más callado, más sigiloso. Esperó las sombras de la noche. Abrió la boca con cuidado y con mesura. Y pensó que el país estaba sordo y que, por mucho que los que no queremos la inconstitucionalidad pusiésemos el grito en el cielo, el país no se enteraría del acontecimiento, de su trascendencia, de su eco y de su ruido.

Pero no ha ocurrido así. El grito ha sido agudo, hiriente, estridente, penetrante y alarmista como un grito en despoblado. Las gentes han tenido que ponerse las manos en los oídos para no quedarse sordas.

Y los hombres del gobierno se han quedado asustados como los niños después de una travesura que ha hecho mucho estrépito.

Hemos salido a las calles para encontrarnos con el comentario callejero. Y lo hemos encontrado intenso, vehemente, cálido, jadeante, ardoroso.

Nos han abordado en una esquina.

–¡A ver! ¿Qué les parece a ustedes el bloque?

–Nos parece el bloque.

–¿Y qué les parecen a ustedes sus argumentos?

–Nos parecen sus argumentos.

–¿Se acuerdan ustedes de la prórroga del presupuesto por el señor Leguía?

–Nos acordamos.

–¿Y se acuerdan de lo que le dijo el bloque al señor Leguía?

–Nos acordamos también.

–El bloque gritó entonces que la prórroga del presupuesto era un atentado muy grave.

–Justo.

–¿Y saben ustedes lo que piensa ahora el bioque de la prórroga del presupuesto del señor Pardo?

–No.

–Piensa que está justificada.

–¡Qué tal!

–¿Y saben ustedes cómo razona?

–No.

–Razòna así. Lo que hecho por el señor Leguía es irremisiblemente malo, hecho por el señor Pardo puede ser bueno y saludable. Un acto del señor Leguía, por ser del señor Leguía, es distinto de uno igual del señor Pardo por ser del señor Pardo. El señor Pardo tiene la virtud de purificarlo, santificarlo e inmunizarlo todo.

Nos hemos quedado parados y absortos.

Y nos ha parecido que toda la ciudad se ha puesto a dar vueltas alrèdedor de nosotros, asediándonos con comentarios, con sus exclamaciones y con sus preguntas.

Y nos ha parecido que el grito de la dictadura fiscal continúa resonando agudo, hiriente, estridente, penetrante y alarmista como un grito en despoblado.

(En *El Tiempo*: Lima, 19–XII–1916)

VOCES

El alboroto

Estamos aturdidos. Todo el mundo chilla, grita y argumenta. Ya apenas si se nos oye a nosotros. Vamos a tener que callarnos para que se escuche solamente lo que los demás digan. Y vamos a limitarnos a tomar lo que los demás hablen para servírselo luego al público en estas columnas.

Después de cincuenta y cinco días de predicación bien merecemos un descanso. Y todo el mundo se empeña en dárnoslo. Consintamos que todo el mundo argumente en nuestro lugar y le preste asidero, estímulo y tónico al comentario cotidiano.

El partido futurista está ya en pleno escorzo de apóstrofe y de reprobación. Se saca de la faltriquera un manifiesto rotundo, conceptuoso y sazonado. Y quiere leérselo a las gentes de la calle para que le digan ahora mismo su juicio.

Los futuristas corren por las calles dueños de la majestad de un minuto solemne para ellos y les dicen a los transeúntes:

–¡Ya ha salido el manifiesto! ¡Ya ha salido el manifiesto!

Y los transeúntes les contestan:

–Bueno.

Y los curiosos les preguntan:

–¿Quién lo ha redactado? ¿El señor La Jara y Ureta? ¿El señor Riva Agüero? ¿El señor Belaúnde?

Para que los futuristas les respondan:

–¡Todo el partido!

Y esta es sólo una de las protestas contra la dictadura fiscal.

El partido constitucional, por amor a su nombre y a su doctrina, protestará también con la entereza de sus sables y de su panoplia.

La minoría parlamentaria ha protestado en todos los tonos. Vive protestando desde hace mucho tiempo. Y seguirá protestando, protestando y protestando.

Y el partido civil, que está vacilante entre la protesta y el silencio, depende, aunque no lo quiera el señor Pardo, de la orientación que urda el señor Prado y Ugarteche entre sus huacos, entre sus momias y entre sus cuadros, que la dirección de un partido político puede salir también de un museo o de una pinacoteca.

Así, sobre la papelería de los decretos y de las circulares del señorPardo, va a caer otra papelería mayor. La papelería de todas las protestas. Protestas suaves, protestas dolidas, protestas llorosas, protestas vibrantes, protestas marciales y protestas arrebatadas. Protestas de múltiples matices y de diversas cataduras. Chicas y grandes. Grandes y chicas.

El grito del gobierno ha despertado en todos los hombres del país el deseo de gritar también. Y ya ha comenzado la gritería. Unos gritan con el gobierno y otros gritan contra el gobierno. Pero todos gritan y aquí estamos nosotros aturdidos...

(En *El Tiempo*: Lima, 20–XII–1916)

VOCES

Buenos y sanos

Todos seguimos vivos. El señor Pardo. El señor Riva Agüero. El señor Prado y Ugarteche. El señor Barrios. Nosotros. Todos. Y también el señor Heráclides Pérez.

Ha pasado la prórroga del presupuesto como un ciclón. Ha pasado el manifiesto de los futuristas como una ráfaga. No pasan los gritos agitados de las gentes que hacen una polvareda y un alboroto terribles. Pero todos estamos buenos y sanos. Nos tocamos el cuerpo para ver si nos duele algo. Nos sentimos seguros de que tenemos heridas y contusiones. Y nos engañamos. No nos ha pasado nada. Ni nos duele el cuerpo ni tenemos contusión alguna.

Y sin embargo sigue la algazara y sigue el torbellino. Las gentes continúan haciendo ademanes iracundos y pronunciando imprecaciones tremendas. Hay un vocerío que aturde. Los decretos y la circular del gobierno resuenan todavía. Vivimos metidos dentro de una caja acústica. Y tenemos miedo de quedarnos sordos.

Los que aún están ufanos y orgullosos de su postura son los futuristas. Se pasean por la ciudad arrogante y jactanciosamente. Y van de un lado a otro con la majestad de los hombres del día. Boulevard arriba, boulevard abajo, como dice un cronista que si bien nos acordamos se llama Fray Candil.

Y el señor José de la Riva Agüero, que ha sido siempre tan recoleto, sale ahora todos los días a la calle para que lo aplaudan y para que lo celebren. Y llega a la temeraria aventura de ir al teatro en la noche. Lo hemos visto con nuestros ojos. No estamos aquí para calumniarlo.

Pero no le sienta al señor Riva Agüero andar tanto por las calles. Las gentes son muy mal agradecidas. No sabrán darse cuenta jamás del beneficio que les ha hecho el manifiesto del señor Riva Agüero y su partido. No entenderán jamás la inmensidad de la abnegación de tal

caudillo y de tal grupo. Tienen antes bien la osadía de reírse del manifiesto y del futurismo.

No podía sufrir más injusta suerte el señor Riva Agüero. Ha querido ser consecuente con sus convicciones. Ha querido tener una postura epatante y grandiosa. Ha querido erguirse en socorro de la Constitución y de las leyes. Y en Palacio el señor Pardo le cierra el puño y en las calles las gentes le hacen moscón como en el colegio. No hay hombres francos y generosos que le digan su aprobación y su aplauso.

Y cuando el señor Riva Agüero sale a las calles, tiene un enorme desencanto.

Los hombres del gobierno le gritan con todo énfasis:

–¡Muy mal, Riva Agüero!

Los hombres de la minoría le reclaman:

–¡Muy equivocado, Riva Agüero!

Los hombres prudentes y parsimoniosos le censuran:

–¡Muy temprano, Riva Agüero!

Los hombres inquietos y anhelantes le reprueban:

–¡Muy tarde, Riva Agüero!

Y no hay un hombre, fuera del futurismo, que le grite al señor Riva Agüero en las calles, en estos días que sale en busca de vítores:

–¡Muy bien, Riva Agüero!

Nosotros querríamos ser los que así le guapeáramos, pero tendríamos la mala suerte de que el señor Riva Agüero no nos creyera sinceros. El señor Riva Agüero nos hallaría falsos, mendaces y malévolos.

Esto es lo que nos tiene quietas la lengua y las manos cuando vemos al señor Riva Agüero pasear por la ciudad. Esto es lo que nos ha impedido vitorearle la otra noche en el Teatro Municipal. Esto es lo que no nos deja ir a su casa para dejarle una tarjeta siquiera por una rendija de la puerta.

Y esto es lo único que nos duele muy hondo en estas horas de vocerío y estrépito, en que todavía seguimos todos vivos, buenos y sanos.

Celos

Otra vez el señor Manuel Bernardino Pérez se ha puesto triste. Otra vez se ha puesto inquieto. Otra vez se ha puesto sombrío. Sus idilios electorales tienen penumbrosas complicaciones. El señor Manuel Bernardino Pérez concluirá adelgazándose y palideciendo.

Ayer le hemos visto demacrado. Y también le hemos visto ojeroso.

Y, sorprendidos por esta demacración y estas ojeras, nos hemos dado a averiguar las contrariedades y los males que las motivan.

Hemos ido por las calles preguntándoles a las gentes:

–¿Han visto ustedes al señor Pérez? ¿Por qué está tan melancólico y tan marchito el señor Pérez?

Unas gentes nos respondían:

–Habrá pasado mala noche.

Otras gentes nos respondían:

–Habrá perdido algún juicio.

Y otras gentes nos respondían:

–Se habrá enamorado.

Estas últimas gentes fueron las que nos dieron la pista de las contrariedades del señor Pérez. El señor Pérez está efectivamente enamorado. Se ha enamorado de Cajamarquilla, después de haberse enamorado de Pataz.

Cajamarquilla era para él una provincia nueva, cándida, virgen, inocente y tierna que se le ofrecía dulcemente y cambiaba con él los amorosos aros.

El señor Pérez esperaba en Lima el amor de Cajamarquilla. No era él quien iba hacia Cajamarquilla. Era Cajamarquilla quien venía hacia él. Y, ella viniendo y él aguardándola, se enviaban besos con las dos manos.

Pero ahora Cajamarquilla tiene dos galanes nuevos. Dos galanes jóvenes gallardos, buenos mozos. Los dos están cerca de Cajamarquilla. Los dos la miman y los dos la requiebran. Los dos se indignan ante la posibilidad de que la provincia impúber sea para un don Juan viejo y claudicante como el señor Pérez.

El señor Pérez que era un pretendiente único, exclusivo, privilegiado, el señor Pérez que se creía dueño por antonomasia del cariño de la provincia recién nacida, el señor Pérez que pensaba que había sido hecha para él, el señor Pérez que estaba seguro de que su derecho era inalienable y semidivino, tiene hoy dos rivales.

Y no son dos rivales de nombres romancescos y eufónicos. Son dos rivales de nombres vulgares. El señor Fidel Castañeda y el señor Arturo Cuadros. El señor Pérez tiene sus retratos en los bolsillos. Uno en el bolsillo de la diestra. Y otro en el bolsillo del corazón.

Se obstina en no alentar duda sobre la fidelidad de Cajamarquilla. Se empeña en creerla muy leal y muy rendida. Pero como las novelas y las poesías dicen que las mujeres son tan aviesas y tan traidoras, el señor Pérez se muere de celos.

Cajamarquilla está lejos de él. Y está junto a sus rivales. Y aunque Cajamarquilla le escribe que lo sigue queriendo, el señor Pérez siente que Cajamarquilla les está diciendo lo mismo al señor Castañeda y al señor Cuadros...

(En *El Tiempo*: Lima, 22-XII-1916)

VOCES

En la primera fila

Venimos de ver "La ciudad alegre y confiada". Y estamos de filosofía y patriotismo hasta los bordes. Rebosamos de máximas, de aforismos y de meditaciones. Llevamos un drama entero en el espíritu.

La dictadura fiscal, como un día dijimos, tiene decoración de drama. Nosotros la habríamos querido de opereta. Las gentes malintencionadas la habrían querido de tragedia.

Cada día de la dictadura fiscal ha tenido un drama en el cartel de doña María Guerrero. "El destino manda". "La propia estimación". "Locura de amor". Y cada uno de estos dramas nos ha inducido a un pensamiento distinto. "El destino manda" nos ha hecho pensar en el señor Riva Agüero. "La propia estimación" nos ha hecho pensar en el señor Pardo. Y "Locura de amor" nos ha hecho pensar en el señor Manuel Bernardino Pérez.

"La ciudad alegre y confiada" nos ha hecho pensar en muchas cosas. No es raro que una comedia del señor Jacinto Benavente haga pensar a las gentes. Y han espoleado y ahondado nuestros pensamientos los comentarios del foyer.

Nos han preguntado:

–¿Qué les parece a ustedes "La ciudad alegre y confiada"?

Y nosotros hemos respondido:

–Interesante.

Y nos han tornado a preguntar:

–¿Y qué le parece al señor Pardo?

Y hemos torneado a responder:

–Interesante también.

Y, como las gentes son tan impertinentes, han seguido interrogándonos qué les parecería "La ciudad alegre y confiada" al señor Riva Agüero, al señor La Jara y Ureta, al señor Heráclides Pérez. El señor Heráclides Pérez es hombre célebre desde hace dos semanas. Y al señor Concha y al señor

Belaúnde. Nosotros no hemos podido absolver su curiosidad satisfactoriamente.

La decoración del drama que nos está dando marco en estas horas ampara dos figuras que hacen mutis. Dos figuras tristes. Dos figuras llorosas. Se van como se irían en un drama de Villaespesa. Y se llaman el señor Riva Agüero y el señor La Jara y Ureta. El señor Riva Agüero se va porque le ha dado miedo el público. El señor La Jara y Ureta se va porque se va el señor Riva Agüero. Los dos tienen los ojos llenos de lágrimas. El señor Riva Agüero se adelanta. Y el señor La Jara y Ureta se atrasa tanto que no parece sino que tuviera muchas ganas de quedarse. La escena es consternadora. Todas las gentes han sacado los pañuelos.

Así vivimos. Con un drama en el teatro. Con otro drama en las calles. Y con otro drama en el espíritu. Para todos hemos adquirido un asiento de primera fila. Para todos absolutamente.

Esperamos, como al santo advenimiento, un minuto de alegría.

Y tenemos solamente dos esperanzas.

Una grande: la Pascua de Navidad, el Niño Jesús y la Nochebuena.

Otra mediana: Gaona.

Las dos pueden servir en el Perú para consuelo y olvido de las penas nacionales, en medio de tanto drama, de tanta comedia y de tanto alboroto.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–XII–1916)

VOCES

¡Tralalá!

La alharaca se acentúa. No se desmaya. No se amortece. No se tranquiliza. Ayer salimos a la calle con la seguridad de que no nos tropezaríamos con un nuevo manifiesto. Apenas si esperábamos encontrarnos con los delegados del partido civil y con los delegados del partido liberal que, sobre el tablero de las ubicaciones, están haciendo la felicidad de la patria. Pero nos sorprendió una postura tremenda. Una postura marcial. Una postura belicosa.

Las gentes estaban regocijadas como si les hubiese tocado la suerte.

Nosotros las interrogamos. Y ellas nos respondieron:

–¡Se han reunido los constitucionales!

–¿En la casa de San Ildefonso?

–En la casa de San Ildefonso.

–¿Y han nombrado sus delegados electorales?

–¡No han nombrado nada! ¡Han tenido una actitud heroica!

–¿Una actitud heroica?

–¡Estupenda! ¡Han aprobado las declaraciones del general Cáceres contra la prórroga del presupuesto!

–¿Las declaraciones publicadas por "El Tiempo"?

–¡Las mismas!

Nos dimos a buscar a los constitucionales. Y los hallamos en grupos, arrogantes, valientes y gallardos. Tenían ademanes de hombres grandes. Y tenían aposturas de héroes.

Y supimos, contado por ellos, el acuerdo del partido constitucional.

El partido constitucional está en atrenzo de apóstrofe contra la dictadura. Ha empuñado el libro de la Constitución con una mano y se lo ha apretado contra el corazón. Y ha desenvainado la espada de la Breña, que es una espada que infunde miedo.

Ayer tuvo una sesión memorable.

Bajo la presidencia del general Cáceres, de la Constitución del Estado y de la espada de La Breña, se reunieron treinta y un constitucionales. Y veintiocho aprobaron la moción de solidaridad con las palabras del general Cáceres.

Hubo sólo tres votos en contra. El del señor Criado y Tejada. El del señor Nicanor Carmona. Y el del señor José Antonio Aramburú. El voto del señor Criado y Tejada, impetuoso, desenfadado, entusiasta. Los votos del señor Carmona y del señor Aramburú, cohibidos, reticentes, silenciosos. Y es que el señor Criado y Tejada les tiene amor imponderable a los gobiernos que le hacen desdenes al Congreso. Su nombre, escrito perdurablemente al margen de los artículos penales del Código de Justicia Militar, quedará también escrito para siempre, junto a los nombres del señor Billinghurst y del señor Pardo.

Toda la ciudad se puso a dar de gritos. El señor Pardo no le haría caso porque creería que la ciudad estaba aclamando a Gaona, a su empresario, a su representante o a su mozo de estoques. Pero la ciudad se agitaba diciendo:

–¡El partido constitucional está contra el gobierno! ¡Y cuatro generales han votado hoy contra la dictadura fiscal! ¡Y en el ejército sólo hay ocho generales! ¡Es el ejército el que protesta ahora!

Y se entablaba una porfía:

–¡Son los constitucionales!

–¡Es el ejército!

–¡Son los constitucionales!

–¡Es el ejército!

Y el señor Balbuena, que pasaba por allí en victoria, buscaba una transacción conciliadora:

–¡Son los constitucionales del ejército!

(En *El Tiempo*: Lima, 24–XII–1916)

VOCES

Testigo importante

El señor Pardo ha puesto todos sus amores en la Avenida de Miraflores a la Magdalena. Por él se la cuida, por él se la acicala, por él se la aguarda. Y por él se la llama la Avenida Pardo.

Las gentes tienen cierta reverencia cuando transitan por esta avenida. En ella son discretas las voces, parcos los ruidos y callados los pasos. En ella todo es sedación y bienestar. Hasta los rumores del mar cercano llegan suaves y respetuosos.

Nosotros también amamos a esta avenida. También hemos paseado en ella. Y también hemos sentido orgullo de conocerla y de quererla. Muchas veces un automóvil nos ha llevado y nos ha traído a lo largo de ella. Nosotros hemos pensado en el señor Pardo entre el mar y la pradería. Y sin intención, únicamente porque no distinguimos una carretera de un camino de herradura, hemos preguntado:

–¿Este es un camino real?

Y nos han respondido con una respuesta que para nosotros ha tenido el sabor de una confirmación:

–¡Es la Avenida Pardo!

Ayer hemos ido a la Avenida Pardo. Pero no hemos ido para ver el mar, ni para ver al señor Pardo, ni para sentirnos en su avenida. Hemos ido para atisbar un duelo. Un duelo es siempre un espectáculo emocionante. Un duelo es siempre un espectáculo terrible. Nada importa que se realice a treinta pasos.

Sentados sobre una tapia asistimos a los aprestos de los duelistas y de sus padrinos en el campo del honor, que era a nuestros ojos únicamente un retazo de pradera al lado del mar. Y porque estimamos mucho a los dos duelistas, al señor Secada y al señor Durand, nos sentimos un poco consternados. Y ni el paisaje, con ser este paisaje, ni la avenida, con ser la Avenida Pardo, nos confortaban y nos daban la calma y la quietud.

Repentinamente sentimos en la avenida el ruido de un automóvil. Nos volvimos pensando que era el intendente. Mas no era el intendente. Era el señor Pardo que paseaba en su avenida amada y predilecta.

El señor Pardo se detuvo. Atisbó como nosotros el duelo. Estuvo tentado de subirse sobre una tapia. Estuvo tentado también de repetir las voces del combate. Pero su prudencia prevaleció. Y fue sólo un testigo callado del duelo.

Terminó el duelo y el señor Pardo siguió su camino.

El duelo del señor Secada y del señor Durand ha sido, pues, un duelo sensacional y solemne. Como las grandes fiestas y como las grandes actuaciones, ha tenido la asistencia presidencial. Sólo que la ha tenido sin el cortejo de la escolta y sin los acordes de la marcha de banderas.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–XII–1916)

VOCES

El cuento de ahora

Esta es una anécdota auténtica. La vamos a escribir para la Historia del Perú y no para el Almanaque de Bristol. Nos ponemos la mano derecha sobre el corazón para jurar que decimos la verdad. Y si alguien duda todavía de este juramento lo repetimos de rodillas.

Y esta anécdota auténtica es una anécdota del señor Pardo. Nosotros que estamos aquí para glosar la figura y la vida del señor Pardo, no podemos consentir que no haya quien esté cerca de él para contar a la posteridad sus anécdotas. Y las estamos buscando por todas partes para dárselas al doctor Nemesio Vargas o al doctor Carlos Wiesse.

Todos los días, al descender del carro eléctrico que lo traía de Miraflores, el señor Pardo era saludado en la estación por un voto que parecía un voto nacional, tal era de generoso, reverente y magnánimo:

–¡Dios guarde a V. E. muchos años!

Un viejo muy viejo, uno de aquellos viejos que tienen tal vez cien años sin que ellos mismos lo sepan, era quien saludaba de esta manera al señor Pardo todos los días.

Y este viejo era puntual en su presencia en la estación y puntual también en el saludo. El señor Pardo sentía en este saludo una manifestación de la voluntad nacional y dispensaba a veces una sonrisa al viejo solícito y afectuoso. Y jamás le inquietó la significación del saludo ni quiso investigar su móvil.

Pero desde hace algunos días, tantos como ha echado sobre el país la papelería de la dictadura fiscal, el señor Pardo se ha tornado muy susceptible, muy nervioso, muy nuevo. Y el saludo cotidiano había comenzado a inquietarle. Lo encontraba más obstinado, más exacto, más cariñoso. Y se preguntaba por qué este viejo seguiría diciéndole todos los días:

–¡Dios guarde a V. E. muchos años!

Un día, un día reciente, un día indiscreto, el señor Pardo le confió su

pensamiento a un grande hombre de su amistad y de su simpatía que le acompañaba en el viaje.

Y le interrogó:

–¿Se explica usted la pertinacia de este viejo en desearme muchos años de vida?

El grande hombre de la amistad y de la compañía presidenciales respondió:

–No me la explico.

Y el viaje del señor Pardo y del grande hombre siguió silencioso y turbado.

Pero el grande hombre habló luego de esta suerte:

–Yo he leído una anécdota, que no viene al caso por supuesto. Mas resulta muy interesante. La he leído cuando era chico, que es cuando se leen todas estas tonterías. Había un rey que era saludado cotidianamente, lo mismo que S. E., por una gitana muy vieja.

Hubo una pausa durante la cual el señor Pardo encontró muy interesante y muy respetuoso el símil.

–Y esta gitana vieja le decía todos los días al rey "Dios guarde a Vuestra Majestad muchos años".

El señor Pardo sintió que el símil era más acentuado, más notable, más cortés.

–Un áulico del rey quiso saber un día el sentido del saludo y abordó a la gitana. La gitana le dijo: –"El abuelo de este rey era un rey malo y yo los saludaba siempre así. Murió el abuelo y lo sucedió el padre de este rey. Y era más malo que su antecesor. Y yo le seguía deseando muchos años de vida en la previsión de que su sucesor sería peor que él. Murió el padre y le ha sucedido el hijo. El hijo es efectivamente peor que el padre. Y yo le deseo una vida eterna porque su sucesor será más malo que todos los predecesores de la historia".

Calló el grande hombre de la amistad y de la compañía presidenciales.

Y el señor Pardo pensó que el símil de la anécdota era insensato, absurdo, imprudente, necio.

El señor Pardo había llegado al Palacio del Gobierno.

(En *El Tiempo*: Lima, 25–XII–1916)

VOCES

Arbol de Navidad

Tenemos en estas horas un alma diáfana, ingenua, infantil y candorosa como el alma de un niño o como el alma de un villancico.

Hemos ido en la madrugada a la misa de gallo y la hemos oído con contrición. Hemos ido al restorán y hemos cenado tamales y otras viandas criollas. Hemos ido a varios nacimientos y le hemos cantado una alabanza al Niño. Hemos ido a las carreras de Pascua y nos hemos conformado con el fracaso de nuestras apuestas. Hemos ido a la Nochebuena. Hemos ido a todos los lugares y a todos los festejos de la Navidad. Y hemos buscado en el cielo la estrella de Oriente.

Hacen veinticuatro horas que andamos en busca de alguien que quiera regalarnos un juguete. Un juguete bien inocente y bien pueril. Un polichinela o una sonaja. Un diábolo o un trompo. Y estamos llenos de la gracia del Espíritu Santo.

Las gentes nos han atajado en las calles para hablarnos de la política y del señor Pardo. Y nosotros nos hemos alejado de las gentes llenos de horror.

Pero las gentes han seguido empeñadas en arrastrarnos al comentario. Y han parecido obstinadas en hacernos un reportaje.

Hemos ido de prisa por las calles hurtándonos a la agresión de las preguntas irrespetuosas e imprudentes. Mas no hemos tenido fortuna.

El señor Secada, nervioso, magro, vibrátil y acidulado, nos ha detenido sorpresivamente con sus dos brazos abiertos de par en par. Hemos tenido que abrazarlo y felicitarlo. Y hemos tenido que dejarlo luego, porque nos ha dicho:

–¡Tengo que decir todavía muchas cosas! ¡Háganme ahora mismo un reportaje!

El señor Torres Balcazar, gordo, majestuoso y boyante, nos ha abordado también lleno de sonrisas y de amabilidades. Y nos ha preguntado:

–¿Ya han desistido los demás candidatos a las diputaciones por Lima? ¿Ya ha desistido Balbuena?

Hemos huido aceleradamente.

El señor Borda, chico, guapo y redondo, ha surgido también a nuestro paso. Y nos ha gritado muy fuerte:

–¡Aquí está la minoría!

El señor Augusto Bedoya, marcial, rotundo y fuerte como un puño cerrado, ha parado su coche para invitarnos:

–¡Vengan ustedes conmigo a visitar al general Cáceres! ¡Vengan ustedes conmigo a abrazarlo! ¡Es un héroe!

Y hasta en el hipódromo, el señor Químper, que siempre nos habla sólo de handicaps, de inbreedings, de two years importados y de su crack "Wilful", porque para nosotros no ha hecho nunca sus discursos sobre la Brea y Pariñas, nos ha preguntado hoy:

–¿Qué hay de política?

Nos hemos defendido, sin embargo, de estas tentaciones con toda fortaleza y con toda austeridad. Y hemos seguido dueños de nuestra diafanidad espiritual. Ha continuado en nuestros labios el villancico y ha seguido en nuestro corazón el Niño Dios.

Y ha habido, para definitiva victoria de nuestros anhelos, un hombre que ha sabido comprendernos y halagarnos.

Ha sido el señor Balbuena.

El señor Balbuena, que no ha desistido, que no desiste, que no desistirá jamás, nos ha abrazado y nos ha dicho así:

–¡Felices Pascuas, amigos míos! ¡Los he estado buscando todo el día! ¡Por fin los encuentro! ¡Y cuánto me alborozo de esta fortuna! ¡Vengan Uds. conmigo! ¡Vengan ustedes al árbol de navidad de mi casa! ¡Les daré juguetes y les daré dulces! ¡Hay cornetas, hay matracas, hay pitos, hay atambores, hay caramelos, hay bolitas!

Y el señor Balbuena no nos ha hablado ni una palabra de política. Ya no nos ha cabido duda alguna de que es un hombre inteligente. Y le hemos acompañado para mirar infantilmente su árbol de navidad tan bueno y generoso.

(En *El Tiempo*: Lima, 26–XII–1916)

VOCES

Las haciendas

Los campos siguen aprestándose contra las ciudades. Siguen enfrentando a los candidatos metropolitanos los suyos rurales. Siguen oponiendo a la fuerza electoral de los burgueses la fuerza electoral de los labriegos.

Ya no es sólo la candidatura del señor Arturo Pérez Palacios la que sale de los ingenios y de los cañaverales. Hay una candidatura más, proclamada por los campos y por las alquerías. Es una candidatura independiente. Es una candidatura robusta. Es una candidatura fuerte. Es la candidatura del señor Miguel A. Checa.

El anuncio de esta candidatura, que ya empieza a tener sones triunfales, nos ha llenado de alborozo. Nos ha regocijado más que los regalos pascuales del señor Balbuena. Nos ha hecho felices. Nos ha puesto alegres.

El señor Checa es dueño de nuestras simpatías. En el hipódromo, en el Jockey Club, en el teatro, en todas partes nos place su trato y nos enorgullece su afecto. Y siempre somos sus admiradores en reciprocidad a la admiración generosa que él nos tiene.

No hay sino que hablarle y verle para adquirir la persuasión de que es un gran político. La política lo llama y lo requiere. No le falta uno solo de los síntomas de los grandes políticos. Y tiene sobre todo el síntoma principal: la afición a las carreras de caballos.

El doctor Químper, el señor Torres Balcázar y nosotros, estamos convencidos de que no es posible que haya un gran político que no sea aficionado a las carreras de caballos.

Y pues es el señor Checa un turfista entusiasta y apasionado, tenemos que reconocerle gran político.

Su candidatura, por ser la candidatura de un turfista, es una candidatura noble y aristocrática. Se parece a la candidatura de un gentleman inglés. Y pide a todos los gentlemen de Lima que vayan a Piura a caballo para votar por el señor Checa.

También es la candidatura el señor Checa una candidatura popular. La han proclamado todas las haciendas de Piura. En que es una candidatura de los campos, se asemeja a la del señor Pérez Palacios. La ha proclamado una muchedumbre de labriegos sobre las desmotadoras y sobre los ingenios de los valles.

Y es al mismo tiempo esta candidatura independiente. Se yergue contra la que ampara el señor Pardo que es la del señor Cerro. Y se yergue contra la que ampara el partido liberal que es la del señor Espinoza. Se yergue contra todas las candidaturas. No quiere el favor oficial. No lo recibe ni lo necesita. Le basta con las aclamaciones de las haciendas.

Ayer mismo nos lo ha dicho el señor Checa en el Jockey Club a punto en que hemos ido a felicitarlo y a ofrecerle nuestro aplauso:

–¡Mi candidatura es independiente! ¡No pide subprefectos! ¡No pide gendarmes! ¡No pide nada!

Nosotros le hemos observado:

–¡Pero debía abrirse un sitio en el tablero de las ubicaciones!

Y el señor Checa ha protestado:

–¡No! ¡Yo no transijo con las ubicaciones! ¡No las acepto! Mi candidatura es muy sólida. A mí no me gustan las ubicaciones. Y lo mismo las detesto en la política que en la hípica. Porque también en la hípica han querido hacer ubicaciones para repartir el lote de potrillos argentinos. Una idea del señor Foción Mariátegui. Y yo la he frustrado. ¡Yo solito! ¡Era imitar al señor Pardo! ¡Repartir los potrillos como el señor Pardo va a repartir las representaciones!

Y finalmente el señor Checa nos ha dicho con toda la majestad de un candidato muy fuerte, muy grande y muy solemne:

–¡Pero para la representación de Piura no hay reparto eficaz ni posible! ¡Mi candidatura tiene a todas las haciendas! ¡Y las haciendas son más grandes que las ciudades!

(En *El Tiempo*: Lima, 27–XII–1916)

VOCES

Mala noticia

Nos han dado una noticia tremenda esta madrugada. Una noticia consternadora. Una noticia imprevista. Una noticia que nos ha partido el alma. ¡Ha desistido el señor Balbuena!

Los políticos jóvenes y nocherniegos han venido a nuestra casa para darnos esta nueva tan triste. Y nos han rodeado afligidos, compungidos y plañideros. Ni ellos ni nosotros hemos sabido explicarnos el motivo de la renuncia del señor Balbuena. Y todos hemos estado a punto de echarnos a llorar como unas criaturas.

Nosotros hemos querido rebelarnos contra la noticia. Hemos querido alzarnos contra la verdad. Hemos querido sublevarnos contra el destino. Y hemos gritado:

–¡No puede ser! ¡No debe ser! ¿El señor Balbuena renuncia a su candidatura? ¿Quién lo dice?

Y nos han respondido:

–¡Todo el mundo! ¡El mismo señor Balbuena! ¡El dimisionario! ¡La ciudad entera lo sabe! ¡La ciudad entera está de luto!

Pero nosotros hemos seguido protestando:

–¡Nosotros lo persuadiremos de que el desistimiento es un disparate! ¿El señor Balbuena, nuestro gran amigo, va a imitar al señor Riva Agüero? ¡No puede ser! ¡No debe ser!

Y se han obstinado en contradecirnos:

–¡No hay quién convenza al señor Balbuena!

Nos hemos indignado. Hemos acudido al teléfono. Y hemos llamado a la Central:

–¡Aló! ¡Aló! ¡Señorita! ¡Comuníquenos con la casa del señor Gerardo Balbuena! ¡Ahora mismo!

Y la Central nos ha dicho:

–¿Con la casa del señor Gerardo Balbuena? ¡Imposible! Todo Lima está llamando a ella. Y el señor Balbuena, para que no lo molesten tanto, ha descolgado el fono. El señor Balbuena tiene mucho sueño.

Nos hemos tirado sobre una butaca y nos hemos mesado los cabellos, como en los dramas.

Repentinamente han hecho irrupción en la imprenta nuevas gentes. Han llegado agitadas, sudorosas, vociferantes. Y se han acercado a nosotros, gritando y jadeando:

–¡Aquí está la dimisión del señor Balbuena!

Les hemos tendido las manos, abrumados ya por la aflictiva grandeza de la certidumbre:

–¡A ver! ¡A ver!

Y ha sido en verdad la dimisión. Elocuente, emocionante, conceptuosa, como todo lo que hace el señor Balbuena.

La hemos leído con prisa en los labios y con lágrimas en los ojos:

"Ciudadanos de Lima:

"Mi espíritu tiene la religión de la democracia, pero tiene también la religión del desinterés. Yo quiero ser un hombre abnegado. Y antes que un grande hombre quisiera ser un hombre justo. Busco mi ejemplo en el prudente Arístides y en el virtuoso Lincoln.

Y mi desinterés me manda en esta hora suprimir la lucha electoral. Yo me encuentro ante el deber de retirar mi candidatura.

Yo, ciudadanos, soy actualmente diputado. Mis contendores no lo son. El doctor Miró Quesada ha dejado de serlo hace mucho tiempo y el señor Torres Balcázar deja de serlo este año. ¡Votad, pues, por ellos! ¡Si les dais vuestros votos, ciudadanos austeros e incomparables, ellos entrarán a la Cámara de Diputados y serán mis compañeros!

Mi desistimiento me da un puesto en la historia. ¡Y un puesto en la historia vale una abnegación!"

El papel se nos ha caído de las manos. Pero inmediatamente nuestra admiración al señor Balbuena ha crecido hasta el techo. Y hemos gritado:

–¡El señor Balbuena es un gran hombre!

Y nos hemos puesto a escribir en nuestra máquina para darle al público la mala noticia.

¡Son las dos de la mañana del 28 de diciembre, gentes de Lima y del Perú entero!

Cónclave cotidiano

Mientras todos los peruanos nos pasamos las horas hablando mal del gobierno y hablando mal de nosotros mismos, mientras todos los peruanos nos abandonamos a una negligencia musulmana, mientras todos los peruanos encontramos la felicidad en la regalada posición supina, hay cuatro grandes ciudadanos, dos liberales y dos civilistas, que están velando y trabajando por la felicidad de la patria con un empeño entusiasta.

Todos los días los ve la ciudad pasar por las calles con una gravedad trascendental. La ciudad se agita y hace comentarios. Y en sus esquinas se dialoga así:

–¿A dónde van a estas horas el señor Echenique, el señor Schreiber, el señor Durand y el señor Sayán y Palacios?

–No van: vienen.

–¿De dónde vienen entonces?

–Vienen de extenderles patentes de popularidad a los candidatos.

–¿Pero dónde han estado?

–En el Palacio de los Senadores.

Y las gentes se quedan muy conformes de que estos cuatro grandes ciudadanos quieran hacer el bien de la nación en el Palacio del Senado. Y encuentran admirable que se reúnan y se conchaben en este Palacio, probablemente porque otrora fue el del Santo Tribunal de la Inquisición.

Pero hay muchas gentes que se rebelan contra estos funcionarios del bienestar público. Hay muchas gentes que no transigen con sus decisiones y que critican sus dictámenes. Hay muchas gentes que no creen que el señor Echenique, el señor Schreiber, el señor Durand y el señor Sayán y Palacios juntos puedan salvar al Perú. Estas gentes incrédulas han llegado a nosotros para interpelarnos.

–¿Han leído ustedes esta nómina de candidaturas?

–Sí.

–¡Estas son las candidaturas populares del Perú!

–Así nos han contado.

–¡Una mentira! ¡Una enorme mentira! ¡Una fabulosa mentira! ¡Aquí está el nombre del señor Ernesto Zapata! ¿El señor Ernesto Zapata es popular?

–¿El señor Ernesto Zapata que es Director de Correos y Telégrafos?

–¡El mismo! ¿El señor Ernesto Zapata, director de Correos y Telégrafos, puede ser popular en Tacna?

–Nos parece que el director de Correos y Telégrafos puede ser popular en todo el Perú.

–¿Y el señor Manuel Bernardino Pérez, puede ser popular en Cajamarquilla?

–También el señor Manuel Bernardino Pérez puede ser popular en todo el Perú.

–¿Y el señor Luis Julio Menéndez puede ser popular en Huancavelica?

–Tal vez.

–¡Imposible!

Y así estas gentes indignadas han estado a punto de abrumarnos y de aturdirnos con sus gritos. Nos han dejado asustados. Nos han dejado persuadidos de que los dos delegados civilistas y los dos delegados liberales no están haciendo la felicidad de la patria.

Y nos han dejado en las manos el cuadro de las representaciones vacantes que es a estas horas inquietante tablero de las ubicaciones.

(En *El Tiempo*: Lima, 28–XII–1916)

VOCES

Desvío

Venimos de Miraflores. Fuimos a visitar la noble villa presidencial porque está acongojada y triste. Fuimos a darle nuestra condolencia. Fuimos a llorar junto con ella.

Hemos sentido las palpitaciones de una ciudad afligida. Hemos visto, hemos palpado y hemos oído a su ánima transida de dolor. Y cristianamente hemos echado sobre nuestros espíritus un poco de su pena para ver si le ofrecemos alivio y bienestar.

Miraflores esta enferma.

El señor Pardo y su familia van a abandonar al balneario de la alameda y de los jardines. La Punta, coquetísima y seductora, los ha enamorado. Y el señor Pardo y su familia van a dejar por una estación a Miraflores para entregarse a La Punta.

El anuncio del viaje presidencial produjo primero una impresión de cólera y de enfado en Miraflores. La villa aristocrática tuvo un gesto belicoso. Se indignó tanto como si para ella sola hubiera salido una nueva prórroga del presupuesto. Se crispó su ademán y se torció su gesto. Miraflores amaneció con adusto y violento entrecejo.

Pero cuando el anuncio tuvo confirmación, cuando sonaron en la casa presidencial los primeros aprestos de la partida, cuando se sintió inminente la hora del adiós, Miraflores se llenó de compunción y de amargura. Y tuvo la aflicción de las amantes abandonadas.

Desde ese minuto Miraflores está enferma. Son nubladas sus auroras, melancólicas sus atardeceres, quejumbroso su céfiro. Las flores viven menos y aroman menos todavía. Los árboles se entumecen. Las calles se inundan de malestar y de fastidio. Y los perros ladran a media noche.

No mentimos.

Venimos de Miraflores. Acabamos de ver su sufrimiento y de compartir su desazón. Acabamos de hacernos solidarios con su melancolía y con su

enfado. Acabamos de compulsar su amargura.

Miraflores no sabe explicarse este desvío del señor Pardo. Fue siempre su bienamada. Fue siempre su predilecta. Y no puede darse cuenta de los motivos que le quitan al señor Pardo y que la dejan sin su señorío.

Se pregunta Miraflores si el mar de La Punta será mejor que el suyo. Y se responde que no. Se pregunta Miraflores si la brisa de La Punta será más plácida que la suya. Y se responde también que no. Se pregunta Miraflores si las mujeres de La Punta serán más bellas e inteligentes que las suyas. Y, después de mirarlas y de atender sus señas, torna a responderse que no.

La más triste es la alameda. La Avenida de la Magdalena existe porque el señor Pardo tiene su señorío y sus reales en Miraflores. Si ese señorío y esos reales se van a La Punta, la avenida perderá su grandeza, su autoridad, sus atributos. Será una avenida vulgar. De ella harán su vía los lecheros y en sus rutas muelles irrumpirán los ganados. Sucios y audaces gallinazos se detendrán en sus cercados. Y astrosos granujas harán cancha de sus óvalos.

Mucho hay que temer del dolor y del desagrado de Miraflores. La amante abandonada es siempre terrible. El señor Pardo no ha salido aún de sus dominios. Aún siente Miraflores la huella de su planta y de su automóvil. Es muy probable que se persuada de que debe impedir y castigar la huida del señor Pardo. Y es muy probable que lo plagie atrevidamente.

Una rebelión, la rebelión de un balneario resentido, puede estallar una de estas mañanas.

Y, ahora que tienen tanta resonancia los secuestros, el señor Pardo puede ser secuestrado como en los folletines.

Nosotros escribiríamos, en obsequio del señor Pardo y de Miraflores, el capítulo de una novela romántica.

Inocentes

Ayer las gentes tuvieron entretenimiento para todo el día. Se pasaron las horas haciéndose inocentes. Inocentes los gobiernistas. Inocentes los de la oposición. Inocentes los grandes. Inocentes los chicos. Inocente todo el mundo.

Nosotros quisimos llevarles la delantera a las gentes metropolitanas. Y a las 2 de la mañana escribimos que el señor Balbuena retiraba su candidatura. La ciudad asombrada nos despertó con bulliciosas interroga-

ciones:

–¿Es posible que haya desistido el señor Balbuena? ¿Por qué ha desistido? ¿Por qué se ha apartado de la lucha? ¿Por qué ha corrido?

Y nosotros le gritamos a la ciudad llenos de risa:

–¡Inocente!

Las mendacidades y los embustes siguieron madrugadores y pertinaces. La imaginación pública se ponía en gigante atrenzo de mentira y de falso testimonio. Y los hombres risueños y los hombres graves se reían y se refocilaban como unos chicos.

Había unas invenciones sensacionales.

–¡Ha llegado el señor Leguía!

–¿Cuándo?

–¡Hoy mismo!

–Vamos a saludarlo!

–¡Se lo han llevado preso!

–¡Vamos a escondernos!

–¡Inocentes!

Carcajadas. Las gentes se regocijaban cual si se hubiera resbalado un transeúnte gordo. Y vociferaban como locas:

–¡Inocentes!

Y más mentiras.

–Ha renunciado el gabinete.

–¿Por qué ha renunciado?

–¡Inocentes!

Y más engaños.

–¡El señor Peña Murrieta ha convocado al congreso!

–¿Desde Huancayo?

–¡Inocentes!

Y más lisuras.

–¡Ha retirado su candidatura el señor Manuel Bernardino Pérez!

–¿Para presentarla por otra provincia?

–¡Inocentes!

Nosotros protestábamos indignados:

–¡Abuso ¡Nos plagian! ¡Nos roban! ¡Nos despojan! ¡Porque somos chicos!

Pero nadie nos oía y las gentes seguían gritando tonterías:

–¡Se te ha caído el pañuelo!

–¡Se ha casado el coronel Zapata!

–¡Ha llegado un submarino alemán!

–¡Se ha perdido el señor Pardo!

Y luego el coro de zumbas y de carcajadas:

–¡Inocente! ¡Inocente!

Nosotros acabamos por tornarnos serios. Nos sentimos soliviantados por tanto buen humor y por tanta alegría. Nos arrepentimos de haber amanecido con ganas de falso testimonio. Nos lamentamos de la frivolidad callejera. Y, sobre todo, hablamos así:

–Aquí somos inocentes todo el año. Desde el 1º de enero hasta el 31 de diciembre. El 28 de diciembre no nos hace falta alguna. El señor Pardo nos dijo que íbamos a ser felices y nos ha engañado. El señor Prado y Ugarteche nos dijo que nos iba a dar un manifiesto y hasta ahora no despliega los labios. El señor Riva Agüero nos afirmó que era un gran hombre y no lo ha cumplido. ¡Todos nos mienten! Hace ya mucho tiempo el general San Martín nos aseguró que éramos libres y también nos han engañado. El mejor observador del medio fue el señor Francisco Rivero. Nos anunciaba temblores todos los días y la tierra seguía quieta. ¡Aquí somos siempre muy inocentes! ¡Aquí no nos hace falta un día expreso para serlo!

Y todo esto se lo repetimos al regente con tanta elocuencia y tanta emoción que lo convencimos.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–XII–1916)

VOCES

Abanicos

Hay aquí una candidatura que, sin alboroto y sin ruido, se va atrincherando poco a poco. Nació rolliza y fuerte. Y está ya muy grande y próspera. Crece, crece y crece como las coles que subieron hasta el cielo en un cuento que leímos cuando éramos niños.

Esta candidatura es la candidatura del señor Juan Manuel Torres Balcázar a una diputación en propiedad por Lima. Es una candidatura redonda. Es una candidatura sonora. Es una candidatura opulenta. Es una candidatura elocuente.

Todas las gentes de Lima han puesto sus firmas y sus direcciones en los papeles de adhesión a la candidatura del señor Torres Balcázar quien risueñamente se pasa las horas catalogando los testimonios de la simpatía metropolitana.

Actas y más actas, actas más actas y actas más actas.

Los agentes del señor Torres Balcázar son incansables. Asaltan a los transeúntes para que les den sus firmas. Y les hacen jurar que su voto será para el señor Torres Balcázar.

Y son todos estos agentes personas simpáticas, afables, solícitas, tenaces, irresistibles, persuasivas.

Mientras el señor José de la Riva Agüero torna a su casa solariega y se asusta del tumulto político, y mientras el señor José María de la Jara y Ureta se restituye a su orgulloso apartamiento intelectual, el señor Torres Balcázar sigue abriéndose paso a través de la masa ciudadana. Y para hacerse camino emplea igualmente la cortesía o el codazo.

Estamos encantados con esta candidatura que nos parece una candidatura de barricada, una candidatura de jornada cívica, una candidatura de exhibición popular, una candidatura de gallardetes y una candidatura de escarapelas.

La queremos porque es una candidatura criolla.

No tiene el atildamiento aristocrático de la candidatura de nuestro burgomaestre, ni tiene el "snobismo" propagandista de la candidatura del señor Balbuena.

Es democrática y es limeña.

Trae en una mano un vaso de cerveza y en la otra mano una butifarra.

Y ha llegado a donde ha llegado silenciosamente, casi sin que nadie lo advirtiese y en tanto que los amigos del gobierno decían:

–¿Torres Balcázar? ¡Bah! ¿Contra La Jara y Ureta? ¿Contra Miró Quesada? ¿Contra Balbuena? ¡Bah!

Y cuando, si se les contradecía de esta manera:

–¡Torres Balcázar es muy popular!–, ellos respondían:

–Torres Balcázar es muy popular. ¡Pero no es pardista!

Mas sin ser pardista, y acaso por no ser pardista precisamente, el señor Torres Balcázar tiene una popularidad muy grandé. A estas horas no hay quien no le haga reverencias y saludos. Y no hay quien no le grite ¡bravo!.

Y esta candidatura va a tener en breve un sistema de propaganda muy eficaz y muy galante. Va a regalar muchos miles de abanicos. Sabe que Lima se está muriendo de calor y quiere aliviarla. Y miles de abanicos bellos y frágiles van a servir para este noble fin.

Sólo que el anuncio de este sistema de propaganda ha sugerido una idea al señor Balbuena. El también quiere aplacar el calor de las gentes. Y ya que no puede obsequiarles con abanicos, va a obsequiarles con helados.

(En *El Tiempo*: Lima, 30–XII–1916)

VOCES

Washington–Lima

Ya se le pueden hacer al señor García y Lastres todos los cargos y todas las críticas. Ya no hay censura que lo conmueva. Ya no hay acusación que lo aflija. La dictadura fiscal tiene para él en estos momentos un peso de pluma. Todo es, en su cartera y en su gabinete, leve, frágil, aéreo.

Y es que el señor García y Lastres tiene en sus manos un cablegrama milagroso. Un cablegrama de felicitación que le ha llegado desde Washington y que lo ha llenado de regocijo. Un cablegrama para el cual ha tenido la más efusiva de las respuestas. Un cablegrama del ilustre ministro de hacienda de los Estados Unidos, Excmo. señor Mac Adoo.

Hay que explicarse el alborozo y el orgullo del señor García y Lastres. Un cablegrama de personaje tan grande tiene que engreír a la república. El señor Mac Adoo se acuerda amablemente de nosotros. Y nos felicita solícitamente antes de que llegue el año porque siente un amor muy grande por nosotros.

El señor García y Lastres ha querido ser generoso y entusiasta en la contestación. El cablegrama del señor Mac Adoo le trasmitía al señor García y Lastres sus cordiales votos por la prosperidad y felicidad del año nuevo. Y el cablegrama del señor García y Lastres ha felicitado y reverenciado al señor Mac Adoo, a su país, a su familia, a sus amigos íntimos y a su secretario. El señor García y Lastres ha querido ser más cortés que el señor Mac Adoo, que probablemente lo es demasiado.

Mas las gentes han tenido la irrespetuosidad de reírse de todos estos cablegramas y de comentarlos con malevolencia y agresividad. Y han hecho una alharaca tremenda que está resonando todavía.

Nos han asaltado en las calles:

–¡Cómo! ¿Este señor Mac Adoo es el mismo que pasó por el Callao en el "Tennessee"?

–Sí; es el mismo.

–¿Es el mismo que no quiso desembarcar por miedo a la bubónica?

–Sí; es el mismo.

–¿Es el mismo que nos dejó con los banquetes servidos?

–Sí; es el mismo.

–¿Y por qué le manda cablegramas a nuestro ministro de hacienda?

–Debe ser porque nos quiere mucho.

–¿Y por qué nos hace los cablegramas en día de inocentes?

–Debe ser porque en los Estados Unidos no hay día de inocentes.

–¿Y por qué nos felicita por el año nuevo cuando el año nuevo todavía no ha llegado?

–Debe ser para expresar su deseo de que llegue muy pronto.

–¿Y por qué cumplimenta a un ministro que se ha salido de la Constitución?

–Debe ser porque piensa imitarlo.

Pero las gentes han estallado en protestas y en gritos:

–¡No, no, no! ¡Ese señor Mac Adoo no nos quiere! ¡Se ríe de nosotros! ¡Nos ha querido tomar el pelo desde Washington! ¡Por eso nos ha cablegrafiado en día de inocentes! ¡Hasta aquí estamos oyendo cómo se ríe!

Y estas gentes tan patriotas, tan celosas, tan vigilantes, tan serias, tan observadoras, han encontrado luego un cauce para su indignación:

–¡Volvamos los ojos al peligro yanqui! ¡Norteamérica nos acecha! ¡Norteamérica nos amenaza! ¡Pongámonos en guardia! ¡Acordémonos de Manuel Ugarte! ¡Recelemos de la doctrina de Monroe! ¡Recelemos de Wilson! ¡Recelemos de la Standard Oil! ¡Y digamos otra vez que la América Latina es para los latinoamericanos!

Y nosotros nos hemos entusiasmado tanto que nos hemos parado para gritar:

–¡Bravo!

(En *El Tiempo*: Lima, 31–XII–1916)

VOCES

Nochebuena

A estas horas la ciudad se encuentra llena de alharaca y alegría. Los fuegos artificiales regocijan a las gentes grandes y a las gentes chicas. Y vibra, canta, se agita y se conflagra un alborozo ingenuo y sonoro.

Suena un cohetazo. Y nos parece que es un requerimiento de la ciudad y de la nochebuena para que nos incorporemos a su algazara. Suena una matraca. Suena un pito. Suena una bocina. La nochebuena nos sigue llamando con sus voces persuasivas.

Pero nosotros no vamos a la nochebuena. Nos quedamos en esta imprenta y ante esta máquina de escribir. Abandonamos la cabeza sobre las dos manos.

Tenemos que hacerle un interrogatorio a la conciencia.

Evocamos la otra nochebuena. La nochebuena del 31 de diciembre de 1915. Para nosotros la vida del Perú se divide en dos etapas anuales. Una comienza en la nochebuena del 27 de julio. La otra comienza en la nochebuena del 31 de diciembre. Sentimos la impresión de que el Perú ha comenzado a vivir en una nochebuena. Y querríamos que la historia lo esclareciese.

¿Cómo nos halló la otra nochebuena?

Lo mismo que esta. También estábamos en una imprenta y ante una máquina de escribir. También nos llamaban los cohetazos de los fuegos artificiales. También nos tentaba el alboroto callejero.

Igual que ahora era presidente el señor Pardo. Pero era presidente de otra manera. Su gobierno era todavía un gobierno nacional. Nacional a pesar de ser civilista. Nacional a pesar de ser el señor Pardo. Nacional de todos modos. Como el tranvía a La Herradura. Como la compañía de vapores.

Aún no era posible afirmar en rotundo:

–¡Este señor Pardo es el mismo de 1904!

Porque había muchas voces enérgicas, tremendas, asfixiantes, que respondían en coro:

–¡No es el mismo! ¡Es otro! ¡Basta verle la cara! ¡Basta oírle la voz!

Y los que somos a veces un poco escépticos y un poco incrédulos movíamos la cabeza pero nos callábamos.

Los demás seguían gritando:

–¡Hay legalidad! ¡Hay garantías! ¡Hay plata! ¡Hay superávit! ¡Hay holgura! ¡Hay júbilo! ¡Hay champaña! ¡Qué felicidad!

Nosotros abríamos la boca ante la proclamación de tantas abundancias y nos conformábamos con la abundancia del champaña. Y hasta nos parecía que el champaña que nos servían en nuestras copas venía de Palacio purificado y glorificado por la bendición del señor Pardo. Y preguntábamos humildemente antes de acercarnos la copa a los labios:

–¿Hace falta persignarse?

Esta nochebuena no es como la otra. Todo nos lo está diciendo a voces. La estancia, el escritorio, la máquina de escribir, los mapas de pared. Esta nochebuena es distinta.

Ya nadie se extraña de que se afirme:

–¡Este señor Pardo es el mismo de 1904!

Ya no hay quien contradiga. Y si hay quien contradiga es para contradecir de esta manera:

–¡Es peor que el de 1904!

Ya no hay quien hable de la legalidad, de las garantías de la holgura, del júbilo y de otras cosas símiles. Apenas si hay quien hable de la plata. Y apenas si hay quien hable del champaña. Y el champaña ya no sabe a bendición del señor Pardo. Sabe a champaña y a nochebuena no más.

Pero la ciudad está como siempre muy regocijada porque se ha ido un año y porque ha llegado otro. Y dice su regocijo con el estrépito de sus cohetes, de sus matracas, de sus pitos, de sus bocinas, de sus bandas de música y de sus fuegos artificiales. Los fuegos artificiales están traduciendo en estos momentos el sentimiento nacional. Más tarde lo traducirá el menú criollo de la cena. Y dentro de unas horas más el besamanos.

Y como la ciudad está de nochebuena y nos llama con las voces de la pirotecnia pintoresca y de la multitud trashumante, nosotros queremos sentirnos jubilosos y restituirnos a su bullicio y a su fiesta.

Vamos a sumarnos al alborozo de todos.

Porque es indispensable que escribamos:

–¡La ciudad ha estado alegre! ¡La ciudad ha estado feliz!

El primer día

La dictadura fiscal está entre nosotros desde hace muchos días. Pero sólo hoy empieza su señorío. Hoy es el primer día de la prórroga del presupuesto. Desde hoy no hay pauta, norma ni cartabón para los gastos fiscales. Desde hoy el presupuesto de la república está en la voluntad del señor Pardo.

Hace muchos días que la dictadura salió a las calles sonoramente. Hace muchos días que asustó y asombró a las gentes. Hace muchos días que se quitó el embozo y se metió de noche en las imprentas. Pero sólo hoy toma posesión de su cargo. Sólo hoy entra oficialmente en Palacio. Sólo hoy comienza a mandarnos.

Y hoy es día de año nuevo, día de genuflexiones, día de cumplidos y día de trajes flamantes.

Anoche hubo "castillos" y hoy habrá besamanos.

Y el señor Pardo habrá conseguido que entre los "castillos", los toros y el besamanos, las gentes se olviden de que ha principiado el año de la dictadura fiscal.

Ya no hay presupuesto. Se acabó ayer. Ya no hay ley para los ingresos fiscales. Y los egresos serán todos los que el señor Pardo necesite para que haya superávit y para presentarse ante el Congreso con el cuerno de la abundancia en la mano.

El clamor de las gentes contra la dictadura no se ha callado aún. Le ha sojuzgado por un minuto el clamor del año nuevo. Pero sigue vibrando y vibrará hoy más que ayer y mañana más que hoy.

Las protestas continuarán haciendo una torre. Y sobre la última, que ha sido la del señor Escardó y Salazar, vicepresidente de la Cámara de Diputados, se pondrán sucesivamente otra, otra, otra y otra más, hasta que lleguen al cielo y Dios nos haga justicia. Queremos aproximarnos a la justicia divina por una escala de manifiestos y de censuras.

Aún se saborea en el comentario público la protesta del señor Escardó y Salazar. Y se dice que el señor Escardó y Salazar, tan chico, tan delgado y tan frágil, sabe ser cuando quiere un gigante.

Y el comentario público quiere decir lo mismo de otros hombres chicos, delgados y frágiles de aspecto. Del señor Prado y Ugarteche, por ejemplo. Pero el señor Prado y Ugarteche está enfermo y está frente a graves trastornos civilistas.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º–I–1917)

VOCES

Besamanos

Hace muchas horas que estamos palpando, respirando y viendo al año nuevo. Lo palpamos, lo respiramos y lo vemos en todo. Lo palpamos, lo respiramos y lo vemos en la nochebuena, en los restoranes, en el tráfico callejero, en los trajes elegantes, en las caras regocijadas y en las ediciones gordas de los diarios. Las ediciones de los diarios nos han dejado ahítos de sinopsis. Año político, año universitario, año teatral, año literario, año artístico, año económico, año feliz. Nos cansamos las manos y los ojos con tantas páginas y tantos colores. Y nos perdemos en unas y en otros.

Y hemos palpado, respirado y visto el año nuevo, como en ninguna cosa y como en ningún lugar, en el besamanos de Palacio. Hemos sentido que el besamanos es la ceremonia más transcendental del 1º de enero. Y hemos pensado que debía realizarse en el templo metropolitano después de un tedéum muy solemne y muy majestuoso.

El señor Pardo recibió ayer el homenaje de muchas personas. Funcionarios, diputados, senadores, grandes hombres, postulantes, candidatos, amigos personales. Un escalafón social y político dejó en los salones de Palacio la rúbrica de sus genuflexiones.

Y el señor Pardo sintió la caricia y la satisfacción de tantos votos patrióticos y religiosos.

El país entero, por boca de sus hombres distinguidos, le decía:

–¡Feliz año nuevo!

Y le estrechaba la mano para que el señor Pardo se la estrechase también y le retornase el cumplido.

Besamanos ritual.

Pero las gentes escépticas, que nunca quieren aceptar la grandeza y superioridad del suceso postrero, movían la cabeza cuando se hablaba en las calles del besamanos:

¡No! ¡El año pasado hubo más gente! ¡El año pasado hubo más ilusión!

¡El año pasado hubo más entusiasmo! ¡El año pasado fue mejor!

Los áulicos les contradecían con tibieza y las gentes escépticas les replicaban con sus interrogaciones:

–¡A ver! ¿Estuvo el señor Javier Prado y Ugarteche?

–El señor Javier Prado y Ugarteche está enfermo.

–¡A ver! ¿Estuvo el señor Carlos Borda, diputado por Lima?

–El señor Carlos Borda es de la minoría.

–¡A ver! ¿Estuvo el señor Manuel Químper, el otro diputado por Lima?

–El señor Manuel Químper también es de la minoría.

–¡A ver! ¿Estuvo el señor Arturo Osores?

–El señor Osores vive en Chosica.

–¡A ver! ¿Estuvo Gaona?

–¡Hombres! ¡Gaona es mexicano!

Y aquí se paraban las preguntas.

Mas los áulicos insistían:

–¡Pero estuvo el señor Balbuena! ¡Pero estuvo el señor Manuel Bernardino Pérez! ¡Pero estuvo también el señor Pérez de la prórroga! ¡Pero estuvieron todos los señores Pérez!

(En *El Tiempo*: Lima, 2–I–1917)

VOCES

Mirando a la trastienda

El civilismo va a volvernos locos. Hace ya muchos días que viene inquietándonos. Nos ha anunciado clandestinamente con letras de mano que va a poner en su tienda una bandera. Y nosotros estamos ansiosos de saber de qué color es ahora la bandera del civilismo.

Nos pasamos las horas preguntando:

–¿De qué color va a ser la bandera del civilismo? ¿Blanca? ¿Negra? ¿Anaranjada?

Pero nadie nos responde con fundamento.

Apenas si el señor Borda nos dice por tomarnos el pelo:

–¡Colorado!

Y el señor Secada, por hacernos sentir que todavía está muy colérico:

–¡Verde!

Y el señor Balbuena, porque es muy optimista y muy candidato:

–¡Celeste!

Nosotros seguimos sin saber de qué color va a ser la bandera que se va a sacar del bolsillo el civilismo para izarla en lo alto de su tienda. Tal vez no va a izar bandera alguna y nos va a dejar burlados. O tal vez va a izarla sólo el 28 de julio y entonces va a ser bandera peruana.

La prórroga del presupuesto nos hizo esperar cincuenta días y cincuenta noches. El civilismo nos hará esperar acaso toda la vida. Sentado en cuclillas como un fakir parece dormido. Nosotros nos acercamos a él de puntillas. Pero unas gentes nos gritan:

–¡Está en el Nirvana!

Y otras gentes:

–¡Está en oración!

Y las demás:

–¡Está pensando!

Las hay también que nos paran en la calle y nos preguntan de esta suerte:

–¿Ustedes creen que el civilismo va a cuadrarse al señor Pardo? ¿Ustedes creen que el civilismo va a tomar una decisión definitiva? ¿Ustedes creen que va a decir que le parece mala la Dictadura fiscal? ¿Ustedes creen que va a tener un gesto asombroso?

Contestamos sincera y convencidamente como si nos confesáramos:

–Creemos.

Y nuestros interlocutores se ríen de nosotros y nos apostrofan luego con burla:

–¡Tontos!

Ayer la ciudad tornó otra vez a inquietarnos con sus voces y con sus murmullos:

–¡Hay agitación y hay postura civilistas! ¡El señor Manuel Camilo Barrios, vicepresidente del partido civil, ha conferenciado con el señor Echenique y con el Sr. Schreiber! ¡Les ha dicho que no deben cederles un palmo a los liberales! ¡El señor García Irigoyen ha estado con el señor Pardo!

Nos echamos a las calles para beber las noticias en los vientos:

–¡A ver! ¡A ver!

Y las voces y los murmullos continuaron:

–¡El señor Barrios es candidato a una representación! ¡Y todavía no lo han ubicado! ¡Y se chillará! ¡Y se ha chillado ya!

Todo cierto. Absolutamente cierto. Ayer no hubo sesión del comité tripartito. Se pararon otra vez las ubicaciones. Y la ciudad se pasó el día aguaitando en la trastienda del civilismo a pesar de que la trastienda del civilismo está siempre a oscuras.

(En *El Tiempo*: Lima, 3–I–1917)

VOCES

Apogeo

Todos los bloquistas tienen un solo empeño: proclamar la defunción del bloque. Afirman que el bloque ya no existe, que el bloque ha muerto, que el bloque fue transitorio, que el bloque fue pasajero y fugaz como una flor o como una mariposa. Esta última es una frase del señor Pasquale que nosotros copiamos al pie de la letra.

Vayamos donde el señor Juan Pardo. Y preguntémosle:

–¿Qué piensa el bloque, señor?

Y el señor Juan Pardo nos dirá como el señor Jorge Prado y Ugarteche:

–¡Ya no existe el bloque! ¡Quién habla del bloque! ¡Qué bloque ni qué bloque!

Vayamos donde el señor Manzanilla. Y preguntémosle:

–¿Qué hace el bloque, doctor?

Y el señor Manzanilla nos responderá de todas maneras:

–¡Yo no sé nada de política! ¡Y además, ya no existe el bloque! ¡El bloque duró un momento! ¡Un momento brillante!

Vayamos donde el señor Miró Quesada. Y preguntémosle:

–¿Qué dice el bloque, doctor?

Y el señor Miró Quesada nos contestará:

–¡Ya no hay bloque! ¡Ya no hay sino civilismo!

Y se irá en su automóvil.

Pero la ciudad, y con la ciudad nosotros, y con nosotros todo el mundo, seguimos persuadidos de que el bloque vive, de que el bloque alienta, de que el bloque se agita, de que el bloque se mueve. No admitimos siquiera que el bloque esté dormido.

Mientras tanto los bloquistas van al registro civil y anotan con muchas lágrimas que el bloque ha muerto y que ha muerto hace ya mucho tiempo. Nació un día porque era necesario que naciese. Lo quería la felicidad de la patria puesta en peligro. Y en cuanto la felicidad de la patria quedó

asegurada, el bloque se extinguió gloriosamente. Nada más.

Y la ciudad, que es porfiada, escéptica, recelosa, pertinaz, no quiere creer estas cosas. No las acepta. No las tolera. Está segura de que el bloque sigue siendo el bloque acaso sin que el mismo bloque se dé cuenta.

Ayer, nos han detenido muchas gentes para decirnos:

–¡El bloque está en el apogeo! ¡El bloque está en las alturas!

–¡Pero no dicen que no existe ya el bloque!

–¿Quién lo dice?

–Todos los bloquistas.

–¡Inexacto! ¡El bloque existe! ¡Y está en su apogeo! ¡Mírenlo en el gobierno! ¡Mírenlo en la municipalidad! ¡Mírenlo en la junta departamental! ¡Mírenlo en todas partes! ¡Tiene mil tentáculos!

Nos hemos quedado pensativos y hemos contestado:

–Verdad.

Y nos han gritado:

–¡Claro! El bloque resurge. Resurge en las sombras y sin hacer alboroto. Ya es dueño del señor Pardo. ¡Y aunque se hace el chiquito, para que el señor Pardo no lo advierta, es el que nos está gobernando!

Se nos ha ocurrido una pregunta:

–¿Entonces, la dictadura fiscal es de la responsabilidad del bloque?

Mas nos han respondido:

–¡No! ¡El bloque no tiene responsabilidades! ¡La dictadura fiscal es de la responsabilidad del señor Pardo solamente!

Y después de una pausa, nos han agregado risueñamente:

–¡O de la responsabilidad del señor Heráclides Pérez si ustedes gustan!

(En *El Tiempo*: Lima, 4–I–1917)

VOCES

Malestar

Un día gritamos todos contra la dictadura fiscal. Levantamos los brazos hasta el cielo y le pedimos al cielo su justicia. El país se llenó de protestas. Gritó la minoría. Gritó el futurismo. Gritaron los constitucionales. Gritamos nosotros. Sobre el alto de papeles del señor Heráclides Pérez que traían envuelta a la dictadura fiscal, cayó un aluvión de apóstrofes y de expectaciones. Y cuando ya parecía que la algazara iba a calmarse, se reanimaba y se consolidaba.

Pero llegó por fin un día en que las gentes nos cansamos de gritar. Nos persuadimos de que estábamos predicando en el desierto. No nos conformamos con la dictadura fiscal, pero nos resignamos a esperar la justicia de Dios. Y nos callamos. Apenas si de rato en rato siguió sonando una protesta.

Mientras vibró la algazara, el señor Pardo estuvo risueño, tranquilo, desdeñoso. Se sintió libre de toda culpa, de toda responsabilidad, de toda falta. Y mirando los papeles de la dictadura fiscal se dijo que ni siquiera su firma estaba al pie de ellos.

Ha sido ahora, cuando se ha hecho el silencio, que el señor Pardo se ha inquietado. No diremos que ha sentido miedo, pero sí que se ha inquietado. La bulla lo aturdía sin turbar su majestad. El silencio le ha conducido a la meditación y al recelo. Y le ha inducido a desdeñar a Miraflores y a buscar a La Punta.

El señor Pardo, tan fuerte, tan ecuánime, tan sereno hasta anteayer, está arredrado y perturbado desde hoy. No entra a un cuarto oscuro por ningún motivo. Y cuando entra a un cuarto iluminado se detiene un momento en el umbral. Y a solas en su gabinete de Palacio cuando nadie lo mira, cuando nadie lo observa, se para de repente y le pregunta a su retrato:

–¿Quién me quiere mal? ¿Quién me acecha? ¿Quién me amenaza?

Y el retrato se queda callado para que el señor Pardo pierda el sosiego,

ignorando quién lo quiere mal, quién lo acecha, quién lo amenaza.

El señor Pardo está lleno de sigilos, de reservas, de desconfianzas. En esta hora en que el país vive tranquila y sufridamente, el señor Pardo vive fastidiado e inquieto. Y, como cree que hay muchas gentes que se están juntando contra él, las llama generosa y dulcemente a todas con una invocación evangélica y tierna:

–¡Vengan ustedes a mí! Yo les amo con todo el corazón. Yo soy hermano de ustedes. Y les espero con los brazos abiertos. Cogidos de las manos vamos a trabajar por la felicidad de la patria. ¡Vengan ustedes a mí! ¡Rodéenme! ¡Yo les quiero mucho!

Las gentes se quedan paradas y le dicen únicamente:

–Bueno.

Y el señor Pardo entonces se solivianta, se exalta y les grita:

–¡Ustedes me odian! ¡Ustedes son mis enemigos! ¡Ustedes me están preparando la guerra!

Así le ha pasado al señor Pardo con el señor Osores. El señor Osores se había ido a Chosica. El partido del general Cáceres, que es también el partido del señor Osores, había protestado contra la dictadura fiscal. El señor Pardo les preguntó a sus áulicos:

–¿Por qué Osores está en Chosica?

Unos áulicos le contestaron:

–Será porque está enfermo.

Y otros áulicos:

–Será por imitar al señor Prado y Ugarteche.

Y el señor Pardo hizo llamar al señor Osores, que fue cortés, solícito y obediente para la invitación presidencial. El señor Pardo lo recibió entre sus brazos. Lo llamó su hermano. Lo proclamó su confidente. Le dijo que paseara la mirada por el país. Le pidió que estuviera a su lado.

Pero el señor Osores estuvo huraño, reticente, esquivo. La ternura del señor Pardo no le enterneció. La preocupación del señor Pardo no le preocupó. La emoción del señor Pardo no le emocionó.

El señor Pardo perdió entonces la ecuanimidad. Y le preguntó sorpresivamente al señor Osores:

–¿Usted conspira?

Un gesto histórico.

Y el señor Osores que supo comprenderlo, el señor Osores que tiene la salud muy mala, el señor Osores que es en estos momentos como todos los ciudadanos del Perú una persona pacífica, el señor Osores que vive tan

tranquilo en una aldea reparadora, triste, tuvo que responder por amor propio y con una sonrisa muy breve:

–Todavía no.

Otra prórroga

Nuestra ánima, nuestra pobre ánima, nuestra maltrecha ánima, ha sufrido un nuevo quebranto. Ha estado mucho rato apesadumbrada, abatida, compungida. Y ha sido causante de su aflicción el señor Manzanilla, muy amado suyo.

Tanto como habíamos alborotado nosotros contra la prórroga del presupuesto de la república, tanto como habíamos dicho que era un atentado enorme, tanto como habíamos ocurrido donde el mismo señor Manzanilla para pedirle que nos dijera que ese atentado era insensato, y ahora el señor Manzanilla nos sorprende con otra prórroga de presupuesto. Ha prorrogado el presupuesto de la Cámara de Diputados. Y lo ha prorrogado sorpresivamente, que es en lo único en que se ha diferenciado del señor Pardo y del señor Heráclides Pérez.

No esperábamos esta nueva prórroga de presupuesto. No la presentíamos. No la imaginábamos. El señor Manzanilla ha querido sorprendernos.

Y es ahora cuando estamos convencidos de lo que pesa el mal ejemplo. Ahora es cuando estamos convencidos del daño que hace. Ahora es cuando estamos convencidos de lo que consigue.

El señor Manzanilla no habría prorrogado el presupuesto de la Cámara, si el señor Pardo y el señor Heráclides Pérez no hubieran prorrogado el presupuesto de la república.

Este razonamiento nos ha llenado de un rencor profundo contra el señor Pardo y contra el señor Heráclides Pérez.

Nos hemos echado a las calles a gritar como unos locos:

–¡El ejemplo del señor Pardo ha arrastrado al señor Manzanilla! ¡El señor Pardo ha perdido al señor Manzanilla! ¡El país debe ponerse a llorar a mares! ¿Por qué no se ha puesto todavía el país a llorar a mares?

Poco nos ha importado que las gentes ecuánimes nos hayan sujetado para decirnos:

–El señor Manzanilla tenía que prorrogar el presupuesto de la cámara. Si la cámara no funcionaba, ¿qué podía hacer el señor Manzanilla?

No hemos transigido con esta manera de pensar:

–¡Ha debido convocar a la Cámara! ¡Ha debido reunirla de algún modo!

¡Ha debido hablar con todos los diputados! ¡Ha debido hacer cualquier cosa para no prorrogar el presupuesto!

Y, después de muchas exclamaciones desoladas que nos han hecho enronquecer, hemos ido en busca del señor Manzanilla para oír su palabra y para saber su explicación.

Apenas le hemos visto hemos corrido a su encuentro ansiosamente. Y el señor Manzanilla nos ha recibido con estas palabras efusivas:

–¡Pídanme órdenes!

Nosotros, sin hacerle caso, le hemos preguntado anhelantes:

–¿Por qué ha prorrogado usted el presupuesto de la cámara? ¿Por qué ha hecho usted lo mismo que el señor Pardo? ¡Usted que tiene todos nuestros afectos! ¡Usted que tiene todos nuestras admiraciones!

Pero el señor Manzanilla se ha reído mucho y no nos ha contestado sino esto:

–¡Pídanme órdenes! ¡Me embarco el jueves para La Habana! ¡Pídanme órdenes! ¡O vénganse mejor conmigo!

Y luego nos ha agregado una frase de copla de zarzuela:

–¡A La Habana me voy! ¡Te lo vengo a decir!

(En *El Tiempo*: Lima, 5–I–1917)

VOCES

Frente a la Villa Gaby

Tras el señor Pardo nos hemos ido a La Punta. Y nos hemos quedado parados frente a su casa cuando él acababa de entrar en ella. Sobre el polvo de las gradas estaban aún frescas las huellas de los pasos presidenciales. Las hemos reconocido.

Hemos querido ver la casa del señor Pardo. Hemos querido saber su historia y probar su fortaleza. Un infinito celo patriótico nos ha hecho juzgar indispensable para la tranquilidad de nuestro espíritu el conocimiento oportuno de la nueva y transitoria mansión del señor Pardo.

Y hemos querido ver si La Punta se daba cuenta del honor de la visita del señor Pardo. Esperábamos encontrarla orgullosa, ufana, regocijada. Y la hemos encontrado indiferente. Las calles estaban tranquilas. El mar parecía igual. Las gentes no ostentaban regocijo ni placer algunos. Nos hemos sorprendido.

Y presas de temor al advertir que la Villa Gaby, glorificada por el señor Pardo, está a la orilla del mar, tan a la orilla del mar que nos ha dado miedo de que un día se caiga dentro de él, hemos abordado a las gentes de La Punta ansiosamente:

–¿Por qué el señor Pardo se ha venido a la Villa Gaby?

–Será porque es muy bonita.

–¿Pero es también muy fuerte?

–Bastante fuerte.

–¿Y está asegurada contra incendio y contra otros riesgos?

Las gentes de La Punta nos han mirado con asombro y se han preguntado con las miradas si estamos locos. Y nos han respondido:

–No está asegurada.

Nos hemos alarmado.

–¿Y cómo el señor Pardo se ha venido a vivir en ella entonces? ¿Por qué no la aseguran hoy mismo?

–¡Hombres! ¡Porque no hay motivo! ¡Qué miedo tienen ustedes! ¿Los ha asustado el mar como a los chicos?

No nos ha asustado por nosotros sino por el señor Pardo.

Y estas gentes nos han dejado seguras de que nosotros estamos mal de la cabeza.

Pero nosotros hemos abordado luego a otras para ponerlas estupefactas como a las que nos han dejado.

–¿No volverá a salirse el mar de La Punta como hace dos años?

–No hay que esperarlo. El mar está tranquilo.

Y estas gentes también nos han dejado. Y hemos interrogado luego a otras.

–¿El señor Pardo saldrá a pasearse en las noches?

–Acaso.

–¿Irá al muelle y a la playa a conversar con las muchachas?

–Tal vez.

La frialdad de las gentes nos ha molestado. Este balneario frágil y chico, rodeado por el mar que es tan avieso, cantado por las olas que son tan peligrosas, alfombrado por las piedras que son tan duras y tan ásperas, debía estar de fiesta desde que el señor Pardo ha llegado a él, debía pensar en lo que le alegre y en lo que le amenice y debía pedir una banda de músicos para que diera todos los días retreta en su plaza.

Nosotros que no somos de La Punta sino de Lima pensamos en cambio en todas esas cosas. Hemos ido a La Punta para ver la casa del señor Pardo. Nos hemos llenado de angustia al reflexionar en que el mar puede salirse. Nos hemos llenado de angustia al imaginarnos que el señor Pardo puede aventurarse muy adentro del mar cuando se bañe. Y hasta se nos ha ocurrido mandarle decir que no haga el "muerto" nunca porque el mar es muy malo y porque no es de buen agüero que un presidente haga el "muerto".

Así somos nosotros.

Y como nosotros es Miraflores a quien el señor Pardo ha dejado anegada en lágrimas a pesar de que Miraflores es tan hermosa, tan segura, tan fuerte y tan alta que el mar nunca podrá subir hasta ella por mucho que se empine y por mucho que se crezca.

¡Miraflores que llora mientras La Punta vive displicente!

(En *El Tiempo*: Lima, 6–I–1917)

VOCES

De la noche del sábado

¿Quién ha tomado el tren para Chosica?

Ha sido un político.

Le hemos visto los escarpines. Y no podemos dudarlo. Ha sido un político. ¿Y por qué ha tomado el tren para Chosica? ¿Qué va a hacer en Chosica? ¿Va a visitar al señor Osores? ¿O va a mirar al cielo solamente?

¿Y si no ha sido un político?

Nos hemos quedado pensativos mucho rato.

Estos trenes de Chosica, desde una tarde en que se llevaron al doctor Durand y a los liberales, han adquirido mala fama.

Y a nosotros nos tienen inquietos desde que sabemos que tienen inquietos al señor Pardo. La inquietud que le causan al señor Pardo la hemos palpado y la hemos mirado. Sabemos que la policía privada del gobierno ha ido a Chosica para ver cómo brilla allí la luna. Y hemos ido a la estación a ver salir el tren de esta mañana únicamente para mirarle la cara a la policía privada del gobierno.

Porque hay policia privada. También la hemos palpado y la hemos mirado. Ha salido a la calle súbitamente cuando nadie la esperaba y cuando nadie la reclamaba. Como no hay presupuesto habrá con qué pagarla. Y será lo único que hará falta para que el gobierno del señor Pardo viva muy tranquilo.

Hablamos con la historia en la mano y la experiencia en el corazón. ¿Cuándo han comenzado los azares y las inquietudes para los gobiernos del Perú? Pues cuando los gobiernos del Perú han llamado a las gentes del espionaje político a que aguaiten dentro de las casas pero que no aguaitan dentro de las almas. Y estas gentes ya están aguaitando a su manera.

Y como necesitan vigilar algo vigilan los trenes y vigilan a los viajeros. ¿Quién se ha ido? ¿Por qué se ha ido? ¿Quién ha venido? ¿Por qué ha venido?

Así estamos ya.

Y no sabemos explicarnos por qué.

El señor Pardo tampoco sabrá explicárselo a sus amigos. Y si nosotros le preguntásemos por qué hay ya estas turbaciones, el señor Pardo no nos contestaría, pero su mirada iría a buscar instintivamente los papeles de la dictadura fiscal y la rúbrica del señor Heráclides Pérez.

Las gentes se asombran. Si este gobierno es el gobierno de la convención tripartita, si este gobierno es el gobierno nacional, si este gobierno es el gobierno de la restauración, si este gobierno es tan fuerte y tan buen mozo y si este gobierno tiene a todos los partidos y a todos los hombres de buena voluntad, ¿quién se arredra?, ¿quién tiembla?, ¿quién acecha?, ¿quién se estremece?

¿Acaso nos han contado por la noche un cuento lúgubre y pavoroso de penas y de aparecidos?

No sabemos nada.

Y no podemos creer que haya motivo, ni aliento, ni intención para que esta tranquilidad, que nosotros amamos tanto y dentro de la cual estamos tan bien, se acabe de la noche a la mañana,

Pero no tenemos valor para ir a Chosica porque nos daría miedo.

Volvemos a creer que es el silencio de esta hora el que ha turbado al señor Pardo, el que le ha hecho preguntarle al señor Osores si ya está conspirando y el que le ha hecho pensar absurdamente que ya el país no le quiere.

El país, que es veleidoso pero no tanto, se queda absorto y mira con los ojos abiertos al señor Pardo. Lo mira nervioso. Lo mira fastidiado. Lo mira inquieto. Y lo mira llamando a su despacho al jefe del escuadrón de seguridad que se ha formado ayer no más, para que luego lo digan los diarios al enumerar las personas que han salido y que han entrado a Palacio.

Nosotros, que somos muy curiosos, nos preguntamos por qué a este escuadrón de última hora le habrá puesto el señor Pardo escuadrón de seguridad.

Y luego nos volvemos hacia una puerta que está a nuestro costado porque hemos sentido que alguien ha pasado tras ella. Y que ha pasado de puntillas. Y que ha pasado con sigilo. Y que ha pasado con misterio. Pero nos reportamos enseguida. Ha sido el gato.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–I–1917)

VOCES

Eclipse

Ya ha pasado la Pascua. Ya ha pasado el año nuevo. Ya han pasado los reyes magos. Ya ha pasado todo. Hemos comenzado a vivir en serio el año de mil novecientos diez y siete.

Y hay, a estas horas en que damos nosotros las cuartillas al taller, un eclipse total de Luna.

Tenemos para reflexionar y para ensombrecernos.

El año ha empezado con un domingo siete, con un eclipse total de Luna y con la dictadura fiscal. Si al mismo tiempo no hubiera empezado con Gaona habría motivo para que todos los peruanos estuviéramos desolados.

La Luna se había puesto muy brillante y muy redonda. Había nacido prodigiosamente con el primer día del año. Y cuando ha estado llena, cuando más nos ha amado, cuando nos ha inundado de bienestar, cuando "su gorda majestad de ganso se ha puesto a tiro de escopeta", cual diría Lugones, la Tierra se ha puesto entre el Sol y la Luna y, como la Luna es tan chica, la ha apagado. Y ha habido eclipse de Luna para muchas partes de la Tierra, entre las cuales tenía que estar naturalmente ésta de nosotros.

La madrugada, el eclipse, el cielo y la atmósfera lo hacen a uno sentir la necesidad de ser astrólogo para poder preguntarle a la luna el porvenir de la república y de sus ciudadanos.

Querríamos saber lo que este eclipse significa para nosotros. Querríamos saber lo que ha venido a decirnos. Querríamos saber si nos ha aportado un mal agüero. Querríamos saber por qué ha venido a asustarnos.

Y estamos muy inquietos y muy arredrados.

Hemos visto que este eclipse ha tenido un proceso raro y misterioso. La Luna empezó a crecer con el año. El día en que ha sido Luna llena y en que ha estado más hermosa se ha eclipsado. Y este día ha sido domingo siete y ha traído corrida de toros.

Acabamos de bajar de la azotea de la imprenta. Sobre todas las azoteas

de la ciudad hay gentes que están escrutando el cielo. Todas estas gentes, acaso, como nosotros, están pidiendo a voces un oráculo.

Nos asalta la tentación absurda de hacerle un cablegrama al señor Corbacho para que le interrogue por nuestra cuenta al Destino en este momento trascendental.

Ansiamos que la teosofía nos diga, por boca de uno de sus exegetas, lo que nos reserva el futuro y lo que nos anuncia el eclipse, porque nos ha invadido una inquietud profunda, porque nos hallamos llenos de malestar y porque, ya que los políticos se callan cuando los periodistas los entrevistan, nosotros queremos a todo trance un reportaje y nos empeñamos en que el reporteado sea el Destino.

Pero no podemos hacer nada de lo que queremos porque no somos astrólogos, ni profetas, ni adivinos.

Y solamente escribimos estas líneas de prisa porque nos ajocha el linotipo.

Repentinamente nos hemos parado y nos hemos hecho esta pregunta:

–¿El señor Pardo estará también mirando al cielo?

Y luego otra:

–¿Y qué pensará el señor Pardo del eclipse?

Después nos ha dado la tentación de irnos a pie hasta La Punta para ver si el señor Pardo estaba en la azotea de la Villa Gaby.

Mas nos ha detenido la reflexión de que no podríamos acercarnos al señor Pardo para saber lo que piensa del eclipse.

Y hemos convenido con nosotros mismos en que del pensamiento del señor Pardo sólo podemos tener esta hipótesis:

Un eclipse de Luna no puede inquietar al señor Pardo. No puede ser el eclipse de su gobierno. No puede ser el eclipse de su personalidad. No puede ser nada de esto. Será otra cosa muy distinta. ¡Al señor Pardo sólo podría inquietarlo un eclipse total de Sol visible en Lima! ¡Y no está en el calendario de mil novecientos diez y siete!

(En *El Tiempo*: Lima, 8–I–1917)

VOCES

El favorito

¿Cuál es el favorito de este régimen?

Necesitamos saberlo ahora mismo. Sin pérdida de un segundo. Ahora mismo.

¡A ver! Que desfilen todos los amigos íntimos del gobierno del señor Pardo. Unos en automóvil, otros en coche, otros a pie. Todos absolutamente... ¡A ver!

No desfila nadie. Son las dos de la madrugada. Y no es hora de que las gentes desfilen, sobre todo cuando son personajes políticos.

Hagámoslos desfilar nosotros. Y simulémoslos con gallitos de papel.

Un gallito. Dos gallitos. Tres gallitos. Cuatro gallitos. Cinco gallitos. Diez gallitos. Muchos gallitos. Ya están todos los personajes políticos de actualidad puestos en fila. Ya están todos a nuestra derecha.

Aquí tenemos al señor Tudela y Varela. Está igualito. Erguido, insuflado, rotundo. ¿El señor Tudela y Varela es el favorito del gobierno del señor Pardo? ¿Qué dice el gallito? Dice que no. El señor Tudela y Varela no es el favorito del gobierno. Pudo serlo. Se dijo que era el próximo candidato a la presidencia de la república. Y se dijo que el señor Pardo pensaba en él porque era el político más joven, más arrogante y más buen mozo del civilismo. Pero el señor Tudela y Varela fue el leader de la mayoría de diputados. Y el leader de esa mayoría no puede ser el favorito del gobierno. Ni aun ostentando el honor de haber sido alcalde de Miraflores.

Ponemos al señor Tudela y Varela a nuestra izquierda.

Aquí tenemos al señor Manzanilla. Aquí lo tenemos sobre la mesa y en gallito de papel aunque esté en viaje a La Habana. ¿El señor Manzanilla es el favorito? No. El señor Manzanilla se ríe tanto que no puede ser favorito.

Ponemos al señor Manzanilla a nuestra izquierda.

Aquí tenemos al señor Riva Agüero, presidente del consejo de ministros. Al señor José de la Riva Agüero no lo hemos puesto entre nuestros

gallitos porque el señor José de la Riva Agüero no tiene fisonomía de favorito desde su último manifiesto. Y ponemos enseguida al señor Enrique de la Riva Agüero a nuestra izquierda. No es el favorito. Es sólo una persona respetable que comparte y ampara las responsabilidades del régimen.

Aquí tenemos ahora al señor García y Lastres. ¿El señor García y Lastres es el favorito? Tampoco. Ponemos al señor García y Lastres a nuestra izquierda sin demora.

Y aquí tenemos finalmente al señor Amador del Solar. Y lo tenemos a pie y hecho un gallito de papel. El corazón nos dice que el señor Amador del Solar sí es el favorito. Y el entendimiento nos dice lo mismo. No hay sino que ver pasar en automóvil al señor Amador del Solar para saber que es el favorito. Y no hay sino que verlo entrar a Palacio para ratificarse en esta persuasión.

Ya sabemos quién es el favorito. Nos han quedado muchos gallitos a la derecha. Pero ya tenemos noticia perfecta de quién es el favorito presente.

Y tenía que haber favorito. No se concibe al señor Pardo sin favorito. Aunque el señor Pardo posee una voluntad muy fuerte y un entendimiento muy robusto, necesita siempre un amigo que le dé la mano y le escuche sus confidencias. Un confidente puede a veces parecer mentor a pesar de que tratándose del señor Pardo no puede serlo nunca.

Favorito del señor Pardo es ahora el señor Leguía. Un gran favorito. Y el señor Leguía acabó en la presidencia de la república para que el país asistiera primero al 29 de mayo y después a las jornadas cívicas.

Favorito del señor Pardo es ahora el señor Amador del Solar. ¿Va a acabar también en la presidencia de la república el señor Amador del Solar? Tal vez.

Por lo pronto, el señor Amador del Solar es el favorito.

Esto le basta.

Y a nosotros también.

Cancha libre

El señor Luis Felipe Villarán le ha tomado el pelo a la comisión bipartita de las ubicaciones.

Y es que el señor Villarán, al mismo tiempo que subgerente de la Recaudadora y personaje importante, es alumno universitario y tiene permanentes aptitudes para el buen humor y para la mataperrada.

Una provincia de San Martín, Moyobamba, le va a hacer su diputado. El país puede estar seguro de ello. Y puede estar seguro de ello también el señor Pardo, para quien la candidatura del señor Villarán, aunque parezca mentira, no es muy simpática.

El señor Villarán es dueño de todos los elementos y de todas las voluntades de Moyobamba. Hasta antes de ayer, sólo era adicta a su persona la mitad de la gente de valía de la provincia. La otra mitad era adicta al señor Ulises Reátegui. Pero el señor Villarán ha ido directamente a una inteligencia con el señor Ulises Reátegui y desde ayer son aliados los que hace dos años fueron rivales.

La provincia no tiene, pues, sino una candidatura que es una candidatura invencible.

Y el señor Villarán, sin embargo, por espiritual entretenimiento ha buscado a la comisión bipartita de las ubicaciones y le ha dicho:

–Yo soy el único candidato a la diputación en propiedad por Moyobamba. Hay en esa provincia 58 mayores contribuyentes. 29 eran del señor Reátegui y 29 eran míos. Ahora los 58 son míos. Muy míos. Y no tengo contendor. Mas yo me siento tímido para afrontar la lucha electoral sin la venia y sin el consentimiento de ustedes. ¡Yo quiero que ustedes me acojan benévolamente! ¡Yo quiero que ustedes me den su gracia! ¡Yo quiero que ustedes sean buenos conmigo!

La comisión bipartita de las ubicaciones se ha puesto muy grave y ha recibido los papeles que acreditan la popularidad del señor Villarán para examinarlos. Y luego los ha revisado, se ha persuadido de que el señor Villarán es un candidato invencible y se ha sentido magnánima.

Pero no ha proclamado al señor Villarán candidato de los partidos liberal y civil.

No.

Su fallo ha sido así:

–Comprobado que el señor Villarán no tiene rival y que es dueño de las seguridades de triunfo, se le da cancha libre.

Y el señor Villarán, rendido ante tanta bondad y ante tanto favor, se ha convencido de la justicia y de la sabiduría de la comisión bipartita y le ha dado las gracias.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–I–1917)

VOCES

Solidaridad

¿Quién dice que el partido constitucional no está unido? Aquí se encuentra el mismo partido constitucional para desmentirlo. Los constitucionales están mancomunados como nunca. Y se exhiben todos cogidos de las manos para decirle al país que todos piensan, sienten y accionan como un solo hombre.

El partido constitucional es actualmente el partido de las solidaridades. Habla el general Cáceres. Y todo el partido constitucional se pone de pie, con la mano sobre la cruz de la espada, y declara que lo que ha hablado el general Cáceres es como si lo hubiera hablado él. Habla el señor Osores. Y todo el partido constitucional vuelve a ponerse de pie para aplaudirlo y para ratificarlo.

Vamos a pedir a gritos que hable el señor Hildebrando Fuentes para que su partido le dé también un voto de aplauso y otro voto de solidaridad.

Y que hable el general Eléspuru. Y que hable el general *Pizarro*. Y que hable el general Canevaro. Y que hable el contralmirante Carbajal. Y que hable el coronel Bedoya. Y que hable el señor Criado y Tejada.

Todos los constitucionales están listos para mancomunarse con el pensamiento y con sus palabras. Especialmente con el pensamiento y con las palabras del general Canevaro. ¡A ver un periodista que vaya a reportearlo a nuestro nombre!

Unicamente dos constitucionales no se solidarizan con nadie. Ni con el general Cáceres siquiera. Son el señor Nicanor Carmona y el señor José Antonio Aramburú. El señor Carmona y el señor Aramburú no quieren que el partido haga declaraciones de ninguna especie. Los dos son candidatos y los dos son personas discretas.

Y esta aprobación de la actitud del señor Osores por el partido constitucional, con el general Cáceres a la cabeza y con la gloria de la Breña en el estandarte, es trascendental.

Las gentes han venido a decírnoslo y hacérnoslo entender.

Nos han preguntado:

–¿El partido constitucional se ha solidarizado con la actitud del señor Osores?

–Sí.

–¿Y cuál ha sido la actitud del señor Osores?

–¡La sabida! ¡La única! ¡La universal!

–¿La de la conferencia con el señor Pardo?

–¡Por supuesto!

–¡Entonces es una solidaridad tremenda, emocionante, asombrosa! ¡Abran bien los ojos! ¡Todo lo que fue a decirle el señor Osores al señor Pardo es como si hubiera ido a decírselo el partido constitucional!

Y nos han dejado pensativos. Verdad: todo lo que fue a decirle el señor Osores al señor Pardo es como si hubiera ido a decírselo el partido de las posturas marciales y heroicas.

Los constitucionales sienten suyo todo lo que ha hecho el señor Osores. Sienten que el señor Osores los ha encarnado a todos. Sienten que es con ellos con quien ha conversado el señor Pardo.

Luego es al partido constitucional a quien el señor Pardo ha llamado a su lado. Luego es el partido constitucional a quien el señor Pardo ha preguntado lo que está haciendo en Chosica. Luego es el partido constitucional a quien el señor Pardo ha engreído y ha mimado durante una hora. Luego es el partido constitucional a quien el señor Pardo ha preguntado si conspira.

Esto es lo sensacional.

Y, lo más sensacional todavía, es que luego es el partido constitucional el que le ha contestado al señor Pardo que todavía no conspira.

El brío ajeno

Tenemos de la mano al señor Secada. Hace un momento el señor Secada nos ha tenido de las orejas. Había venido a visitarnos para decirnos muchas cosas. Y para decirnos sobre todo que los escritores de este tiempo no somos tan valientes como los del tiempo pasado.

Nos ha gritado:

–¡Ustedes, los jóvenes!

Y nosotros, por no quedarnos chicos, le hemos gritado también:

–¡Ustedes, los viejos!

Pero el señor Secada nos ha rectificado enseguida:

–¡Los viejos no! ¡Nosotros, los hombres!

Conciliadoramente, le hemos concedido:

–Bueno. ¡Ustedes los hombres, los hombres maduros!

Y luego:

–¡Los grandes hombres! ¡Los grandes hombres!

El señor Secada nos ha soltado entonces las orejas. Se había cansado de tenernos sujetos de ellas. Nos había indultado.

Y desde ese momento lo tenemos de la mano.

Así estamos ahora: el señor Secada a la derecha; nosotros a la izquierda. El señor Secada interrogándonos; nosotros respondiéndole. El señor Secada accionando con una sola mano; nosotros oprimiéndole la que le tenemos presa para que no nos tunda con ella.

El señor Secada nos aconseja. Nos estimula. Nos ajocha. Nos guapea. Y comienza por gritarnos como si nosotros fuéramos el gobierno y él estuviera en la Cámara de Diputados. Hay momentos en que tenemos que recordarle que nosotros no somos de la mayoría ni hemos llegado aún a un ministerio ni a una plenipotencia.

¡Caramba!

Pero el señor Secada es en el fondo muy bueno. Tan bueno que nos quiere, nos enseña el camino y nos guía con la palabra para que no tropecemos:

–¡Por allí no! ¡Por aquí sí! ¡De frente! ¡Con la cabeza erguida! ¡Adelante! ¡Quién los ataja! ¡Duro con él!

Y sólo cuando nosotros, que somos muy chicos y muy débiles, nos fatigamos un instante y hacemos alto y lanzamos un bostezo, el señor Secada se indigna, protesta y corre hacia nosotros para comenzar amonestándonos y para terminar acorriéndonos.

Somos dueños del honor de que el señor Secada nos lea todos los días. Es un honor muy grande. Y somos dueños del honor más grande todavía de que el señor Secada nos celebre y nos aplauda cuando cree que tenemos ironía, ímpetu, vena y acierto.

Mas cuando no tenemos gracia y sí tibieza y desgano, temblamos y nos alarmamos. El señor Secada deja la secretaría de la municipalidad corriendo y se viene en nuestra busca con las "Voces" en la mano. Y se nos pone delante para asustarnos:

–¿Ustedes son o no son jóvenes? ¿Ustedes son o no son fuertes? ¿Ustedes son o no son activos? ¡Bueno! ¡Yo quiero verlos jóvenes, fuertes

y vibrantes siempre!

Nosotros tratamos de apaciguarlo.

Y el señor Secada se desborda luego:

–¡No! ¡Si es que ustedes no son como los escritores de mi tierra. ¡Si parece que ustedes estuvieran dormidos! ¡Si parece que ustedes no tuvieran ojos! ¿Por qué no aprenden a tirar al blanco? ¿Por qué no se compran una espada?

Y da uno y dos y tres puñetazos sobre la mesa para demostrarnos que él tiene todavía muchos bríos aunque no es tan joven como nosotros.

Ahora, cogido de la mano, le escuchamos. Le escuchamos con placer. Teniéndole sujeta la mano no nos da miedo.

Y la gran verbosidad del señor Secada es sustanciosa, fluida, ágil, rotunda. Nos gusta saborearla. Especialmente en este tiempo en que no tenemos parlamento y en que no tenemos discursos.

Dios es muy justo.

(En *El Tiempo*: Lima, 10–I–1917)

VOCES

Un desmentido

Un hombre grande, un hombre del pardismo, un hombre de las alturas, un hombre notable, ha venido a media noche a nuestra imprenta para conversar con nosotros y para rectificar una noticia nuestra.

Y este hombre que nos ha abordado sonriéndose, ha comenzado por hacernos esta pregunta:

–¿Por quién han dicho ustedes que es el favorito del señor Pardo?

Le hemos respondido:

–Por el señor Amador del Solar.

Y él nos ha dicho entonces:

–Están ustedes engañados. Yo les voy a decir quién es el favorito. ¡A ver! Pongan en fila a todos los hombres del régimen. ¡A ver!

Nosotros le hemos obedecido. Hemos comenzado a representar otra vez con gallitos de papel a los políticos. Y hemos comenzado a ponerlos en fila. Cuando todos han estado formados los hemos cogido uno por uno y hemos ido diciendo:

–Este es el señor Amador del Solar. Este es el señor Tudela y Varela. Este es el señor Enrique de la Riva Agüero. Este es el señor García y Lastres. Este es el señor Manzanilla. Este el señor Manuel Vicente Villarán. Este es el señor Antonio Miró Quesada. Este es mengano. Este es fulano. Este es zutano.

Y luego hemos interrogado:

–¿Quién es el favorito?

Nuestro amigo nos ha dicho:

–No está aquí.

Y se ha callado un instante para decirnos luego:

–¿Por qué no han puesto aquí al señor Pardo?

Nos hemos asombrado:

–¿A don Juan Pardo? ¿A don Enrique Pardo? ¿A don Felipe Pardo? ¿A

don Luis Pardo?

Y nuestro ilustre y sigiloso interlocutor nos ha respondido:

–Ni a don Juan, ni a don Enrique, ni a don Felipe, ni a don Luis, ¿Por qué no han puesto aquí al propio don José Pardo?

Ha sido para que nos quedásemos estupefactos.

–No hay más favorito del señor Pardo que el mismo señor Pardo. Tengan ustedes esta persuasión. Cuando el señor Pardo piensa en un favorito se pone delante del espejo y se convence de que tiene un favorito imponderable. Y se queda tranquilo.

Ha sido para que nos èchásemos a reír y para que preguntásemos después:

–¿Y el señor Leguía no fue el favorito de la primera administración del señor Pardo?

Pero entonces nos han respondido:

–¡Claro! Leguía sí fue el favorito de Pardo. ¡Quién lo duda!

Y después de que nos hemos reído mucho él y nosotros, se ha despedido para volverse al llegar a la puerta y decirnos:

–¡Pero Leguía es Leguía!

(En *El Tiempo*: Lima, 11–I–1917)

VOCES

Viaje triste

El partido futurista era chico antes del manifiesto contra la dictadura fiscal. Y, después del manifiesto, cuando todos esperábamos que entrase en la adolescencia y en el progreso, el partido futurista se ha puesto más chico todavía. Hay que consternarse.

Hasta antes de ayer era posible salir a la calle y gritar:

–¡A ver un futurista!

Había la seguridad de que aparecería alguna persona joven, amable y simpática que respondería:

–¡Aquí hay uno!

Desde ayer, desde que el futurismo ha dado su último manifiesto, desde que el futurismo no tiene ya candidatos a las diputaciones por Lima, desde que el futurismo ha penetrado en los umbrales de la crisis, puede estar uno gritando una hora entera:

–¡A ver un futurista!

No habrá quien responda.

La ciudad tiene una lógica enorme y fuerte para explicar el quebranto del futurismo. Y habla así:

–Al partido nacional democrático lo han muerto los manifiestos. Nació hablador como los niños y se lo llevan del mundo las palabras. Sobre su tumba se escribirá este epitafio: "Habló demasiado". Cada manifiesto ha sido un golpe que se ha dado él mismo. Manifiesto contra el empréstito fiscal: pasmo. Manifiesto contra los empleados públicos: traspiés. Manifiesto contra la prórroga del presupuesto: caída. Así, en tres manifiestos, se gradúa el proceso de la dolencia fatal de un partido joven.

Y la gente de buen humor que escucha los silogismos de la ciudad, pregunta entonces sin respeto y sin reverencia:

–¿No habrá sido la parálisis infantil? ¿No habrá sido la "mosca azul"?

La ciudad tiene una sonrisa para las preguntas y luego una carcajada para su comicidad.

Mientras tanto el futurismo se muere de veras. Ya no hay nadie casi que

se acuerde de él como de un vivo. Ya han escrito su nombre en una página de la historia. Y ya han doblado la página.

Y es que después del último manifiesto todos los futuristas han sentido un malestar muy grande. Tristeza, insomnios, flaccidez, anemia, vahído. Y han pensado que era por culpa del manifiesto. Y han pensado también que era por culpa del futurismo.

Sobre la mesa del señor Riva Agüero han llovido las cartas. Quejas, reclamos y amonestaciones. Amonestaciones, reclamos y quejas. Un futurista que no opina lo mismo que el partido. Otro futurista que no opina lo mismo que el anterior. Otro futurista que no opina de ningún modo. Otro futurista que renuncia. Otro futurista que está enfermo.

El señor Riva Agüero, desolado y triste, se ha ido a Huancayo para recibir las manifestaciones sencillas y generosas del afecto provinciano. Pero ya ha regresado. Su viaje ha sido un viaje infinitamente penoso. En Río Blanco le amenazó el soroche. En La Oroya le afligió la altura. Y en Huancayo le presentaron una cuenta: la cuenta muy formal y muy justa de los gastos de propaganda e instalación del partido.

Y el señor Riva Agüero, que venció el soroche y que dominó la altura, no pudo sufrir la cuenta. Hizo de ella una pelotilla y la aventó a un canasto.

Pero nunca lo hubiera hecho. El futurismo de Huancayo se resintió mortalmente. Y su jefe se indignó y se puso colorado.

Amortecido, el señor Riva Agüero se ha encontrado sin fuerza para tantos quebrantos y se ha vuelto a Lima. Llegó anoche sin anuncio y sin etiqueta. No tuvo recepción ni bienvenida. No fue a saludarlo un ayudante de campo de S.E. No le manda nadie una tarjeta.

Y en Lima lo ha aguardado una noticia tremenda: El partido nacional democrático de Cerro de Pasco, al cual tenía prometida una visita, se ha puesto furioso al ver que no ha cumplido y que se ha regresado de Huancayo sin voltear los ojos al Cerro. Todos los futuristas cerreños se han proclamado ofendidos. Todos los futuristas cerreños se han sentido desdeñados. Todos los futuristas cerreños han telegrafiado sus renuncias.

El señor Riva Agüero ha visto llover sobre su mesa telegramas. Una renuncia. Otra renuncia. Más renuncias.

Y, como es aficionado a la historia, se ha puesto de pie y se ha agarrado la cabeza con las manos para exclamar como don Francisco de Carbajal en trance análogo:

–¡Estos mis cabellicos maire, uno por uno se los lleva el aire!

(En *El Tiempo*: Lima, 12–I–1917)

VOCES

Las listas fatales

Todos los candidatos tienen a estas horas sobre la mesa la lista de mayores contribuyentes de su provincia. Unos están sonrientes y satisfechos. Otros están desolados y afligidos. Cuestión de gustos. Y cuestión de temperamentos.

Los candidatos gobiernistas guardan sus filas con orgullo y las proclaman legítimas y maravillosas. Los candidatos oposicionistas estrujan las suyas y levantan la voz, los ojos y las manos al cielo, que es de donde esperan la justicia.

Y las listas tienen las más diversas y complicadas formas. Las hay largas, las hay cortas, las hay medidas. Las hay laberínticas y las hay sencillas. Unas tienen veinte vericuetos y otras tienen una sola pieza. El Ministerio de Hacienda ha puesto toda su sabiduría al prepararlas. Pero como vivimos en un país de descontentos se dice que esa sabiduría no se llama sabiduría sino favor y complacencia.

Los candidatos heridos de muerte por la publicación de las listas, andan por las calles gritando todo el día:

–¡La lista de mi provincia está llena de muertos!

–¡La lista de mi provincia parece una nómina de defunciones del Registro Civil!

–¡La lista de mi provincia es un cementerio!

Y el auditorio se queda pensando en las macabras tendencias del Ministerio de Hacienda y las declara luego muy interesantes. El Ministerio de Hacienda sueña sin duda con la resurrección de la carne. El Ministerio de Hacienda cree seguramente que cada contribuyente muerto es un Lázaro que aguarda la visita del proceso electoral. El Ministerio de Hacienda le está buscando acaso un remedio a la mortalidad nacional.

Un contribuyente va a ser a este paso un ser inmune. Pueden asaltarlo las epidemias. Y puede matarlo la bubónica, el tifus o la viruela. Debe tener

la seguridad de que el Ministerio de Hacienda lo resucitará algún día.

Hay que pensar en ser contribuyente de cualquier manera.

Pero, a pesar de que las listas de contribuyentes saben devolver la vida a los ciudadanos, las gentes no quieren conformarse con ellas.

Vibra a estas horas un gran vocerío.

Gritos, denuestos, imprecaciones.

Una tempestad de protestas se cierne con motivo de las listas sobre la cabeza del Ministro de Hacienda. Mas el Ministro de Hacienda, que sólo les tiene miedo a las mociones de la Cámara, se yergue altivo y valiente. Caen sobre él las quejas y los reclamos como una granizada. Y él, que tiene una ecuanimidad imponderable, sale a las calles sin paraguas.

Y debe ser muy justa la indignación de los candidatos desengañados. La proclamación por el comité bipartito es una cosa muy buena. Pero es mucho más buena todavía la proclamación por el Ministerio de Hacienda. El Ministerio de Hacienda está en Palacio y está cerca del gabinete presidencial. Y en el gabinete presidencial es donde se hace el verdadero encasillado. No hay sino que verles la cara a los candidatos.

La indignación de las gentes interesadas en los procesos electorales llega a nosotros a cada minuto, hecha llanto, plañido, rugido o carcajada. Queremos oírla, sentirla y mirarla con antifaz. Y a su costa nos regalamos.

Hace un instante nos han venido a contar un caso muy gracioso.

Este:

–Se ha mandado elegir en Ica un senador suplente por muerte de don Juan Rivera. ¡Y en la lista de contribuyentes de Ica figura entre los primeros don Juan Rivera! ¡Y sin embargo se convoca a los pueblos para que lo reemplacen!

Nosotros no hemos tenido fuerza para reírnos. Y hemos quitado los ojos del Ministerio de Hacienda para ponerlos en la Corte Suprema para ver cómo duerme y cómo descansa. Y para pedirle al país que no le turbe el plácido sueño de las vacaciones.

(En *El Tiempo*: Lima, 13–I–1917)

VOCES

Carta de Chorrillos

Tenemos sobre el escritorio una carta de cinco fojas del señor José de la Riva Agüero. Es una carta para "El Tiempo". Está escrita en papel celeste. Y nos ha sido mandada desde Chorrillos.

La hemos leído dos veces. Y ya sentimos la tentación de leerla nuevamente. Le aconsejamos al público que haga lo mismo porque la carta del señor Riva Agüero es un dechado de gracia.

Hace una hora que nos estamos muriendo de risa. Nos imaginábamos ladino, entretenido y ocurrente al señor Riva Agüero porque lo habíamos visto fundar al partido nacional democrático, pero nunca pudimos imaginárnoslo tan ladino, tan entretenido y tan ocurrente como nos lo presenta esta carta.

¡Lea usted, público, lo que nos dice el señor Riva Agüero! ¡Leálo sentado para que la risa no le haga perder el equilibrio! Y ahora que la ha leído díganos qué le parece. Seguramente no nos dirá nada porque se va usted a morir de risa.

¡Ja, ja, ja!

¿Este señor Riva Agüero que así nos escribe es el mismo que es presidente de un partido y que quiere ser presidente de la república? ¿Este señor Riva Agüero que así nos escribe es el mismo que fue puesto en la intendencia por el señor Leguía? ¿Este señor Riva Agüero que así nos escribe es el mismo que fue paladín y caudillo de la juventud universitaria?

Nos parece mentira.

Pero es el mismo.

Ha llegado de Chosica y se ha ido a Chorrillos. Y en Chorrillos ha pensado que no debía dejar sin rectificación lo que este diario había dicho "en su sección seria y en su sección bufa". La sección bufa es ésta que nosotros escribimos.

Muchas gracias.

Ya sabemos que el señor Riva Agüero nos lee y nadie podrá darse cuenta del regocijo que nos trae esta noticia. Nos alboroza sobre todo porque es el propio señor Riva Agüero el que quiere dárnosla.

Mucho le ha dolido al señor Riva Agüero que se cuente que su partido se está disolviendo y acabando. Y, por eso, a pesar de que los males no lo dejan, se ha parado y ha salido a su balcón para decirnos que nos engañamos.

No es cierto que el partido del señor Riva Agüero se esté disolviendo y acabando. ¿Quién lo ha dicho? ¿Nosotros? Hemos mentido y debemos arrepentirnos de ello.

El señor Riva Agüero dice que él está enfermo, pero que su partido está sano. La apendicitis es suya; no es de su partido. Los quebrantos son suyos; no son de su partido. El malestar es suyo; no es de su partido. La abstención es suya; no es de su partido. Los dolores son suyos; no son de su partido.

Y dice varias otras cosas a cual más sustanciosa e interesante, la carta del señor Riva Agüero.

Una de ellas es que el partido nacional democrático representa una selección y que esta selección es "infinitamente más abundante y nutrida" de lo que se piensa. El señor Riva Agüero encuentra que una selección puede ser infinita.

Todas estas cosas las ha escrito seguramente el señor Riva Agüero muy enfermo, muy nervioso y muy decaído. En la letra, en la redacción y hasta en las ideas de la carta se siente que el señor Riva Agüero está con la salud mala. Y así no hay que sorprenderse de que un escritor tan puro y tan castizo como el señor Riva Agüero haya escrito "más aún todavía".

No lo calumniamos: aquí está la carta.

Y como, contra todo lo malo que se piense de nosotros, somos muy buenos, muy sanos y muy sensibles, nos empeñamos en darle un consejo al señor Riva Agüero. Uno solo. Y es éste: que se cuide mucho.

Porque ahora tenemos la certidumbre de que no está bueno.

Y no sabe el señor Riva Agüero cuánto lo lamentamos.

Adiós

Nuestros más ilustres y amados amigos se están yendo de Lima. Y ya tenemos el ánimo quebrantado por las despedidas. El lunes se fue a La Habana el señor don José Matías Manzanilla. Y nosotros nos quedamos sin saber qué íbamos a hacer en Lima sin el señor Manzanilla. Ayer se fue a

Arequipa el señor don Víctor Andrés Belaúnde. Y nosotros nos hemos vuelto a quedar sin saber qué vamos a hacer en Lima sin el señor Belaúnde.

La partida del señor Belaúnde nos ha dejado desolados. Tenemos todavía en las manos el pañuelo con que le hemos hecho adiós. Es el mismo pañuelo con que nos hemos enjugado una lágrima.

Y el viaje del señor Belaúnde nos ha cogido casi de sorpresa. Sabíamos que el señor Belaúnde se iba a Arequipa. Nos había contado su deseo de hacer la travesía del Callao a Mollendo en un transatlántico soberbio que nos visitaba. Un barco fantástico, un barco leviatanesco, un barco fabuloso, nos decía el señor Belaúnde que tiene el señorío de una adjetivación profusa y elegante que a nosotros nos enamora. Pero no nos hacíamos a la idea de que el señor Belaúnde pudiese irse tan pronto por mucho que de Arequipa y de Castilla le llamaran y le urgieran.

Fue así que nos desconcertamos cuando al mediodía de ayer llegó a esta imprenta el señor Belaúnde para decirnos que partía.

–¡Me voy a Arequipa, amigos míos! ¡Me voy a dar conferencias¡ ¡Me voy a lanzar arengas! ¡Me voy a dirigir una campaña política!

Hubo entre él y nosotros un diálogo en el cual rebosaba el entusiasmo jocundo de él y la pena sentimental de nosotros.

–¡Me voy a Arequipa! ¡Me voy a Arequipa!

–¿Y a Castilla también?

–¡También a Castilla! ¡A Arequipa primero; a Castilla después!

–¿Y siempre es usted candidato en Arequipa y en Castilla?

–¡Siempre! ¡En Arequipa me reclaman los conservadores! ¡Pero también me quieren mucho los castellanos! ¡Y yo quiero tanto a los arequipeños como a los castellanos!

–¿Y usted qué preferiria ser? ¿Diputado de Arequipa o diputado de Castilla?

–¡Yo no tengo preferencias entre Arequipa y Castilla! ¡Me enorgullecería ser el diputado arequipeño! ¡Y me enorgullecería igualmente ser el diputado castellano! ¡Es muy sonoro! ¡Diputado castellano! ¡Y más, muchísimo más sonoro es llamarse diputado arequipeño y diputado castellano al mismo tiempo! ¡El ideal, amigos míos! ¡La doble elección!

–¿Y son muy grandes sus fuerzas electorales en Arequipa? ¿Tan grandes como las anhelamos nosotros?

–¡Muy grandes! El partido conservador es el partido preponderante. El partido que tiene a los contribuyentes y a los electores. Y yo voy a Arequipa llamado por el partido conservador para hacer lo que él quiera.

–¿Y en Castilla?

–¡También tengo a la mayoría de los contribuyentes! ¡Y al presidente de la asamblea! ¡Y el afecto del pueblo!

–Mas, el señor Perochena tiene la lista del Ministerio de Hacienda.

–¡Y tiene al subprefecto! ¡El subprefecto es tío del señor Perochena!. Mas yo no me arredro ni me cohíbo. Me confío al amor del pueblo castellano, que es pueblo de hidalgos.

El entusiasmo del señor Belaúnde acabó por impresionarnos también a nosotros. Nos sentimos valientes como él, esforzados como él, denodados como él. Nos asaltó la tentación de embarcarnos con nuestro amigo esclarecido e ilustre para dar en Arequipa y en Castilla conferencias al aire libre a favor de su candidatura.

Pero avanzó presuroso y amargo el instante de la despedida. Y el señor Belaúnde, para entristecernos más todavía, nos recordó las hondas similitudes de tendencias espirituales e intelectuales que tánto nos han unido siempre.

Nos dijo con la entonación elocuente y el ademán bizarro de su oratoria:

–¡Nosotros que somos nacionalistas! ¡Nosotros que somos místicos! ¡Nosotros que somos idealistas! ¡Nosotros que somos sentimentales!

Y nos abrazó muy fuerte.

Más tarde, llegó el momento del adiós y los pañuelos.

Y, ahora, nuestras pobres ánimas están tristes, compungidas y desoladas.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–I–1917)

VOCES

La pesca cristiana

Necesitábamos un reportaje soberano. Un reportaje que hiciese historia en Lima. Y ya lo tenemos en el bolsillo. No es un reportaje político. Pero es un reportaje a un político. Basta.

El hombre de nuestro reportaje es el señor Secada. El mismo señor Secada que nos guapea. El mismo señor Secada que nos azuza. El mismo señor Secada que quiere darnos sus bríos de todos los tiempos.

Y el tema de nuestra conversación con el señor Secada no ha sido la dictadura fiscal, ni el estado de la escuadra, ni los entretelones del estado mayor de marina, ni la higiene del Callao, ni cosa alguna de las que habitualmente preocupan la atención de batallador tan insigne.

El tema de nuestra conversación ha sido, modestamente, el pescado.

El señor Secada ha hablado media hora con nosotros sobre el pescado. Y es que el señor Secada, a pesar de que no es cristiano en nada, es muy cristiano en el amor a la pesca. El señor Secada es presidente honorario de los pescadores del Callao. Es como quien dice su divino maestro. Y no obstante de que sus discípulos no son doce sino seiscientos sabe darles a todos el dulce manjar espiritual de su doctrina.

Ahora, el señor Secada, que piensa cotidianamente en múltiples asuntos, piensa sólo en la pesca. Con el ánima afligida mira cómo sus humildes discípulos, los pescadores, no tienen a quién vender su mercancía. Y busca afanosamente un remedio para tanto mal y tanta angustia.

Hoy lo encontramos en la calle profundamente preocupado.

Y nos gritó, sacudiéndonos de las solapas:

–¡Háganme un reportaje! ¿Por qué andan ustedes ociosos? ¡Háganme un reportaje ahora mismo!

Sólo le respondimos:

–Bueno.

Y entonces fue así nuestro diálogo:

–¡Pregúntenme lo que pienso de la cuestión del pescado! ¡Pregúntenmelo!

–Verdad. ¡Usted debe saber tanto sobre la cuestión del pescado! ¡Usted que es secretario de la municipalidad de Lima! ¿Qué nos cuenta usted de las medidas adoptadas para evitar las intoxicaciones?

–No están hablando ustedes con el secretario de la municipalidad de Lima.

–¿Hablamos con el diputado por el Callao?

–¡Hablan con el presidente honorario de la sociedad de pescadores!

–¿Usted es el presidente honorario de la sociedad de pescadores?

–¡Sí! ¡Y estoy orgulloso de serlo! ¡Más orgulloso que de ser diputado por el Callao! ¡Más orgulloso que de ser secretario de la municipalidad de Lima!

–Es muy justo.

–¡Por supuesto!

–¡Presidente honorario de la sociedad de pescadores! ¡Vale usted mucho!

–¡Cierto! ¡Y ahora quiero que me hagan ustedes un reportaje! ¡Y que lo publiquen con unos títulos muy grandes! ¡Y que le den mucha trascendencia! ¡Yo defiendo la pesca! ¡La pesca es santa y es hermosa! ¡Yo quisiera ser pescador!

–¿Usted, señor?

–¡Yo mismo! A veces salgo al mar para recoger en mis redes los más nobles peces. Yo tengo un bote pescador. Y lo amo sobre todas las cosas de mi propiedad.

–¿Un bote, señor?

–¡Un bote! ¡Y tengo redes! ¡Y tengo anzuelos! ¡Y adoro al mar! La corvina, el lenguado, el pejerrey, la lisa, el congrio, son mis amigos! ¡La plácida corvina! ¡El avieso lenguado! ¡El aristocrático pejerrey! ¡La candida lisa! ¡El suculento congrio! Yo defiendo la pesca. Los peces no intoxican a nadie. Son demasiado buenos y demasiado puros.

Y repentinamente readquirió el señor Secada su papel de diputado de la minoría:

–¿Acaso salen del Palacio de gobierno para que sean malos? ¡Salen del mar insondable, del mar majestuoso, del mar eterno, del mar soberbio!

Nos quedamos asombrados. Y dijimos luego:

–La pesca es cristiana. Los doce discípulos de Nuestro Señor Jesucristo

fueron pescadores. Y Nuestro Señor Jesucristo les dio pródiga pesca.

El señor Secada se puso muy orgulloso, a pesar de que no es cristiano como nosotros.

Y nosotros, abrumados por la merced del reportaje, le dimos las gracias.

Muchas gracias.

(En *El Tiempo*: Lima, 15–I–1917)

VOCES

De vacaciones

Los estudiantes andan por las calles sueltos y alegres. Gozan sus vacaciones con un alborozo muy intenso. Viéndolos, nos sentimos nosotros infantiles e ingenuos. Y nos dan ganas de entrar en un colegio para ser estudiantes y tener vacaciones.

Y entre nuestros amigos estudiantes el que más nos regocija y nos ilumina es el señor Borda. El señor Borda, como todos los estudiantes, está de vacaciones actualmente. Y sus vacaciones son dobles. Está de vacaciones el señor Borda estudiante. Y está de vacaciones el señor Borda diputado.

Los dos son muy amigos nuestros. El señor Borda estudiante y el señor Borda diputado. Y nosotros no sabemos todavía decidir si nuestra máxima simpatía es favorable al señor Borda diputado o al señor Borda estudiante. Porque el señor Borda es sobresaliente en la Facultad de Ciencias Políticas y es sobresaliente también en la Cámara de Diputados. La misma nota 20 que le han puesto los catedráticos podría ponérsela el señor Manzanilla.

Ayer, como casi todos los días, nos hemos encontrado con el señor Borda. No podríamos precisar bien si ha sido con el señor Borda estudiante o si ha sido con el señor Borda diputado. Sabemos sólo que ha sido con el señor Borda. Pero nos basta.

Y, como siempre, hemos encontrado al señor Borda chico guapo, pulido, redondo, rotundo, afable, rubio, elocuente, nervioso, redomado y sagaz.

El señor Borda nos ha dicho con entonación sonora:

–¡Estamos de vacaciones!

Pero nosotros le hemos rectificado:

–Usted está de vacaciones. Nosotros no somos diputados. Nosotros no somos estudiantes. Nosotros somos apenas escritores.

Y el señor Borda ha tenido entonces la generosidad de decirnos:

–¡Yo presentaré en la cámara un proyecto para que les den vacaciones a los escritores!

Nosotros hemos pensado que este proyecto va a tener que presentarlo el señor Borda en papel mas celeste que el que habitúa.

Y ha seguido así nuestro coloquio con el señor Borda:

–¿Y su espíritu batallador ama las vacaciones?

–¡No! ¡Mi espíritu ama la lucha! ¡Mi espíritu ama el estudio! ¡La Universidad me tenía entre Charles Gide y Jules Guesde y entre Slambat y Sombart! ¡La Cámara de Diputados me tenía entre el señor Riva Agüero y el señor García Bedoya, entre el señor Menéndez y el general Puente! ¡Ahora apenas si estoy entre el calor y los toros!

–¡Pero sigue usted gallardo! ¡Pero sigue usted denodado! ¡Pero sigue usted valiente! ¡Pero sigue usted animoso!

–¡Claro! Yo no sé arredrarme, ni amortecerme, ni apagarme. ¡Tengo energía! ¡Tengo carácter! ¡Tengo fibra! ¡Tóquenme ustedes un antebrazo! ¿Qué les he parecido?

–Duro.

–¡Así soy yo! ¡Soy un hombre de trabajo! ¡Un hombre de esfuerzo! ¡Un hombre de mi siglo! ¡Estoy hecho para el combate! ¡Ya me verán ustedes muy pronto!

–¿Cuando se abra la Cámara de Diputados?

–¡Mucho antes!

–¿Cuando se abra la Universidad?

–¡Antes! ¡Antes! ¡Muy en breve! Voy a ser el director de los trabajos electorales de Torres Balcázar. Voy a presidir el comité ejecutivo de su candidatura. ¡Y voy a pronunciar discursos, a encabezar mítines, a lanzar arengas, a organizar procesiones cívicas, a salir en coche a las calles!

–¡Bravo!

Nos entusiasmamos tanto que comenzamos a aplaudir al señor Borda como si ya estuviera pronunciando un discurso.

–¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

Las gentes se detuvieron para mirarnos.

Y nosotros les señalamos al señor Borda con una mano para que supieran que era a él a quien aplaudíamos.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–I–1917)

VOCES

Grimas y zozobras

Uno de estos días, nos ha llegado del sur una onda que nos ha dado a todos calofrío. Nos ha entrado en el cuerpo sorpresivamente una zozobra indecisa. Nos ha entrado aviesamente como una terciana. Nos ha entrado malignamente para quitarnos bienestar y prestancia.

¿Qué onda ha sido ésta que ha pasado así entre nosotros de improviso? Sabemos que ha venido del Sur porque lo hemos sentido. Pero no sabemos más. Y sólo tenemos un calofrío que no se nos quita dentro de la cama, ni bajo de ella que es donde uno se guarda cuando le asalta el miedo.

¿Qué onda ha sido ésta? ¿Nos ha dado miedo o nos ha dado calofrío no más?

Nadie nos ha contestado.

Y nosotros, después de que nos hemos cansado de gritar, hemos preferido callarnos y dedicarnos a la averiguación y al acecho perspicaz y cauteloso.

Pero como no somos avizores y sí bisoños, hemos seguido muchas horas sin ver nada.

Hemos puesto los ojos en Palacio para saber si la onda había llegado allí. Y hemos sabido que había llegado a Palacio más fuerte que a ninguna parte. Y que su vibración más intensa había sido en el sector del gabinete presidencial. Mas no sacamos otro indicio ni otro conocimiento.

Y hemos puesto luego los ojos en La Punta, lo mismo que en la noche del inquietante eclipse, sin que tampoco La Punta nos iluminase el entendimiento y nos alumbrase el camino.

Cuando ya nuestros ojos han estado fatigados y marchitos, los hemos puesto en el Sur del Perú, que es de donde ha venido la onda maligna y turbadora. Y como nuestros ojos no pueden mirar muy lejos, los hemos quitado del horizonte para ponerlos sobre el mapa.

Aca está Arequipa. ¿Ha sido de Arequipa de donde nos ha venido este

malestar que nos da vahídos pero que no nos derriba? ¿Qué va a pasar en Arequipa? ¿Quién está en Arequipa? Hace cuatro días se ha embarcado para Arequipa el señor Víctor Andrés Belaúnde. Pero el señor Belaúnde es muy amigo nuestro y no va a hacer nada malo en Arequipa ni Arequipa le va a hacer nada malo a él. Y el señor Urquieta, que era antes un agitador, ha cambiado el señorio del pueblo de Arequipa por el señorío del pueblo de Moquegua con un gesto displicente de magnate.

Allá está Puno. ¿Ha sido de Puno de donde ha venido esta onda intranquilizadora y vaga? La paz y la gracia del Señor reinan en Puno. Puno está inmune y feliz y de él no salen presagios ni brotan maleficios.

Acullá está el Cuzco. ¿Ha sido del Cuzco de donde ha venido la onda mala? El Cuzco es el ombligo. El Cuzco es el centro. También es el ombligo y el centro de todo bien. El Cuzco es muy bueno y muy tranquilo. Y no está en él siquiera el señor Teófilo Luna, que es uno de los pocos cuzqueños de ánimo exaltado y nervios hiperestésicos.

Paseamos el dedo índice. Acá está Arequipa. Allá está Puno. Acullá está el Cuzco. Más allá de todo está Bolivia. Y de Bolivia no puede llegarnos onda atmosférica ni terrestre de ninguna especie.

¿Entonces qué onda ha sido ésta? ¿Entonces por qué nos ha dejado turbados e inquietos? La verdad es que desde que nos ha llegado sutil y rara, hemos perdido la mitad del sosiego, de la tranquilidad y de la alegría. Nos hemos puesto lo mismo que si nos hubiera cantado un ave de mal agüero.

¿No podremos saber de esta onda sino que ha venido del Sur y que ha coincidido casi con la intoxicación de la pesca?

Hoy, por fortuna, hemos mirado por fin abierto nuestro horizonte. Y hemos sentido iluminado nuestro entendimiento. Las gentes que tienen las mismas extrañas turbaciones que nosotros han venido para decirnos:

–¡Hay un fugitivo! ¡Hay un fugitivo! ¡Un fugitivo es la clave!

Nosotros hemos pensado que el fugitivo no podía ser ya el león del Zoológico.

Y hemos pensado inmediatamente que en el Perú no hay a estas horas más fugitivo que el general Rumimaqui. El general Rumimaqui, que entre nosotros era sólo el mayor Teodomiro Gutiérrez, entre los indios es el inca, el restaurador y otras cosas tremendas y trascendentales.

Ya sabemos por qué nos ha llegado una onda mala del Sur. Ya sabemos por qué hay un indicio feo en el seismógrafo nuestro y en el seismógrafo del señor Pardo. Anda suelto en los campos y en las serrranías de Arequipa,

de Puno y del Cuzco, el general Rumimaqui. Anda a salto de mata.

Hay gentes del orden público que lo siguen y lo acorralan. Pero que no lo cogen. Nada importa que del gobierno salgan muchas órdenes y muchos apremios.

Pero acongoja una zozobra que es como la zozobra del león suelto.

Y es que el general Rumimaqui quiere a todo trance la restauración de la dinastía incásica y esto tiene que parecernos muy malo a todos, pero especialmente a otra dinastía.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–I–1917)

VOCES

La playa de los amores

Vámonos todos a La Punta. Todos, absolutamente todos. La Punta nos llama y nos invita. Nada importa que no haya en La Punta hotel que nos cobije. Habrá siempre mar que nos reciba sin que se exaspere ni rebalse.

Y es que en La Punta no sólo está la residencia de veraneo del señor Pardo. Muy pronto estará también allí el ilustre señor Prado y Ugarteche. Dos grandes personalidades van a vivir en el mismo balneario, van a bañarse en el mismo mar, van a respirar la misma brisa, van a mirar el mismo panorama.

Nos han traído hace un instante la noticia de la determinación del señor Prado y nos han dado un asombro muy grande. ¿Por qué se va el señor Prado a La Punta? ¿Por qué no se va a Chorrillos? ¿Por qué no se va al Barranco? ¿Por qué no se va a Miraflores? ¿Por qué no se va a Ancón?

La elección de balneario ha sido un grave problema para el señor Prado. Pensó el señor Prado en Chorrillos, pero seguramente lo hizo desistir de su pensamiento la presencia del señor José de la Riva Agüero en ese balneario, no por el señor Riva Agüero que es tan estimable y buen mozo sino por el recuerdo de su última carta política que es tan mala. Pensó el señor Prado en el Barranco, pero le indujo adversamente al Barranco su prosaico y metropolitano espíritu. Pensó el señor Prado en Miraflores, pero se arrepintió por temor a que se creyese que había esperado la ausencia del señor Pardo para ir a Miraflores. Pensó finalmente en Ancón. Pero Ancón está muy lejos, más lejos aún que Chosica, y un político no puede vivir en tanto alejamiento de la ciudad.

Y ha caído de esta manera el señor Prado en la elección de La Punta. Se ha dicho que si va a La Punta las gentes se darán cuenta una vez más de que no les teme a las seducciones del señor Pardo. Y se ha dicho también que las gentes se persuadirán de que es muy valiente y muy sereno.

Esta es la última semana que está en Lima el señor Prado. En la próxima

se marchará a La Punta. No se trasladará a la Villa Gaby precisamente. Pero se trasladará a una mansión elegante y plácida.

La noticia del viaje del señor Prado a La Punta ha circulado con presteza y entre comentarios en la ciudad.

La ciudad ha comenzado a gritar:

–¡Se va el señor Prado a La Punta! ¡Se va el señor Prado a La Punta!

Y nosotros le hemos preguntado por hacernos los inocentes:

–¿A La Punta del señor Secada? ¿A La Punta de la Villa Gaby?

La ciudad nos ha respondido impaciente:

–¡A La Punta del señor Secada! ¡A La Punta de la Villa Gaby!

Una parte de la ciudad, pequeña, maligna y reticente, se ha quedado murmurando:

–El señor Prado se va a La Punta porque el señor Pardo está allí.

Y ha agregado luego:

–Pero no sabe que el señor Pardo no está en La Punta permanentemente. La Villa Gaby alberga a su familia, pero no lo alberga a él sino de rato en rato. ¡El señor Pardo sigue en Miraflores!

Un comentario inquietante.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–I–1917)

VOCES

A media noche

Anoche nos hemos quedado estupefactos. Habíamos ido a Miraflores para ver y sentir si Miraflores estaba triste o alegre. Y hemos visto y hemos sentido que Miraflores está alegre como antes. Y nos han dicho que el señor Pardo no la ha abandonado y que el señor Pardo sigue amándola.

Es así.

La ciudad piensa que el señor Pardo está en La Punta. Y toda la república piensa lo mismo. Los chicos de las escuelas, seguramente cuando miran el mapa del Perú, apuntan con el dedo índice La Punta y dicen: ¡Aquí está el señor Pardo!

Pero la ciudad, la república y los chicos de las escuelas, que lo mismo que nuestro esclarecido amigo el señor Borda se hallan de vacaciones, no viven en lo cierto. El señor Pardo no está en La Punta. Mejor dicho, está y no está. Como está y no está en Lima. Como está y no está en Miraflores. Sólo en la presidencia de la república está definitivamente el señor Pardo.

Unicamente que el señor Pardo, a pesar de las apariencias engañosas de su momentáneo desvío, sigue amando a Miraflores. Lima no tiene cosa que le agrade, aparte tal vez del Palacio de Gobierno que es muy feo y muy antiguo. Y La Punta, que no tiene ninguna de las cosas de Lima, no tiene tampoco Palacio alguno. Miraflores es siempre la villa bien querida del señor Pardo. El señor Pardo no le ha hecho traición. No se ha cansado de ella. No la ha olvidado.

El señor Pardo pasa unas noches en Miraflores. Y pasa otras, las menos, en La Punta. Y todos los días se suele dar un tiempo para La Punta, para Lima y para Miraflores. Sus tres residencias diurnas y sus dos residencias nocturnas lo hacen continuamente un personaje misterioso.

Hay veces en que sus áulicos, sus íntimos, sus allegados, se preguntan en las noches:

–¿Adónde se habrá ido el señor Pardo? ¿A La Punta? ¿A Miraflores?

Y no pueden responderse.

El señor Pardo ha traído de Europa extrañas aficiones al misterio. Se las ha aprendido seguramente a los soberanos. Por eso tiene tres residencias simultáneamente y por eso despista a la ciudad.

Ahora mismo, en estos momentos de la madrugada en que escribimos, nos hacemos la pregunta:

–¿Dónde estará el señor Pardo? ¿En La Punta? ¿En Miraflores?

Y no podemos respondernos.

Sentimos la tentación de llamar por teléfono al señor Concha para despertarlo y para preguntárselo. Mas hay a nuestro lado quienes nos dicen:

–Tampoco lo sabe el señor Concha. Un día el señor Pardo le dijo que se iba a Miraflores y se fue a La Punta.

No lo creemos.

Y entonces un recuerdo reciente viene a nuestra memoria.

En la esquina de la casa del señor Pardo en Miraflores hay siempre un guardia. Y este guardia se vuelve todos los días, desde las doce de la noche, muy celoso y muy cortés. Si pasa por esa esquina un transeúnte lo detiene y le pregunta adónde va. Y si el transeúnte le responde que va a un sitio cercano lo acompaña.

Las gentes de Miraflores no se sorprenden. Piensan que el guardia es muy atento. Y piensan luego que es muy atento simplemente porque es el guardia de la esquina del señor Pardo.

Mas las gentes que van de Lima no piensan lo mismo. Son desconfiadas y suspicaces. Y, como el guardia de la esquina del señor Pardo es todas las noches igualmente celoso e igualmente cortés, se dicen que está allí para despistar a los que creen que el señor Pardo veranea en La Punta. Y a los que creen lo contrario. Y a todo el mundo.

(En *El Tiempo*: Lima, 19–I–1917)

VOCES

Huacho realista

Hay una candidatura que hace viaje en expreso hacia el éxito. Su camino, por ser quien es el candidato, es un camino real. Nosotros pensamos que hay en él acaso una guardia de alabarderos que enseña las armas al paso del pretendiente.

Sobre el tablero de las ubicaciones hemos visto coronada la ficha de la candidatura del señor Sayán Palacios. La hemos visto con satisfacción y regocijo. Y es que hemos recordado inmediatamente cómo esta candidatura ha sido siempre, a través de varios períodos electorales, una candidatura sin corona.

Hoy el señor Sayán Palacios mira risueña a la fortuna. Y se arma caballero para ir a una contienda que ya sabe feliz. Tiene a los contribuyentes, tiene al pueblo, tiene al subprefecto, tendrá a las juntas. Cuanto hace falta en el Perú para ser electo diputado se ha reunido en su servicio por primera vez.

Y hay que alborozarse. El señor Sayán Palacios tuvo en otros años los mismos contribuyentes que ahora, el mismo pueblo que ahora, los mismos afectos que ahora. Pero no tuvo nunca al subprefecto. No tuvo nunca el óleo propiciatorio. Y el subprefecto y el óleo ajenos bastaron siempre, aunque a duras penas, para sojuzgar a sus contribuyentes, su pueblo y sus afectos.

Las gentes metropolitanas se dolieron eternamente de los fracasos del señor Sayán Palacios. Gritaban que su elección era buena. Pero en el Palacio de Gobierno no les hacían nunca caso. Y hace dos años, cuando hubo Suprema y el señor Sayán Palacios llevó a ese tribunal sus credenciales y las de su adversario, todas las gentes metropolitanas acudieron a acompañarle, a aplaudirle y a murmurar que el señor Changanaquí era muy feo.

Mas la Suprema, que es muy grave y muy circunspecta, les puso reparos

a las credenciales del señor Sayán Palacios y a las credenciales del señor Changanaquí. Y movió la cabeza negativa e inexorablemente a pesar de los discursos del señor La Jara y Ureta y del señor Miró Quesada.

Ahora las gentes metropolitanas están de fiesta, y gritan por todas partes y se buscan entre ellas controversias:

–¡Ya Sayán Palacios es diputado!

–Todavía.

–¡La asamblea es suya, los electores son suyos y el subprefecto es suyo! ¿Qué le falta?

–Ser elegido.

Entonces todos dicen a voces que el señor Sayán Palacios será elegido esta vez irremisiblemente. Hace falta que sea elegido. Es indispensable que sea elegido. El señor Sayán Palacios fue siempre un personaje de la juventud y es necesario que entre a la Cámara de Diputados antes que la blancura de las canas impertérritas suprima los atributos de su juventud definitivamente.

Pero hay que creer que el señor Sayán Palacios tendrá esta vez fortuna. Basta mirarle el semblante y el ademán para comprender que ha empezado para él un atrenzo victorioso. Y si no basta mirarle, basta hablarle:

–¿Es verdad señor Sayán Palacios que Huacho lo aclama?

–¡Verdad!

–¿Es verdad luego que va a elegirle diputado?

–¡Verdad!

–¿Y el señor Salinas y Cossío?

–¡El señor Salinas y Cossío es un gran hombre! ¡Pero es futurista!

El señor Sayán y Palacios anda en lo cierto. El señor Salinas Cossío sería un adversario tremendo si no fuera futurista. Tendría el amparo oficial. Tendría el subprefecto. Tendría muchas cosas que sumadas con las que posee el señor Salinas y Cossío podrían hacer un todo muy fuerte. Mas el señor Salinas Cossío es futurista y admira aún al señor Riva Agüero. Al mismo señor Riva Agüero que nos mandó la carta del otro día.

Y hay quien se explica que haya caído sobre el señor Sayán Palacios la gracia real. En el gobierno del Perú está ahora una aristocracia. ¡Y el señor Sayán Palacios es Príncipe! ¡Y Huacho es realista!

(En *El Tiempo*: Lima, 20–I–1917)

VOCES

La minoría, mayoría

La ciudad ha hecho un alboroto y una algazara tremendas.

Más tarde se ha reportado y ha dicho una deducción serena y circunspecta sin renovar los aspavientos y sin levantar la voz:

Bueno. El señor Alberto Ulloa es presidente de la Cámara de Diputados. Y si el señor Ulloa llama a la Comisión de Policía se encontrará con que el primer vicepresidente accesitario es el Sr. Secada y con que el 2º vicepresidente accesitario es el señor Torres Balcázar. ¡Ahí está el diario de los debates! ¡El señor Alberto Secada y el señor Juan Manuel Torres Balcázar! ¡Y en vez del pro–secretario señor Luna, está en cambio su accesitario el señor Moisés Morán! ¡Toda la mesa de la Cámara es de la minoría!

Y la ciudad ha hecho entonces otro alboroto y otra algazara tremendas:

–¡La mayoría es la minoría! ¡La minoría es la mayoría! ¡El señor Ulloa está con la campanilla en la mano! ¡Y con el reglamento! ¡Y con la Constitución del Estado! ¡Y tras él están el señor Secada y el señor Torres Balcázar! ¿A quién tiene el gobierno? ¡A ver!

Ha pasado en coche el señor Ulloa, grave, fuerte, majestuoso.

Y la ciudad ha empezado a hacerle genuflexiones y a decir a voces:

–¡Pasa el presidente de la Cámara de Diputados!

Ha pasado a pie el señor Secada, flaco, nervioso, ácido.

Y la ciudad se ha imaginado al señor Secada en la presidencia de la Cámara y se ha muerto de risa. Ha oído los campanillazos, ha oído los apóstrofes, ha oído los gritos.

Ha pasado también el señor Torres Balcázar, redondo, colorado y candidato.

Y la ciudad le ha enseñado sus libretas de inscripción militar sin coquetería y sin disfuerzo.

Pero al mirar los ademanes de la ciudad, los hombres del régimen se han

parado con los brazos en jarras como en la zarzuela y han preguntado:

–¡A ver qué pasa! ¿Ulloa es presidente de la Cámara de Diputados? ¡Y qué! ¡Se puede llamar a Manzanilla!

La ciudad ha contestado a coro:

–¡Manzanilla se ha ido muy lejos! ¡Manzanilla se ha ido a La Habana! ¡Como la Tórtola Valencia!

Y ha seguido el entredicho:

–¡Se puede llamar a Peña Murrieta!

–¡Peña Murrieta está en Huancayo! ¡Y está preparando su elección! ¡Y no puede venirse! ¡Y desconfía del gobierno!

–¡Inexacto!

–¡Auténtico!

–¡Se puede llamar entonces a Escardó!

–¡Escardó es de la minoría!

Los hombres del régimen se han callado y se han quedado de pie. Mas han sentido en seguida la necesidad de hacerse los displicentes. Y se han encogido de hombros y han dicho marchándose:

–¡Bah! ¡La minoría está en la mesa parlamentaria cuando no puede hacer nada! ¡Nada más que exhibirse ante el país encima de ella! ¡Bah!

Pero esta displicencia y este desdeño de los hombres del régimen no han sido sinceros. La ciudad lo ha comprendido. Y la ciudad ha sentido lo que pueden significar el señor Ulloa, el señor Secada y el señor Torres Balcázar en torno de la mesa de la Cámara de Diputados. Porque la minoría esta sentada en torno de la mesa. Y no encima, como dicen los hombres del régimen, para que las gentes se rían con ellos.

(En *El Tiempo*: Lima, 21–I–1917)

VOCES

El porvenir

Los hombres sabios han venido a decirnos que no pongamos los ojos en el pasado, que no pongamos los ojos en el presente, que los pongamos únicamente en el porvenir.

Nosotros, que somos muy ingenuos y muy impresionables, hemos gritado enseguida:

–¡El porvenir! ¡El porvenir es nuestro!

Pero entonces los hombres sabios nos han atajado:

–¡Eso lo dijo Salaverry! ¡Y no lo repitan ustedes! ¡Eso es lírico! ¡Muy lírico!

Y han seguido dándonos consejos:

–Olvídense ustedes del pasado. Olvídense ustedes del presente. El pasado es inconmovible. El presente también. Piensen ustedes en el futuro.

–Bueno.

–¡Y olvídense de la dictadura fiscal! ¡Y olvídense de las listas de mayores contribuyentes! ¡Y olvídense del partido civil! ¡Y olvídense de la presidencia de la Cámara de Diputados! ¡Y olvídense de las ubicaciones!

–¿Y también podemos olvidarnos del señor Pardo?

–No. El señor Pardo no es sólo del pasado y del presente: es del futuro. Si ustedes dirigen los ojos al futuro encontrarán allí al señor Pardo.

–¿Al mismo señor Pardo, presidente de la república?

Los hombres sabios nos han dejado entonces. Nosotros nos hemos quedado convencidos de que no debemos pensar sino en el porvenir. Hemos querido buscar un oráculo o una cartomante o una gitana siquiera para que nos haga vaticinios. ¿Qué habrá en el porvenir, Dios mío? ¡Vamos a mirar el naipe!

Y hemos pensado en realidad que el pasado es muy pueril y que el presente es muy mezquino. Sólo el porvenir es grande. Todos los hombres del Perú debíamos pasarnos las horas escrutándolo con largavista.

Los hombres de nuestra predilección son ahora los hombres perspicaces, los hombres avizores, los hombres proféticos, los hombres adivinos. Nos regalamos y nos refocilamos con sus fantasías y con sus visiones. Las visiones del porvenir son nuestras muy amadas.

Uno de estos hombres perspicaces, avizores, proféticos, adivinos, ha conversado hoy con nosotros. Pero nos ha dicho cosas tremendas, muy tremendas. Ha sido un milagro que no nos haya asesinado la impresión. Aún estamos estupefactos.

–Ustedes están mirando al porvenir, no es cierto?

–¡Muy cierto!

–¿Y qué les dice el porvenir del señor Pardo?

–No nos dice nada.

–¡Abran bien los ojos!

–No descubrimos nada.

–¡Vean más allá de las elecciones!

–Vemos a la Corte Suprema.

–¿Y mas allá de la Corte Suprema?

–Vemos las juntas preparatorias.

–¿Y más allá?

–Vemos la instalación del Congreso.

–¡Mal visto! No hay instalación del congreso. Un plan formidable y subterráneo está en gestación. El gobierno hace lo posible por que las elecciones sean malas. La Corte Suprema anula todas las elecciones viciosas. Llegan las juntas preparatorias. Llega después el 27 de julio. Y no hay quórum para que se instale el congreso. Entonces el señor Pardo consulta al país la elección de un congreso nuevo.

–¡Imposible! ¡Eso no está en el porvenir! ¡Eso está en el pasado! ¡Eso parece la historia del señor Billinghurst!

–¡Eso está en el porvenir! No sean bisoños.

–¿Pero eso no es también la historia del señor Billinghurst?

–También. Y es que la historia se repite muy pronto...

(En *El Tiempo*: Lima, 22–I–1917)

VOCES

Odisea triste

Nosotros queremos al señor Pasquale como a un hermano nuestro. No porque el señor Pasquale sea poeta lírico sino porque todos los hombres somos hermanos de Nuestro Señor Jesucristo. Ynuestro dolor es grande porque vemos al señor Pasquale malaventurado y quebrantado.

El señor Pasquale fue siempre gobiernista. Poeta lírico es únicamente a la hora en que escribe versos. En todos los demás momentos de su vida es un varón prudente, cauteloso y redomado. Por eso sólo hubo una ocasión en que el señor Pasquale hizo postura de antigobiernista. Fue cuando la oposición del bloque al señor Leguía y en homenaje a la elocuencia del señor Manzanilla.

Mas hoy el señor Pasquale ha dejado también de ser gobiernista. Y la culpa no es del señor Pasquale que quiere al señor Pardo sino del señor Pardo que no quiere al señor Pasquale. "Amor mal correspondido", dirá seguramente el señor Pasquale en cualquiera de los versos de un soneto.

El señor Pasquale ignora que la culpa de que el señor Pardo no lo quiera, es indirectamente suya. Hace algún tiempo que el señor Pasquale se encontró con que el bloque, según los mismos bloquistas, había muerto definitivamente. Y, no queriendo ser civilista porque el señor Prado y Ugarteche era presidente del civilismo y no era buen amigo del señor Pardo, se hizo constitucional.

Tenía el señor Pasquale la certidumbre de que el partido constitucional era un partido prudente, cauteloso y redomado como él. Tenía la persuasión de que era un partido del poder. Tenía muchos otros arraigados convencimientos.

Nadie le supo decir al señor Pasquale que el partido constitucional se iba a resentir con el señor Pardo. Y si alguien se lo hubiera vaticinado, el señor Pasquale no lo habría creído.

Ahora la candidatura constitucional del señor Pasquale a la diputación

por Lucanas tiene una candidatura pardista al frente. Una candidatura proclamada por el comité bipartito de las ubicaciones. Una candidatura pardista. Una candidatura feliz. Una candidatura con lista de mayores contribuyentes, con subprefecto, con vacunadores y con gendarmes.

Ha ido a defender su candidatura el señor Pasquale. Y ha encontrado gesto ácido del médico titular, ademán destemplado del subprefecto, grito procaz de los gendarmes, osado apóstrofe del gobernador. Ha visto preparada la lista de la imposición del señor Juan C. Bendezú que fue su adversario infortunado de otra época. Ha pensado que el señor Pardo no le quiere. Y ha sentido que no le quiere probablemente porque le tiene envidia. No porque el señor Pasquale haga versos y el señor Pardo no los haga. Sino porque el señor Pasquale es buen mozo y el señor Pardo ha comenzado a dejar de serlo.

Mas el señor Pasquale no se arredra ni se para en la plaza de Lucanas para exclamar ante el espectáculo del poderío ajeno enseñoreado en su provincia:

–"¡Estos Fabio, ay dolor, que ves ahora...!"

No.

El señor Pasquale sólo es poeta lírico cuando escribe versos, lo repetimos.

Ahora es candidato. Candidato luchador, esforzado, decidido, enérgico, locuaz y avizor.

Y tiene un plan notable.

Hace dos años la Corte Suprema anuló sus elecciones porque las había favorecido el subprefecto. Y este año, si Lucanas no lo elige contra el subprefecto y contra los gendarmes, la Corte Suprema anulará las elecciones de su adversario por la misma causa que hizo anular las suyas.

Ya está el señor Pasquale ensayando el discurso que le dirá a la Suprema.

Y únicamente se ha equivocado en el comienzo por amor a los tratamientos:

–Excelentísimo señor...

(En *El Tiempo*: Lima, 23-I-1917)

VOCES

Justa de leyenda

"Mi señor don Felipe".

"Mi señor don Guillermo".

Y recuerdos para nuestro señor don José Carlos.

Un proceso electoral ha comenzado en cartas abiertas y en cartas cerradas. El señor don Felipe Barreda y Laos, que es abogado y que es grande, le hace ironías desde su portal al señor Guillermo O. Dunstan que es ingeniero y que es chico. Y se dan los dos cita para verse nuevamente en la plaza de armas de Cajatambo. Pero no se dan la mano.

Hay en estos preámbulos de una lucha cercana mucho de ironía sagaz y un poco de hidalguía legendaria. Los contendores se saludan con una sonrisa y con una genuflexión. Y el público aplaude encantado.

El señor Barreda y Laos, que está seguramente lleno de la gracia de Dios, le dice al señor Dunstan:

–¡Espero encontrarlo el 4 de marzo en la plaza de Cajatambo!

Y el señor Dunstan le contesta al señor Barreda y Laos:

–Yo no pensaba ir a Cajatambo. Pero tengo que ser cortés. ¡Iré para hacerle los honores de dueño de casa!

Así están las cosas.

El señor Barreda y Laos muy guapo. El señor Dunstan, tan chiquitito, muy guapo también.

–¡Nos veremos!

¡Caramba!

Todo esto parece de un drama de Echegaray. Don Fernando Díaz de Mendoza y doña María Guerrero. Don Fernando en el umbral y doña María en medio de la estancia. Y dos gritos airados:

–¡Nos veremos!

Mutis de don Fernando. Cólera de doña María que da una patada en el suelo.

Y telón del primer acto.

Sólo que aquí los actores no salen a escena para agradecer los aplausos y el público se mata aplaudiendo y gritando inútilmente:

–¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

Y de repente hay un escándalo entre bastidores.

En este caso el escándalo es que se hostiliza al señor Dunstan y se intercepta y detiene sus telegramas. El admirable y delicioso servicio de correos y telégrafos vuelve a aparecer muy leal y muy devoto para el gobierno. Un telegrama del señor Barreda y Laos vuela. Un telegrama del señor Dunstan se queda dormido. Y se siente en medio de todo el bullicio la voz del señor Barreda y Laos que habla muy castizo y acciona muy airado.

El señor Barreda y Laos, tan burgués y tan prudente hasta antes de ayer, se ha vuelto un caballero denodado y tremendo que desafía a todo el mundo. Le han asegurado por telégrafo que Cajatambo lo ama. Y él, sin preguntarse por qué lo ama Cajatambo, sin hacer examen de conciencia, sin arredrarse, piensa y proclama que el amor de Cajatambo lo hace fuerte e invencible.

Las gentes, que son muy incrédulas, nos interrogan si el amor que alienta y estimula al señor Barreda y Laos es el amor de Cajatambo o el amor del gobierno.

Nosotros, que somos muy gentiles, les contestamos:

–¡Los dos amores!

Mas las gentes se sonríen y no nos creen tampoco.

Y el señor Barreda y Laos, majestuoso, bravo, gallardo, se ejercita en la esgrima, tira al blanco, monta a caballo, corre en automóvil, se apresta en mil formas gimnásticas y viriles para su bizarra aventura de Cajatambo y lamenta sólo que no haya a su servicio un aeroplano para que lo lleve de una vez al cielo.

Mensaje real

Repentinamente el señor Pardo ha tenido un alborozo muy grande. Y no se lo ha dado el país, pues el país es muy ingrato. Le ha venido de Europa la satisfacción que ha llenado de contento y bienestar su espíritu. La ha venido tarde, pero le ha venido al fin.

Mucho tiempo hacía que el señor Pardo aguardaba un mensaje de Europa. Tanto tiempo, que aún no había puesto la firma del señor

Heráclides Pérez a sus papeles de la dictadura fiscal, cuando ya su alma vivía opresa por esta ansia. Y el mensaje no llegaba.

El señor Pardo se entristecía esperándolo en diversas horas y en diversas mansiones. Lo esperaba unas veces en La Punta, otras veces en Miraflores y otras veces en Lima. Cada vez que recibía un cablegrama el corazón le daba un vuelco.

Pero el mensaje no venía.

Antes de ayer ha llegado por fin. Es un mensaje cablegráfico del emperador de Austria que agradece la condolencia del señor Pardo por la muerte de Francisco José. Un mensaje que ha venido muy tarde, muy tarde, pero que es muy cordial.

Y el señor Pardo ha sentido un placer intensísimo al recibir el cablegrama del soberano de Austria–Hungría. Lo ha leído muchas veces. Lo ha entregado plácidamente a los diarios. Y ha estado a punto de dar un decreto reproduciéndolo y a punto de promulgarlo por bando en todo el país.

Los allegados del presidente han sido unánimemente interrogados:

–¿Han leído ustedes el cablegrama de Carlos?

Y los allegados que no han recordado a veces el cablegrama se han quedado perplejos:

–¿El cablegrama de Carlos?

El señor Pardo ha exclamado entonces:

–¡El cablegrama que me ha hecho Carlos Emperador de Austria y Rey de Hungría!

Y la ciudad no se ha convencido de que el señor Pardo está jubiloso sólo porque el Emperador de Austria y Rey de Hungría le ha hecho un cablegrama. Ha pensado que existe un motivo más. Ha tratado de desentrañarlo. Ha leído muchas veces las líneas del cablegrama. Y ha creído por fin encontrar la razón de la alegría del señor Pardo. El Emperador de Austria y Rey de Hungría le dice al señor Pardo V. E. No está enterado del decreto que suprime los tratamientos en el Perú.

Y tal vez la ciudad ha acertado en medio de sus ingenuidades.

El señor Pardo puede estar muy contento y regocijado.

Mientras todo el Perú le dice únicamente el ciudadano José Pardo, el Emperador de Austria y Rey de Hungría le dice el excelentísimo señor Pardo.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–I–1917)

VOCES

Villa nueva

No somos nosotros los que decimos que el señor Pardo se halla inquieto, veleidoso y tornadizo. Es el mismo señor Pardo quien lo está diciendo obstinadamente desde las columnas de las crónicas sociales.

Antes de ayer no más se dijo que el señor Pardo se había ido a La Punta. Y ayer se ha dicho que va a trasladarse a Chucuito. No es posible dudarlo. El señor Pardo anda inquieto, veleidoso, tornadizo. No está tranquilo en ninguna parte. Nada le satisface.

La Villa Gaby va a ser abandonada por el señor Pardo prontamente. Y no es posible precisar a ciencia cierta por qué. Dicen por las calles muchas cosas. Pero los hombres cautos y prudentes no debemos repetir lo que dicen por las calles.

La ciudad está desconcertada. Un sólo suelto de crónica social ha tenido la virtud de asombrarla y conmoverla. Y es que la Villa Gaby es una villa muy cómoda, muy pintoresca, muy graciosa, muy regalada, muy plácida. Una villa hecha como para el servicio del señor Pardo. Y tiene que sorprender que el señor Pardo haya decidido tan presto abandonarla.

Hay quienes afirman que el señor Pardo no va a dejar definitivamente la Villa Gaby. Va a trasladar oficialmente su residencia y la de su familia a Chucuito, mas va a conservar a sus órdenes la Villa Gaby. Y esto es turbador. El señor Pardo tendrá así cuatro casas. Una en Lima. Otra en Miraflores. Otra en La Punta. Otra en Chucuito. No será posible precisar a ninguna hora de la noche en cuál de sus cuatro casas estará el señor Pardo.

Las gentes hacen su cuenta con los dedos:

–Una casa, el Palacio de Gobierno. Otra, la Villa Gaby. Otra, la de Miraflores. Otra, la de Chucuito.

Y se pasan las horas repitiendo la cuenta.

Hay quienes han venido a contarnos que al señor Pardo le molestaba La Punta. No tenía en ella quietud. La Villa Gaby está a la orilla del mar.

Pueden asaltarla a media noche misteriosos filibusteros. Frente a la Villa Gaby se enciende todas las noches una luz en el mar. Una luz que arredra, que amedrenta y que cohíbe. Y pasan por el mar de rato en rato barcas extrañas. La luz es de la isla de San Lorenzo. Pero cuando uno está nervioso parece una señal. Las barcas son las de los pescadores. Pero cuando uno está nervioso parecen extrañas y dan miedo.

El señor Pardo vivía por eso sin contento y sin placer en La Punta. Me parecía que los celos de Miraflores lo perseguían. Y visitaba a Miraflores para aplacarla. Mas su intranquilidad no tenía remedio. Veía sombras y fantasmas.

Chucuito lo va a recibir en una mansión muy elegante y suntuosa. Es la casa del comandante Olivera la que tendrá el honor de acoger al señor Pardo. Como las gentes habladoras están diciendo que el señor Pardo ha abandonado a la escuadra, va a darles él un desmentido. Va a probarles que le tiene a la marina un amor inmenso. Y no es posible que se lo pruebe mejor que yéndose a vivir a la casa de un marino.

El comandante Olivera, que es un varón inteligente y que sabe darse cuenta de la magnitud del honor que va a tener su casa, está desde ahora orgulloso y regocijado. Lleva sus charreteras y sus galones con una majestad repentina. Y habla y acciona con la mesura de quien está ya en los aledaños de la inmortalidad.

Y el señor Pardo, que encuentra deliciosa la casa del comandante Olivera, no quiere privarle de hablar en ella. Absolutamente. La cortesía del presidente de la república es infinita. Y es por eso que ha buscado una forma gentil de no motivar privación alguna para el señor Olivera: lo va a mandar a Europa. Probablemente para que piense en ese mundo lo que se debe hacer en nuestra escuadra.

(En *El Tiempo*: Lima, 25–I–1917)

VOCES

Madrugada trágica

Ha venido a esta imprenta, muy asustado, un colega nuestro, bohemio y trasnochador, y nos ha preguntado:

–¿Ustedes creen en los sueños?

Sin entenderle casi, le hemos respondido:

–A veces.

Nuestro colega, que es un lector asiduo de la Biblia, ha exclamado:

–¡Hay que temerle a los sueños! ¡Hay que acordarse de los que José interpretó en Egipto! ¡Hay que inquietarse cuando son malos!

Y ha hecho una pausa larga.

–Anoche he tenido un sueño terrible. Acérquense más para contárselo despacio. ¡Es pavoroso! ¡Ha habido una catástrofe! ¡Y ustedes han resultado heridos!

–¿Nosotros hemos resultado heridos? ¡Por Dios! ¡Si no hay que creer en los sueños! ¿Nosotros heridos?

–Ustedes heridos.

–¿Heridos de qué?

–De bala.

–¿Heridos de bala?

–Heridos de bala en el pecho. Ha sido así: Yo estaba en la esquina de la casa Welsch con ustedes. Eran las dos de la mañana. No había luna.

–¿Y nosotros qué hacíamos?

–Ustedes conversaban puerilmente conmigo. Hacíamos tiempo para irnos a dormir a nuestras casas. Y hablábamos de Gaona.

–¡Gaona!

–De repente pasó por nuestra acera un limeño eminente. Un limeño elegante y bizarro. Y nos dijo a todos: ¡Buenas noches, señores! Pero le tembló la voz. Y se detuvo a mitad de la cuadra de Mercaderes. Esperó que avanzara un grupo que venía a alguna distancia conversando con sigilo. Y

luego el limeño que nos había saludado y el grupo que no nos había saludado se perdieron en el Portal. Oímos que un reloj daba las 2 y cuarto.

–¡Las dos y cuarto!

–Las 2 y cuarto. Luego pasó otro grupo por la acera de Leonard. Todos iban en él callados y a ninguno le vimos la cara. Uno nos saludó con la mano pero nosotros no supimos quién era. El inspector de la esquina que se había quedado dormido se despertó.

–¡El inspector de la esquina!

–Ustedes y yo comenzamos a tener una inquietud incomprensible. Echamos miradas medrosas a la Plaza de Armas. Mas no nos dijimos nada. Repentinamente oímos el rumor de un tropel de caballería en la Plaza de Armas. El inspector de la esquina avanzó hacia la plaza. Ustedes y yo miramos el reloj y nos preguntamos qué sucedería. Entonces pasó un automóvil que iba también a la plaza. Y sólo yo vi quiénes iban dentro del automóvil. Uno de ellos era militar y tenía capote.

–¿Y nosotros?

–Ustedes estaban asustados.

–¿Y luego?

–Enseguida sonó un tiro. Ustedes y yo nos aterramos. Y siguieron varios tiros. Estábamos paralizados por el asombro y por el miedo. No nos dábamos cuenta de lo que ocurría. Vimos que por la calle de Espaderos venían corriendo muchos soldados. Un coche trasnochador huía espantado.

–Y vimos al inspector de la esquina, que había sacado su revólver, caer muerto a mitad de la calle de Mercaderes.

–¡Un héroe!

–Los soldados pasaron rápidamente junto a nosotros.

Nosotros no podíamos movernos. Yo habría querido ir a la Plaza de Armas para saber lo que ocurría. Aumentaron los tiros. Sentíamos que en la Plaza de Armas debía haber muchos soldados. Un coche trasnochador huía espantado.

–¿Y más tarde?

–Mis visiones comenzaron a hacerse confusas. Vi que ustedes caían heridos. Entonces corrí a pedir auxilio. Y se los llevaron a ustedes a la asistencia pública porque ya habían salido las ambulancias.

–¡Heridos!

–Y no sé cómo fue que enseguida salieron los periódicos. En los sueños todas las cosas se suceden muy ligero. Yo estaba atontado. La desgracia de

ustedes me había consternado mucho. Oí que los muchachos voceaban terriblemente los periódicos y decían que el señor Pardo había sido plagiado. Y oí que gritaban también que un militar estaba de presidente en Palacio.

–¿Un militar?

–¡Sí! El mismo militar que yo había visto pasar encapotado en el automóvil.

–¿Y cómo se llamaba?

–Me he olvidado de su nombre. Es muy discreto el recuerdo de los sueños malos.

–¿Pero era coronel? ¿Era general?

–Era general.

–¿Y era joven? ¿Era buen mozo?

–No era joven ni era buen mozo. Pero tenía mucha suerte. ¡Mucha suerte! ¡Más suerte que un torero fenómeno!

–¡Qué sueño tan feo!

–Feísimo. ¡El señor Pardo plagiado! ¡Y un militar en Palacio!

–¡Y nosotros heridos!

El hombre de este relato se ha callado después. Nosotros nos hemos quedado pensativos. Le hemos mirado la cara. Y se la hemos visto muy seria.

Tras una pausa larga y pesada él ha roto el silencio.

–¿Ustedes creen en los sueños?

Entonces nosotros hemos respondido con una sonrisa obligada:

–¡Qué vamos a creer en tonterías!

Y él ha asentido:

–¡Claro!

(En *El Tiempo*: Lima, 26–I–1917)

VOCES

Senador nacional

Siguen de moda las candidaturas nacionales. No han concluido en la del señor Pardo. No: han comenzado apenas. Y ya tenemos para orgullo de la patria otra candidatura nacional en marcha hacia el triunfo. Por fortuna es la candidatura del doctor Mariano H. Cornejo. Y por fortuna no la ha proclamado ninguna convención.

El doctor Cornejo no ha querido ubicación, no ha querido subprefectos, no ha querido listas de mayores contribuyentes, no ha querido nada. Se ha sentido suficientemente fuerte con el amor nacional. Pero no lo ha dicho. El doctor Cornejo es hombre discreto y cauto.

Día a día han ido amontonándose sobre la mesa del doctor Cornejo las actas y los telegramas del departamento de Puno. El departamento de Puno vive envanecido con el Dr. Cornejo. No ha lanzado todavía su candidatura a la presidencia de la república por temor a los egoísmos de los demás departamentos. Mas se ha apresurado a solicitarle que se deje reelegir senador.

Ante tantos requerimientos populares el doctor Cornejo no ha podido mostrarse rebelde. No ha podido decir que no.

Y la ciudad, a pesar de que no está en ella el amantísimo panegirista del doctor Cornejo que todos sabemos, se ha regocijado con la actitud de Puno y con la actitud del doctor Cornejo. Ha salido a las calles para aplaudir y para vitorear al orador del Senado. Nosotros hemos sido los primeros en ir de esquina en esquina gritando:

–¡Esta es una candidatura nacional! ¡Esta es una candidatura nacional!

Los hombres desocupados y frívolos nos han hecho pueriles preguntas:

–¿Ha sido proclamada por alguna convención tripartita?

–¿Ha exaltado muchedumbres?

Nosotros hemos seguido nuestro camino sin dar respuesta a las pueriles preguntas de los hombres desocupados y frívolos.

Y luego nos hemos puesto a preguntar:

–¡A ver! ¿Hay algún candidato como éste que no tenga contendor?

Y nosotros mismos nos hemos contestado:

–No hay.

Y luego, como si nos contradijesen:

–¡No hay! ¡No hay!.

Unicamente el señor Pardo no se ha alegrado con la unanimidad del clamor que vitorea al doctor Cornejo en Puno. El señor Pardo ha ocultado la acidez de su impresión y ha fingido una sonrisa. Pero su espíritu ha sufrido un hondo desencanto. El pueblo de Puno no se ha dirigido a él para decirle que ha resuelto reelegir senador al doctor Cornejo. Se ha dirigido al doctor Cornejo no más. Y el señor Pardo ha sentido ofendida su autoridad y lastimado su amor propio.

Así tenía que ser.

Todo el país se alboroza en honor a este gran doctor Cornejo que a ratos no nos parece tan grande porque lo tenemos en casa.

Y el señor Pardo debe sufrir la molestia de que el país se haya alborozado en honor ajeno sin su venia y sin su consentimiento.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–I–1917)

VOCES

El encasillado

El comité bipartito de las ubicaciones ya le ha puesto el punto final a su nómina de candidaturas coronadas y consagradas. Ya se ha disuelto definitivamente. Y se han cruzado de brazos todos sus miembros.

Nosotros habríamos querido asistir a la escena de la última conferencia y más que a la escena de la última conferencia, a la escena de la despedida.

Los delegados del partido civil les dirían simultáneamente a los delegados del partido liberal:

–Adios señor don Juan. Adiós señor don Samuel.

Y los delegados del partido liberal les dirían simultáneamente a los delegados del partido civil:

–Adiós señor don Miguel. Adiós señor don Germán.

Todo sería así seguramente.

Pero sería siempre muy interesante a pesar de su puerilidad y de su sencillez.

Y es que este comité bipartito, formado por cuatro personas ilustres, ha tenido una misión transcendental en la vida de la república. Ha hecho el encasillado de la representación nacional. Ha conciliado los intereses de dos partidos. Y casi ha reproducido la ingenua escena de un cuento de la Reina de Hungría:

–Esto para mí. Y esto para ti. Esto para ti. Y esto para mí.

Mucha ternura familiar.

A ratos un grito simultáneo:

–¡Esto para mí!

Y las dos delegaciones asiéndose a una misma cosa como los chicos envidiosos.

Mas enseguida, el acuerdo y la transacción.

El partido civil y el partido liberal se han quedado persuadidos de que han hecho la felicidad de la patria. Y se han quedado más persuadidos

todavía de que su abnegación y su desprendimiento han sido inmensísimos. Sienten seguramente que han hecho grandes sacrificios en homenaje a la tranquilidad pública.

Y los candidatos elegidos por el comité bipartito piensan probablemente lo mismo que el partido civil y el partido liberal.

Las gentes metropolitanas se pasan las horas con la lista de las ubicaciones en las manos. Y le ponen tachas, reparos, acotaciones y subrayados. Y la comentan:

–¡El señor Peña Murrieta no ha sido ubicado! ¡Va a ser combatido!

–¿El señor Peña Murrieta de la libertad de cultos?

–El mismo.

–¡El señor Emilio Sayán Palacios ha sido en cambio ubicado!

–Ya no habrá quien ataje su candidatura. ¡Con la lista de contribuyentes, con el subprefecto, con los electores y con la consagración bipartita no es posible ser derrotado!

–¿Ni contra el señor Salinas y Cossío?

–Ni contra el señor Salinas y Cossío.

–Mire usted este renglón. Aquí está Carabaya y aquí está el señor Juan Pardo.

–Y mire usted este otro renglón. Aquí está Cajatambo y aquí está el señor Felipe Barreda y Laos.

–La aristocracia del régimen manda al parlamento dos representantes.

–¡Tres!

–Dos únicamente. El señor Juan Pardo y el señor Felipe Barreda.

–¡Y el señor Sayán Palacios! ¡Y el señor Sayán Palacios que es príncipe! ¡Son tres!

Y, renglón por renglón, se sigue glosando la lista de las ubicaciones hasta que se llega a su fin.

Pero cuando se llega a su fin, se bosteza, se estira los brazos y se dice:

–¡Bah! Este es el encasillado de los partidos. Es un encasillado vulgar. Lo publican los periódicos y lo comenta el vulgo. Hay otro encasillado todopoderoso. ¡Y ese sí que es un encasillado distinguido! No lo publican los periódicos y no lo conoce el vulgo. Y está en la mesa del presidente de la república. ¡Bah!

(En *El Tiempo*: Lima, 28–I–1917)

VOCES

Mensaje tremendo

Ya tenemos un héroe. No se ha cuadrado en Lima. Se ha cuadrado en el Sur. Hacia ya algún tiempo que nosotros estábamos mirando al sur. Sentíamos que de él venía una onda que nos estremecía a todos.

Y este héroe que es el doctor Urquieta no ha proclamado ninguna restauración del imperio del Tahuantisuyo. Ha proclamado únicamente un deber político, un deber doctrinario, un deber principista. El invitado por nosotros, nos lo ha dicho en un telegrama sensacional.

Los hombres del gobierno se han alborotado espantosamente. Habían ubicado al doctor Urquieta en la senaduría de Arequipa. Esperaban que el doctor Urquieta encontrase preferible la senaduría de Arequipa a la diputación de Moquegua. Así tenía que ser. Así, así y así.

–¡Quería ser diputado! ¡Y lo hacemos senador! ¡Es un ascenso!– decían los hombres del gobierno.

Y la ciudad repetía maquinalmente:

–¡Un ascenso! ¡Un ascenso!

Pero nosotros, que somos muy suspicaces a veces, movíamos la cabeza y decíamos que el doctor Urquieta que escribió "El Ariete", que sufrió persecuciones, que conoció el exilio y que fundó el partido liberal del sur, no podía aceptar que se le obligase a un desaire al pueblo moqueguano.

–¡Ustedes qué saben!

Nosotros nos callábamos. Y nos subíamos a la azotea para mirar con nuestro largavista al sur y para ver si podíamos avistar al doctor Urquieta.

Un día nos decidimos a requerir la palabra del doctor Urquieta y le mandamos un mensaje.

Y el doctor Urquieta nos ha contestado en el tremendo mensaje que ha estremecido a laciudad y que ha agitado a los hombres del gobierno.

Nos hemos echado a las calles para gritar:

–¡Este es el mismo doctor Urquieta que escribió "El Ariete"! ¡Este es

el mismo doctor Urquieta que sufrió persecuciones! ¡Este es el mismo doctor Urquieta que conoció el exilio! ¡Este es el mismo doctor Urquieta que fundó el partido liberal del sur!

Nos hemos desgañitado.

Y nos hemos regalado releyendo muchas veces el mensaje del doctor Urquieta y reconociéndolo suyo, muy suyo, admirablemente suyo.

El doctor Urquieta no quiere transigir con el encasillado. Querría transigir porque ya se está poniendo viejo y está sintiendo grandes ternuras. Y porque ama la armonía nacional y la paz y la concordia entre los príncipes peruanos. Pero oye la voz del pueblo de Moquegua que clama contra los señores Barrios y los llama a gritos gamonales, y rápidamente se da cuenta de que no puede dejar solos a los moqueguanos. Y declara que entre la diputación de Moquegua, con sus luchas y con sus azares, y la senaduría de Arequipa, con sus consagraciones y sus blanduras, prefiere la diputación de Moquegua.

Nosotros nos hemos pasado todo un día gritando:

–¡Este es el doctor Urquieta!

Y los hombres del gobierno nos han gritado rencorosos:

–¡Ustedes lo han tentado!

Y nos han comparado con Lucifer en el Paraíso.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–I–1917)

VOCES

A media noche

Las gentes trasnochadoras siguen empeñadas en asustarnos y amedrentarnos. No se dan tregua en la empresa de hacernos sufrir grimas y alarmas espantosas. Ora nos cuentan un sueño, ora nos refieren un presagio, ora nos hablan de los eclipses, ora nos señalan el cielo con el dedo índice, ora nos invitan a que escrutemos el porvenir aunque sea desde el techo de la imprenta.

Todas estas gentes desalmadas nos están haciendo vivir en zozobras.

Vamos a tener que acabar pidiéndole garantías a la policía por mucho que la policía no sea capaz de entender nuestras desazones.

Una madrugada las gentes trasnochadoras han venido corriendo a la imprenta para decirnos:

–¡Hemos visto a un hombre embozado!

Y se han puesto a acezar y se han enjugado el sudor con el pañuelo para llenarnos de inquietud antes de continuar.

–¡Hemos visto a un hombre embozado entrar a un cuartel!

Han querido graduarnos la emoción.

Y como nosotros nos hemos callado ellas han seguido:

–¡Este hombre embozado ha ido al cuartel en un automóvil! ¡Y ha ido solo!

Y han hecho otra pausa para decirnos luego:

–¡Y le han abierto la puerta del cuartel obedientemente!

Nosotros hemos seguido callados y nuestros visitantes han tenido que interrogarnos para romper nuestro silencio:

–¿Quién será este hombre?

Para asombrar y "epatar" a estas gentes que quieren alarmarnos y ponernos neurasténicos, hemos contestado con mucha naturalidad y mucha displicencia:

–¡Será un hombre que conspira!

Asombradas y "epatadas", las gentes alarmistas han tenido que dejarnos.

Y nosotros hemos levantado los brazos al cielo en acción de gracias.

Como estas gentes son muy porfiadas han regresado otra madrugada, más acezantes, más sudorosas, más pálidas, más malignas.

Y nos han dicho:

–¡El mismo automóvil del otro día se ha parado a la puerta de un cuartel! ¡Y de él ha bajado el mismo hombre embozado del otro día! ¡Y le han abierto la puerta inmediatamente! ¿Quién será este hombre?

Hemos tornado a contestar haciendo de tripas corazón:

–¡Será un hombre que conspira! ¡Bah! ¡No hagan ustedes caso! ¡Vayan a dormir tranquilamente!

Más las gentes trasnochadoras han seguido visitándonos en las madrugadas tenazmente.

Y una vez nos han dicho:

–¡El hombre embozado tiene apostura marcial!

Y otra vez:

–¡Ha pasado por la Plaza de Armas!

Y otra vez:

–¡Ha entrado a otro cuartel!

Y otra vez:

–¡Tiene ademán de autoridad!

Y otra vez y otra vez y otra vez:

–¡Será como ustedes dicen, un hombre que conspira!

Por contradecirnos y reírnos les hemos contestado a veces:

–¡Será un fantasma! ¡Será un ánima que pena! ¡Será un espíritu malo! Hay que espantarlo con la señal de la santa cruz.

Mas somos débiles.

Al fin y al cabo esta conjuración de los chismes de la ciudad nocherniega nos ha dado susto y curiosidad simultáneamente.

Y una noche hemos salido a la calle con algunas de las gentes trasnochadoras que nos traen las inquietudes para ver si encontrábamos al fantasma de sus desazones. Hemos salido con fortuna. Frente a un cuartel hemos visto parado un automóvil y nos hemos detenido.

Nuestros acompañantes nos han dicho:

–¡Este es el automóvil!

Hemos avanzado un poco.

Y hemos esperado con una zozobra tremenda.

Muy pronto ha salido del cuartel un hombre. Un hombre marcial como las gentes nos habían dicho. Pero ha salido francamente y sin recatos. La luz le ha dado en la cara. Le hemos reconocido. Y hemos soltado la carcajada:

–¡Si es el Ministro de Guerra! ¡Si es un funcionario del régimen! ¡Si no es ningún fantasma! ¿Cómo quieren ustedes que un Ministro de Guerra vigilante y cauto no visite de vez en vez los cuarteles? ¿Cómo quieren ustedes?

Las gentes de nuestra mala compañía se han quedado mirando el automóvil que se iba por no resistir nuestra mirada burlona y por no vernos la cara.

Y nosotros no hemos tenido para ellas sino un apóstrofe:

–¡Zonzos!

(En *El Tiempo*: Lima, 30–I–1917)

VOCES

Lógica criolla

Un senador peruano muy ilustre es el señor Neuhaus. Representa en el congreso a Tacna Libre, lo cual basta para su gloria. Pero, aunque se apellida en alemán y aunque es un senador ilustre, el señor Neuhaus nos parece demasiado criollo.

Hemos leído encantados un cablegrama de Chile que nos trae una noticia interesantísima y sabrosa.

El señor Neuhaus ha sido reporteado en Santiago.

Cuando le preguntaron por el señor Pardo, dijo que estaba muy bien y que su administración se desarrollaba con felicidad y provecho para la salud de la patria.

Y cuando le preguntaron por la política internacional del Perú, dijo que no podía responder porque hacía mucho tiempo que estaba ausente de la patria.

Delicioso el señor Neuhaus.

Para decir que el señor Pardo gobierna a gusto y sazón de todos los peruanos y para decir que el señor Pardo está haciendo la fortuna de la nación, no ha estado ausente de la patria y no anda mal informado.

Y para decir el sentimiento diplomático del Perú, sí ha estado ausente de la patria y sí le hacen falta informes.

Criollo puro el señor Neuhaus.

El señor Neuhaus debe hablar con un elástico en la mano. O con un embudo.

Sentado o de pie, ante el periodista que lo reportea en Santiago, puede decir que el señor Pardo está llevando a la gloria al Perú.

Y puede olvidarse de que vive lejos de la patria desde hace mucho tiempo.

Mas cuando lo interrogan sobre la política internacional del Perú, se da cuenta inmediatamente de que vive lejos de la patria.

El señor Pardo debe haber leído el cablegrama que cuenta el reportaje con una satisfacción y un placer muy grandes.

La ciudad lo ha leído con mucha risa. Y le ha hecho acotaciones, chistes y apostillas. Y ha querido ponerle música y cantarlo con acompañamiento de guitarra.

Pero hay gentes serias que lo mantienen en cuarentena.

Y estas gentes serias mueven la cabeza con mucha mesura y mucha gravedad y dicen:

–¡Esto no puede ser exacto! ¡Esto debe ser una broma del cable!

Y es así como va a resultar a la postre que el criollo no es el señor Neuhaus, senador por Tacna Libre, sino el cable central.

(En *El Tiempo*: Lima, 31–I–1917)

VOCES

Crónica palatina

Todo esto es cosa de nuestro cronista palatino.

Un día, el sabio doctor Federico Villareal recibió una tarjeta del señor Pardo que lo llamaba a Palacio. Pero una desgracia de familia le impidió al doctor Villareal obedecer a la llamada.

Y uno de los últimos días, como el doctor Villareal, además de ser sabio, es persona muy educada y cortés, se acordó de la tarjeta del señor Pardo y fue a Palacio.

El señor Pardo lo recibió con mucho cariño, mas no le dijo nada sobre el motivo de la llamada.

Y el señor Villareal se pregunto por varios minutos si el señor Pardo no lo habría llamado a Palacio para hablarle de los últimos eclipses.

Se prolongaba la entrevista y el señor Pardo seguía sin acordarse de la tarjeta.

–¡Qué tal, doctor! ¿Buena la salud, doctor? ¡Vaya, doctor! ¡Ajá, doctor!

El señor Villareal, que es persona que economiza los minutos, interrumpió al señor Pardo con su frase nerviosa:

–Yo he venido aquí porque usted me ha mandado llamar. ¿Me necesita usted?

El señor Pardo recuperó toda su memoria:

–¡Verdad! ¿Para qué lo necesito doctor?

Y llamó luego:

–¡Concha! ¿Para qué necesitamos al doctor?

Habló el señor Concha:

–Creo que para lo de la reforma de la Facultad de Jurisprudencia.

El señor Villareal pensó enseguida que el motivo era trivial:

–Yo no tengo que ver con eso. Yo soy catedrático de la Facultad de Ciencias.

El señor Pardo hizo una aclaración:

–Es que el proyecto tiene que ser sancionado por el consejo universitario.

El señor Villareal muy asequible como siempre asintió:

–Bueno.

Y enseguida quiso darle una noticia al señor Pardo:

–Mis amigos de Lambayeque han lanzado mi candidatura a una de las senadurías y a mí me parece muy bien.

Pero enseguida temió que el señor Pardo lo hubiese llamado para pedirle que retirase su candidatura en homenaje al señor Nicanor Carmona y al señor Gustavo Cornejo y agregó con presura:

–Y estoy resuelto a no desistir por ninguna razón. Yo no soy de los que renuncian.

El señor Pardo tuvo que contestar:

–Muy bien.

Y luego:

–El gobierno le da garantías a todo el mundo.

Y el señor Villareal, con mucha urbanidad, tuvo esta frase:

–Además yo soy gobiernista. ¡Cabalmente! Y soy gobiernista porque profeso el culto del principio de autoridad. ¡Cabalmente!

El señor Pardo aplaudió:

–¡Muy bien!

Y el señor Villareal, sin sorna pero con una sonrisa muy franca y entusiasta:

–¡Y profeso además el culto de la constitución! ¡La constitución es para mí lo primero! ¡Cabalmente!

Y entonces no pudo aplaudir el señor Pardo.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º–II–1917)

VOCES

Política y caballos

Una acendrada afición nuestra nos hará coincidir siempre con el doctor Químper: las carreras de caballos. Y nos hará coincidir siempre también con el señor Checa. Y con muchas personas.

La fiesta de nuestros amores está ahora dada al olvido. El verano la ha proscrito. Unicamente una ceremonia en el stud del señor Checa ha podido restituirnos a su recuerdo y a sus emociones, en los últimos días.

Todos nuestros ilustres amigos del Jockey Club estaban en el stud del señor Checa. Y estaba, además, Gaona elegido padrino de un caballo del señor Checa.

Nosotros en un paréntesis llevamos la política al hipódromo para preguntarle a nuestro amigo el señor Checa:

–¿Ya no es usted candidato a la diputación de Piura?

–Ya no. ¡Ahora sólo soy turfista!

–¿Ya no piensa usted en la política?

–Ahora sólo pienso en mis caballos de carrera.

–¿A pesar de todos sus contribuyentes? ¿A pesar de todos sus electores? ¿A pesar de todas sus fuerzas políticas?

–A pesar de todo.

–¿Desiste usted de la lucha como el señor Riva Agüero? ¿O desiste usted como el señor Dunstan no más?

–¡Ni como el señor Riva Agüero ni como el señor Dunstan! ¡Desisto a mi manera!

Y luego la declaración del señor Checa buscó el amable apoyo de una opinión inmediata:

–¿No le parece, Gaona?

Gaona respondio:

–¡Claro!

Y vino enseguida el bautizo de un potrillo del señor Checa. El señor

Checa le había elegido el nombre de Gaona. Y Gaona estaba muy contento y complacido. Pero el doctor Químper, que en la política y en el turf tiene siempre muy buen humor, detuvo por un momento la ceremonia:

–¿Se va a llamar Gaona el potrillo? ¡No puede ser!

Hubo una sorpresa unánime porque el señor Químper tenía seria la cara y grave la entonación:

–¿Por qué?

La respuesta del doctor Químper siguió festiva:

–Porque llamándose Gaona será preciso que pare los pies. Y esto no estaría bien en un potrillo de carrera.

Hubo coro de risas y apostillas. Y el señor Químper, restituido a su calidad de diputado de la minoría, nos llamó aparte para hacernos estas observaciones:

–¡Es una tontería llamar Gaona a un caballo de carrera! ¡Hay que elegirles a los caballos nombres sensacionales que se popularicen! ¡Mis caballos sí han sido bautizados con gracia! Ahora mismo he inscrito a mis nuevos potrillos con estos nombres: "Dictadura", "Fiscal", "Bloquista", "Brea" y "Pariñas". ¡Así mismo! ¡En este orden!

Sentimos que el doctor Químper era a todas horas un diputado de oposición y lo aplaudimos:

–¡Bravo!

Y en este momento en que escribimos sobre estas cosas, que es escribir sobre la política y las carreras de caballos, pensamos que el gobierno debía impedir que el stud del doctor Químper adquiriese caballos nuevos. Y que hace falta en el día un decreto. Nosotros lo comentaríamos amable y comprensivamente.

(En *El Tiempo*: Lima, 2–II–1917)

VOCES

Hora intranquila

Tenemos miedo. Pero no sabemos por qué. A ratos nos preguntamos si será porque Alemania se ha puesto tan trágica y los Estados Unidos tan enfadados. Y nos respondemos en seguida que no.

Un estudio muy serio de la psicología criolla nos dice que aquí todos somos muy medrosos. Hemos crecido arrullados por los cuentos de las ánimas que penan y de los demonios que tientan. Y nos han gritado cuando éramos chicos:

–¡El "cuco"! ¡El "cuco"!

No tenemos la culpa de ser tan tímidos y de que nos asustan los fantasmas...

Y ahora encontramos en el ambiente grimas y alarmas. Y sentimos que no nos las han traído los submarinos alemanes. Los submarinos alemanes están muy lejos por fortuna.

Hemos visto pasar a media noche al prefecto. Y nos han dicho que ronda. Hemos visto pasara media noche al intendente. Y nos han dicho que ronda también.

–¿Pero, por qué ronda el prefecto? ¿Por qué ronda el intendente?

Entonces no nos han dicho nada.

Mas nos han contado cosas graves:

–Los gendarmes vigilan.

Nos hemos sorprendido:

–¿Los gendarmes de a caballo?

Y nos han contestado:

–Los gendarmes de a caballo y los gendarmes de a pie. El propio señor Pardo los ha reorganizado. El propio señor Pardo los manda desde palacio. Les ha encomendado la tranquilidad pública.

Así es.

El señor Pardo está haciendo un sport interesante. El sport de la

precaución. Casi un sport de centinela. Quiere que sus autoridades amanezcan despiertas. Quiere que sus gendarmes amanezcan despiertos. Quiere que sus edecanes amanezcan despiertos.

Sólo que hay quienes no creen que toda la precaución del señor Pardo sea simplente sport. Son las gentes incrédulas de la ciudad. Estas gentes incrédulas mueven la cabeza.

–¡No! ¡No es sport!

Cuando las gentes incrédulas hablan así, les preguntamos:

–¿Qué es entonces? ¿Es miedo?

Mas se quedan sin respondernos mucho rato y únicamente después de una pausa larga nos dicen:

–Son los pecados.

Igual que cuando se alarma a los chicos que no quieren entrar a un cuarto oscuro.

Nosotros nos imaginamos que la ciudad se pasa las horas gritando:

–¡Son los pecados!

Y que lo vocea muy fuertemente cuando pasa en su automóvil el señor Pardo:

–¡Son los pecados!

Y que es por eso que corre tanto el automóvil del señor Pardo.

(En *El Tiempo*: Lima, 3–II–1917)

VOCES

Nervios malos

Todos los peruanos queremos la paz, la tranquilidad, la armonía, la quietud, el amor, la bienaventuranza, el sosiego, la tolerancia.

Todos: grandes y chicos.

Y sólo parece que el señor Pardo se obstina en hacer una excepción y con él, naturalmente, sus servidores, sus gendarmes y sus gentes.

Sentimos que el país desea conciliar el sueño porque ha tenido muchos insomnios, y que los centinelas del señor Pardo no se lo consienten, gritando desesperadamente:

–¡Alerta!

El señor Pardo quiere sin duda alguna obsesionarnos a todos los peruanos. Hace que sus autoridades y sus guardias vigilen, pesquisen, atisben. Y tiene una residencia versátil, cambiadiza y misteriosa. No está quieto en Miraflores. No está quieto en Lima. No está quieto en La Punta.

Las pobres gentes medrosas se preguntan:

–¿Qué pasa?

–No pasa nada.

–¿Y estas alarmas? ¿Y estas desazones? ¿Y estas inquietudes?

–¡Nerviosidades!

Y de repente el señor Torres Balcázar coge la pluma y escribe al ministro de gobierno que lo espían, que lo hostigan, que lo molestan, que quieren presentarlo como un conspirador.

Toda la ciudad se alborota ante la constatación de un malestar vago:

–¿Pero es cierto? ¿Hay temores? ¿Acecha la policía secreta? ¿Rondan las autoridades? ¿Velan los gendarmes?

El señor Torres Balcázar, vibrante, sonoro, tremendo, grita muy fuerte:

–¡A mí me siguen! ¡A mí me aguaitan! ¡A mí me exasperan! ¡Yo no soy conspirador! ¡Yo no soy sino candidato!

Nosotros nos inquietamos también y salimos a las calles para abordar

a las gentes bien informadas:

–¿Qué significa todo esto? ¿Miedo o sport?

–Significa más: un plan.

–¿Un plan del gobierno?

–Un plan del gobierno. El gobierno hace sentir sus alarmas. Espía, escruta, acecha. Y el país se intranquiliza. Entonces el gobierno dice que sus adversarios conspiran. Y los persigue.

–¡Si todo eso es pueril! ¡Si todo eso es ocioso!

–No es ocioso. El gobierno tratará como conspiradores a los candidatos de la oposición. Acusará a la minoría. Y excusará todos sus atropellos electorales con el pretexto del orden público amenazado.

Hemos pensado que el señor Villanueva debe ser el consejero del señor Pardo. Eso del orden público amenazado tiene que ser suyo. Lleva su sello y su peculiaridad.

Y hemos pensado también que el gobierno tendrá en el pecado la penitencia, porque si se empeña mucho en fingir que está con miedo, va a acabar teniéndolo.

Y todo será una autosugestión solamente.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–II–1917)

VOCES

Susto grande

Una de las últimas madrugadas hubo un susto tremendo para La Punta, sin respeto a la histórica circunstancia de que en La Punta está la residencia de veraneo del señor Pardo y su familia.

A las tres de la mañana sonó una explosión formidable.

¡Púuuuuuuum!

La Punta tiene un sueño pesado, probablemente porque la arrulla tiernamente el mar, pero un estrépito tan tremendo sabe despertarla enseguida.

Y toda La Punta se despertó y sintió un escalofrío pavoroso de miedo, de pavor, de inquietud y de grima.

No sólo había sonado una explosión. Sonaban también muchas voces y muchos alaridos. Voces y alaridos de mujeres. Ruido apocalíptico. Clamoreo. Confusión. Dolor.

Las gentes se asomaban cautelosamente a sus puertas.

Y hubo mil preguntas angustiosas:

–¿Se habrá salido el mar?

–No. El mar no se ha salido. El mar está quieto. Digámoslo.

–¿Habrá volado la isla de San Lorenzo?

–No. No ha volado la isla. La isla está tranquila. Miremos cómo sigue imperturbable su faro.

–¿Habrá un submarino alemán?

La última interrogación suscitaba dudas y perplejidades. ¿Sería un submarino alemán? ¿Había volado a una nave de la bahía?

Pero de repente vibró acongojada una pregunta más angustiosa que nunca:

–¿Y si ha sido en la Villa Gaby?

Esta pregunta galvanizó a todos. ¿Y si había sido en la Villa Gaby? ¿Y si habían sorprendido al señor Pardo? ¿Y si se había producido un atentado

innoble?

Mas nadie tuvo alientos para moverse de su casa y correr a mirar la Villa Gaby. Y los que podían mirarla no tenían alientos para acercarse a ella. La Punta vivió un instante amargo. Sólo después de mucho rato pudo quedarse dormida con los brazos cruzados sobre el pecho.

Todos los temores y desazones de La Punta habían sido por fortuna infundados. No había ocurrido ninguna catástrofe. No se había realizado ningún atentado innoble. Un automóvil raudo y aventurero, portador de mozos alegres y mondarias bulliciosas, había ido de Lima a La Punta. Antes no se le habría ocurrido este viaje. Unicamente desde que va a La Punta el automóvil del señor Pardo hay otros automóiviles que lo imitan.

Y en La Punta y cerca de la Villa Gaby se había roto un neumático del automóvil raudo y aventurero.

¡Púuuuuuuum!

Los mozos alegres y las mondarias bulliciosas de la lunática y trasnochadora aventura, habían sumado sus clamores al estallido.

Y toda la población veraniega y transitoria de La Punta había tenido un instante de congoja y había sentido un escalofrío de miedo, de pavor , de inquietud y de grima.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–II–1917)

VOCES

Frente al conflicto

El señor García y Lastres es un ministro afortunado. Aparte de un financista notable a quien sólo le hace falta revelarse. Para que su nombre figurase definitivamente en la historia del Perú le bastaba que su firma estuviese en los billetes fiscales. Mas a esta circunstancia trascendental va a unirse una nueva: el nombre del señor García y Lastres figurará entre los nombre de los estadistas americanos de esta hora emocionante y tremenda.

La humanidad se familiarizará con estos nombres en la historia del mundo:

–Wilson, Mac Adoo, Muller, Murature, García y Lastres, Lansing, etc., etc., etc.

Todo esto lo estamos diciendo muy en serio, como no decimos siempre las cosas nosotros por sano amor al humorismo, a la eutrapelia y a la broma.

Ahora mismo nos han dado una noticia que nos empeñamos en trasmitir al público. Una noticia cuya publicación nos va a agradecer seguramente el señor García y Lastres. Sobre todo porque el señor García y Lastres no puede darla al país en un reportaje por modestia y por reserva.

El señor García y Lastres ha recibido una comunicación de Mac Adoo sobre las proyecciones económicas del actual conflicto. Es una comunicación secreta. Es una comunicación confidencial. Si el señor García y Lastres no supiese guardar discreción podría decir que Mac Adoo le ha escrito haciéndole algunas consultas. Y nadie lo contradeciría.

El cable podría decir que entre el señor García y Lastres, Secretario de Hacienda del Perú, y el señor Mac Adoo, Secretario de Hacienda de los Estados Unidos, se habían cambiado importantes documentos.

No lo dice el cable por circunstanciales razones.

Pero lo dirá la historia.

Y esto sobra para el regalo del señor García y Lastres que tiene fundado uno de sus más íntimos orgullos de estadista en su amistad y en su trato con

el Secretario de Hacienda de los Estados Unidos.

Hay en Lima muchas gentes pueriles y susceptibles que suelen pasarse las horas murmurando criollamente:

–¡Ese Mac Adoo es un gringo malcriado y grosero! Tuvo la lisura de desdeñarnos cuando pasó en el "Tennessee". Nos dejó plantados con nuestros banquetes y nuestras recepciones. Dijo que estábamos apestados y que tenía miedo de contaminarse si desembarcaba. Les dio la punta de los dedos a nuestros ministros y se los lavó luego con timolina. ¡Ese gringo Mac Adoo!

Y el señor García y Lastres, que es un hombre ecuánime, que es un hombre majestuoso y que es un hombre que se da cuenta de las genialidades de los grandes estadistas, tiene que quedarse callado cuando estalla de esta suerte el comentario de las gentes rencorosas, pueriles y susceptibles.

El sacrificio del señor García y Lastres es inmenso porque el señor García y Lastres admira mucho a Mac Adoo. Sabe que Mac Adoo es un ministro estupendo. Y le halaga que Mac Adoo le escriba. Como el señor García y Lastres es un poco "colónida" piensa seguramente que los genios se entienden bien.

Y naturalmente el señor García y Lastres es yancófilo. Ama a los Estados Unidos. Ama a sus millonarios. Ama a sus inventores. Ama su progreso. Ama todas sus cosas. Se ríe de los apostolados de Manuel Ugarte y de los visionarios del latinoamericanismo. Para él la figura más brillante del momento presente es la figura de Mac Adoo ¡Mac Adoo!

El último mensaje de Mac Adoo ha tenido la virtud de ponerlo muy grave un minuto, muy orgulloso otro y muy risueño después.

Medita profundamente la respuesta y anhela que sea magnífica.

Y no desespera de leer algún día un cablegrama de Londres o de París que diga entre otras cosas:

"La prensa comenta las importantes comunicaciones cambiadas entre Mac Adoo, Secretario de Hacienda de los Estados Unidos, y García y Lastres, Secretario de Hacienda del Perú, sobre....."

(En *El Tiempo*: Lima, 6–II–1917)

VOCES

Las avanzadas

Este proceso de Cajatambo sigue sensacional. Hay que mirarlo con anteojos de campaña y hay que observarlo con interés. Nosotros lo atisbamos desde un mirador.

Ni el proceso de Lima, a pesar de la candidatura boyante del señor Torres Balcázar, ni el proceso de Moquegua, a pesar de la candidatura porfiada del señor Urquieta, ni el proceso de Arequipa a pesar de la candidatura idealista y locuaz del señor Belaúnde, tienen la emoción que tiene el proceso de Cajatambo.

Un duelo electoral tremendo va a realizarse en Cajatambo. Hace ya muchos días que los adversarios se han tirado el guante. Y hace ya muchos días que un escalofrío agudo ha corrido por los nervios de los espectadores.

Y ayer se inició la primera etapa de la lucha definitiva. El tren de Huacho se llevó a las avanzadas del señor Barreda y Laos y a las avanzadas del señor Dunstan. Y se llevó también al mayor Ladislao Meza y a un piquete de gendarmes.

La autoridad del mayor Meza va a Cajatambo para hacer diputado al señor Barreda y Laos, por deseo del mismo señor Pardo a quien hace dos años indignó que la autoridad del mayor Meza hubiese querido hacer diputado al señor Ortiz de Zevallos.

Mucho rato antes de la partida del tren estaban en la estación el señor Barreda y Laos y el señor Dunstan. Los dos aleccionaban a sus emisarios. Los dos los mimaban. Los dos les hacían recomendaciones. Los dos les daban ánimos y bríos.

Y el mayor Meza vigilaba el embarque de sus gendarmes y de muchos cajones que las gentes miraban con inquietud para murmurar después a la sordina:

–¡Son fusiles! ¡Son tiros! ¡Son cañones!

El señor Barreda y Laos embarcaba para Cajatambo, junto con sus

emisarios, muchos papeles y muchos regalos. Sus manifiestos, sus arengas, sus retratos, sus tesis universitarias, su estudio sobre la literatura peruana, sus discursos, sus premios de la Facultad de Jurisprudencia y de la Facultad de Letras. Y además espejitos, trompos, boleros y libros de cuentos para los niños, dos candelabros para la iglesia, una litografía del señor Pardo para la escuela de varones y muchas otras cosas.

Y el señor Dunstan embarcaba también, para Cajatambo, junto con sus emisarios, muchos papeles y muchos regalos. La ley de anexión de Cajatambo a Lima, "El Diario de los Debates", sus cartas al señor Barreda y Laos y al señor Pardo, un manifiesto y varias proclamas. Y un misal para la iglesia y una litografía del mariscal Joffre para la escuela y pitos y matracas para los chicos.

El tren partió abrumado.

Y el señor Dunstan y el señor Barreda y Laos, lejos uno de otro, se quedaron en el andén agitando sus pañuelos:

–¡Adiós! ¡Adiós!

Y de las ventanillas salían muchos brazos agitando también sus pañuelos:

–¡Adiós! ¡Adiós!

Fue así la despedida de las avanzadas del señor Barreda y Laos y del señor Dunstan.

El 22 de este mes habrá otra despedida: la del señor Barreda y Laos que quiere ir a Cajatambo, heroicamente, a persuadir a los ciudadanos de su talento y de su cultura.

Y la precederá de todos modos la despedida del señor Dunstan que, gentil dueño de casa, quiere ir a esperar al señor Barreda y Laos en Cajatambo.

Porque todo es hasta ahora cumplidos entre los dos rivales.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–II–1917)

VOCES

El balneario y el camino

Hemos ido a La Punta en un carro eléctrico y hemos vuelto en otro. Y hemos sentido inmediatamente que La Punta no es la misma y que hasta la carretera de Lima al Callao tampoco es la misma. Han cambiado desde que el señor Pardo veranea en La Punta.

Todo esto del veraneo del señor Pardo en la Villa Gaby, en Miraflores o en Chucuito, nos interesa mucho y nos obsesiona a veces, no por manía pueril sino porque el mismo señor Pardo parece que así lo quisiera. Se toma a su alrededor tantas precauciones, corre tanto su automóvil, lo guardan tanto sus gendarmes, se dice tanto que La Punta no es su única residencia de verano, que hay que acabar creyendo que el señor Pardo desea inquietar a todas las gentes como los héroes de las películas misteriosas.

La Punta tiene su aspecto cotidiano. Nada visible dice una transformación. Pero en el ambiente se siente que La Punta no es la misma, que vive un minuto trascendental, que su historia está en un trance ceremonioso.

Hemos ido a los baños y hemos exclamado:

–¡Cuánta gente!

Y nos han dicho al vernos cara forastera:

–¡Aquí se baña el Presidente de la República!

Nosotros hemos interrogado con ingenuidad:

–¿Y también el señor Alberto Secada?

Y nos han contestado con sorpresa y malacrianza:

–¡También Secada!

No hemos podido ver bañarse al señor Pardo. Hemos ido a La Punta muy tarde. A la hora en que se bañan las señoritas coquetas. Y sólo hemos sabido que el señor Pardo se baña sin originalidad. No sabe nadar y "hace el muerto". Esto nos ha inquietado. Un Presidente de la República no debía jamás "hacer el muerto". Y menos el señor Pardo.

Y hemos sabido que el señor Pardo se baña bajo la mirada vigilante del

prefecto del Callao. El prefecto del Callao, que es muy hábil, se ingenia siempre la manera de coincidir con el señor Pardo en el baño. Algunas veces un minuto de retardo obliga al prefecto del Callao a desvestirse presurosamente y a echarse al agua con precipitación.

Así está La Punta.

Y la carretera de Lima al Callao ha cambiado no sólo en su ambiente como La Punta. Ha cambiado también en su aspecto cotidiano. Solícitamente se ha terraplenado en ella una pista para automóviles. Ha comenzado a rodeársele de los mismos mimos de que está rodeada la avenida de Miraflores.

Y hemos visto además en la carretera de Lima al Callao muchos gendarmes. Gendarmes acá. Gendarmes allá. Gendarmes acullá.

Hemos preguntado en el carro eléctrico:

–¿Está haciendo maniobras la gendarmería? ¿O es este el camino de Cajatambo?

Y nos han respondido entre muchas sonrisas, porque no se han persuadido de la sinceridad de nuestra interrogación:

–¡Va a pasar por aquí el automóvil del señor Pardo!

(En *El Tiempo*: Lima, 8–II–1917)

VOCES

La ciudad alegre...

Los hombres sabios han constatado ya que aquí somos muy ecuánimes, muy tranquilos, muy prácticos, muy ponderados.

Aquí no sabemos de idealismos, de sentimentalismos ni de las otras puerilidades que el siglo ha destruido.

Y sólo de chicos hemos leído, para entretenimiento y para risa, al "Quijote", libro que a nuestros ojos no ha tenido más importancia que "Las mil y una noches" y que "El ratoncito Perez".

El ilustre caballero don Quijote de la Mancha nos parece un hidalgo chiflado tan hilarante como "Rinsin Renacuajo" aunque menos valiente que "Tartarín de Tarascón". Y Sancho Panza nos parece en cambio un sujeto razonable, discreto y redomado, sin otra tontería que la de haber seguido a don Quijote, por lo cual bien castigado anduvo y halló en el pecado la penitencia.

Y no es que hayamos llegado a esta serenísima majestad por educación, por régimen ni por energía.

Hemos llegado a ella por causas extrañas y ocultas que nadie acierta a determinar con precisión.

Apenas si hay de vez en cuando un diagnóstico que puede ser del doctor Carlos Enrique Paz Soldán:

–El clima.

Y este otro que puede ser del mismo doctor Paz Soldán:

–El agua.

Y sobrevienen momentos en que pasa por las calles una lamentación idealista que suele ser del Dr. Belaúnde:

–¡Este es un pueblo de asentimentales!

Los hombres sabios se sienten entonces satisfechos y regocijados y exclaman ufanamente:

–¡Aquí todos somos cerebrales!

Y la ciudad sonríe con alegría como si se diera cuenta de todas estas cosas.

Ahora, más que nunca, sentimos que somos muy prácticos y muy

ecuánimes. Los alemanes nos han hundido una barca y muchos hemos estado a punto de echarnos a reír. Los demás nos hemos limitado a murmurar que los alemanes son muy malas personas.

Otra ciudad violenta, apasionada, idealista, habría sufrido una convulsión, una sacudida, un estremecimiento. Habría hecho mítines, habría dado gritos, habría lanzado apóstrofes, habría cerrado el puño. Una vibración de cólera la habría agitado y le habría descompuesto la fisonomía.

Nuestra ciudad apática, indolente, musulmana y serenísima no puede hacer nada de esto. Está persuadida de que el corazón es una víscera inservible y ociosa. Y se agarra la cabeza para asegurarse de que piensa y de que se gobierna con el cerebro.

Como somos católicos, aunque transigimos resignadamente con la libertad de cultos, hemos debido leer muchas veces el libro de Job.

Algunas gentes se arrojan a las calles a gritar cual pregoneras en todas las esquinas:

–¡Aquí no hay sangre en las venas! ¡Aquí no hay carácter! ¡Aquí no hay espíritu!

Pero la ciudad indiferente y fría no las escucha y si las escucha les recomienda curanza para los nervios.

Todo nos hace mucha gracia. Todo. Vivimos en eutrapelia. Tenemos un chiste para cada cosa, para cada nombre y para cada situación. Un chiste para el señor Pardo. Otro chiste para el señor García y Lastres. Otro chiste para la dictadura fiscal. Otro chiste para la guerra europea. Otro chiste para el bloqueo submarino que apenas si nos amenaza con paralizar nuestro comercio.

Estamos muy contentos con que nos hayan hundido un buque y con que hayan ofendido nuestra bandera y hasta exclamamos:

–¡Un honor para el Perú! ¡El primer barco sudamericano que han hundido los submarinos alemanes ha sido un barco peruano! ¡Un honor inmenso! ¡Ya lo sabrá todo el mundo!

Nada nos saca de quicio.

Nada.

La ciudad vive siempre risueña y tranquila.

Sólo la conmueven de rato en rato los temblores.

Y de los temblores la defiende el Señor de los Milagros.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–II–1917)

VOCES

Escribe el doctor Urquieta...

Hay que pensar que sólo porque Arequipa está tan lejos de Lima, el doctor Urquieta no se ha fijado aún en que las ubicaciones son gobiernistas.

Sólo por eso.

Y es que los liberales de Lima le han gritado al doctor Urquieta, desde la Telefunken, que las ubicaciones son de los partidos civil y liberal y no son del Gobierno.

El doctor Urquieta, que tiene una buena fe muy grande, ha sentido que los liberales, sobre todo cuando le gritan desde la Telefunken, no pueden engañarlo, y ha transigido con las ubicaciones.

Un diario de Arequipa que no es liberal, le ha dicho lo contrario y le ha afirmado que las proclamaciones del comité bipartito han obedecido los deseos del señor Pardo.

Y el lírico, romántico y bizarro jefe de los liberales del Sur ha protestado, poniéndose una mano sobre el corazón:

–¡No es cierto! El encasillado no es cosa del Gobierno. Si lo fuera, yo no aceptaría el puesto que me han dado en él. El encasillado es cosa de los partidos civil y liberal. ¡Yo estoy seguro de esto!

Los periodistas arequipeños, que son muy socarrones, le han respondido con sorna:

–¡Ajá! Y si el encasillado no es cosa del Gobierno, ¿por qué no lo ubican a usted en Moquegua? ¿No es verdad que la mayoría de Moquegua no quiere a los señores Barrios? ¿Por qué se sojuzga a esa mayoría? ¿No está viendo usted en eso la mano del Gobierno, doctor Urquieta?

Ignoramos lo que habrá pensado entonces el doctor Urquieta. No lo dice el correo. No lo dice el telégrafo. No lo dice la cartomancia. No lo dice el corazón.

Pero sentimos que el doctor Urquieta habrá vuelto a dirigir los ojos a Lima y a la torre de la Telefunken, para preguntarles a sus amigos del

partido liberal si los periodistas arequipeños mienten.

Y que sus amigos del partido liberal le habrán gritado:

–¡Mienten!

Y que el doctor Urquieta habrá tornado a creer en sus amigos.

(En *El Tiempo*: Lima, 10–II–1917)

VOCES

Verano político

El eco del formidable conflicto yanqui–germano y el eco del hundimiento de la "Lorton" nos tienen tan ensordecidos que ya no se siente aquí a ratos las palpitaciones de la política.

Y la política, más aviesa que nunca, más sigilosa que nunca, más astuta que nunca, se esconde como una tortuga o como un caracol dentro de su caparazón, y se da a la intriga silente y redomada.

Nosotros, los pobres comentaristas de la política y de sus cosas, andamos desesperados. No nos conformamos con que la política quiere tener también sus vacaciones. No nos avenimos con que aproveche el bullicio de los graves sucesos universales para esconderse y escaparse. No transigimos con sus cautelas y con sus fugas.

Toda la ciudad se ha entregado a la glosa de los tremendos acontecimientos europeos y americanos y se ha olvidado casi de la política. Y se habría olvidado también de hablar mal del gobierno si el gobierno no tuviera en este momento una actuación que lo mantiene a la moda.

Las gentes no hablan sino de Alemania y de Estados Unidos, del A. B. C. y de España y exclaman:

–¡Ya el Perú está también en el conflicto!

Y saltan de contento:

–¡Qué gusto! ¡Qué gusto!

Y tornan a saltar:

–¡Ya le vamos a declarar la guerra a Alemania! ¡La conflagración ha llegado hasta aquí! ¡Vamos a movilizar nuestra escuadra! ¡Vamos a movilizar nuestro ejército!

Y dan volatines:

–¡Qué rico! ¡Qué rico!

No hay manera de llevar a las conversaciones la política. Fracasan nuestros máximos esfuerzos de periodistas. Estamos confundidos.

Abordamos a las gentes callejeras y las gentes callejeras nos dejan en las mismas.

–¿Y la política?

–¡Quién se ocupa ahora de la política!

–¿Y las elecciones?

–Las elecciones están muy lejanas.

–¿Y el señor Pardo?

–El señor Pardo está en su puesto.

–¿Y el señor Riva Agüero?

–El señor Riva Agüero está apostrofando a Alemania.

–¿Y el señor García y Lastres?

–El señor García y Lastres está en inteligencias con el señor Mac Adoo.

–¿Y no hay nada más?

–¡Nada! ¡Nada! ¡Sólo el conflicto yanqui–germano! ¡Sólo la guerra!

Y mientras tanto también en el país hay conflagracion y hay guerra y hay inquietud y hay desazón. Una partida de treinta y cinco hombres armados anda en malas aventuras en la provincia de Bongará y alarma al decano. Una sublevación de indígenas estalla en la provincia de Huancané. Una agitación tremenda conmueve la provincia de Cutervo.

La ciudad da grima.

Y asustada la política se va a veranear en los balnearios.

(En *El Tiempo*: Lima, 11–II–1917)

VOCES

El croquis cotidiano

Hemos ido a buscar a la política en sus escondites y no la hemos encontrado. Y hemos ido a buscarla a la corrida de toros, a La Punta, a Palacio y a otras muchas partes y tampoco la hemos encontrado.

La política anda esquiva y extraña. Aprovecha el bullicio de los sucesos mundiales para escabullirse y ocultarse. Difícil es asirla, mirarla y sentirla.

Esto inquieta a las gentes curiosas y perspicaces que se empeñan en seguir la política paso a paso y que se desesperan cuando la política se sustrae a sus miradas.

Y a nosotros nos inquieta también.

–¿Qué estarán haciendo los políticos?

El interlocutor bosteza:

–Los políticos están pensando en la guerra europea, en el bloqueo submarino y en la nota de la cancillería peruana a Alemania.

Tal pasa en realidad.

Las miradas del Perú convergen unánimemente en este instante hacia la persona del Ministro de Relaciones Exteriores. El señor Enrique de la Riva Agüero es una figura sensacional y eminente en la actualidad. Su nombre suena junto con los nombres de los grandes cancilleres de la hora presente.

El mundo entero lee en las columnas de la información cablegráfica:

–Lansing, Bethman Hollweg, Briand, Lloyd George, Jimeno, Riva Agüero, Murature, etc., etc., etc.

Y el señor García y Lastres siente una envidia muy grande por esto. Piensa que el Ministro de Hacienda debía ser el que formulase las reclamaciones internacionales. Mira con rivalidad al Ministro de Relaciones exteriores. Cree que es una injusticia que el Ministro de Hacienda no pueda llegar a la celebridad en un minuto como éste.

El país se pasa las horas mirando al señor Enrique de la Riva Agüero y

leyendo su nota a Alemania.

Tiene un orgullo inmenso de hallarse apostrofando a la misma nación cuyo poderío arredra al mundo y cuyos submarinos asuelan los mares, y se da cuenta de que está en el trance más emocionante de su vida.

Hay en las calles preguntas ingenuas que son así en las bocas de los chicos:

–¿Es cierto, papá, que le vamos a declarar la guerra a Alemania?

Como para estas preguntas no existe respuesta, insisten una y dos veces:

–¿Es cierto, papá?

Y entre tanto, nosotros que necesitamos cotidianamente a la política, debemos desesperarnos y lamentarnos.

Apenas si las elecciones próximas y los intereses que alrededor de ellas se agitan nos consuelan un poco.

Apenas.

(En *El Tiempo*: Lima, 12–II–1917)

VOCES

Estremecimiento

Todo se está poniendo tenebroso y trágico. Todo. No son únicamente los submarinos alemanes y sus asechanzas los que conmueven al mundo y no son únicamente los entredichos yanqui–germanos los que propagan grimas e inquietudes. También en el Perú se siente una onda fría y helada que parece el soplo de la intrusa en una obra de Maeterlink.

¡Prúuuuuuum!

¿Qué pasa?

La ciudad se agita y se estremece y se llena de angustia.

Y es que los indios de Huancané se han sublevado. Y es que ha habido muchos muertos y muchos heridos. Y es que se ha conjurado un peligro tremendo. Y es que los indios están muy ensombrecidos. Y es que debe andar por allí el general Rumimaqui con una tea incendiaria en la mano derecha.

La ciudad, ensordecida por el bullicio de los acontecimientos universales y monopolizada totalmente por la lectura del cable y por su contenido, siente entonces que también el país está conflagrado y se llena de voces malas.

–¡Una partida de treinta y cinco hombres armados anda por las serranía de Bongará!

–¡Un período de pendencias, crímenes y desórdenes ha comenzado en Cutervo!

–¡Ha pasado un piquete de gendarmes por esa carretera!

–¡Rondan las autoridades de policía y visitan los cuarteles!

–¡Velan las gendarmerías!

El miedo cunde en un escalofrío y las voces se paralizan hasta que después de un rato suena una interrogación muy ingenua:

–¿Todo esto es porque le vamos a declarar la guerra a Alemania?

La sonrisa torna entonces a los labios que vuelven a abstraerse en la lectura y en el comentario del cable. Y en la lectura y en el comentario de lo que el Perú le dice a Alemania y de lo que el Perú le dice a los Estados Unidos.

Los ánimos se encienden.

–¡La guerra! ¡El bloqueo submarino! ¡El Apocalipsis! ¡Alemania! ¡Von Tirpitz!

Y las viejas sencillas levantan las manos al cielo y claman:

–¡Misericordia, Señor! ¡Este es el fin del mundo!

Y el gobierno, que debía ser ecuánime, que debía ser ponderado, que debía ser sereno, parece que les quiere dar la razón a las pobres viejas sencillas que levantan las manos al cielo y dicen que este es el fin del mundo.

La ciudad se acongoja, se consterna y se aflige de repente con la noticia de que los comandantes de los sumergibles "Ferré" y "Palacios" han sido puestos presos e incomunicados en el fuerte de Santa Catalina.

Hay un pavor tremendo.

El fuerte de Santa Catalina tiene un nombre de resonancia dolorosa en el espíritu. Un nombre trágico. Un nombre que asusta. Un nombre que arredra. Un nombre que oprime el corazón como una pesadilla.

¡El fuerte de Santa Catalina!

Basta decirlo sonoro para que haya cierrapuertas enseguida en toda la ciudad.

Y el gobierno, que seguramente lo sabe, lo ha gritado sorpresivamente para secuestrar en ese cuartel a los comandantes Valdivieso y Monge.

Todas las gentes se interrogan:

–¿Por qué han tomado presos a los comandantes Valdivieso y Monge?

Y cuando se les responde:

–Por sus renuncias–, las gentes parece que no lo creyeran y se quedan mirando al Callao como si quisieran ver a la escuadra.

Y ocurre que la ciudad entera se dedica a atisbar a la escuadra. Se siente como que la ciudad pensara que la escuadra se fuese a mover de repente. Se siente como que la ciudad distinguiera a veces humo en sus chimeneas. Se siente como que la ciudad descubriera sorpresivamente lumbre en sus calderas. Se siente que se siente cosas vagas y perturbadoras.

Hasta nosotros llegan rumores indescifrables que nos hielan la sangre.

Y a nosotros nadie nos quita de la cabeza que de todo tienen la culpa los

malos nervios del señor Pardo que, seguramente, se pone a mirar el mar todas las noches, sin saber que el mar es en las noches muy inquietante, muy agorero y muy trágico.

(En *El Tiempo*: Lima, 13–II–1917)

VOCES

Todavía

Hasta ahora se está estremeciendo la ciudad como si pasase por ella una onda enfermiza y maligna. El temblor que comenzó con la prisión de los comandantes de los submarinos "Ferré" y "Palacios" está vibrando aún. Y va a ser necesario un milagro para que la ciudad recobre su paz y su tranquilidad.

Los rumores que recorren las calles son nerviosos y tremendos:

–¡Hay orden de inamovilidad para la escuadra!

–¡Anoche ha recorrido la bahía el Presidente de la República!

–¡Hay nuevos arrestos!

–¡Hay vigilancias!

–¡Hay espionajes!

–¡Ese que pasa por allí va a la Intendencia!

Todas las gentes repiten una interrogación maquinal:

–¿Y el comandante Valdivieso? ¿Y el comandante Monge?

Y los hombres del régimen responden broncamente como los centinelas:

–¡Presos e incomunicados!

Y agregan después de una pausa:

–¡Presos e incomunicados en el fuerte de Santa Catalina!

Mas, a pesar de todas las angustias y de todas las desazones, el comentario festivo encuentra siempre un intersticio para filtrarse en las almas y en las conversaciones:

–¿Verdaderamente hay orden de inamovilidad para la escuadra?

–Así se dice.

–¿Y es que va a ser muy eficaz?

–Así se piensa.

–¡Ríanse ustedes! ¡Suelten la carcajada con nosotros! ¡Si la escuadra no puede moverse! ¡Si no hace falta que la inmovilicen! ¡Si está inmovilizada espontáneamente!

Y se ríen las gentes maliciosamente olvidadas de que la orden de inamovilidad no podría ser para los buques sino para los marinos.

–Y entran luego en el comentario del reportaje que le han hecho al Sr. Ministro de Guerra para que nos desmienta, para que nos desautorice y para que nos confunda:

–¡Y ha hablado el Ministro de Guerra!

–¿Y cómo ha hablado?

–¡Lleno de majestad en la entonación!

–¿Y qué ha dicho?

–Ha dicho que frente al incidente del submarino tiene que ser muy enérgico.

–¿Muy enérgico?

–¡Muy enérgico!

–¿Cómo en el Napo?

–No ha dicho tanto.

Así se ha hecho el comentario del reportaje al señor Ministro de Guerra y Marina, que acaba de ponerse muy grave y muy cejijunto y que está amenazando a las gentes con su energía.

En tanto se hacen también otras reflexiones burlonas. Se dice que el gobierno odia a los submarinos alemanes en los submarinos peruanos. Se dice que quiere que se vayan a pique. Se dice que abomina igualmente a todos los submarinos del mundo. La guerra submarina es bárbara y reprobable.

Y no se abandona la glosa de las trascendentales actitudes del Perú ante Alemania y ante los Estados Unidos. Esto de que el Perú que es tan chico se encuentre en discusiones con dos naciones tan grandes, enorgullece los más íntimos sentimientos nacionales. Nos sentimos sorpresivamente dentro del gran concierto universal. Y únicamente nos preguntamos a ratos si no nos habrán puesto dentro de él de un puntapié.

Y entre los submarinos del Callo y los submarinos de Alemania se agota la energía del comentario ciudadano. La política desaparece a ratos de él a pesar de los clamores de Cotabambas. La política se escabulle y se esconde.

Pero hay sin embargo quienes piensan que todo esto de los submarinos, de las prisiones y de las zozobras en la escuadra, también se llama política y solamente política.

Y quienes lo piensan son gentes muy graves.

Y el Gobierno.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–II–1917)

VOCES

Consejo de guerra

Nos hemos oído juzgar y sentenciar en una sala del Ministerio de Guerra. Pero, aunque la opinión fiscal que nos ha acusado ha sido muy dura y aunque la pena que se nos ha señalado ha sido tremenda, no hemos temblado ni nos hemos estremecido.

Han formado nuestro consejo de guerra varios oficiales adictos al general Puente y se han reunido en una oficina del ministerio. En la misma oficina habían conversado otras veces sobre temas más transcendentales: la guerra europea, la ruptura yanqui–alemana, los toros, el calor y los ascensos. Inexplicablemente han preferido dedicar un momento a anatematizarnos y condenarnos.

Y nosotros lo hemos escuchado. Si no hemos sido nosotros mismos es como si lo hubiéramos sido que para algo tenemos en todas partes muchas voluntades amigas y muchos oídos parciales.

Este consejo de guerra ha sido severísimo, inexorable, majestuoso. No nos ha perdonado nada. No nos ha excusado nada. No nos ha concedido nada. Los hombres de este periódico hemos sido para él unos malintencionados peligrosos e intolerables.

Un oficial nos estigmatizó sin piedad. Otro oficial quiso que nos pusieran en el fuerte de Santa Catalina. Otro oficial aconsejó que nos metieran en los submarinos. Otro oficial dijo que se nos debía aplicar el código de justicia militar. Si hubiera estado presente el Ministro de Guerra habría resuelto que nos mandasen al Napo para que nos matase el beri–beri o para que nos matase cualquiera otra cosa.

Y se habló así:

–¡No hay conflicto en la escuadra! ¡No hay renuncias! ¡No hay prisiones! ¡No hay sino la gritería de "El Tiempo"!

Y se agregó entonces que el remedio estaba en el aplastamiento del director de "El Tiempo".

El consejo de guerra se puso trágico.

Era la voz del fiscal la que sonaba y la que solicitaba la pena de muerte para el director de "El Tiempo", sin contemplaciones, sin misericordias, sin indulgencias.

Y éramos en otra estancia nosotros o nuestros parciales.

El código de justicia militar, el fuerte de Santa Catalina, la pena de muerte o el Napo están, pues, a punto de caernos encima sorpresivamente. Un consejo de guerra se ha reunido espontáneamente en una oficina del general Puente para compartir sus enconos y sus desagrados. Y en vez de desautorizarnos en otro reportaje ha decidido acabar con nosotros.

Mas nosotros nos sonreímos.

Y no es porque seamos valientes. Es porque sabemos que este consejo de guerra, por ser tan chico y tan clandestino, no puede nada contra nosotros. Si se ratificara en la sentencia, apelaríamos al consejo de oficiales generales, y si el consejo de oficiales generales no nos hiciese caso, apelaríamos a la Corte Suprema.

Somos casi estoicos.

No le tenemos miedo a un sable. Parece que hubiéramos crecido bajo la espada de Damocles. No le tememos al código de justicia militar y aun aplicado por el señor Criado y Tejada.

Aunque somos muy medrosos, amamos el peligro.

Y este consejo de guerra no es siquiera un peligro.

(En *El Tiempo*: Lima, 15–II–1917)

VOCES

Lejos de la política

El vapor "Urubamba" nos trajo ayer al doctor Manzanilla. Esto basta para que el vapor "Urubamba" pase a la celebridad. Al espíritu nacionalista y proteccionista del doctor Manzanilla debe esta gracia la Compañía Peruana de Vapores.

Y el "Urubamba", para tranquilizamiento de nuestros nervios, ha llegado al Callao sin un tropiezo sanitario, sin un accidente marítimo y sin un encuentro con los submarinos alemanes tentados de presentarse en el Pacífico.

El doctor Manzanilla está igual. El viaje no le ha desmejorado ni le ha mejorado. Se diría que ha sido respetuoso y que no ha querido modificar al ilustre presidente de la Cámara de Diputados en ninguna modalidad física.

La ciudad lo ha rodeado de mimos. Lo ha abrazado y lo ha aplaudido. Y se ha llenado de regocijo y de placer. Si el "Urubamba" hubiera sido puesto en cuarentena, habría sobrevenido un mitin o una asonada.

Nosotros, como todo el mundo, hemos corrido también a darle nuestra bienvenida y nuestro abrazo.

Y hemos dialogado efusivamente con él.

–¿Muy interesante La Habana, doctor?

–Muy interesante y muy bella. ¡Sin reportaje y con reportaje, admirable!

–¿Y el congreso panamericano?

–Breve. Todos los acuerdos postergados.

–¿Y usted muy bueno?

–¡Buenísimo! ¡Como me ven ustedes!

–¿Y los cigarrillos?

–¡Espléndidos! Pero yo no fumo.

–¿Y los yanquis?

–¡Prácticos!

–¿Y la revolución?

–¡Posterior a mi partida! ¡Ya ustedes lo saben! ¡Yo estoy siempre lejos de las conflagraciones! ¡Gran suerte!

Una pausa.

Un periodista compañero nuestro ha hecho apuntes de reportaje y el doctor Manzanilla le ha hablado de la grandeza de La Habana y del confort del "Urubamba".

Y el diálogo nuestro se ha reanudado para que el doctor Manzanilla nos diga:

–¡Les he traído un libro de versos!

Unicamente al despedirnos nos hemos acordado de la política peruana.

–¡Ha estado usted lejos de la política peruana mes y medio!

Y el doctor Manzanilla se ha apresurado a decirnos:

–¡Y voy a seguir lejos de ella por algún tiempo! ¡Partiré muy pronto para Ica! ¡Ica es deliciosa!

–¡Y voy a seguir lejos de ella por algún tiempo! ¡Partiré muy pronto para Ica! ¡Ica es deliciosa!

–¿Y la política peruana?

–También.

–Aquí le han supuesto en conferencias con el doctor Isaac Alzamora.

–No me molesta. Pero yo no he ido siquiera a New York. En New York están ahora muy malas las calzadas. Se está reparando todo el pavimentode la ciudad. Además, New York está muy agitado por la guerra. ¡Y yo quiero estar siempre lejos de las conflagraciones!

Así nos hemos despedido.

En la esquina hemos tornado a acordarnos de la política para pensar que ya el doctor Ulloa no es presidente de la Cámara de Diputados.

Pero enseguida nos hemos dado cuenta de que va a tornar a serlo en cuanto el doctor Manzanilla parta para Huacachina, tan amable, tan plácida y tan alegre en estas horas en que la política veranea.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–II–1917)

VOCES

Trance amargo

El conflicto de la Armada sigue repercutiendo intensamente en la política. A ratos no lo siente el público por la honda emoción que una tragedia angustiante ha hecho pasar por la ciudad.

Pero la marea, agitada súbitamente por el incidente de los submarinos, continúa subiendo, subiendo y subiendo.

El Ministro de Guerra no cesa de defenderse con las dos manos de las acusaciones, cargos y apóstrofes que le caen encima. Y aunque ya no responde a nuevos reportajes, halla siempre égida que lo ampare y lo defienda.

Los círculos políticos están todavía mirando a la bahía para ver si logran atisbar lo que pasa en las bordas de los buques y lo que pasa dentro de los submarinos.

Súbitamente circula de repente una noticia:

–¡Hay una renuncia sensacional!

Y suenan mil preguntas:

–¿Es la renuncia del comandante Gálvez?

Y la noticia se ratifica:

–¡Más sensacional!

Y las preguntas crecen:

–¿Es la renuncia del comandante Buenaño?

Y la noticia sube de tono:

–¡Más sensacional!

Y las preguntas se hacen un coro formidable:

–¿Es la renuncia de éste? ¿Es la renuncia de aquél?

La noticia se entrega solita:

–¡Es la renuncia del Ministro de la Guerra y Marina!

Mas entonces la gente mueve la cabeza:

–¡No puede ser! ¡No puede ser!

Y la noticia se apaga para encenderse más tarde y para que las gentes tornen a mover la cabeza escépticamente:

–¡No puede ser! ¡No puede ser!

Y, sin embargo, abundan quienes nos dicen que sí puede ser.

Los ministros sienten que la marea sube y sube y comienzan a mirarle la cabeza al general Puente. Y a interrogarle con la mirada si le sería muy penoso abandonar el gobierno que comparte con ellos.

Y el Presidente de la República también siente que la marea sube y sube y también comienza a mirarle la cara al general Puente.

Sólo que no se anima todavía a preguntarle si le sería muy penoso, muy penoso, abandonar el gobierno.

Y es preciso que se anime.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–II–1917)

VOCES

Quincuagésima

Sin darnos cuenta, hemos llegado al carnaval. Lo mismo llegaremos a las elecciones. Lo mismo llegaremos a la Corte Suprema. Y lo mismo llegaremos a la apertura del Congreso. Sin darnos cuenta llegamos en el Perú a todas las cosas.

Así como el carnaval, nos aguardan otros acontecimientos.

Hasta el vencimiento del período presidencial del señor Pardo.

La ciudad amanece alborozada y contenta porque va a llegar muy pronto la hora de echarse baldes de agua, de meterse en la tina, de combatir a globazos, de pintarse la cara y de ponerse máscara y dominó.

El carnaval llega como el instante de más legítimo esparcimiento criollo.

Y llega trayendo a manos llenas los polvos, los chisguetes, los globos, las caretas, las narices, y las serpentinas.

El criollismo recalcitrante y obstinado proclama el señorío del agua de caño sobre todos los señoríos para refocilamiento de la metrópoli juguetona y tradicionalista.

Y la política que debía hoy salir a la calle con más regocijo que nunca, se queda escondida en su casa.

Hay quienes dicen que va a los bailes de máscaras, pero no están en lo cierto.

Y hay quienes dicen que se viste de ño Carnavalón, pero tampoco lo están.

Todo esto es para nosotros una lástima.

No concebimos a la política recogida, mística, oculta, invisible, esquiva, guardada. No la concebimos en la casa de ejercicios de los Descalzos. No la concebimos en retiro ni en escondite alguno.

Y no nos conformamos con que el carnaval nos prive de algún suceso político.

Un amigo nos pregunta:

–¿Ustedes quisieran que hoy renunciase el gabinete"

Y nosotros respondemos que no.

Otro amigo nos pregunta:

–¿Ustedes quisieran que hoy diesen un volatín las ubicaciones?

Y nosotros tornamos a responder que no.

Otro amigo nos pregunta:

–¿Ustedes quisieran que hoy le declarásemos la guerra a Alemania?

Y nosotros nos obstinamos a responder que no.

Pero no podemos decir que querríamos que el partido futurista se sacase todos los premios del concurso infantil de disfraces.

Y es porque nadie nos lo ha preguntado.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–II–1917)

VOCES

Sobrevivientes

No sabemos cómo es que llegamos vivos a esta madrugada. Pero nos basta con saber que llegamos vivos. Los tres días del carnaval han pasado sobre nosotros cual tres días apocalípticos. Y tenemos hasta ahora la impresión de que acabamos de salir de una revolución y de muchas balas.

Estamos todavía tan sobrecogidos que no podríamos decir si en el Perú la política es peor que el carnaval o el carnaval peor que la política. O si los dos son igualmente peores.

Los globazos, los baldazos, los gritos, los petardos Napoleón, las vejigas y los pitos nos tienen todavía tan ensordecidos como si hubiese ocurrido en nuestra calle una jornada cívica.

Y en este instante, en que nos dicen que se ha concluido el carnaval y en que aún nosotros no queremos creerlo porque sentimos que pasa por la calle una comparsa de mozos y mondarias tornados en pierrots y colombinas de guardarropía, nos palpamos y nos miramos en el espejo para persuadirnos de que estamos sanos y salvos y para convencernos de que somos sobrevivientes.

Hemos sentido en estos días la sensación de la ciudad conflagrada. Hemos creído que en las calles se libraban batallas. Y cuando hemos visto pasar al prefecto, al intendente, a los comisarios y a las patrullas nos hemos ratificado en la pesadilla de que la ciudad estaba en estado de sitio.

Muchas gentes malignas han querido ahondar nuestras zozobras y han venido a decirnos:

–¡Hay alarma! ¡No salgan ustedes a la calle!

Les hemos interrogado:

–¿Por qué no vamos a salir a la calle? ¡Aquí, encerrados, nos vamos a poner hipocondríacos!

Y nos han respondido entonces con acento más inquietante aún:

–¡Salgan entonces armados!

Y tanto nos han turbado que no hemos podido siquiera ir al concurso de disfraces infantiles para ver y admirar a los futuristas.

Nos hemos tenido que contentar con interrogarles a los transeúntes:

–¿Ya han pasado los chicos al concurso de "La Prensa"?

Y con interrogarles luego:

–¿Y no han visto ustedes pasar a los futuristas?

Uno nos han respondido que no y otros nos han respondido que sí habían visto pasar a los futuristas y que todos estaban disfrazados de pajes menos uno que estaba disfrazado de príncipe.

La política ha salido también a la calle en estos días.

Y ha salido festiva y humorística.

Ha volado su comentario de esquina en esquina y hasta nosotros ha llegado así:

–¡Ha habido una gran broma de carnaval! ¡Una gran broma! ¡La renuncia del general Puente!

–¿No pudo ser mejor una broma de inocentes?

–¡No; tenía que ser una broma de carnaval!

Y el comentario ha estado en lo cierto.

Nosotros lo sentimos profundamente en esta hora que no sabemos cómo nos encuentra todavía buenos y salvos y que es la primera hora del día ecléctico y extraño en que empieza la santa cuaresma y entierran a Ño Carnavalón.

(En *El Tiempo*: Lima, 21–II–1917)

VOCES

Sueños pesados

Todavía estamos sintiendo que el carnaval ha sido trágico para nosotros.

Las gentes parecen obstinadas en hacérnoslo comprender así en sus voces, en sus murmuraciones, en sus presagios y en sus chismes.

Y nosotros que, a consecuencia del agua de "caño" vertida en el carnaval estamos sufriendo un constipado muy desagradable, a consecuencia de las grimas ajenas estamos a punto de volvernos neurasténicos.

Pero las mismas gentes no son culpables de sus desazones, porque el culpable de todas las inquietudes es el propio gobierno. El propio gobierno que está más nervioso que nunca, más agitado que nunca, más intranquilo que nunca.

Mientras todo Lima jugaba o padecía en obsequio al carnaval, mientras hacía su paseo por las calles metropolitanas el Dios Momo criollo que bailaba con la música del "son de los diablos", mientras metían a la tina con malicias y alevosías a las chicas bonitas, mientras reventaban los globazos y mientras subían y bajaban las sorpresivas y traicioneras "talegas" de harina, mientras el criollismo imponía una democracia gritona y regocijada, el gobierno desarmaba las máquinas de las naves de la escuadra y tomaba sigilosas precauciones contra una rebelión inminente.

Y aquí mismo en Lima se extremaba la vigilancia sin que la ciudad lo sintiera por el bullicio y la locura del carnaval.

Nadie sale de la sorpresa aún:

–¿Es verdad que hemos estado jugando carnavales sobre un volcán en erupción?

–¡Verdad!

–¿Y no hemos sabido sentirlo?

–¡No hemos sabido!

–¿Iba a sublevarse la escuadra?

–¡Así se dice!

Y la ciudad tiembla de miedo como si acabara de salir de un peligro muy grande y como si pensara que el peligro no ha terminado hasta ahora.

(En *El Tiempo*: Lima, 22–II–1917)

VOCES

El ariete

Todavía es un paladín muy valiente y muy grande el doctor Mariano Lino Urquieta, jefe del partido liberal del Sur.

Ha renunciado a la diputación por Moquegua y ha aceptado la senaduría por Arequipa.

Y se ha armonizado su voluntad con la voluntad del comité bipartito de las ubicaciones, que es también la voluntad del del señor Pardo.

Pero todavía es un paladín muy valiente y muy grande del ideal de la libertad, del derecho, de la democracia y de la justicia.

Hace pocos días pensó el doctor Urquieta que no podía abandonar a sus paisanos de Moquegua en la lucha contra el feudalismo de los señores Barrios y que entre la diputación esquiva de Moquegua y la senaduría amable de Arequipa su deber lo encadenaba a la primera.

Y el doctor Urquieta nos habló por teléfono lleno de majestad, de heroísmo, de bizarría y de grandeza en la entonación.

Nosotros, que somos muy rendidos admiradores del doctor Urquieta, tuvimos que gritar:

–¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

Y los liberales de Lima se prendieron del telégrafo para hablarle al doctor Urquieta y para decirle lo contrario.

Más tarde nos miraron, sonrientes y satisfechos.

Ahora se sabe que el doctor Urquieta no continúa creyendo indispensable seguir al lado de sus paisanos de Moquegua y que encuentra en cambio preciso ponerse a la cabeza de sus amigos de Arequipa.

Y no es que el doctor Urquieta haya transigido con las ubicaciones. Ni es que el Dr. Urquieta desee complacer al gobierno. Ni es que el doctor Urquieta se adapte a los quereres de su partido. No es que el doctor Urquieta se arrepienta de su actitud viril y valiente y se arredre ante la inminencia de una lucha encarnizada y terrible contra los señores Barrios,

que son tan patriarcales, tan gloriosos y tan fuertes en su provincia, contra los amigos de los señores Barrios que son casi todos los hombres de Moquegua y contra las autoridades y los agentes del gobierno del señor Pardo.

Es sólo que Arequipa conservadora aspira a la misma senaduría que las ubicaciones le han asignado al doctor Urquieta y que el doctor Urquieta tiene la obligación santa y doctrinaria de impedirlo a la cabeza de Arequipa liberal.

El paladín ateo, el paladín anticlerical, el paladín de "El Ariete" siente la necesidad de tornar a ser caudillo de ideas y multitudes y empuña la bandera que le ofrecen sus amigos de Lima.

Todos sus amigos de Lima le han gritado:

–¡Urquieta! ¡Urquieta! ¡Allí están nuestros tradicionales adversarios, los conservadores! ¡Allí están para quitarnos la diputación y la senaduría de Arequipa! ¡Sin usted estamos perdidos! ¡Urquieta! ¡Urquieta!

Y el doctor Urquieta tiene que escuchar la voz de los principios amenazados por el conservadorismo y por el clericalismo y tiene que creerles a sus amigos de Lima con toda la diáfana buena fe de su alma impoluta.

Acepta por eso la senaduría de Arequipa.

Y renuncia por eso a la diputación de Moquegua.

Pero no es que obedezca a las ubicaciones.

Obedece a los principios magnos, a los principios intangibles, a los principios sacros.

Así es como nos gustan a nosotros los hombres.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–II–1917)

VOCES

Día grande

Hoy dice así el calendario:

"..... 24, Sábado. Santos Letardo, Julián y Primitivo.– Luna nueva....."

Y el almanaque de Bailly Bailliere cuenta que hoy es el aniversario de la batalla de Pavía de recuerdo memorable en la historia de Francisco I, y cuenta también que los nacidos en este día están bajo el signo de Piscis y que "este signo procura honores y bienes por los propios esfuerzos, pero da en cambio un espíritu inquieto y descontentadizo de todo y de todos, con marcada tendencia a la terquedad y al despotismo".

Nosotros no discutimos nunca la sabiduría del calendario y de las predicciones astrológicas.

Habríamos querido hacer un vasto estudio de este día y de todas sus efemérides, porque seguramente este día tiene una trascendencia enorme en la humanidad, pero no sabemos hacerlo.

Es muy poco lo que los hombres han escrito sobre el 24 de febrero, sin duda alguna por una imprevisión muy grande.

Y a esta hora de la madrugada en que nos dicen que hoy es el cumpleaños del señor Pardo, Presidente de la República, a pesar de que no hay nochebuena, apenas si nos acordamos que estamos en la santa cuaresma y de que ayer hubo sermón de feria.

Si fuésemos más atrevidos nos iríamos a pie a La Punta y le daríamos un albazo al señor Pardo, aunque un albazo tuviese en estos momentos la virtud de parecerle un suceso alarmante y una catástrofe lamentable.

Mas no somos atrevidos.

Unicamente somos unos hombres amables y sencillos, un poco pueriles, otro poco escépticos y otro poco burlones, que también sabemos escuchar los requerimientos de la cortesía, de la reverencia y de la buena educación.

Hoy habríamos ido a saludar al señor Pardo, sin tener en consideración que el señor Pardo no nos conoce, pero una advertencia suya nos lo impide y se lo impide también a todos los hombres de la ciudad: el señor Pardo no quiere recibir hoy visitas y quiere sólo que lo feliciten por tarjetas.

El señor Pardo no quiere genuflexiones, no quiere besamanos, no quiere venias: le basta con los nombres.

Esta noche hará la cuenta:

–¡A ver! ¿Quiénes se han acordado de mí?

Y luego:

–Uno. dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Etc., etc., etc. ¡Todo el Perú! ¡Todo el mundo!

Y el señor Pardo tendrá razón.

Verdad que existen gentes malignas que andan alrededor de nosotros gritándonos:

–¡Pardo sabía que lo iba a visitar poca gente! Comprendía que algunos hombres ilustres tenían pocas ganas de saludarlo.

¿Quiénes iban a acercarse a él cordialmente? ¿El general Cáceres, presidente del partido constitucional? ¿El doctor Osores? ¡Ninguno de ellos! ¡Y el doctor Durand está en la Argentina! ¡Y el doctor Urquieta está en Arequipa! ¡Y el señor Bentín está también en la Argentina! ¡Y la mayoría está resentida en el alma con sus palabras y con sus actos! ¡Y la minoría es muy seca y muy arrogante!

El comentario de estas gentes se va haciendo cada hora más pesimista, más acerbo, más duro, más malo.

Y nosotros, melancólica y filosóficamente, nos ponemos a pensar en que el cumpleaños no es una fecha alegre sino una fecha triste sobre todo cuando es el cumpleaños de un hombre buen mozo envejecido que se mira consternado en el espejo y que se alisa los bigotes blancos.

Candidatura de estación

La candidatura boyante del señor Torres Balcázar quiere ser no sólo una candidatura popular sino también una candidatura de estación.

Y así como los trajes blancos, así como las sombrillas, así como los helados, así como los "ice cream soda", , así como los ventiladores y así como las uvas, se ha hecho la candidatura del señor Torres Balcázar una cosa de estación.

Es una candidatura que se va a buscar el flirt en las playas, en las olas,

en los muelles y en los tranvías interurbanos.

Y acabará por anunciarse en las calles con la voz de las cornetas de D'Onofrio.

Los más progresistas, oportunos, inteligentes, eficaces y sincrónicos métodos de propaganda y de "reclame" han sido puestos al servicio de esta candidatura que además de ser de la oposición es una candidatura modernista.

Uno de sus más recientes éxitos ha sido maravilloso, contundente y estupendo. Y ha sido alcanzado no en Lima sino en La Punta que es la villa del señor Pardo y la villa del señor Secada. Y ha sido alcanzado en medio de una multitud máxima, democrática, representativa y todopoderosa. Y ha sido alcanzado en el día en que enterraban a Ño Carnavalón y en que comenzaba la cuaresma recordándonos con la santa ceniza que somos polvo, polvo y nada más que polvo. Y ha sido alcanzado delante del señor Pardo y delante de la escuadra iluminada como una fachada oficial en la nochebuena de un 28 de julio.

Y no ha sido un éxito de carnaval como la broma de la renuncia del general Puente.

Ha sido un éxito completamente serio que no ha podido en ningún instante ser malogrado por un baldazo de agua o por un talegazo de harina.

Y ha sido así:

Cuando reían, bailaban y se regocijaban diez mil personas en La Punta, la candidatura del señor Torres Balcázar las regaló a todas con un abanico. Diez mil abanicos propalaron el nombre del señor Torres Balcazar en medio de la fiesta. Diez mil abanicos recomendaron a todas las gentes, damas y varones, grandes y chicos, que votaran por el señor Torres Balcázar. Diez mil abanicos hicieron más admirado y celebrado en ese instante al señor Torres Balcázar que a Ño Carnavalón. Diez mil abanicos anunciaron una candidatura invencible, fuerte, robusta y pluscuamperfecta.

También a las manos excelsas y esclarecidas del señor Pardo llegó uno de estos abanicos. Y como hacía calor, el señor Pardo con él se hizo brisa. Pero le quitó la etiqueta que recomendaba el voto a favor del señor Torres Balcázar. El abanico seguía muy eficaz y muy oportuno sin ella y con ella.

Y, como en las manos excelsas y esclarecidas del señor Pardo, estuvo en las manos de las mujeres bonitas a las cuales llegó a punto en que el calor las hostigaba.

La Punta entera tuvo un voto de gracias y de amor al señor Torres

Balcázar.

Y sólo hubo una hostilidad para sus abanicos: la del señor Alberto Secada, diputado por el Callao, nervioso, inquieto, porfiado, tribuno e intemperante hasta en la fiesta de Ño Carnavalón.

El señor Secada decía que el señor Torres Balcázar era únicamente candidato a la diputación por Lima.

Y que La Punta le pertenecía al Callao, exclusivamente al Callao, totalmente al Callao, inevitablemente al Callao, así la eligiesen los candidatos de moda y el señor Pardo como estación de baños.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–II–1917)

VOCES

El cumpleaños

El día de ayer fue un día incomprensiblemente vulgar a pesar de ser el del cumpleaños del señor Pardo.

Sol, calor, trajín, trabajo, coches, automóviles, teatro, cinemas, risas, sandeces, como todos los días.

Y el señor Pardo sintiendo que tiene un año más, que ya no es joven y que ya no le salen bien las fotografías.

Sobre el escritorio del señor Pardo se amontonaron las tarjetas. Tarjetas de todas clases. Tarjetas litografiadas. Tarjetas impresas. Tarjetas grandes. Tarjetas chicas. Tarjetas blancas. Tarjetas de luto. Y todos los nombres de la administración pública, del poder judicial, del ejército y de los ministros extranjeros.

Entreverándolas displicentemente, pensaba el señor Pardo en que representaban otras tantas genuflexiones.

Y las ordenaba minuciosamente y las ponía en fila como ponen los niños a los soldaditos.

Primero, los ministros de estado.

Luego, el cuerpo diplomático.

Y el cuerpo consular.

Y el poder judicial.

Y los representantes a Congreso.

Y los jefes y oficiales del Ejército.

Y los jefes y oficiales de la Armada.

Aquí se detenía el señor Pardo.

–¿Dónde están las tarjetas de la Armada?

Y le alcanzaban sólo cuatro o cinco y la primera la del señor Buenaño.

Barajando y leyendo las tarjetas, se pasó el señor Pardo las horas.

Fueron siempre a abrazarlo y a mimarle sus íntimos y sus parientes y el señor Pardo sintió una molestia muy intensa en la tarde.

–¡Feliz cumpleaños!

Pensaría como nosotros que la fecha del cumpleaños es una fecha muy triste, especialmente cuando se lleva a la juventud.

La ciudad igualmente lo sentiría así.

Anhelantemente interrogaba a todos la curiosidad callejera, entre un coktail, una murmuración,un requiebro, un chiste y una risa:

–¿Cuántos años cumple el señor Pardo?

Y unos respondían:

–¡Cincuenta y cuatro!

Y otros:

–¡Cincuenta y cinco!

Y otros más piadosos:

–¡No tanto! ¡No tanto! ¡Cincuenta y cuatro no más!

Y nosotros, que somos siempre muy curiosos, muy corteses y muy discretos, nos indignábamos de que hubiese en el comentario de la ciudad tanta impertinencia y tanta mala educación.

(En *El Tiempo*: Lima, 25–II–1917)

VOCES

La intrusa

Todo se va poniendo trágico en el Perú.

La política, las elecciones, la vida.

Todo.

Ya no es sólo que los submarinos alemanes nos amenacen con la invasión de estos tranquilos y orgullosos mares nuestros.

Ya no es sólo que Alemania y los Estados Unidos estén en un conflicto que quiere envolvernos también a nosotros.

Ya no es sólo que nuestro canciller se sienta a un milímetro de la declaratoria de guerra a ese país tan agresivo y tan déspota de Alemania.

Ya no es sólo que nuestra escuadra se mueva a media noche y que los hombres cautos, vigilantes y previsores del Ministerio de Guerra y Marina la agarroten en la madrugada.

Ya no es sólo que se ronde las calles, que se vigile a las gentes, que se recorra los cuarteles y que se atisbe detras de las rendijas.

Ya no es sólo que se anuncie sonoramente a la ciudad que se ha descubierto un plan de rebeldía.

Ocurren cosas más graves, más inquietantes, más temibles.

Mueren los candidatos en la lucha electoral que no ha sido nunca una lucha cruenta.

Y cuando no se mueren, los matan.

Unas veces un candidato puede llamarse el señor Merino Reyna y otras veces puede llamarse el señor Bazán.

Tiros, tiros, tiros.

Y un candidato y un partidario suyo caen muertos al suelo.

Y, como no ha llegado todavía la reunión de las asambleas, siguen los tiros.

Hay en el Cuzco un candidato, el señor Rafael Grau, que mira su provincia como quien mira una caverna insondable. Y, naturalmente, se

queda en el cráter.

Así hay muchas otras provincias, tantas como luchas intensas, y pasan corriendo por las serranías partidas de hombres armados que parecen montoneros.

Los mismos candidatos, frente a los que han muerto, se asustan, se consternan y se preguntan si será posible que una democrática acción del sufragio resulte una acción cruenta.

El país se va poniendo todo trágico.

Y las gentes claman alarmadas:

–¡Señor, misericordia!

Como si hubiese empezado un temblor sordo e inquietante.

Pero hay entre todos estos semblantes turbados varios semblantes tranquilos.

Son los semblantes del hombre del gobierno que cree aún que éste es, efectivamente, como lo soñó el país, sinceramente o no, un régimen de conciliación, de paz, de ternura, de convalecencia, de amor, de bienaventuranza, de fraternidad, de olvido y de perdón.

Y nosotros, que somos muy sugestionables, nos obstinamos también en poner una cara muy risueña a pesar de que nuestros dientes están castañeteando y nuestros nervios están con calofrío.

(En *El Tiempo*: Lima, 26–II–1917)

VOCES

Malandanzas

Hay en estas horas un hombre heroico que hace marchas forzadas para la capital de la provincia de Cotabambas, a pesar de que no lo es Chuquibambilla y a pesar de que sigue siéndolo Tambobamba.

La provincia lo aguarda con los brazos abiertos, pero las autoridades y los hombres revoltosos de la provincia la tienen conflagrada, agitada, conmovida y trágica como si pasara por ella una montonera.

Y este hombre heroico que es el señor Rafael Grau –nombre y apellido de prócer, gesto de luchador, apostura de triunfo, voz de paladín–, va lleno de bríos y ardores a presidir la lucha democrática de Cotabambas, que es una provincia muy guapa.

Hasta aquí nos parece que le escucháramos arengando a las gentes del camino:

–¡Salud y Patria!

Y después pensamos que el doctor Grau debe haber puesto en quechua esta salutación y que en quechua debe sonar también muy gallardamente.

Tanto como nosotros, todas las gentes metropolitanas siguen con larga vista las aventuras del doctor Grau a través de las sierras.

La ciudad lo quiere y lo recuerda mucho y se espanta ante la posibilidad de que se lastime en el camino, de que se caiga del caballo, de que le resfríen las lluvias y los vientos o de que le pase cualquiera otra cosa mala.

Si el doctor Grau no se hubiera ido a Cotabambas sino a otra provincia más cercana, la ciudad entera habría podido tal vez acompañarlo y habría librado al Dr. Grau de todo mal y de todo peligro.

Pero Cotabambas está muy lejos, tan lejos que el mismo señor Grau no llega a ella todavía, a pesar de que hace ya mucho tiempo que está caminando, caminando y caminando.

Ayer vino un nuevo mensaje del señor Grau contra los atropellos de las autoridades de Cotabambas y visitó el señor Miguel Grau al presidente de

la república para decirle que Cotabambas está revuelta y subvertida.

Y todos los votos volaron a Cotabambas llevándole al señor Grau su propia salutación familiar:

–¡Salud y Patria!

Mas no partió entre estos votos el del general Puente y toda la ciudad puso sus ojos en el Ministro de Guerra. Y le halló marchito, desorientado, confuso. Y pensó en que también para el Ministro de la Guerra habían comenzado los malos días desde que se fue de Lima el señor Grau.

Estuvo en lo cierto el sentimiento ciudadano.

Desde que se fue el señor Grau, ha comenzado una etapa muy dolorosa para el general Puente.

Y acaso están en lo justo las gentes supersticiosas que dicen seriamente que las quejas y los lamentos del señor Grau, gritados en medio del páramo frío y triste, están cayendo uno tras otro sobre los entorchados de oro del general Puente.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–II–1917)

VOCES

Es la cuaresma

Todos estos días son de la cuaresma. No nos pertenecen. No le pertenecen a nadie. Somos los cristianos los que nos pertenecemos a ellos. Y aquí estamos asombrados. La cuaresma de los peruanos no parece ya una cuaresma. Hay tiros. Hay asechanzas. Hay asesinatos. Hay prisiones. Hay destierros. Y hay luchas cruentas.

Han comenzado a sonar las palabras adoctrinantes de los misioneros en los sermones de feria. Y han comenzado los ayunos, las abstinencias de carne, los exámenes de conciencia, las oraciones y las disciplinas. Pero las cosas siguen trágicas y los hombres impenitentes.

Y no es que los hombres sean malos. Es que las elecciones los tientan y los tornan rencorosos, brutales, duros, encarnizados. Los candidatos amigos del gobierno hacen que las autoridades fustiguen y aterroricen. Y los candidatos adversarios del gobierno ponen el grito en el cielo y se resuelven a todo.

Nosotros quisiéramos que la política se recogiera, se compungiera y se confesara en homenaje a la cuaresma. Quisiéramos que escuchara los sermones de feria. Quisiéramos que estuviera todos los viernes a pan y agua.

Mas la política es muy distinta. La política, a pesar de que es tan criolla, es también un poco pagana. No debiera serlo en el Perú donde todo se hace después de signarse con la señal de la cruz en la frente, en la boca y en el pecho.

Y nosotros nos desesperamos pero tenemos que seguirnos tuteando con la política, siguiendo a la política, buscando a la política, hablando de la política y complaciendo a la política.

Y salimos a las calles.

Repentinamente tenemos un encuentro que nos llena de júbilo el alma. Un amigo nuestro avanza hacia nosotros con los brazos abiertos y pródigo

en ademanes. Y es el señor Balbuena que reaparece bueno y sano.

Nos estrechamos.

Y exclama él:

–¡Ilustres periodistas!

Y exclamamos nosotros

–¡Ilustre candidato!

Y conversamos mucho.

Hablando y hablando sentimos nosotros un gran alivio. El doctor Balbuena siente con nosotros. El doctor Balbuena piensa con nosotros. El doctor Balbuena quiere la paz y el amor. El doctor Balbuena se espanta al ver que el país y el mundo se ponen tan trágicos y al ver que los peruanos se olvidan del Evangelio.

Nuestro coloquio tiene la máxima armonía. Y es que el doctor Balbuena y nosotros pensamos que se debe obedecer al Evangelio siempre y sobre todo cuando manda: "No matarás". Y es que el doctor Balbuena y nosotros quisiéramos que todos nos sintiéramos hermanos. Y es que el doctor Balbuena y nosotros le tenemos miedo a la barbarie.

Cuando nos despedimos de él, sin habernos encontrado con la política ni con el señor Pardo, ni con un mensajero del telégrafo, nos hallamos un poco tranquilos.

Y pensamos, con plácida ilusión, que todos estos días son de cuaresma.

(En *El Tiempo*: Lima, 28–II–1917)

VOCES

La cara al pasado

A veces parece que todos no mirásemos sino a las asambleas de mayores contribuyentes y que todos no pensásemos sino en el domingo 4 de marzo.

Y no es así:

Todos tenemos vuelta la cara al pasado. Nos sentimos arrullados por la música incaica y nos entregamos enamoradamente al culto de nuestro pasado. Apenas si hace falta en el escenario de nuestra vida actual el mayor Teodomiro Gutiérrez.

Pasa por las calles, majestuoso como un inca, el señor Daniel Alomía Robles y, tan orgullosos estamos de nuestro pasado histórico, que se nos ocurre hacerlo sucesor del señor Pardo en la presidencia de la república.

Y así vivimos completamente embelesados con nuestro pasado– que es para todos nosotros un egregio pasado de huacos y huacas, de momias y fortalezas, de quipos y amuletos.

Uno de estos días nos vamos a trasladar al museo, para tumbarnos a soñar en su sección arqueológica, con el señor Tello a la cabeza y con los retratos al óleo de los incas en los testeros.

El ideal de este momento puede ser para un ciudadano de Lima la audición permanente de un huaynito o de un solo de quena.

Y todo es porque repentinamente nos hemos puesto muy sentimentales y nos hemos dado a amar con toda el alma nuestro pasado que es tan heroico, que es tan maravilloso, que es tan grande, que es tan noble y que es tan admirable.

Ollanta es ahora el hombre de todas nuestras admiraciones y se diría que toda la ciudad se ha tornado una enorme asociación pro indígena.

¡Nuestra raza! ¡Nuestra tradición! ¡Nuestra mitología! ¡Nuestro pasado! ¡Nuestro ayer! ¡Nuestra historia!

Todo nuestro y muy nuestro.

Así sentimos y pensamos.

Y, puesto que hemos tenido un pasado muy hermoso, qué nos importa que tengamos un presente muy feo.

Repentinamente nos hemos acordado de ese pasado, de esa historia, de esa raza, de esa tradición, de esa mitología, de ese ayer y de todas esas cosas y nos hemos acordado de que en las faldas y en las cumbres de la cordillera de los Andes y detrás de ella existen muchos hombres que son nuestros padres y nuestros hermanos.

Nos hemos puesto todos tan contentos como si al fin y al cabo nos hubiéramos encontrado con una nacionalidad que fuese la nuestra.

Y, como el ideal triunfante en esta hora es el ideal nacionalista, nos ponemos a proclamar la grandeza de esa nacionalidad que está en la música incaica, en los huacos y en la ópera "Ollantay".

Todo muy oportuno y muy bueno.

Abolutamente todo.

Y apenas si la interrumpe el comentario risueño que dice que esta resurrección de las cosas incaicas es puro réclame electoral del señor Tello y que, antes que obra de arqueólogo, es obra de candidato.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º –III–1917)

JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO, fundador del llamado "partido futurista".

JAVIER PRADO UGARTECHE, que fuera elegido maestro de la juventud.

VOCES

Adjetivos

Para todas las candidaturas hay en las calles una definición risueña o ceñuda, benévola o malévola, amable o agresiva, dulce o agria, que se prodiga en adjetivos de todas clases.

Trashumantes, volanderos, ágiles y tornadizos corren los adjetivos por las calles metropolitanas, llevados de la mala intención y del aleve propósito unos y como mensajeros de la amorosa amistad y de la generosa simpatía otros.

Nosotros nos hemos dado a la empresa de asirlos, enamorados de unos porque son graves, enamorados de otros porque son agudos y enamorados de los demás porque son esdrújulos.

Y aquí los hacemos nuestros sólo porque son graves, agudos o esdrújulos, en las definiciones que el concepto callejero forja para las candidaturas del día.

Hablan las gentes de las calles:

–¡A ver! ¡A ver! ¡Una frase calificativa para la candidatura del doctor Víctor Andrés Belaúnde a la diputación por Arequipa!

–¿Una frase sola? ¡Imposible! ¡La candidatura del doctor Víctor Andrés Belaúnde necesita un discurso completo!

Y vienen luego las definiciones, todas obra de la colaboración y de la solidaridad:

–La candidatura del señor Torres Balcázar es roja, persuasiva, sonora, obesa y marcial.

–Tiene del toque de atambor y del son de zafarrancho. Y tiene de la candidatura yanqui y de la candidatura criolla: carteles y cerveza Pilsen, conferencias al aire libre y pisco, cinematógrafo y marinera.

–La candidatura del señor Balbuena es risueña, alborozada, optimista y amistosa. Tiene la vivacidad de la ardilla, la jovialidad del jilguero púber y la oportunidad del helado de carretita.

–La candidatura del señor Miró Quesada es elegante, universitaria, civilista, civilista y circunspecta. Tiene la autoridad de la alcaldía, el atildamiento del frac nuevo y la corrección del pavimento de asfalto comprimido.

–La candidatura del señor Mariano H. Cornejo es suntuosa, grandilocuente, apostólica y máxima. Tiene la grandeza de la candidatura nacional, la solemnidad del discurso de orden y la geometría simbólica del anaquel de cedro.

–La candidatura del señor Urquieta es bipartita, herética, sectaria y burocrática. Tiene la espumante y desbordante espontaneidad de la chicha y de otras fermentaciones criollas.

–La candidatura del señor Manuel Camilo Barrios es patriarcal, pontificia, grave y típica. Tiene el sobrio tributo del derecho divino y participa de los conceptos metafísicos del emperador de Alemania.

–La candidatura del señor Tello es arqueológica, abstracta, idealista y simbólica. Tiene el prestigio de la tradición, del huaco y del Ccoricancha. Se encuentra comprendida entre las cosas que piensa archivar el señor Corbacho, singularmente por su valor teosófico.

–La candidatura del señor Manuel Vicente Villarán es científica, única, majestuosa y catedrática. Tiene la trascendencia, del bufete concurrido, del cristal diáfano y del escritorio de caoba.

–La candidatura del señor Víctor Andrés Belaúnde es cristiana, mística, nacionalista y retórica. Tiene el idealismo del ejército de salvación y de la paz universal.

Y así puedo terminar la primera parte de una serie de las definiciones callejeras.

(En *El Tiempo*: Lima, 2–III–1917)

VOCES

Sin novedad

No ocurre nada.

Se diría que súbitamente se han acabado para el país los acontecimientos, que más, mucho más que al país, le hacen falta a los periodistas.

Ya han pasado los carnavales. Ya ha pasado el escandalo de la escuadra. Ya ha pasado el descubrimiento de una sublevación espeluznante. Ya ha pasado la renuncia mendaz del general Puente. Ya ha pasado el cumpleaños del señor Pardo. Ya ha pasado el principio de la cuaresma. Ya ha pasado la resurrección del teatro incaico. Ya ha pasado todo lo que podía pasar en el Perú.

Tenemos a ratos una obsesión. La obsesión de que se ha parado el calendario y de que ya no va a ocurrir cosa alguna. Y nos ponemos locos y desesperados porque somos periodistas.

Pero hay un ánima generosa que nos calma y que nos dice:

–¡Todavía faltan muchos acontecimientos! ¡Falta la reunión de las asambleas de mayores contribuyentes! ¡Faltan las elecciones! ¡Faltan los fallos de la Corte Suprema! ¡Faltan bastante cosas! Y luego falta todo lo imprevisto que siempre es muy grande.

Y esto nos exonera un poco de obsesiones y malestares y nos restituye a la seguridad de que el tiempo sigue corriendo.

Porque la obsesión más espantosa que podría abrumarnos sería la de que el tiempo va a detenerse sorpresivamente para nosotros, sólo para que nos quedemos indefinidamente con la cuaresma, con las desazones electorales, con las inquietudes de la escuadra, con el gobierno del señor Pardo y con las vacaciones de los estudiantes.

Reportados y tranquilizados, tenemos que sentirnos en espera de lo por venir. Y como es muy aburrido esperar en un sitio y con los brazos cruzados, esperamos hechos unos vagabundos.

Aquí nos aguarda un helado. Allá nos aguarda una mentira. Acullá nos

aguarda un chiste. Mas en ninguna parte nos aguarda una sorpresa. Apenas si nos encontramos con el señor Torres Balcázar que se mueve y se abanica con majestad y con aureola de candidato popular.

Y para hacernos sentir más todavía que lo emocionante ha pasado, surgen en una esquina el comandante Valdivieso y el comandante Monge.

Las gentes los escrutan y los palpan para asegurarse de que son los mismos y de que el general Puente no los ha cambiado ni los ha transustanciado en el fuerte de Santa Catalina.

Y se preguntan a pesar de que saben muy bien que son ellos:

–¿Esos que están allí son el comandante Valdivieso y el comandante Monge?

Y se preguntan más tarde:

–¿Y de dónde vienen ahora?

Un transeúnte contesta:

–Vienen del Ministerio de Guerra.

Ellos dejan la esquina.

Y nosotros nos quedamos parados.

El señor Manzanilla pasa en victoria y nos hace un saludo muy amable y muy risueño. El señor Pardo pasa en automóvil y no nos mira. El señor Balbuena pasa a pie y se detiene para abrazarnos.

Mas nosotros seguimos sin una sorpresa, sin una sola.

Y cuando tornamos a esta imprenta pensamos que es la hora de escribir que "no hay novedad", como en los comunicados de la guerra, y pensamos que es indipensable que el país se conflagre, se agite y se conmueva mañana mismo.

Y pensamos luego que mañana es un día tremendo.

(En *El Tiempo*: Lima, 3–III–1917)

VOCES

Vox clamantis

Anoche llegó a esta imprenta una información oficial del partido nacional democrático. Pero, como desde la renuncia del ministro de guerra nos hemos tornado muy cautelosos, no la publicamos. Se nos antojó que era una información apócrifa. Y era natural que así se nos antojase. Contaba la información que el señor don José de la Riva Agüero, presidente del partido nacional democrático, había ido a Palacio a pedir garantías para el señor Rizo Patrón.

Pensábamos nosotros que no podía ser cierto que el señor Riva Agüero hubiese ido a Palacio a pedir garantías para un candidato futurista. Pensábamos nosotros que el señor Riva Agüero andaba ya olvidado del partido nacional democrático. Pensábamos nosotros que ya no había en el Perú un solo candidato que aceptara apodarse candidato futurista. Pensábamos nosotros que era la hora de hacer una "enquête" humorística para saber cuántos futuristas quedaban en la república.

Y, pues así pensábamos, tuvimos que pensar también que la información que se nos mandaba era apócrifa como la renuncia de carnaval del Ministro de Guerra. Ibamos a tirarla al canasto, pero preferimos guardarla para llevársela al agente fiscal y decirle que había en Lima gentes mal intencionadas que engañaban a los periódicos.

Mas ayer nos hemos dado con que la información no era apócrifa sino auténtica y con que efectivamente el señor Riva Agüero había ido a pedir garantías al gobierno para el señor Rizo Patrón, candidato futurista a la diputación por el Dos de Mayo.

Y se nos ha caído el alma al suelo.

Todo se nos podía ocurrir, menos que el partido futurista tuviera aún algún candidato, a excepción del señor Salinas Cossío que quiere sentirse únicamente candidato agrario y del señor Víctor Andrés Belaúnde que quiere sentirse únicamente candidato conservador.

Hemos tenido que encontrar muy razonable, muy acertado y muy inteligente el comentario ciudadano cuando nos ha atajado en las calles para decirnos agitando las manos de alborozo:

–¡El señor Pinzás ya es diputado! ¡Y no porque haya ganado las asambleas! ¡Unicamente porque el señor Rizo Patrón es futurista!

Hemos sentido que el comentario ciudadano no se engaña y hemos pensado que ha sido grande nuestro tino cuando hemos dicho que el señor Sayán Palacios no tendría tan unánimes expectativas de éxito si el señor Salinas y Cossío no fuese candidato futurista y si fuese únicamente candidato agrario.

Y el comentario ciudadano se ha echado a buscar explicaciones para la actitud del señor Riva Agüero.

Nos ha asaltado en una esquina para decirnos:

–¡Ya está! ¡Ya está!

Y después de una pausa jadeante:

–El señor Riva Agüero ha sabido que los diputados independientes pedían garantías para el señor Grau, que el señor Jorge Prado pedía garantías para los candidatos civilistas, que el general Cáceres pedía garantías para los candidatos constitucionales. ¡Y ha comprendido que su partido tenía que hacer lo mismo que las personas grandes!

Otra murmuración suelta dice:

–¡Sólo una cosa les faltaba a los futuristas: pedirle garantías al gobierno!

Y otra murmuración agrega:

–¡Y sólo una cosa le faltaba al señor Rizo Patrón: que el señor Riva Agüero pidiera garantías para él!

Cosa es de pensar que éste es un momento de pedir garantías. No es posible pedir nada más. Y en esto se compendia toda la hora actual de nuestra historia. Grandes y chicos piden garantías. El país entero alza las manos y pide garantías. La prensa, en uno u otro tono, pide garantías.

Garantías, garantías y garantías.

Son el único anhelo de nuestro presente.

El progreso, el bienestar, la felicidad, la fortuna, no tienen siquiera mención en labios peruanos porque sería anacrónico que la tuvieran.

Y andamos de tal suerte que si no le pedimos al gobierno garantías, le pediríamos la guerra contra Alemania.

O la restauración del imperio del Tahuantisuyo con el señor Daniel Alomía Robles de Inca y Soberano y con el señor Julio Tello de Sumo Sacerdote, Profeta, Hierofante, Amauta, etc., etc., etc.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–III–1917)

VOCES

Ayer

Ayer fue un día grande para la república, para la democracia, para la paz, para la patria, para los ciudadanos, para los candidatos y para la vida de la nación.

Todo el Perú se estremeció para que los contribuyentes creasen el organismo de estas elecciones que estan tan próximas y tan lejanas a un mismo tiempo.

Y los contribuyentes, aquí, allá y acullá, en el norte, en el centro y en el sur, hicieron como manda la ley.

Recordamos nosotros que un día los hombres bien intencionados del Perú pensaron que necesitábamos autonomía electoral para las provincias y el país se puso a aclamar su iniciativa:

–¡Viva la autonomía electoral de las provincias!

Agregaron los hombres bien intencionados que lo que aquí estaba matando a la verdad del sufragio era el centralismo y era la junta electoral nacional y era la metrópoli.

Y el país gritó lleno de convencimiento:

–¡Muera el centralismo!

Los hombres bien intencionados nos hicieron el obsequio de la descentralización electoral y pusieron en manos de los contribuyentes la organización de las juntas, de las mesas y de las credenciales.

Sobrevinieron las dualidades y las mistificaciones y los hombres bien intencionados lloraron sobre su obra maltratada y ofendida.

Y como todos nos convencimos de que la obra no era muy eficaz, ni muy inconmovible, ni muy inviolable, dejaron que siguiera vigente, ya que a nadie le hacia daño.

Ha sido por eso que ayer la ley reunió en las provincias de la república a los mayores contribuyentes.

Y ha sido por eso que en la ciudad ha habido inquietudes, murmuracio-

nes, malos rumores, grimas y desazones.

Una voz ha gritado:

–Allá, allá ha habido desorden!

Y se ha callado enseguida para que nadie la descubra y para que nadie la interrogue.

Pero todas las gentes han sentido un instante de ansiedad y se han echado a las calles para preguntar si el desorden ha sido en Cutervo, en Paucartambo, en Canta, en Cotabambas, en Jauja, en Abancay.

Apenas si las han distraído de la alarma los ecos de la asamblea de mayores contribuyentes, que también en Lima ha habido asamblea, elección de junta y trajín de candidatos.

Esta asamblea nuestra ha sido tranquila. Ha sido una asamblea de excelentes caballeros, de tranquilos burgueses y de honestos párrocos. Y en ella todos absolutamente coincidieron en elegir a unas mismas personas para las juntas. Hubo mayoría y hubo minoría, pero mayoría y minoría tuvieron el mismo matiz y sólo se separaron por conquistar las posiciones de los vencedores y conquistar también las posiciones de los vencidos.

No hubo más.

Vieron todas las cosas los candidatos.

Y no se sintió protestas ni se lamentó trocatintas.

La paz del Señor, la paz de la Cuaresma, la paz dominical, la paz cristiana reinó en esta samblea de contribuyentes metropolíticos que pagan predios y son dueños de tierras.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–III–1917)

VOCES

Minuto trágico

Hoy no podemos reírnos de nada.

El país está demasiado trágico para que haya en él quien a estas horas piense en eutrapelias, risas, ironías, burlas y morisquetas.

Y hasta ha pasado la hora de las inquietudes, de las nerviosidades, de las desazones, de las grimas y de los malos augurios.

El grito seco, duro y fuerte de la realidad nos ha estremecido y nos ha turbado a todos de modo tan repentino e intenso que ya hemos perdido acaso para siempre la virtud de la mueca.

Hace muy pocos días decíamos en este periódico y en esta misma columna: todo se va poniendo trágico en el Perú.

Y estábamos en lo cierto.

Una bala había matado en Cutervo al candidato señor Bazán y a uno de sus parciales. Una masa aleve había acechado en una calle del Cuzco al candidato señor Víctor Guevara para matarlo también. Y en varias partes los candidatos desafectos al gobierno comprendían que era la hora de poner semblante de condenados a muerte.

La muerte comenzaba a dar solución a los problemas electorales y para suprimir a un candidato podían servir lo mismo una pulmonía aviesa y un balazo traidor.

Balas, balas, balas.

El país temblaba consternado, pero no quería creer todavía que el crimen fuese ya un método de imposición electoral.

Tan optimistas como el país queríamos ser nosotros que sabemos hacerle críticas muy acerbas a los hombres de este régimen y que sabemos además querer mucho a nuestra patria y desearle muy buena suerte a los gobiernos aunque a su cabeza se encuentre este señor don José Pardo que es Presidente de la República desde un día 18 de agosto.

Y hoy nos ha llegado una noticia terrible, una noticia crispante, una

noticia pavorosa que nos hace perder todos los optimismos, todas las ecuanimidades y todas las dulcedumbres.

Como en Cutervo, una bala ha asesinado a un candidato.

Mas este candidato no es el señor Arnaldo Bazán sino el señor Rafael Grau, el hombre de la oposición denodada a Billinghurst, el hombre de la junta de gobierno, el hombre de los gestos cívicos del Callao, el hombre de las actitudes fuertes y tremendas, el hombre a quien en esta metrópoli ahora conflagrada, agitada y llorosa, todos admiramos, abrazamos y aplaudimos.

Las voces cautelosas, las voces previsoras, las voces inteligentes le venían gritando desde hacía tiempo al señor Pardo:

–¡Allí en Cotabambas aguarda al señor Grau una celada! ¡Allí en Cotabambas hay un subprefecto expresidiario! ¡Allí en Cotabambas todo está revuelto y perturbado!

Pero el señor Pardo no quería oír las voces cautelosas, previsoras e inteligentes y se olvidaba de que el ciudadano que iba a Cotabambas, a encabezar a sus parciales, no era un ciudadano oscuro, vulgar y desconocido sino un ciudadano esclarecido, popular y bienamado.

Sorpresivamente se han confirmado los malos augurios, las malas corazonadas, los malos temores.

Y toda la ciudad ha vibrado en sus calles, en sus casas y en sus suburbios y antes que echarse a llorar la muerte del señor Grau ha cerrado los puños con indignación y con amenaza.

Nuestra casa se ha llenado de clamores, de protestas, de gritos y de tribulaciones. Tiemblan nuestros dedos cuando caen sobre las teclas de la máquina de escribir. Se sobrecoge nuestro corazón cuando hacemos estas líneas. Y hasta en cada llamada del teléfono que nos solicita sin descanso escuchamos un latido del alma de la ciudad consternada, exaltada y dolida.

Mas no son estos latidos los que nosotros quisiéramos escuchar sino uno, uno solo, uno solo siquiera del alma de este señor José Pardo que es Presidente de la República desde un día 18 de agosto.

(En *El Tiempo*: Lima, 6–III–1917)

VOCES

Vigilia fúnebre

Estamos despiertos.

Nos lo dice el director del periódico en este mismo momento. Nos lo dicen todos nuestros compañeros. Y nos lo dice también esta máquina de escribir cuyas teclas se hunden y vibran bajo nuestros dedos.

Y, sin embargo, todavía nos obstinamos nosotros en que estamos en un sueño y en un sueño muy malo.

Sentimos que las gentes andan de puntillas como si hubiera un enfermo grave en la república o como si se velara un muerto en cada estancia. Vemos que hay quien se pone un dedo sobre los labios para que no se chiste. Cae intermitentemente un telegrama que es siempre fúnebre. Llega a veces el eco de una bala perdida. Y el corazón se oprime y se pregunta si esa bala no hará una víctima más.

Tenemos en ciertos momentos la obsesion de que todo el Perú se hubiese convertido en una capilla ardiente en la cual se velase para siempre el cadáver del señor Grau.

Pensamos que esta es una noche interminable y que en ella voces inquietantes suenan para decir lúgubremente:

–¡Han vertido la sangre del Hijo del Hombre!

Y nos acordamos de que la sangre del Hijo del Hombre fue derramada por una redención.

Súbitamente todas estas visiones se acaban.

Vibra en las calles un vocerío angustioso. Se escuchan muy lejanos un tiro, otro tiro y otro tiro. La censura telegráfica intensifica las inquietudes. Y es que en el Cuzco siguen matando a las gentes que no piensan lo mismo que el señor Pardo.

Un hombre entra a nuestra casa corriendo para decirnos:

–¡Nos están gobernando a tiros!

Todo el mundo se calla.

Pero tras una pausa hablan grave y mesuradamente los hombres reposados y serenos:

–Seamos justos. Este gobierno no es malo.

Una exclamación los demanda así:

–¿Es bueno entonces?

Ellos, prudentes y sabios, se sonríen y repiten:

–No es malo.

Interrumpe luego el silencio la voz del señor Miguel Grau que acusa, que apostrofa, que sentencia.

Y esta voz que es muy fuerte, sonora y emocionante parece una voz de la Biblia:

–¡Anatema! ¡Anatema! ¡Anatema!

La cátedra nueva

Huele a gasolina.

Es que acaba de pasar por aquí el automóvil del señor Javier Prado y Ugarteche, muy atildado, muy brillante y muy raudo.

Las gentes acaban de verlo y han pensado que parece un zapato de charol. Un zapato ciudadano, elegante y gentil. Un zapato que pisa muelle y calladamente y que brilla como la concavidad de un reflector.

Y nosotros queremos desentrañar alguna significación de este callejero y transitorio olor de gasolina. Anteayer olía a pólvora. Ayer olía a sangre. Hoy huele a gasolina.

Pero las gentes nos cortan todas las reflexiones abstractas.

Aplauden en la esquina al señor Prado y Ugarteche:

–¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

Nos damos entonces cuenta de que el señor Prado y Ugarteche está a estas horas en una postura sensacional. Puesto a la cabeza del partido civil le habla al señor Pardo. No le habla para rogarle, sino para exigirle. Y le habla a nombre de la nación.

¡Tanto como veníamos preguntando lo que hacía y lo que pensaba el señor Prado y Ugarteche! ¡Tanto como veníamos lamentándonos de que viviese tan enamorado de la paz aldeana y del amor sonoro! ¡Tanto como veníamos pidiéndole un gesto para glosarlo y glorificarlo!

Ya el señor Prado y Ugarteche se ha erguido. Tiene en las manos la bandera del partido civil. Esta rodeado de un estado mayor numeroso y respetable. Y sale airoso del gabinete presidencial hasta cuando el señor

Pardo lo llama a él para buscarle un fracaso.

Va a las calles y retorna a su casa para dictar desde sus gradas de mármol una lección de derecho constitucional:

–Un gobierno debe reposar en la opinión. Si pierde su confianza, tiene que caer irremisiblemente. Este gobierno la ha perdido ya.

Hay asombros. Hay estupefacciones. Hay sorpresas.

–¿Ese que esta hablando así es el señor Prado y Ugarteche?

Nosotros, que estamos muy orgullosos de ser vecinos de este hombre tan científico y tan inteligente, contestamos bien fuerte para que él nos oiga:

–¡Si!

Las miradas pasan del señor Prado y Ugarteche, que se ha puesto en atrenzo político de cátedra universitaria, al Palacio de Gobierno donde está el señor Pardo en atrenzo de desafío al señor Prado, al partido civil, a todas las personas y a todas las cosas.

Gritan mil interrogaciones:

–¿Todavía no ha caído el gabinete?

Y parece que se oyera colérica la voz del señor Pardo que contesta:

–¡No caerá nunca! ¡Yo lo sostengo!

El señor Prado y Ugarteche se calla. Su casa se llena de gente. Los periodistas lo rodean y lo embarazan. El pueblo le pide más declaraciones y más pensamientos. Y él sonríe y opina que basta de palabras.

(En *El Tiempo*: Lima, 11–III–1917)

VOCES

Miramos el reloj

Averigüemos la hora. Pongamos los ojos en el reloj del testero. Y sigamos a la aguja que va de un punto a otro punto y de una cifra romana a otra cifra.

Esperemos una hora. Una hora que será súbita y que llegará de repente. Una hora que no será ésta, triste y sombría, de la media noche. Una hora cualquiera que se nos ha ocurrido esperar.

Son las dos de la mañana. Ha pasado un día domingo en el cual han fraternizado un estremecimiento sonoro del espíritu público y un triunfo regocijado de los toreros cómicos. Y ha comenzado un lunes que será acaso como todos los lunes.

Otro lunes recogió la emoción ciudadana ante la noticia de la muerte del señor Rafael Grau. Otro lunes que amaneció, como éste, sin indicios agoreros. Otro lunes que tuvo fisonomía habitual antes de la mueca trágica. Otro lunes cualquiera que despertó con el canto de un gallo y terminó con el grito de una congoja unánime.

Miremos el reloj.

Un amigo entra a la estancia para decirnos:

–Todo está ya tranquilo. El señor Pardo se ha ido a dormir a Miraflores.

Y se ha callado con la seguridad de que nos ha dicho una cosa muy interesante. El señor Pardo se ha ido a dormir a Miraflores. El señor Pardo está tranquilo. El señor Pardo duerme. Acaso también el señor Pardo sueña.

Otro amigo interviene después de un rato de silencio para decirnos que en estas noches últimas el señor Pardo no ha dormido en Palacio. Un automóvil lo ha llevado en las madrugadas a Miraflores. Nadie ha podido decir exactamente dónde ha dormido el señor Pardo. Y nadie ha podido decir si ha dormido.

Los asiduos de la imprenta bostezan. Sienten que dentro de muy poco

rato habrá llegado el alba. Y en sus semblantes y en sus ademanes revelan la fatiga de la murmuración cotidiana. Abren la boca a veces para pronunciar una aseveración o una conjetura inconclusas o interrumpidas.

Oímos. Seguimos espiando el reloj con la expectación de una hora. Y nos callamos absolutamente.

Una voz dice:

–Han muerto en el Cuzco más hombres que en una revolución criolla.

Otra voz afirma:

–Es cierto.

Otra voz pregunta:

–¿Verdad que estamos velando a un enfermo grave?

Otra voz profiere:

–Verdad.

Súbitamente se enciende la tertulia. El civilismo y el señor Prado y Ugarteche dan asidero y calor al comentario. Allí está el civilismo lo mismo que ayer. Allí está el señor Prado y Ugarteche, ilustre paladín y caudillo suyo, lo mismo que ayer. Allí está el automóvil del señor Prado y Ugarteche lo mismo que ayer. La casa del señor Prado y Ugarteche ha seguido siendo un jubileo. Hay una afirmación: el señor Prado y Ugarteche no sabe salir a la calle a pie. Surge la respuesta: lo lleva más a prisa su automóvil. Y hay un asentimiento general.

Se escucha pasar un automóvil por esta calle y todos se miran las caras con susto y con inquisición.

Luego se sonríen como si hubiesen tenido una sensación ingenua.

Y nosotros, bostezamos con toda la fuerza de nuestras vigilias, y tornamos a poner los ojos en el reloj del testero donde hace una semana sonó la hora de un angustioso duelo nacional.

(En *El Tiempo*: Lima, 12–III–1917)

VOCES

Atriciones

El señor Pardo quiere que le desagravien.

El Perú lo ha enfadado. El señor Miguel Grau le ha dirigido un apóstrofe y una acusación. Y el señor Pardo, trémulo de cólera y de resentimiento, llama a los hombres de buena voluntad para que le besen la mano y le ofrezcan su arrepentimiento.

Es indispensable que todos hagamos penitencia, que todos reneguemos de la frase descomedida y del ademán descortés. Es urgente. Es imperioso. Lo necesita la tranquilidad del señor Pardo. Lo pide la majestad del gobierno. Lo exige la salud de la república.

Todos hemos estado en el Perú hechos unos blasfemos, unos murmuradores, unos deslenguados.

Y el honor ofendido del señor Pardo nos llama hoy para que lo desagraviemos.

La atrición hará olvidar el pecado. Seamos humildes. Seamos buenos. Seamos obedientes. Seamos respetuosos. El dolor nos hizo dar gritos desaforados y procaces. Arrepintámonos de corazón y seremos absueltos.

Ayer el general Puente nos dió el ejemplo. Llevó a Palacio a los jefes y oficiales del Ejército y de la Marina para que le dijesen al señor Pardo su sentimiento por las acusaciones del señor Miguel Grau. Y los jefes y oficiales, invocados por la disciplina, fueron a Palacio sin saber si iban a arengarles o si iban a tomarles un grupo fotográfico.

Nosotros vimos pasar uniformes, galones, entorchados, plumas.

Y nos quedamos sorprendidos.

Unas gentes nos sacudieron y nos gritaron:

–¡Vamos a Palacio!

Y nosotros nos desasimos de ellos asustados creyendo que nos invitaban a cosa subversiva y mala.

Nos equivocamos.

Era que las gentes nos inducían a ir también a Palacio para desagraviar al señor Pardo que está con el alma afligida por todos los desacatos que su nombre y su autoridad han sufrido.

Hace varios días que el señor Pardo no tiene quietud ni sosiego. No vuelve la calma a su espíritu ni en Lima ni en Miraflores.

No le aturde ni siquiera el vértigo febril del automóvil. Cuando las gentes creen que duerme, está en vigilia. Los apóstrofes lo persiguen resonantes e inexorables.

Y es por eso que quiere que le exoneren del agravio, de la condenación, del anatema. Está seguro de que si los hombres del ejército, de la marina, de la administración, van a ofrecerle su simpatía, quedará satisfecha y bien aventurada su ánima. Y pide la atrición de todos los peruanos.

El civilismo que quiere ser generoso y bueno está ya en trance de arrepentimiento. También él pecó de palabra, pensamiento y obra contra el señor Pardo. También él habló de responsabilidades. También él lloró ante la sangre vertida. Justo es que hoy se torne penitente.

El besamanos le dirá al señor Pardo lo mismo que todos los besamanos de año nuevo: que las gentes ciudadanas lo aman.

Y nada más que amor nos pide a los peruanos el señor Pardo. Amor y ternura.

Y maneras comedidas.

(En *El Tiempo*: Lima, 13–III–1917)

VOCES

La ciudad indolente

El gobierno está repartiendo hojas sueltas, a tiempo en que sus amigos le hacen genuflexiones y le dan condolencias.

Está cansado de tolerar a los hombres que le dicen que es un gobierno malo, que es un gobierno imprevisor, que es un gobierno miope, que es un gobierno testarudo, que es un gobierno petulante y que es un gobierno imprudente.

Y no es que le exasperen las críticas y los motes. Es que lo saca de quicio que en medio de este concierto de voces hostiles no suenen otras voces amistosas y cortesanas que lo halaguen y compensen.

El señor Pardo quiere elogios. El señor Pardo quiere aplausos. El señor Pardo quiere desagravios. El señor Pardo quiere piropos. Y quiere que haya quienes devuelvan a sus adversarios el ataque con el ataque y la altisonancia con la altisonancia.

La oposición no le molesta al señor Pardo por ser oposición. Le molesta por no ser contrarrestada con el panegírico. Siente nostalgia de alabanzas, de aclamaciones y de vítores.

Y esto es lo que nos ha demostrado definitivmante que el señor Pardo tiene majestuoso espíritu de gran señor. Le hacen falta ditirambos. Le hacen falta loas. Recuerda que en las cortes pasadas había poetas, oradores y bufones. Y pide reverencias.

Pronto va a tener papel que le cante y enaltezca. Pronto va a tener papel que libre por él batalla. Una de esta mañanas o de estas tardes recorrerá la ciudad un pregón nuevo.

Mientras tanto tenemos hojas sueltas, bien impresas y bien difundidas, para que lleguen a todas las manos y para que persuadan a todas las conciencias de que éste que sentimos en Palacio es un gobierno honesto como no hubo otro y ponderado como no lo habrá.

Estas hojas sueltas quieren impresionar a Lima. Aspiran a exaltarla y

despertarla. Tienden a reunirla alrededor del gobierno para fortalecerlo y tranquilizarlo con sus homenajes.

Y Lima no se exalta. Lima se sonríe. Todas las gentes ciudadanas se encogen de hombros ante Palacio. Son irrespetuosas y burlonas.

Ha sido por eso que el afán gobiernista no ha conseguido llevar a Palacio ni a la ciudad aristocrática y burguesa, ni a la ciudad plebeya. Quiso que la primera fuese a los salones de Palacio y la segunda a sus puertas. Y no conmovieron sus requerimientos y sus incitaciones a una ni a otra.

Los íntimos, los allegados, los cortesanos, fueron fieles. Visitaron al señor Pardo. Le pidieron que olvidase las ofensas y las acusaciones. Le ofrecieron su pleitesía. Le cortejaron.

Pero el sentimiento metropolitano quiso seguir indiferente y frío.

Ni los hombres ilustres de la ciudad fueron a estrechar la mano del señor Pardo, ni los hombres humildes fueron a vitorearle.

Y a las ocho de la noche nos decía lleno de sonrisas uno de nuestro limeños más conciliadores en simpatías y amores políticos:

–Más gente ha habido en la casa de Prado...

(En *El Tiempo*: Lima, 14–III–1917)

VOCES

Viaje sonoro

Viene el señor Ricardo Bentín. Viene súbitamente. Viene en momento trascendental.

Un gran hervor de comentarios ha habido en la ciudad y se ha buscado, a través de todas las conjeturas y a través de todas las posibilidades, un móvil oculto para el viaje del primer vicepresidente.

Aquí y allá nos han abordado las gentes:

–¿Saben ustedes que viene el señor Ricardo Bentín?

–Sí.

–¿Saben ustedes que el señor Bentín es el primer vicepresidente de la república?

–Por supuesto.

–¡Búsquenle entonces origen a su venida!

Y en este punto las gentes nos han dejado mordidos por la curiosidad o embargados por la estupefacción.

La ciudad ha emparado la noticia de este viaje y se ha puesto a darle vueltas entre las manos segura de que tiene gravedad. No cree que es una noticia inocente. No se convence de que es una noticia vulgar. No comprende que es una noticia de crónica social. La suspicacia metropolitana es infinita.

Ha agitado el comentario callejero una sola conjetura.

Y se ha insinuado así que el suceso tiene importancia:

–¡El señor Ricardo Bentín viene sorpresivamente!

–Es que ha sido llamado.

–¿Por quién ha sido llamado?

–¡Allí está lo importante!

En este punto ha habido pausas discretas y tras las pausas discretas preguntas ansiosas.

Y luego se ha producido la aseveración:

–¡Ha sido llamado por el señor Pardo!

–¿Por el señor Pardo?

–Sí. Para que se encargue del gobierno.

–¿Definitivamente?

–No. Sólo por tres meses. Mientras el señor Pardo descansa. Mientras el señor Pardo se tonifica. Mientras el señor Pardo convalece de tanta amargura.

Y han tomado también otras afirmaciones.

–El señor Pardo no quiere estar en el gobierno durante lo que resta del proceso electoral.

–El señor Pardo quiere llevar a los tribunales a sus acusadores.

–El señor Pardo siente que la presidencia de la república es muy fastidiosa.

Nosotros nos hemos quedado atónitos ante tanta suposición y tanta sospecha. Seguros de que el señor Bentín viene sin llamada. Resueltos a rechazar el chisme volandero. Persuadidos de que no hay razón para que un sincronismo cualquiera determine agitaciones y ansiedades, nos hemos puesto bruscos cuando las gentes han insistido en atajarnos para que compartiéramos sus veleterías imaginativas.

Y ahora mismo hemos hecho sentir nuestra impresión a un amigo que nos visita habitualmente y que nos ha dicho con la entonación teatral

–¡Viene Bentín!

Nosotros solivantados le hemos respondido ácidamente:

–¡Bueno! ¡Y qué!

Cuestión de plata

No hay problemas políticos. Sólo hay problemas económicos. Hasta estas inquietudes nacionales que asustan al gobierno y turban a los ciudadanos piden, no una solución política, sino una solución económica.

Y por eso el hombre de la situación es ahora el señor García y Lastres. Ni el señor Riva Agüero asido a la presidencia del consejo de ministros, ni el general Puente asido al ministerio de guerra, pueden servirle al señor Pardo tan eficazmente como el señor García y Lastres.

El señor García y Lastres es el único hombre de la administración que no se ha alarmado con el desbarajuste político, es el único hombre de la administración que no ha perdido la ecuanimidad, es el único hombre de la administración que no se ha dejado confundir por los sucesos.

Sereno, impávido, prudente, ha apelado ya a un recursos lleno de sabiduría. No será también un recurso lleno de lógica. Pero no importa. Es un recurso del régimen y es sobre todo un recurso del señor García y Lastres.

En espera del voto legislativo que debía ordenar el reintegro se estaba depositando las rebajas de los sueldos públicos. El gobierno no se creía con facultad para distribuirlo y acabar con el hambre de los servidores del estado. Mas hoy piensa que la situación le concede la facultad. Ya no aguarda nada. Restablecerá la escala de sueldos. Y la administración pública, el ejército y la marina sentirán un contento muy grande.

El señor Pardo andaba intranquilo y desagradado. Requería desagravios. Buscaba defensores. Pedía ditirambos.

Y el general Puente le hacía sentir toda su fuerza en el homenaje del ejército y de la marina.

Pero el señor García y Lastres le ha dicho al señor Pardo, confundiendo al poderío del ministro de guerra:

–Yo tengo la solución de estas inquietudes.

El señor Pardo lo ha interrogado con un ademán anhelante y fatigado.

Y el señor García y Lastres ha agregado:

Todo es cuestión de plata. Todo lo compone la plata. Todo lo puede la plata.

Así ha sido como hemos llegado a esta solución económica del problema político.

Vuelve la calma al gobierno a costa de un poco de dinero. Pasan las desazones. Concluyen las alarmas. Se esfuman los malestares.

El gobierno está a estas horas en Palacio sonando el dinero guardado como suenan los chicos sus alcancías.

Y confía en vencer todas las protestas y en comprar todas las lealtades.

La plata manda.

(En *El Tiempo*: Lima, 15–III–1917)

VOCES

La fuerza del mal

Este gabinete se va. Quería quedarse, pero se va. El destino lo manda. Y más que el destino, la fuerza del mal.

Hace mucho tiempo que este gabinete vive en trance de irse. Las gentes han venido hablando sin descanso de crisis ministerial. El gabinete se ha visto a cada rato tundido, confundido, maltrecho. Y a cada rato se ha visto también fuera de palacio.

Un día salieron todas las gentes a la calle gritando:

–¡Se va el gabinete! ¡Se va porque el señor Pardo quiere gabinete nuevo! ¡Se va porque se acercan las Cámaras!

Pero al día siguiente apareció el desmentido:

–¡No se va el gabinete! No se va porque el señor Pardo lo quiere. No se va porque espera a las Cámaras. ¡Está resuelto a mirarlas cara a cara! ¡No faltaba más! ¡Hombre!

Y otro día tornaron a salir todas las gentes a las calles gritando:

–¡Se va el gabinete! ¡Ahora sí de veras! ¡Se va porque el señor Prado y Ugarteche ha creado una situación tremenda! ¡Ahora sí! ¡Ahora sí!

Pero el desmentido fue inmediato:

–¡No se va el gabinete! ¡Se queda a todo evento! ¡Y hace lo que le da la gana!

El gabinete ha sufrido sacudidas y quebrantos. Lo han estremecido. Lo han vapuleado. Mas ha seguido sin marcharse. Así impertérrito, así impávido, así porfiado, lo han sorprendido los acontecimientos últimos. Ha vuelto a conmoverlo el señor Prado y Ugarteche. Y esta vez el señor Prado y Ugarteche no ha pedido a la sordina que renuncie, sino a grito pelado.

Y todavía el gabinete ha seguido en Palacio. Sigue aún. Seguirá por algunos días más. Pero seguirá por poco tiempo, porque ya sus horas están contadas.

Este gabinete se va.

Parte el alma decirlo. Consterna. Acongoja. Aflige. Enternece.

Nosotros mismos que le hemos hecho tantas críticas, haríamos ahora cualquier sacrificio por sujetarlo. No queremos que se vaya el señor Riva Agüero. No queremos que se vaya el señor García y Lastres. No queremos que se vaya el general Puente. No queremos que se vaya el señor Valera. No queremos que se vaya el señor Sosa.

Aunque parezca mentira, unicamente de un ministro no nos importa que se quede o que se vaya. Es del señor Muñoz. Sabemos que somos muy malos. Mas qué vamos a hacer. Con el señor Muñoz no. Y nos hemos acostumbrado aún. Todavía no le hemos reprochado nada grave. Ni siquiera le hemos tomado el pelo. No le hemos cogido familiaridad. Le tratamos con respeto y con cortesía. Le quitamos el sombrero con mucha reverencia.

En cambio, el señor Riva Agüero, el señor García y Lastres, el señor Sosa, el general Puente y el señor Valera, son de nuestro trato cotidiano. Tenemos aquí sus retratos. Tenemos aquí sus biografías. Estamos encantados con ellos. Cuando les hemos dicho que se fuesen, se lo hemos dicho de juego.

A veces el rumor se modifica:

–¡Todo el gabinete se va! ¡Unicamente el señor García y Lastres se queda!

Entonces nos llenamos de alegría y batimos palmas.

A veces corre otro rumor:

–¡Todo el gabinete se va! ¡Unicamente el general Puente se queda!

Nos alegramos más. Damos voces de júbilo. Nos arrodillamos en acción de gracias. Y es queremos que el general Puente no se vaya, aunque el ejército y la marina lo estén pidiendo al cielo. Si el general Puente se fuera, no podríamos hablar mal del ministro de guerra. Sería una lástima.

Y como nosotros parece que estuviera toda la ciudad.

Se le mira desolada por la partida del gabinete, después de habérsele visto inexorable exigiendo su renuncia.

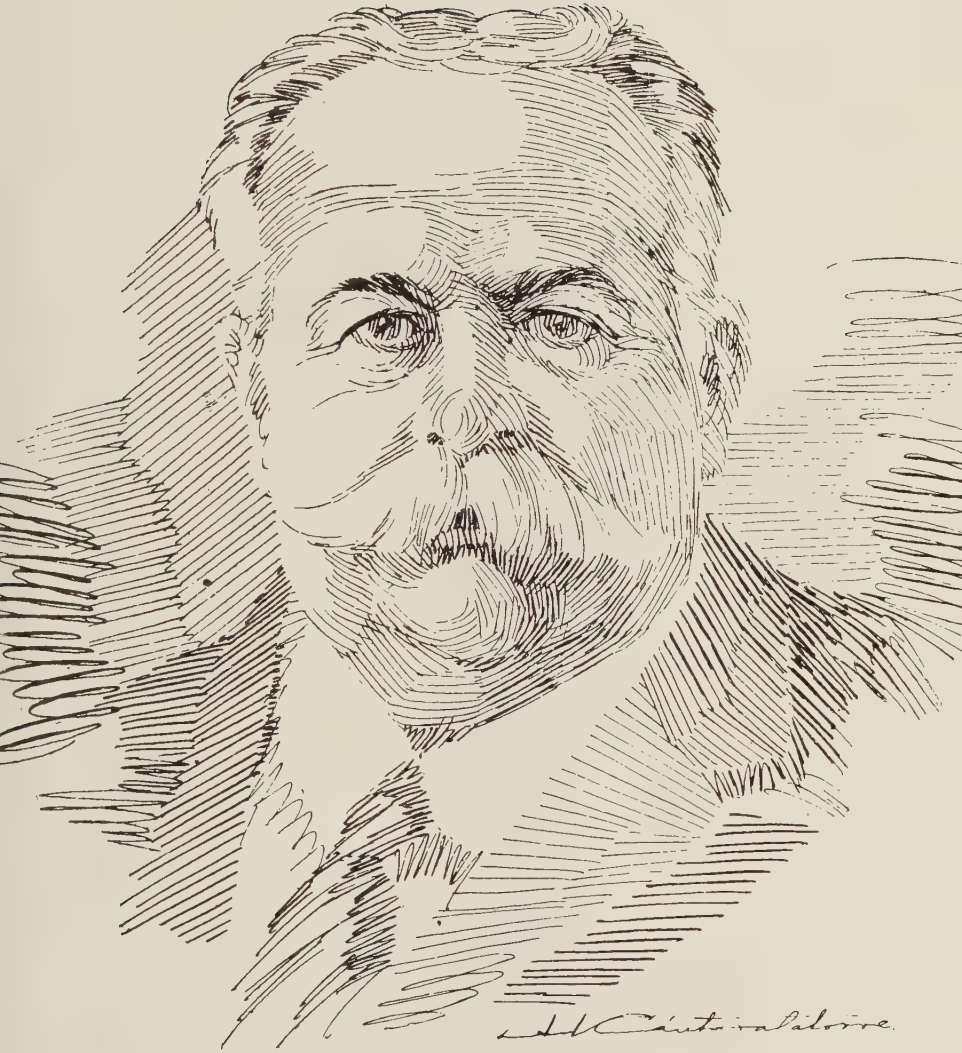
La noticia suena en todos los labios a condolencia:

–Se va el gabinete...

Y viene luego el comentario criollo:

–¡Sí, pero a malas!

(En *El Tiempo*: Lima, 16–III–1917)



RICARDO BENTÍN, primer vicepresidente en 1915–1919

ENRIQUE DE LA RIVA AGÜERO, Presidente del Consejo de Ministros, en 1916.

VOCES

Oyendo a las gentes

La política no quiere serenarse. Sigue agitada, encrespada, atorbellinada. Hay momentos en que se aguarda su calma inminente. Pero en vano. La política no quiere dar un armisticio al comentario público y a la agitación periodística.

Nosotros sentimos a veces que necesitamos una tregua. Nos encerramos en nuestra alcoba para hacer de ella un remanso. Y es inútil. El clamor ciudadano nos alcanza siempre y nos quita todo el sosiego y toda la quietud anheladas.

Tenemos que salir a la calle. Tenemos que venir a esta imprenta que es peor que salir a la calle, tal la invaden y animan los hombres que hablan de política. Tenemos que vivir oyendo a las gentes sin descanso. Tenemos que sentirnos solidarizados con sus intranquilidades y sus turbaciones y sus ensueños.

Y el clamor ciudadano no halla límites ni se rinde a la fatiga. Suena, suena y suena. Y anuncia obstinadamente cosas tremendas.

Nos han atajado en una esquina:

–¡Esto no es para que ustedes se rían!

–Bueno.

–¡Esto es para que ustedes reflexionen!

–Magnífico.

–¡El señor Pardo le deja el gobierno al primer vicepresidente de la república!

–¡Absurdo!

Nos hemos echado a reír indignando a quienes nos han atajado.

Y hemos sentido en todas partes el mismo anuncio sigiloso del probable alejamiento, del señor Pardo, de Palacio. El viaje del señor Bentín en estos instantes continúa perturbando a las gentes. Nadie fía en su inocencia. Se le ha encontrado móvil. Se le ha inventado un origen. Se le ha rodeado de suspicacia.

El señor Bentín se va a encontrar a su regreso con un mar revuelto. Lo

van a acechar los periodistas. Lo van a mirar los curiosos. Lo van a saludar con más genuflexiones sus amigos.

No es para menos.

Todo el mundo se ha echado a decir:

–¡El señor Bentín viene a ser presidente de la república!

Las gentes saborean la frase y repiten luego:

–¡El señor Bentín!

Y mas tarde:

–¡El señor don Ricardo Bentín!

Unas a otras las gentes se anuncian:

–¡El señor Pardo se va de la presidencia de la república!

Nosotros hemos descubierto que sólo lo hacen por preguntarse luego:

–¿Definitivamente?

Y por responderse después:

–No; únicamente por tres meses.

La noticia es persistente, obstinada, tenaz, perseverante, sonora. Nos persigue en todas partes. Nos asedia. Nos marea.

El señor Pardo se va. El señor Pardo se va. El señor se va.

La noticia es como una obsesión.

Y oyéndola en los labios de los amigos del gobierno no hemos podido decir sino esto:

–¡Buenos deseos!

Optimismo

Ya todos estamos otra vez llenos de fuerza, de energía y de grandeza después de tanta amargura. Repentinamente nos hemos puesto optimistas. El optimismo se señorea entre nosotros y nos tonifica. Y en las calles y en las casas se respira un optimismo que es el que nos contagian los candidatos.

El señor Torres Balcázar dice en una esquina:

–¡Yo soy ya diputado por Lima! ¡Sin asamblea de contribuyentes, sin juntas electorales, sin ubicación, sin simpatía gubernativa, sin favores celestiales! ¡El pueblo es mío! ¡Y yo soy diputado por Lima!

El señor Balbuena dice en otra esquina:

–¡Una diputación es mía! ¡Sólo la otra se encuentra en discusión! ¡Una es mía! ¡Sólo me faltan las credenciales!

El señor Miró Quesada dice en una confitería:

–¡Mi candidatura es inconmovible!

Y se sonríe tranquilamente porque sabe que no necesita añadir argumento alguno.

El señor Paz Soldán, que también es candidato y que encomienda su éxito al partido constitucional, corre por La Victoria, visita Abajo el Puente y se pierde en el dédalo de los Barrios Altos, convenciendo a las gentes de que deben hacerle diputado por Lima.

Todos los candidatos se parecen.

Lo mismo que los candidatos a las diputaciones por Lima piensan los candidatos a las demás representaciones de la carta. Con sus cartas, con sus actas y con sus telegramas anonadan a las gentes y las persuaden de que su popularidad y su valimento son incontrastables.

Y el señor Torres Balcázar, redondo en la entonación y en el ademán, grita muy sonoramente:

–¡Yo soy el candidato más fuerte!

Y da un puñete tan tremendo que no es posible poner en duda que dice la verdad.

El optimismo se extiende y esta ciudad que parecía una ciudad de escépticos se trastorna y se altera. Las gentes se tornan optimistas y comienzan a encontrar nuevamente risueñas las cosas.

Ese hombre que pasa por allí era un escéptico. Vamos a llamarlo para ver si también se ha transformado. Y ahora que está aquí vamos a interrogarle:

–¿No es cierto que este país se pierde?

Seguramente nos responde:

–¡Mentira! ¡Este país se salva! ¿Para qué vivimos nosotros?

Así andan todos los hombres, singularmente cuando son candidatos. El optimismo se torna una religión fortalecedora, amable, generosa y magnífica. El optimismo nos hace sonreír incesantemente. El optimismo nos tiene felices. El optimismo nos hace olvidarnos de los acontecimientos aflictivos.

Y somos optimistas para juzgar la universalidad de las cosas y de los hombres.

Unicamente no somos optimistas para pensar que este gobierno del señor Pardo es un gobierno bueno, patriarcal, bondadoso y benefactor.

Ni nosotros ni los candidatos.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–III–1917)

VOCES

El porvenir dirá

Ya le hemos dado la espalda al pasado. Y es que en el pasado hay muchos cadáveres y existen entre nosotros quienes quieren sentirlos lo más lejanos que sea posible.

Caminamos.

A veces se nos ocurre que vamos a un aquelarre cabalgados sobre una escoba. Pero es un sueño. Caminamos vulgarmente como en el jirón de la Unión, sin prisa, sin ideal, sin fatiga, sin orientación y sin alegría.

Tenemos únicamente una esperanza que es la esperanza de olvidarnos de lo que hemos visto y de lo que hemos oído. La esperanza de olvidarnos de todas las cosas que aquí han pasado. La esperanza de sentirnos otros.

Un recuerdo impertinente surge de rato en rato y nos da a todos malestar. Se enseñorea de nosotros. Nos tortura. Nos oprime. Nos tiraniza. Nos confunde. Nosotros nos defendemos de él con las manos.

Y suenan frases que nosotros no quisiéramos ya oír más.

Es que queremos llegar lo más pronto posible al olvido.

Un hombre nos interroga como si nos interrogase de cosas muy viejas:

–¿Y la junta directiva del partido civil?

Nosotros le contestamos:

–Como siempre: cogida de las manos.

El torna a interrogarnos:

–¿Y el señor Prado y Ugarteche?

Nosotros le contestamos:

–Como siempre: en medio de sus libros y de sus huacos. En la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido...

Y él otra vez:

–¿Y el señor Pardo?

Y nosotros:

– Como siempre: en la Presidencia de la República.

El y nosotros suspiramos:

–¡Todo como siempre!

Hay una pena muy grande en la atmósfera y en los corazones. Una pena obstinada. Una pena que sólo puede traducirla la guitarra. Una pena que se recata en el día y se ensancha en la noche.

Llenos de negligencia nos llevamos la mano a un bolsillo para sacar el reloj. Vemos la hora. Y pensamos en que ya ni siquiera tenemos una hora esperada.

Recalcitrantemente burlona, la ciudad siente la necesidad de reírse y se ríe. Mas se ríe sin ganas. Nosotros que nos reímos con ella lo comprendemos. La ciudad no tiene ganas de reírse. No llora porque no sería viril que llorase. Y se ríe trágicamente como los payasos.

Entonces nos damos cuenta de que en el Perú hay risa, pero no hay alegría. El chiste y la eutrapelia le ponen un antifaz a la tristeza. Pero no traducen un alborozo. Y el optimismo, el sano optimismo, el robusto optimismo, el generoso optimismo, es sólo cosa que nos contagian los candidatos, sobre todo cuando son candidatos a las diputaciones por Lima.

Confiamos en que los tiempos se bonifiquen solos y nos sentimos absolutamente incapaces de bonificarlos nosotros. Caminamos cruzados de brazos. Y decimos resignada y abúlicamente:

–El porvenir dirá.

Antes decíamos:

–Dios dirá...

Mas la ciencia, la razón y el progreso y la moda nos han hecho modificar la frase. Unicamente no nos han hecho modificar nuestra resolución de aguardarlo todo de la Divina Providencia.

Y vivimos tan indolente y lánguidamente, que a estas horas todos decimos abriendo la boca con mucha pereza:

–¡Esperamos el día!

Y estamos seguros de que más tarde diremos:

–¡Esperamos la noche!

(En *El Tiempo*: Lima, 18–III–1917)

VOCES

Vengan manifiestos

Nos ha caído de repente sobre la cabeza un manifiesto nuevo. Pero no es un manifiesto de la oposición ni es un manifiesto del señor Prado y Ugarteche. Es un manifiesto del señor García Bedoya exministro de gobierno.

El señor García Bedoya se acaba de dar cuenta de que necesita defenderse, de que necesita justificarse, de que necesita excusarse.

Y ha escrito un documento muy largo para los periódicos gobiernistas no más. A los periódicos independientes no los quiere ni siquiera oír el señor García Bedoya. Mucho menos querrá leerlos. Esta esperanza nos alentaría a hablar mal del señor García Bedoya si no fuese persona tan sedante, tan evangélica, tan amanerada y tan cristiana.

Hemos leído todo su manifiesto. Absolutamente todo. Y leyéndolo nos ha parecido ver al señor García Bedoya rodeado y asediado por todas las gentes metropolitanas.

Las gentes le gritan:

–¡El subprefecto Moreno era muy malo!

Y el señor García Bedoya se agarra la cabeza con las manos y concede esto:

–¡Así me lo decían todos!

Y agrega luego:

–¡Menos el prefecto Vidaurre! ¡El prefecto Vidaurre decía que era una buena persona! ¡Aquí está su telegrama!

Las gentes no se callan. Se regocijan aturdiendo al señor García Bedoya. Se alborozan gritándole. Se refocilan aturdiéndole. El señor García Bedoya tiene que defenderse con los ademanes y grita:

–¡Yo he dejado el ministerio en obsequio al sentimiento de todos ustedes! ¡No lo he dejado porque me sienta culpable! ¡Eso nunca!

Las gentes se mueren de risa porque se dan cuenta de que el señor García

Bedoya les está haciendo entonces un cargo a los demás ministros. Es el único respetuoso para el sentimiento nacional. Es el único que siente los requerimientos de la delicadeza y el escrúpulo. ¡A ver qué dice el señor Riva Agüero ahora!

El señor García Bedoya sigue hablando:

–¡Yo soy un hombre honrado! ¡Yo soy un hombre de bien! ¡Yo he llegado al ministerio por ascenso legítimo!

Las gentes lo interrumpen ahogándose de risa:

–¿Y por qué no botó usted al subprefecto Moreno?

El señor García Bedoya se pone criollo:

–¡Todo lo que se quiere no se puede!

Las gentes bailan de cabeza:

–¿Y por qué no le dio usted ordenes previsoras?

El señor García Bedoya se torna persuasivo:

–¡Yo no tuve tiempo! ¡Pero el señor Pardo sí! ¡El señor Pardo se dirigió personalmente al subprefecto Moreno impartiéndole instrucciones!

Las gentes saltan hasta el techo:

–¿Y por qué no hizo usted lo que hizo el señor Pardo? ¡Usted era el ministro de gobierno! ¡Usted y no el señor Pardo!

El señor García Bedoya se calla. Y luego exclama con una pena muy honda:

–¡El señor Pardo era el que mandaba!

Y añade finalmente:

–¡Ay!

Este ¡ay! parte el alma. Acaba con las sonrisas. Termina con las burlas.

Y hace pensar en que le falta música de guitarra y verso de yaraví.

Entonces se sonríe uno nuevamente.

(En *El Tiempo*: Lima, 19–III–1917)

VOCES

Algidez

Estamos cruzados de brazos aguardando que el gabinete se ponga de pie y se despida.

Hace mucho rato que sabemos que el gabinete va a irse. Nos asiste la seguridad de que sólo busca el momento de salir sin que lo adviertan mucho. Y tenemos la impresión de que todos los peruanos nos hallamos en una tertulia muy grande esperando que el Ministerio se vaya para ponernos a bailar de cabeza.

Pasan horas luengas, fastidiosas, interminables. Bostezamos. Encendemos un cigarrillo. Le ofrecemos uno al vecino. Hablamos de la guerra europea. Nos cansamos. Nos quedamos dormidos. Y nos despertamos sobresaltados. Pero el Ministerio sigue sentado.

Tornamos a bostezar.

Y hablamos:

–¡Ya es muy tarde!

Los ministros sacan su reloj y ven la hora para decir:

–¡Efectivamente es muy tarde!

Y se miran las caras entre ellos y se desperezan sobre las butacas.

Mas no se marchan.

Nosotros hablamos:

–¡Tenemos sueño! ¡Nos estamos muriendo de sueño!

Los ministros nos miran y nos dicen:

–¡También nosotros tenemos sueño! ¡Nos estamos muriendo de sueño!

Algunas gentes vecinas nos hablan en voz baja:

–¿Este gabinete se va?

Y les respondemos:

–Sí.

Y vuelven a interrogarnos:

–¿Por qué no se despide entonces?

Les contestamos:

–Eso es. ¿Por qué no se despide?

El gabinete empieza a hablar como los viejos:

–¡Casi dos años al lado del señor Pardo!

–¡Casi dos años!

–¡Sólo ahora lo dejamos!

–¡Sólo ahora!

–¡Y él tiene pena muy grande!

–¡Una pena muy grande!

El señor Pardo saca su reloj, ve la hora y no dice una palabra pero se queda mirando a sus ministros y no les dice nada.

Hay embarazo, tedio, fatiga, laxitud y abandono en el ambiente. Hay pesadumbre de velorio. Hay fastidio de vigilia antigua.

Y sin embargo, así seguimos viviendo.

Repentinamente se rompe el silencio:

–¿Ya llegó el señor Bentín?

–Todavía.

–¿Cuándo llega?

–Pasado mañana.

Y todo vuelve a ser silencio.

Miramos otra vez al gabinete para ver si al fin y al cabo se para y se despide.

Pero el gabinete sigue sentado y se queda dormido y roncando.

(En *El Tiempo*: Lima, 20–III–1917)

VOCES

No pasa nada

Estamos entre el día y la noche. Estamos en la penumbra. Estamos en Babia. El día ha pasado por nosotros sin dejarnos sensación alguna. Aguardemos la noche. La noche es siempre promisora.

Nos aburrimos desde que a la tempestad siguió la calma. Y nos pasamos las horas preguntando tonterías para que no nos digan cosa nueva.

–¡A ver! ¿Pasa algo?

–No pasa nada.

–¡A ver! ¿Qué se dice?

–No se dice nada.

–¿Y los candidatos?

–Sueñan con el triunfo.

–¿Y las diputaciones por Lima?

–Continúan siendo un problema aritmético con dos cifras categóricas: 2 y 3.

–¿Y siempre se va el gabinete?

–Siempre.

–¿Pero cuándo?

–Un día de estos.

–¿Y reflexiona todavía en su justificación el señor García Bedoya?

–Todavía.

Las preguntas son negligentes y las respuestas más negligentes que las preguntas.

Obstinadamente nos llega una noticia y, más que la noticia, su obstinación acaba por inquietarnos.

–Es un cablegrama el que nos dice ahora:

–¡No viene "El Tiempo"!

Y es un telegrama el que nos dice luego lo mismo:

–¡No viene "El Tiempo"!

Y es otro telegrama el que nos repite:

–¡No viene "El Tiempo"!

Y de todas las provincias nos siguen llegando cablegramas y telegramas que nos dicen que "El Tiempo" se queda en el correo. "El Tiempo" está sujeto a la censura fiscal. "El Tiempo" no pasa.

Este gobierno que vive asistido de la justicia, de la verdad, de la ley, de la opinión pública, piensa que "El Tiempo" no debe circular en la República. Lo ataja en los buzones. Lo decomisa en las valijas. Lo esconde. Lo sustrae.

No damos fe a lo que estamos viendo.

Y recordamos enseguida que hay quienes dicen que las garantías son absolutas, que el respeto a la prensa es perfecto, que la honestidad del régimen es indiscutible. Recordamos también estupefactos que no lo dicen en una esquina y que no lo dicen en una sala de Palacio sino en letras de molde y para que lo lea todo el mundo.

Sólo en las calles no ocurre nada. Todo vive encerrado en el correo. Todo es actualmente cosa de subterráneos y buzones.

Y no hay siquiera un manifiesto nuevo del señor García Bedoya para hacerle glosas y ponerle apostillas.

(En *El Tiempo*: Lima, 21–III–1917)

VOCES

A puerta cerrada

Uno de estos días van a comenzar a salir excomuniones. El gobierno del señor Pardo se ha dado cuenta de que vive en medio de una atmósfera blasfema. Ha comprendido que aquí basta saber pensar para gritar en las calles. Y que basta saber escribir el pensamiento para decirlo en un papel impreso.

La megalomanía de los hombres del gobierno ha sufrido una crisis de hiperestesia. Todos los peruanos tenemos la culpa. Los hombres de gobierno, engreídos y bondadosos, nos habían ido consintiendo que los tuteásemos. Se despojaron de los tratamientos. Nos dieron la mano de igual a igual. Suavizaron la majestad del gesto aristocrático.

Pero todos los peruanos sentimos un día que estos hombres del gobierno eran unos hombres responsables. Empezamos a pregonarlo. Y lo que es más grave, empezamos a censurarlo.

–¡Mal hecho! –gritamos.

El señor Pardo, sorprendido de la irreverencia, nos preguntó, llevándose la mano a la oreja cual si hubiese oído mal:

–¿Cómo?

Insolentemente nos ratificamos:

–¡Mal hecho!

El señor Pardo no prestó fe a sus oídos y siguió interrogándonos:

–¿Cómo?

No le hicimos caso.

Y de la censura pasamos a la acusación y de la acusación al apóstrofe.

El señor Pardo y los hombres del gobierno se quedaron estupefactos y pusieron el grito en las nubes:

–¡Esto es la diatriba! ¡Esto es el ultraje! ¡Esto es el denuesto!

Pensaron luego en restablecer los tratamientos. Sintieron toda la gravedad de las blasfemias. Se llevaron las manos a la cabeza. Invocaron el recuerdo de su origen divino y de su derecho santo.

Hoy los hombres del gobierno son ya otros. Nada de complacencias.

Nada de tolerancias. Nada de dulzura. Ceño adusto. Gesto airado. Ademán déspota.

Y somos nosotros los pobres escritores de "El Tiempo" los que concitamos las mayores indignaciones. Nos rodean. Nos gritan. Nos ajochan. Si no estuviéramos bien guardados dentro de nuestras oficinas ya nos habríamos muerto de miedo.

Unas gentes nos dicen:

–¡Impostores!

Y luego les parece que nos han dicho poco y nos llaman:

–¡Impúdicos!

Estas gentes han salido de Palacio y han salido también del presupuesto.

Nosotros tenemos que sonreírnos sin levantar la cabeza y sin quitar los ojos del papel en que escribimos.

Mas no es esto sólo.

Estalla de repente entre los hombres del gobierno una algazara tremenda. Hacen todos un gran corrillo en rededor de un hombre sonoro. Lo guapean. Lo aplauden. Lo miran con orgullo. Le tocan los biceps. Le ajustan la armadura. Y le ponen una espada en una mano y una pluma en la oreja.

Suena un clamor unánime:

–¡Aquí hay un hombre bravo!

La ciudad se alborota y las ventanas, los balcones y los umbrales de las puertas se llenan de gentes que salen a mirar la calle. Parece que hubiera estallado una revolución. Parece no más. Los que hacen la bulla no son las gentes que no quieren al gobierno sino las gentes del gobierno mismo.

Hay una algazara tremenda. Si estas gentes no fuesen aristocráticas nosotros diríamos que esta es una jornada cívica. Son aristocráticas. No podemos decirlo.

Apenas si nos quedamos con la boca abierta viendo al hombre bravo que sale de las filas de Palacio como salió el gigante Goliath de las filas de los filisteos.

Y como no hemos nacido con alma de héroe ni de predestinados, nos sentimos muy chicos para salir de estas otras filas como salió David de las filas de los israelitas.

Nos callamos. Nos sonreímos. Y nos ponemos a escribir a puerta cerrada.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–III–1917)

VOCES

Camino llano

Las soluciones económicas siguen acabando con los problemas políticos. Tenemos ahora en la cabeza del gobierno no a un político sino a un financista. Las cuentas arreglan lo que no pueden arreglar otras cosas.

Un gran concepto ha trepado al cerebro del régimen: la plata todo poderosa, definitiva, eficaz.

Y hace ya rato que este régimen, que se ha oído llamar el régimen de la bolsa cerrada, gasta sin tasa para conseguir la serenidad pública y la calma gubernativa.

Un día la plata ha servido para estipendiar aplausos y, antes que aplausos, invectivas. Mediante un renglón eufemista en el presupuesto se ha comprado altisonantes ditirambos y altisonantes apóstrofes. Un billete ha podido significar una frase.

Otro día la plata ha servido para restituir a la intendencia de policía los servicios de los profesionales del espionaje. Mediante otro renglón eufemista en el presupuesto se ha comprado delatores. Un billete ha podido significar una acusación irresponsable.

Otro día la plata ha servido para nuevos alquileres igualmente representativos y trascendentales.

Y el régimen se ha sentido con la conciencia tranquila y con el ánimo regocijado.

Ha exagerado la majestad de su paso por las calles porque ha estado seguro de que en cualquier sitio podía encender la ovación. Pasaba la plata. Pasaba el presupuesto.

Unas gentes ingenuas han venido a esta imprenta a preguntarnos:

–¿Pero este gobierno no es el mismo gobierno austero que iba a quejarse de miseria en las Cámaras?

Nosotros nos hemos sonreído ante la inocencia de estas pobres gentes ingenuas y les hemos respondido:

–Sí.

Y ellas han seguido interrogándonos y nosotros respondiéndoles monosilábicamente.

–¿Pero este gobierno no es el mismo que quería matar de hambre a los empleados públicos?

–Sí.

–¿Pero este gobierno no es el mismo que negaba el aumento de los haberes y que inducía a los futuristas a una postura desgraciada?

–Sí.

Las gentes ingenuas se han hecho cruces y nos han dejado.

No se les alcanza que hoy le haya podido parecer bueno al gobierno el aumento de los sueldos que le pareció malo ayer no más. Ni que hoy haya podido parecer bueno el aumento a los militares en tanto que, como ayer, le ha seguido pareciendo malo el aumento a los civiles. Ni que hoy le haya podido parecer que tiene la facultad de suprimir las rebajas cuando ayer le pareció que carecía de ella.

Todavía hay en esta tierra hombres candorosos que se quedan con la boca abierta ante las incongruencias, ante las contradicciones, ante los renuncios.

Todavía.

Y es seguramente que no saben que la plata ha servido para tranquilizar al régimen sobre una lealtad que anhela con todo el corazón, y que no saben tampoco que los puñados de monedas valen ahora para allanar un camino.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–III–1917)

VOCES

El mapa del Perú

Nuestra mirada abarca todo el territorio nacional. Va de un confín a otro. Y recorre el mapa del Perú en una excursión que no es geográfica sino política. Nuestra mirada abarca el país entero.

Acodados sobre la mesa y sobre el mapa del Perú, estamos yendo de provincia en provincia. Hemos pasado ya por Dos de Mayo. Hemos pasado también por Chancay. Y hemos pasado por Paucartambo, por Castilla, por Moquegua y por todas partes. Unicamente no hemos querido pasar por Cotabambas, por Cutervo ni por Chumbivilcas, no por miedo a que nos maten sino por respetuoso temor a las sombras de don Rafael Grau, de don Arnaldo Bazán y de don Augusto Ugarte.

No ha querido llegar nuestra curiosidad a Cotabambas. No ha querido llegar tampoco a Cutervo ni a Chumbivilcas. Y es que como ya hemos dicho, no somos héroes y no somos guapos. No hemos venido al mundo con garrote ni con espada desenvainada. Hemos venido con la sonrisa en los labios.

Las provincias están ahora en calma. La sabiduría de la ley electoral las agita momentáneamente. Momento de las asambleas. Momento de las votaciones. Momento de los escrutinios. Momento de la Corte Suprema. Hoy solo existe en las provincias enredo y travesura.

Hemos visto aquí y allá candidatos de nuestra amistad y conocimiento. El señor Víctor Andrés Belaunde, que no ha querido ser diputado arequipeño, sigue queriendo ser diputado castellano. El señor Teobaldo Pinzás lucha y se esfuerza en una provincia de bizarro nombre cronológico. El señor Emilio Sayán Palacios siente suya ya una credencial sonora.

Y con la mano puesta sobre Cajamarca nos hemos acordado del señor Rafael Villanueva. El señor Rafael Villanueva anda en malos trances. Cajamarca está reticente y ambigua. Cajamarca parece otra. Ya no le ampara allí la mano fuerte del señor Leguía. Le ampara siempre otra mano

fuerte. Pero no es la del señor Leguía sino del señor Pardo. Y el señor Villanueva se mira perdido.

Nos ha asaltado el deseo de interrogar al mapa para saber si Cajamarca va a elegir senador al señor Villanueva. Y no lo hemos hecho, no porque se nos haya ocurrido que el mapa no puede contestarnos, sino por no perder definitivamente la esperanza de continuar viendo al Sr. Villanueva en el Senado.

Un senador como el señor Villanueva es un senador indispensable. No se encontrará otro como él que ponga el orden sobre las leyes. Representa la extrema derecha. Representa la tradición republicana del Perú. Representa los albores del siglo pasado. Su edad no le impide representar una aurora, aunque no sea sino esta aurora del siglo de nuestra libertad.

Repentinamente nos hemos sentido obligados a dejar el mapa y a aventarnos a la calle.

Y hemos atajado a todo el mundo:

–¿Usted cree que derrotarán en las elecciones de Cajamarca al señor Villanueva?

Unos nos han contestado:

–¡Quién sabe!

Otros nos han contestado:

–Sí.

Y pocos, muy pocos, nos han contestado:

–No.

Corriendo por las calles con la pregunta obsesionante en los labios, hemos detenido de repente al propio señor Villanueva y le hemos preguntado lo mismo que todo el mundo sin saber lo que hacíamos:

–¿Usted cree que derrotarán en las elecciones de Cajamarca al señor Villanueva?

Y el señor Villanueva, tranquilo y tristemente, nos ha dicho:

–¡Quién sabe!

Entonces nos hemos dado cuenta de quien era el hombre que interrogábamos.

Y nos hemos alejado de él a prisa y en silencio para volver a esta imprenta y acodarnos otra vez sobre la mesa y sobre el mapa del Perú.

(En *El Tiempo*: Lima, 25–III–1917)

VOCES

El viajero

Ya está en Lima el señor don Ricardo Bentín. Ha llegado en día domingo. La crónica social va a anunciar su llegada como otros sucesos propios de este día. Como los matrimonios, como los picnics, como las gimkanas, como las regatas.

El domingo exige el descanso de todas las gentes. Es un día en que hasta la política se calla. Es un día en que todo parece muy triste a pesar de los coches que se llevan a la gente a los toros. Es un día en que hay hombres que se ponen chaqué y tarro. En este día suelen también arribar al puerto los barcos.

El viaje del señor Bentín no ha sido un viaje vulgar. Ha sido un viaje comentado y discutido. Ha sido un viaje sonoro. No ha sido un viaje para el cronista social. Ha sido un viaje para el cronista político.

Los hombres del gobierno explotaron su sincronismo con una situación política difícil, para ponerse a decir en voz baja:

–¡El señor Bentín viene a ruego del señor Pardo!

La noticia se trasformaba en otros labios amigos:

–¡El señor Bentín viene a encargarse del gobierno!

Y la ciudad se estremecía de sensación.

Todo era un bluff. Nosotros desde nuestra casa lo comprendíamos y lo pregonábamos. Y nos reíamos de los hombres candorosos e ingenuos que le daban pábulo.

Venían a porfiarnos:

–¡El señor Pardo está resuelto a tirar la banda!

–¡Inexacto!

–¡Por lo menos está resuelto a dejársela al vicepresidente por tres meses!

–¡Inexacto!

Eramos escépticos y pensábamos que los hombres del gobierno querían

amedrentar a sus amigos con la posibilidad de que el señor Pardo se irritase y dejase el poder.

Ayer la ciudad fue a recibir al señor Bentín. Quería ver si traía cara de Presidente de la República. Y quería hacerle muchas genuflexiones.

Si subsistiesen aún los tratamientos, muchos le habrían hablado así al señor Bentín:

–Excmo. señor...

Pero ya ni siquiera hay tratamientos y no hemos podido gozar nosotros con las equivocaciones.

El señor Bentín, que ha venido ajeno a todos los comentarios, a todas las suposiciones, a todas las expectativas nacionales, se ha sentido inesperadamente abordado de este modo:

–¿Es cierto, señor don Ricardo, que lo ha llamado el gobierno?

Lleno de sorpresa ha respondido:

–No es cierto.

Y han soltado otras preguntas más osadas:

–¿No es cierto entonces que viene usted a ser Presidente de la República?

Ha tornado a responder el señor Bentín:

–¡No es cierto!

Y ha habido luego una exclamación apenada de las gentes.

La casa del señor Bentín ha recibido la visita de todos los hombres importantes de la ciudad. Y ha tenido a ratos solemnidad ceremoniosa de besamanos. Era sin duda alguna la solemnidad del día domingo.

Tardíamente, la persuasión de que el señor Bentín no llega para ser Presidente de la República, ha ido abriéndose paso en los espíritus ingenuos e ilusos que han tenido la sensación de que les arrancaban una esperanza dulce.

Y todas las miradas han convergido melancólicamente a Palacio para sentir que dentro sigue el señor Pardo.

(En *El Tiempo*: Lima, 26–III–1917)

VOCES

Un día y otro...

Es bueno el régimen de la bolsa cerrada. Vale la pena sacar un papel para aplaudirlo. Pero es bueno también el régimen de la bolsa abierta. Y vale la pena sostener un papel para celebrarlo y para loarlo.

El gobierno es ecléctico. Piensa que de la avaricia a la prodigalidad hay sólo un paso. Y piensa que la avaricia y la prodigalidad son excelentes. Todo es cuestión de oportunidades. Todo es cuestión de situaciones. Todo es cuestión de circunstancias.

Mientras se cree que el país está contento, se puede matar de hambre a los empleados públicos para que haya superávits en la caja fiscal. Apenas se sospecha que el país está descontento, es imprescindible exonerar de angustias a esos mismos empleados. La economía fiscal está sujeta a las modificaciones de la política.

Hoy sólo son felices en el Perú los empleados públicos. Les han puesto en las manos un dinero que antes, cuando lo reclamaron los hombres de la oposición, les fue negado. Las gavetas del tesoro público se abren para los empleados públicos, para los militares y para las manos de la claque.

El espectáculo es risueño. Se asiste a él como se asiste a una comedia. Y hay el derecho de censurar a ése que hizo mal un mutis y a aquél que no obedece al apuntador. Somos público.

De rato en rato hay una interrupción de las gentes:

–¿No se matará ya a ningún otro candidato?

La interrupción desconcierta y se siente una resurrección fúnebre de fantasmas y recuerdos. Pero se finge una sonrisa y se prosigue la farsa. Salen a la escena voces de bastidores:

–¡Ahora el aplauso! ¡Ahora el insulto!

Se oye al señor don Enrique de la Riva Agüero que pide que se publique su biografía y su foja de servicios. Se oye más tarde al mismo señor de la Riva Agüero que pide que se publique su retrato. Y se concluye esperando

que pida que se publique su caricatura.

El gobierno está resuelto a darse bombo. Hasta ayer había sido muy modesto. Hasta ayer no le había concedido importancia a los aplausos. Ha tenido que sentir muy fuertes y muy pertinaces los silbidos para salir de su ensimismamiento megalómano.

Las gentes lo están mirando por eso con asombro o interés.

Sorpresivamente se abre paso una pregunta sin conexión con el sentimiento momentáneo:

–¿El señor José de la Riva Agüero? ¿Es aún jefe del partido el señor José de la Riva Agüero? ¿Es aún partido el futurismo?

Nadie contesta y todo el mundo tiene la misma exclamación:

–¡Verdad! ¿Y el señor José de la Riva Agüero?

Nosotros salimos a la puerta de la imprenta para mirar la casa de la calle de Lártiga, y volvemos al interior con la misma frase de todas las gentes en la boca:

–¡Verdad! ¿Y el señor José de la Riva Agüero?

Y querríamos iniciar una encuesta:

–¿Por qué no hacen presidente del Consejo de Ministros al señor don José de la Riva Agüero?

Pero nos damos cuenta de que esta encuesta no les parecería a las gentes suspicaces una encuesta seria sino una encuesta humorística. Y optamos por trasferírsela a los redactores de "La Noche".

Y de repente, en medio de este baturrillo de cosas mitad graves mitad pueriles que llenan un día y otro, tornamos a sentir que el país sigue aún trágico.

En la Corte Suprema se está hablando de la pena de muerte.

Pensamos que para que todo concluya por ponerse sombrío en esta tierra no hace falta sino un fusilamiento.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–III–1917)

VOCES

Oración y bizcocho

Como regalo para las ánimas buenas, honestas y apacibles de la república llegan estos dos días de penitencia, de atrición y de abstinencia de carne. Dos días durante los cuales la gente metropolitana no se preocupará de la política; durante los cuales el señor Pardo no firmará ningún decreto ni concebirá ningún proyecto; durante los cuales se holgarán perezosos los periodistas; durante los cuales el señor don Antero Aspíllaga se sentirá más tranquilo, más sereno y más ecuánime que de costumbre; durante los cuales no habrá sesión en la cámara del señor don Juan Pardo ni en la cámara del señor don José Carlos Bernales; durante los cuales no se hablará de la convención destinada a darnos otro gobierno nacional como el del señor Pardo, si la gracia de Dios no lo evita; y durante los cuales, finalmente, el bienestar de los pueblos estará asegurado de las mejores maneras posibles.

Para el gobierno del señor Pardo estos dos días representarán principalmente dos días de descanso para el senado y, por ende, de tregua para la gran ofensiva parlamentaria emprendida por el señor don Miguel Grau con las más duras armas y con los más breves denuedos. Para el señor don Manuel Bernardino Pérez estos dos días representarán dos días de cierre del teatro, de la municipalidad y del parlamento, lugares todos donde engorda, medra y se refocila su espíritu obeso, patriarcal, refranero y criollo. Y representarán dos días de recogimiento y de pan de dulce para el Sr. D. Alberto Secada, que lleva escondida bajo su fosforescente cáscara de satanismo y jacobinismo, un corazón bueno, cándido y puro de pescador evangélico, eternamente vivificado por las esperanzas de un Mesías que nos enmiende, que nos adoctrine, que nos reforme y que nos redima.

Un solo pensamiento mantendrá en estos días a la gente en furtivas tangencias con la política. Será el pensamiento que conecte el proceso de la candidatura del señor don Antero Aspíllaga con el proceso de la

cuaresma. Y es que la gente católica tiene que recordar que esta candidatura apareció en los días de carnaval y creció, avanzó y prosperó en el discurso de la cuaresma, como si hubiera sido una tentación enderezada a perturbar el espíritu cristiano del buen señor de Cayaltí en el mismo período en que son conmemoradas las tentaciones del desierto.

El señor Aspíllaga ha sido realmente tentado. No por el demonio, porque ya, según todas las apariencias, ni siquiera el demonio anda por estas tierras. Pero ha sido tentado. Y, lo que es más consternador, se ha dejado seducir por la tentación.

Nosotros, gentes piadosas y caritativas, que admiramos de veras al señor Aspíllaga por cuanto hay en él de gentleman, de gentilhombre y de dandy, le hemos mandado a nuestros más preciados farautes para que le dijeran:

–¡Señor Aspíllaga! ¡Autorícenos para desmentir la mala versión que le supone a usted candidato! ¡Declárenos usted que no es candidato! ¡Que no lo será por ningún motivo!

Mas el señor Aspillaga les respondió:

–¡Yo no soy candidato! ¡Pero no puedo desmentir la mala versión que supone lo contrario! ¡Yo he sido tentado! ¡Tentado por mis amigos! ¡Y soy demasiado asequible con ellos para resistir la tentación!

Es así como llegamos a estos dos santos días, purificada el alma y confortado el cuerpo por la unciosa oración y por el plácido bizcocho pascual de doradas almendras; pero con el corazón afligido por la pena de mirar, caído en tentación, al señor Aspíllaga. Y sobre todo, por la amargura de no saber esperar que estos dos santos días lo induzcan al arrepentimiento, a la contrición y a la penitencia...

(En *El Tiempo*: Lima, 28–III–1917)

VOCES

Nuevos tiros

El país sigue trágico.

El señor don Rafael Villanueva está proyectando una sombra oscura sobre todo Cajamarca. Y esta sombra oscura va cubriendo cadáveres y exacciones. La candidatura del señor Villanueva hace un camino truculento.

Antes de ayer pensábamos todos que habían terminado los tiros, que habían terminado las muertes, que habían terminado las prisiones. Ayer hemos tenido que modificar nuestro concepto. Han llegado a esta imprenta ecos de exacciones y crímenes en Cajamarca. El país sigue trágico.

Repentinamente se nos ha ocurrido hacerle un reportaje al señor Rafael Villanueva. Hemos salido a las calles a buscarlo. Pero no lo hemos encontrado y hemos vuelto a esta imprenta sin oír al señor Rafael Villanueva.

Hasta nosotros han llegado voces terribles de la ciudad:

–¡Esta candidatura del señor Villanueva es una candidatura penumbrosa!

–¡Esta candidatura del señor Villanueva es una candidatura mala!

–¡Esta candidatura del señor Villanueva ha manchado de sangre a Cutervo y ha manchado después Cajamarca!

Y tantas voces terribles nos han hecho pensar en el señor Villanueva.

La ciudad suele ser injusta, pero es muy cierto que esta candidatura del señor Villanueva es un poco sombría. Es una candidatura que resucita la teoría del orden público sobre la Constitución. Es una candidatura que recuerda la clausura de "La Prensa". Es una candidatura que habla de los procesos militares y de los revólveres "Perrito".

Las risas se apagan y los semblantes vuelven a enseñar una mueca inquietante.

Resuenan nuevamente tiros y más tiros. Se ve a lo lejos correr

gendarmerías y montoneras armadas con rifles del Estado. Y se escucha clamores y quejas formidables.

Y se siente que aquí en Lima, sentado ante un escritorio que tiene a un lado el retrato del señor Pardo y a otro lado el retrato del señor Augusto B. Leguía, se sonríe el señor Villanueva con una sonrisa vieja, oxidada y ladina.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–III–1917)

VOCES

Pasajeros

Todos estamos de viaje. Unos venimos. Otros nos vamos. A veces se tiene la sensación de que el comentario público gira solamente al rededor de una lista de pasajeros. Ese para el sur. Este para el norte.

Viene el coronel César González de la Argentina. Y se va ahora a Estados Unidos. Viene el señor Manzanilla de Huacachina. Viene el señor Bentín de la Argentina. Dicen que se va el señor Manuel Vicente Villarán a Estados Unidos.

Todos somos pasajeros. Todos estamos de viaje.

Nuestras manos le dan vueltas a la crónica social y a la crónica política. Y nuestros labios murmuran con la crónica social y con la crónica política:

–Los que vienen. Los que se van.

Echamos una mirada a la calle.

Y pensamos luego que hay gentes que vienen regocijadas y que hay gentes que vienen coléricas. Entre las gentes que vienen regocijadas se puede contar siempre el señor Manzanilla. Entre las gentes que vienen coléricas se podría contar por ejemplo el señor Felipe Barreda y Laos. El señor Barreda y Laos fue nada más que a Cajatambo y regresó convertido en un terrorista. ¡Qué habría pasado en Lima si el señor Barreda y Laos hubiera venido desde Cotabambas o desde Cajamarca!

Nosotros sabemos encontrar una felicidad inefable en la bienvenida. Madrugar, tomar un tranvía, tomar luego un bote y subir a un barco, son cosas que nos placen inauditamente.

Y ocurre por eso que sentimos mucha tentación de ponernos a decirles a nuestros amigos:

–¿Cuándo se va usted de Lima?

Todo por que ellos nos pregunten:

–¿Para qué?

Y por contestarles nosotros:

–¡Para que vuelvan!

Estamos seguros de que esta respuesta se la daríamos a todas las gentes. Probablemente se la daríamos también al señor Pardo. Pero al señor Pardo no nos atrevemos todavía a preguntarle cuándo se va, por temor de que no nos deje tiempo para aclararle nuestro concepto.

Nos obsesionamos con la pregunta y la repetimos en cada esquina:

–¿Cuándo se va usted?

Aquí nos encontramos con el coronel César González que se va a Estados Unidos.

Allá nos encontramos con el señor Manuel Vicente Villarán que se va también.

Y se acentúan nuestras sensaciones y nos ponemos a interrogar a gritos a las gentes:

–¿Es que han comenzado a dejar solo al Perú?

Mas nos rectifican.

Son pocas las gentes que se van del Perú. Y las que se van no se van definitivamente. Se van para regresar pronto. Se van para que las despidan y para que más tarde les den la bienvenida.

Y hay otras gentes que limitan sus viajes al territorio peruano. Los candidatos por ejemplo no van sino a conocer o a reconocer a sus electores. Y estos son los que tienen seguras mayores manifestaciones. Despedida en Lima. Recibimiento en la provincia. Despedida en la provincia. Recibimiento en Lima. Todo por partida doble.

Nosotros sentimos en estas cosas un síntoma de inquietud nacional. Las gentes están tornadizas y volubles. No quieren quedarse tranquilas en ninguna parte. Quieren andar trashumantes.

La obsesión se agranda.

Nos sentimos pasajeros, irremisiblemente pasajeros, fatalmente pasajeros.

Vienen a decirnos:

–¡Se ha ido del Perú un hombre ilustre!

Y vienen luego a agregarnos:

–¡Ha llegado al Perú un hombre ilustre!

Las emociones son sucesivas, fuertes.

Nos caemos sobre una silla y nos damos cuenta de que todo está dando vueltas y de que todo es inestable, muy inestable.

(En *El Tiempo*: Lima, 30–III–1917)

VOCES

El viajero inminente

Todos estamos enamorados de los Estados Unidos. Los Estados Unidos nos atraen como si nos hubiesen imantado. Vamos a migrar de repente por unanimidad a los Estados Unidos.

Si los hombres de los Estados Unidos nos propusieran venir a poblar al Perú a cambio de que nosotros nos fuésemos a vivir a los Estados Unidos, aceptaríamos enseguida.

Gran sandio y gran ingenuo será el señor Manuel Ugarte si tiene la ocurrencia de volver al Perú para dar conferencias contra los yanquis. No le daremos oídos. No le seguiremos por las calles como otrora. No llenaremos el teatro para ovacionarle.

Pregunta uno:

–¿De dónde ha venido ese señor que pasa?

Y le contestan:

–¡De los Estados Unidos!

Pregunta uno después:

–¿Y a dónde se va el coronel González?

Y le contestan:

–¡A los Estados Unidos!

Pregunta uno mas tarde:

–¿Y a dónde se va el doctor Manuel Vicente Villarán?

Y le tornan a contestar:

–¡A los Estados Unidos!

Todos nos vamos a los Estados Unidos o volvemos de los Estados Unidos.

Son estos unos viajes muy trascendentales. Unos van para hacer un empréstito. Otros van para hacer un negocio. El ideal de un viaje a los Estados Unidos es casi siempre cuestión de plata.

Es por eso que el viaje del señor Villarán a Nueva York es ahora el tema

de los grandes comentarios. El señor Villarán es candidato a una senaduría en propiedad. Es ilustre catedrático de la Universidad Mayor de San Marcos. Es amigo esclarecido del régimen.

La pregunta es unánime:

–¿Qué va a hacer en los Estados Unidos el señor Villarán?

Hay quienes responden:

–Va a gestionar un empréstito.

Entonces las gentes se quedan meditando en que lo mismo fue a hacer en los Estados Unidos el señor Manuel Montero y Tirado por la gracia del señor Pardo y del señor García y Lastres.

Pero hay también quienes dicen:

–¡El señor Villarán va a ser Presidente de la República!

Se enciende una curiosidad risueña:

–¿En Estados Unidos?

La contestación sonríe también:

–No: en el Perú. Va a los Estados Unidos para regresar de candidato.

El comentario callejero acaba por hacerse inquietante. La ciudad entera comienza a mirar sólo al señor Villarán. Y acaba por encontrarle además de candidato a la Presidencia de la República.

Mañana que el señor Villarán se embarque, la ciudad le sonreirá amorosamente en espera de que sus maletas hoy vacías regresen llenas de oro del empréstito. O de promesas no más.

(En *El Tiempo*: Lima, 31–III–1917)

VOCES

La casa cerrada

Estamos desolados.

La casa de la Cámara de Diputados ha sido profanada por la mano aviesa del albañil. Bajo la farola trágica, más trágica ahora que nunca, no hay plintos, no hay hemiciclos, no hay escaños. Todo está destruido y revuelto.

Si nosotros fuésemos unos pobres románticos diríamos que por la sala de la Cámara de Diputados han pasado los vándalos. Si nosotros fuésemos unos taimados maledicientes, diríamos que por la sala de la Cámara de Diputados han pasado el subprefecto y las hordas de Cotabambas. Si nosotros fuésemos unos risueños murmuradores diríamos que por la sala de la Cámara de Diputados ha pasado un cónclave universitario.

Pero no vamos a decir nada de esto.

Absolutamente.

Estamos con el alma partida de dolor, pero nos callamos, le imponemos silencio a nuestra pena y sujetamos el desbordamiento de nuestra aflicción.

Y es que sentimos que la sala de la Cámara de Diputados ha sido una sala familiar para nosotros. Bajo sus arcos, bajo su farola, bajo su amparo, hemos discurrido nosotros muchas veces. En esa grada hemos conversado un día con el señor Borda. Junto a ese muro nos hemos reído otro día con el señor Manzanilla. Sobre esa carpeta le hemos hecho un día una caricatura al señor Manuel Jesús Gamarra.

La mesa en que escribíamos nosotros no está en su sitio. La mesa en que escribía el doctor Luis Varela y Orbegoso tampoco está. Allí había un escaño. Aquí había un felpudo. Allá un timbre.

Se nos cae la cara al suelo de tristeza haciendo recuerdos y agrupando evocaciones:

La gran sala de la acústica caprichosa y de la farola polícroma está desolada.

Nos conmovemos.

Y hay una cosa que nos desespera: el Congreso no va a poder reunirse en esta sala el 28 de julio. Tendrá que reunirse en el Palacio de la Exposición. Y no nos parecerá tal vez el Congreso sino el Centro Universitario o una asamblea industrial.

Para que todo se pusiese anómalo y feo en esta tierra, únicamente faltaba que el Congreso y sobre todo la Cámara de Diputados se quedase sin palacio.

Repentinamente nos asalta una sensación angustiosa. ¿Será acaso que la sangre del doctor Grau está clamando al Cielo desde la sala de la Cámara de Diputados que tantas veces recogió los ecos de sus pasos y de sus palabras? Nos agarramos a una pared para no caernos al suelo.

Y en este momento en que escribimos, viene a nuestros espíritus la persuasión de que también el ánimo del señor Manzanilla está acongojado. El señor Manzanilla amaba el Palacio Legislativo, amaba la sala de sesiones, amaba el saloncito de la presidencia, amaba el salón de los pasos perdidos. Y amaba también la farola. El mismo indicaba el minuto de encender las luces eléctricas.

Es por eso que hoy se encuentra en trance de reproche al señor Elguera. Se arrepiente de su viaje a La Habana y de su viaje a Huacachina. Y mira con un gesto de rencor muy grande al presidente de la Comisión del Centenario.

El señor Manzanilla no se exonera de culpa. Se reconoce responsable. Si él no se hubiera ido de Lima no habrían hecho de la sala de la Cámara lo que han hecho.

A él como a nosotros nos saca de quicio que esta situación no tenga remedio rápido.

Y como somos un poco supersticiosos, nos parece que tiene mal agüero para el Congreso, para la patria, para todo el mundo.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º–IV–1917)

VOCES

Alegría

El ministro de guerra está convencido de que la onda trágica ha pasado ya. Tiene cara de fiesta. Y bebe en una misma copa con sus amigos del ejército.

Antes de ayer hubo para él ágape y brindis. Jefes y oficiales conspicuos quisieron ofrecerle una sorpresa. O una emboscada, como dijo él para dar en el comentario una prueba de su competencia militar.

Y corrió por la ciudad un solo comentario:

–El general Puente y los jefes del ejército están de fiesta en La Pólvora.

Nosotros alarmados salimos a la puerta a preguntar:

–¿En La Pólvora?

Y nos respondían:

–Sí: en La Pólvora.

Igual que ésta de ahora ha habido muchas encerronas militares en la historia del Perú. Unas veces han buscado la soledad de Limatambo. Otras veces han buscado la soledad de Amancaes. Hoy buscan la soledad de La Pólvora. Una soledad agresiva e intranquilizante.

Toda la ciudad abre la boca y dice con nosotros:

–¿Para qué se va el general Puente a La Pólvora?

Y repite más tarde inútilmente:

–¿Para qué?

No hay quien responda. El general Puente y sus amigos se sonríen. Sienten la necesidad de que el país les vea cogidos de las manos y solidarizados. Y esto es todo.

Se ve al general Puente contento e iluminado. Se ve al señor Pardo envejecido y magro. Y se asombra uno de que por el alma del general Puente no hayan pasado las mismas sombras que por el alma del señor Pardo.

El general Puente está hoy tan indiferente y tan sosegado como ayer.

Nada le inquieta. Nada le turba. Puede decir un brindis y vaciar una copa en cualquier instante en que sus amigos le hagan una emboscada para almorzar con él.

Y no le importa que las gentes se alarmen al escuchar tanto ruido de sables en ágapes que parecen conspiraciones.

Los hombres del gobierno salen a las calles para hablar así:

–¿No ven ustedes al ejército? ¡Está rodeando al general Puente! ¡Está solidarizado con él!

Y el general Puente dice lo mismo con los ojos desde el automóvil que lo lleva de un cuartel a Palacio:

–¿No ven ustedes al ejército? ¡Está rodeándome! ¡Está solidarizado conmigo!

Uno quiere persuadirse de que es cierto y se calla.

Viene al espíritu generosamente el anhelo de sentir que la paz y la felicidad vuelven a reinar en la tierra. Llama a la puerta el requerimiento del optimismo. Se abre paso rotundamente la convicción de que se debe expulsar desazones y temores.

Pero todo es inútil.

Y nada nos convence de que es cierto que ha tornado a nosotros la alegría aunque lo afirmen una libación y un almuerzo criollos y marciales.

El corazón sigue oprimido y obstinado.

(En *El Tiempo*: Lima, 2–IV–1917)

VOCES

Hacia el recogimiento

Calle la murmuración. Arrepiéntanse los pecadores. Hágase ayunos. Cúmplase la abstinencia. Evítense las malas tentaciones. Y cálmense las intrigas, los bullicios y todo lo que no sea cosa buena ni piadosa.

La semana santa ha entrado en nosotros para apaciguarnos, para curarnos, para convertirnos. Ha puesto en nuestras manos ávidas el pan de dulce almendrado. Y ha puesto en nuestras frentes la señal de la santa cruz.

La política se esconde. Se espiritualiza. Se transfigura. El doctor Manuel Bernardino Pérez no vuelve a hablar deshonestidades en la cátedra universitaria. El señor Secada dirige una mirada de conciliación a la Universidad Católica. El señor Manuel Jesús Urbina se confiesa tal vez con el obispo de Ayacucho en la serranía distante.

Caminamos hacia el recogimiento, hacia la unción, hacia la penitencia. El sermón de tres horas nos aguarda con la solemne glosa de las siete palabras. Y hasta parece que los ruidos callejeros se atenúan.

Grita uno en las calles:

–¡Ese gabinete! ¡Ese Riva Agüero! ¡Ese gobierno!

Otro replica sagazmente:

–¡No es hora de hacer bulla! Ha comenzado la semana santa.

Los hombres del gobierno sienten que la semana santa les ha llegado como un auxilio y se confían en las manos de la Divina Providencia para que los saque bien de toda empresa.

La ciudad se torna cristiana y se da al silencio y a la contemplación. Pasado mañana habrá llegado la hora de que se ponga de rodillas ante el Cordero de Dios. Hoy todo es en sus labios sabor de contrición y sabor de bizcocho.

Y hasta la política, transustanciada, tiene en estos días una manifestación representativa. Nace una o nacen dos candidaturas católicas a las diputaciones. Van a ser una o dos candidaturas de la semana santa y de la

cuaresma.

Místicamente la ciudad pronuncia los nombres de los candidatos. Y dice unas veces:

–¡El señor Pérez Palacios!

Y dice otras veces:

–¡El señor Pérez Palacios y el doctor Arenas Loayza!

Porque puede ser que los católicos lancen un candidato y puede ser que lancen dos. Comprenden que el instante los favorece. Saben que al amparo de la atrición y del recogimiento metropolitanos su palabra política tiene que ser palabra de fe para todos los hombres buenos y piadosos.

El momento es religioso. Tenemos Universidad Católica. Candidaturas católicas. Partido católico. Diario católico. Juventud católica. Apostolado católico.

El señor Secada va a tener que ser exorcizado una de estas mañanas. Acaso nosotros sus amigos amorosísimos haremos asperges sobre su cabeza pecadora.

La candidatura del señor Pérez Palacios, que fue una candidatura de los campos, se va a transformar en una candidatura de la Santa Madre Iglesia.

No parece sino que Lima quisiera elegir al señor Pérez Palacios su diputado a todo trance. Se lo pide en un momento con la invocación de todos sus árboles, en otro momento con la convocación de todas sus oraciones. Si el señor Pérez Palacios no quiere ser candidato rural ni candidato católico, resultará cualquiera de estos días candidato nacional.

A eso vamos.

Probablemente Lima cree que el señor Pérez Palacios tiene al mismo tiempo virtuosa nobleza de hombre del campo y abnegado empeño de caballero cruzado. Lo declara simultáneamente apto para labrar la tierra y para reconquistar Jerusalem. Y lo invoca con todos sus títulos.

Caminando hacia el recogimiento, pensamos nosotros dulcemente que estas candidaturas de la cuaresma se signan en la frente, en la boca y en el pecho y empiezan a hablarnos así:

–Amantísimos hermanos, etc...

(En *El Tiempo*: Lima, 3–IV–1917)

VOCES

Místico

Están cantando los gallos. La media noche nos pesa como un pecado. Y ajochados por la inminencia del alba tenemos que desperezarnos y ponernos a escribir.

Ha entrado a nuestra estancia la madrugada del jueves santo. Nos parece que hasta el reloj de la pared se ha vuelto menos ruidoso. Hay tal eclosión de sensaciones místicas en nosotros y en nuestro alrededor que querríamos tener a nuestro alcance al señor Secada para convertirle.

Ayer en la tarde habríamos gustado de encontrarnos con el señor Secada. Anhelábamos llevarlo a la penitencia. Nos aprestábamos para echarle agua bendita en la cabeza altiva, nerviosa y entrecana. Pero el señor Secada anda tan atareado por las certificaciones del registro civil que no hay ya manera de tenerlo a la mano.

Hubo tiempos felices en que lo embarazaba a uno un pensamiento y en que uno mentalmente invocaba al señor Secada seguro de que encontraría al señor Secada tras de la puerta o tras de una esquina.

El señor Secada era oportunísimo. El señor Secada estaba siempre suelto. Tan suelto que si el señor Secada hubiera sido el diablo nada habría quedado en su sitio sobre la faz del planeta, como dice el señor Pasquale.

Ahora el señor Secada es un hombre abrumado por las labores. Puede uno recorrer todo Lima, todo el Callao y toda La Punta sin encontrarlo. De claro en claro le preocupan y le afanan las partidas del registro civil. Fulano nacido en esta fecha. Mengano nacido en esta otra. Zutano nacido en la de más allá.

Nadie podría traernos a esta hora de la madrugada al señor Secada. Y nosotros, pensando en él y en el jueves santo, no nos explicamos en estos momentos que con una efusión de sentimientos místicos haya venido a nuestra alma el recuerdo de tan ilustre amigo.

Pero luego hallamos la explicación. Necesitamos al señor Secada para

convencerle, para salvarle, para aturdirle con la fuerza de nuestros argumentos y de nuestra dialéctica.

Han dado las 2 de la mañana.

Y han entrado a nuestra estancia los contertulios acostumbrados. Ninguno ha traído recogimiento. Todos han llegado con aspavientos y bullas.

Esto nos ha turbado.

Más tarde todos han querido hablarnos de política y sobre todo hablarnos mal del señor Pardo, del señor Riva Agüero, del general Puente y de otros hombres que podrán ser muy equivocados gobernantes pero que son siempre hermanos nuestros.

Nosotros no hemos querido escuchar a estos contertulios maledicentes y bulliciosos que han llegado a interrumpir la paz de nuestro espíritu.

Ellos nos preguntan:

–¿Saben ustedes lo que se dice del gabinete?

Y nosotros los atajamos:

–No queremos saberlo. Hoy es día santo.

Ellos insisten:

–¿Saben ustedes lo que se dice del señor Prado?

Tornamos a atajarlos:

–Hoy es día santo.

Y ellos no se cansan de tentarnos sin que nosotros cesemos de defendernos con todas nuestras palabras y con todos nuestros ademanes.

Han seguido cantando los gallos. Todos ellos nos han hablado del gallo que le recordó su deber a San Pedro. Hemos sentido que estaban saludando al jueves santo. Y nos hemos preguntado nerviosamente a quiénes les estarían recordando su deber los gallos de esta madrugada.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–IV–1917)

VOCES

Ruido de campanas

Ya ha pasado el viernes santo. Vamos de la media noche al alba. Y del alba iremos a la mañana y a los toques de gloria.

Los dos días santos han pasado con majestuoso compás de procesión y con perfumado olor de sahumerio, Trajes negros. Tarros. Cirios. Lienzos morados. Militares de parada. Humo de turíbulos.

Sale nuestro espíritu del recogimiento y al bostezar y al desperezarse torna a sentirse pecador. Ha concluido el ayuno. Ha concluido la abstinencia de carne. Ha concluido el contrito silencio de las campanas metálicas. Y nuestro espíritu, que se ha humillado y arrepentido ante el tabernáculo del "monumento" y que ha llorado con el sermón de tres horas, se hace la señal de la cruz para que Dios lo libre de pecado.

La política se ha sentido también piadosa en estos días. Se ha puesto tarro y chaqué y ha ido a los templos. Ha hallado impresionantes los "monumentos" con sus guirnaldas, con sus briscados, con sus lamparitas azules y rojas como las copitas de los aparadores, con sus cirios solemnes, con sus candelabros aristosos.

No creemos que la política haya hecho acto de contrición. La política no puede arrepentirse. Se pone tarro y chaqué por respeto a la tradición. La tradición norma en el Perú todas las cosas. Merced a ella los periodistas tenemos un día de descanso en el año.

Respetuoso de la tradición, el señor Pardo también se ha puesto tarro y chaqué y ha ido al templo. Ha oído misa. Ha tenido en su mano atildada la llave del tabernáculo.

Nosotros lo hemos visto entrar a la iglesia. Y también lo hemos visto salir. No hemos entrado con él para no sentirnos arrollados por su séquito marcial y por sus fanfarrias.

Pero en cambio habríamos querido ir a almorzar con el señor Pardo lo mismo que los jefes y oficiales del ejército. Nos imaginábamos que el

señor Pardo había presidido una cena pascual y que sus discípulos no habían tenido túnicas como los del Evangelio sino dolman y galones. Y nos imaginábamos que el señor Pardo había llamado a sus amados discípulos para invitarles el sazonado y criollo pan de dulce.

Una congoja ha afligido nuestro espíritu en estos dos días.

Ha sido la congoja de que mientras la Santa Madre Iglesia nos mandaba el recogimiento y la contemplación, el presidente Wilson y el senado americano le enseñan el puño cerrado a Alemania.

La impresión de esta hora emocionante y suprema, de esta conflagración de intereses y sentimientos, de estas clarinadas militares, nos entusiasma, nos solivianta, nos exalta.

Mas nos cohíbe y descorazona el contraste de que vibren tantas faunalias en un momento que es de atrición y de luto.

Y aguardamos ansiosamente la hora cercana de que las campanas toquen a gloria para pensar nosotros que están tocando a guerra.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–IV–1917)

VOCES

Papel impreso

El gobierno se va haciendo poco a poco una casa editora. Está empeñado en adquirir fisonomía de empresa periodística. Quiere comprar un periódico en el Cuzco. Quiere comprar un periódico en Arequipa. Quiere inundar de papel impreso toda la república.

Es el gobierno de las economías fiscales, pero encuentra muy armonizado con su concepto pasarse las horas haciendo cuentas sobre tipos, prensas y resmas. Periódico aquí. Periódico allá. Periódico acullá. Los hombres del régimen están resueltos a defenderse con las voces de muchas rotativas.

Las imprentas se fatigan imprimiendo hojas sueltas para todo el país. Este editorial tremendo. Esa carta procaz. Aquel documento emocionante. Toda la dialéctica ditirámbica del pardismo se prodiga en letras de molde. Y el señor Pardo debe estar convencido de que les hace un regalo muy grande a los peruanos.

Pero esta casa editora está sufriendo muchos sinsabores. Se siente ya en quiebra. No hay mercado para sus productos. Las gentes les han declarado el boycot. Y se ríen de los padecimientos gobiernistas.

Vemos a los hombres del régimen salir a las calles para hacerles propaganda a sus papeles.

–¿Han leído ustedes esto?

La ciudad se sorprende:

–¡Ah! ¿Y qué es esto?

Los hombres del régimen se salen de quicio y se exasperan.

Y la ciudad se muere de risa mirando cómo cuentan sus ediciones, cómo las envuelven, cómo las distribuyen en la república, cómo las mandan a los hogares de buena voluntad.

El señor Pardo está empapelando al país. Su prodigalidad le rodea de hombres que escriben en su elogio y honor. Y el señor Pardo no sólo quiere

laudatorias a su administración. Exige sobre todo invectivas a los ingratos ciudadanos que lo combaten. Frase amarga. Diatriba procaz. Gesto agresivo.

Malignamente las gentes observan que hay un instante en que el señor Pardo imita a Nuestro Señor y dice como él:

–¡Dejad a los niños que vengan a mí!

Y que es a los chicos vendedores de periódicos a los que el señor Pardo se dirige de esta suerte.

Probablemente el señor Pardo piensa:

–¡De los niños que pregonan la buena prensa es el reino de los cielos!

Los niños van a donde el señor Pardo y reciben de sus manos el papel impreso para repartirlo por la ciudad.

Mas estos chicos son muy taimados y aviesos. No les gusta fatigarse, correr ni trabajar. Se dan cuenta de que lo que el señor Pardo les entrega es papel impreso. Y no lo cotizan a tanto el ejemplar sino a tanto el kilo. El sistema métrico decimal tiene sus exigencias.

Tantas ingratitudes y tantas hostilidades desalientan a veces al señor Pardo y a sus amigos. Pero luego vuelve a sus espíritus el entusiasmo y torna su actividad a imprimir papeles.

Manos nerviosas trazan epígrafes sonoros para estos papeles que son papeles de todas las cataduras y de todos los linajes. Unos con precio. Y otros gratuitos. Verdad que la caja fiscal desmiente a los gratuitos. Pero verdad también que la caja fiscal es una institución reticente y caprichosa.

El afán del régimen es como para hacer ironías de todo tamaño.

Y la ciudad que lo comprende va a tomar de repente una actitud sonora y se va a poner de pie para decir a gritos:

–¡Este es un gobierno que estimula la cultura nacional! ¡Quiere que todos los peruanos lean! ¡Quiere que la lectura se haga aquí un hábito! ¡Y para crear el hábito quiere que todos los peruanos lean gratuitamente!

Sería una gran explicación.

Tan grande que valdría la pena recomendarla para un editorial gobiernista.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–IV–1917)

VOCES

Año escolar

La ciudad amaneció ayer con cara de colegial. Se percató de que habían terminado los misticismos y las contriciones. Y se percató de que se habían abierto ya de par en par las puertas de los colegios. Los libros, los cuadernos, las copias esperaban sobre una mesa.

Sentimos todos la angustia de la agonía de las vacaciones. Las horas negligentes del veraneo se perdían definitivamente. No más playas. No más funiculares. No más amorosa canción de las olas del mar.

Era negocio de echarse a llorar desoladamente.

Hasta nosotros llegó esta emoción. Nos sentimos chicos y colegiales. Abrimos un libro para persuadirnos de que estábamos enamorados de la ciencia. Y nos dijimos que también para nosotros se habían acabado ya las vacaciones.

Y no hicimos sino sentir, hacer y pensar lo mismo que todas las gentes.

Amaneció la ciudad con los ojos puestos en el calendario. El calendario le recordó que ayer se abría la Universidad Mayor de San Marcos. Y como la ciudad vive obsesionada por los episodios de la política, pensó inmediatamente que ayer tendrían que encontrarse juntos en la Universidad Mayor de San Marcos el señor Pardo y el señor Prado y Ugarteche.

Imposible era suponer que el señor Pardo no fuese a la apertura de la Universidad. El señor Pardo no olvidaría seguramente que había sido rector de este ilustre colegio. No podía pues privarlo del honor de que fuera su palabra la que abriese su nuevo año escolar.

Una gran sorpresa tuvo en la tarde la ciudad. El señor Pardo no iba a la apertura de la Universidad histórica. Se quedaba en Palacio. Mandaba en su representación al señor Valera.

Y el comentario callejero se encendió violentamente:

–¿Es posible que el señor Pardo no inaugure el año escolar de San Marcos?

–¡Evidente! ¡Acaba de pasar solo en un automóvil el señor Valera!

–¿Y por qué hace eso el señor Pardo?

–¡Misterio!

–¿Será por no encontrarse con el señor Prado y Ugarteche?

–¡Acaso!

La última pregunta se convirtió poco a poco en una afirmación.

Las gentes gritaron sin vacilar:

–¡El señor Pardo no ha ido a la Universidad por no encontrarse con el señor Prado y Ugarteche!

Y la afirmación no tuvo contradictores.

Mientras tanto en la Universidad el señor Valera trató de ser sustituto perfecto del señor Pardo. Sintió la solemnidad de la primera magistratura. Y pensó en que era una cosa muy importante ser Presidente de la República.

La ceremonia era ritual.

El discurso académico, vibrante y sustancioso.

El señor Valera oía y meditaba.

Pero los universitarios secundaron una travesura. Empezaron a circular en la sala muchas hojas sueltas sobre la candidatura del señor Torres Balcázar. Hojas apologéticas y ditirámbicas. Los universitarios las recibían y las comentaban. El señor Valera pensaba que estas hojas eran sin duda alguna unos nuevos papeles del régimen. Alguien le alcanzó una hoja. Y el señor Valera sufrió una decepción muy grande.

La ceremonia tuvo un calofrío.

Una palabra protocolaria y seca del señor Valera le puso término.

Y como los universitarios son chicos muy malévolos despidieron al señor Valera, a la salida de los claustros, con algunos vivas al señor Torres Balcázar.

El señor Valera se vengó de ellos con una mirada rencorosa y murmuró lleno de sinceridad al pasar el umbral universitario:

–¡De la que se ha librado Pardo!

(En *El Tiempo*: Lima, 10–IV–1917)

VOCES

Cuaresma política

Estos días no son como los que han pasado. Son paganos; no son místicos. Ya no hay quien piense en actos de contrición. Todo va a ser actos electorales. Muy pocos días faltan para que comience la cuaresma política. Se acercan cuarenta días de clubes, discursos, desfiles, cerveza, escarapelas y democracia.

Las elecciones son cosa que se avecina. Se siente en la atmósfera su proximidad. Se oyen sus pasos. Una de estas mañanas vamos a amanecer con ambiente de elecciones populares, que es como quien dice con ambiente de jornada cívica.

Nosotros pensamos que hemos salido de una cuaresma para entrar en otra. La que se fue era una cuaresma dulce. La que viene es una cuaresma bulliciosa. Tal vez va a tener tiros al aire. Y los que en una cuaresma fueron sermones de feria en la otra van a ser discursos agraces para soliviantar a los electores.

No va a empezar la cuaresma nueva en miércoles de ceniza. Va a empezar en domingo.

Unicamente ahora la ciudad parece haberse dado cuenta definitivamente de que tiene que elegir dos diputados propietarios y cuatro diputados suplentes.

Ha abierto los ojos y se ha convencido de que están aguardando su voto varios candidatos. Ha visto parados en fila al señor Miró Quesada, al señor Torres Balcázar y al señor Balbuena. Y los ha cogido con las manos, como cogen los niños a los soldaditos de plomo, para pasarlos de un lado a otro. De la derecha a la izquierda. De la izquierda a la derecha. Un juego abracadabrante y misterioso.

Nos acordamos a esta hora de que el señor José de la Riva Agüero y el señor José María de la Jara y Ureta también fueron candidatos. Y nos llenamos de pena porque no siguen siéndolo. Extrañamos la rosada

ingenuidad impúber del señor Riva Agüero. Y extrañamos la sonora frase elocuente del señor La Jara y Ureta.

Y sentimos de repente ganas de pedir más candidatos:

–¡Otro! ¡Otro! ¡Otro!

Pero los candidatos actuales se alarman y ruegan que los dejen solos en la lucha.

El señor Balbuena se pone a decir a voces:

–¡Somos un número bonito! ¡Tres! ¡Un número impar! ¡Un número imponderable! ¡Y no es que yo me arredre con un nuevo candidato! ¡No! ¡Yo pienso que una de las diputaciones es mía! ¡Sólo la otra está en discusión! ¡Yo lo hago por el señor Torres Balcázar y por el señor Miró Quesada!

Nosotros seguimos obsesionados gritando:

–¡Otro! ¡Otro! ¡Otro!

Repentinamente el señor Torres Balcázar se pone más colorado que nunca y une los suyos a nuestros gritos:

–¡Otro! ¡Otro! ¡Otro!

Y es que quiere que la ciudad se dé cuenta de su valor y de su denuedo.

Parece luego que la ciudad se empeñara también en darnos gusto. La ciudad llama a las puertas del señor Pérez Palacios y le dice que salga. Y con la ciudad se agita el Barranco y se agitan las campiñas.

El señor Pérez Palacios se escapa de su casa corriendo y por las calles lo siguen las gentes.

En este trance le hemos visto ayer.

Y hemos oído que el señor Pérez Palacios les responde a los peticionarios:

–¡Yo no quiero lanzar mi candidatura!

Y que los peticionarios le replican:

–No la lance usted ¡Pero deje que la lancemos nosotros!

Y hemos visto que el señor Pérez Palacios, ajochado, asediado, oprimido, no ha tenido que contestar entonces y ha regresado a su casa a toda carrera.

Así están las cosas.

Y así viene la cuaresma política a la cual no le hace falta para que sea definitivamente cuaresma sino que la candidatura católica salga a las calles.

(En *El Tiempo*: Lima, 11–IV–1917)

VOCES

Somos neutrales

Vivamos tranquilos.

El Perú no le declarará la guerra a Alemania. Está resuelto a ser neutral. Absolutamente neutral. No hará una imprudencia como los Estados Unidos. No. El Perú es un país reflexivo y pensador. No es un país sentimental. Es un país cerebral.

Podemos echarnos a dormir con toda fe. No nos despertará ningún cañonazo. La paz está velando sobre nosotros. Tiene en las manos el olivo simbólico. El arco iris ilumina nuestro cielo. Somos el arca de Noé en medio del diluvio. Aquí se va a salvar la especie humana. Y aquí se van a salvar también los animales.

Y debemos hacer un acto de gracia al señor Pardo. Es el señor Pardo el que no quiere que el Perú entre en la guerra. Su ecuanimidad es imponderable. Su espíritu cristiano se horroriza ante las cosas cruentas. Es natural. El señor Pardo no quiere que se derrame sangre peruana.

Vivamos tranquilos.

No es poca suerte que mientras los hombres se están matando sin piedad, nosotros gocemos de la gracia de Dios. Los Estados Unidos, el Brasil, Panamá y Cuba están en trance marcial. Se agitan nerviosa y febrilmente los demás pueblos americanos. Pero nosotros, llenos de sabiduría, tenemos una gran displicencia ante estas turbaciones. Una gran serenidad hierática hay en el gesto de nuestro gobierno.

El señor Pardo es dueño de muy razonables conceptos sobre la guerra. Le tiene un horror grande a la guerra política. Y este horror dicta sus deducciones sobre la guerra europea.

Pero contradiciéndole, refutándole, combatiéndole, está en Palacio el señor don Enrique de la Riva Agüero. El señor Riva Agüero tiene en sus venas sangre de príncipes belgas. Y casi es primo del rey Alberto. La neutralidad le parece una cosa inaudita. Tanto que nos parece oírle decir

en la intimidad al señor Pardo:

–¡Mira que me está mirando mi primo Alberto! ¡Mira que me está mirando mi familia!

El señor Riva Agüero quiere la guerra a todo evento. Ha redactado ya probablemente más de una declaratoria. No comprende cómo el señor Pardo pierde la oportunidad de hacer una postura emocionante como el presidente Wilson. Llora silenciosamente al persuadirse de que dos hombres –él y el señor Pardo– están a un centímetro de la celebridad y no pueden llegar a ella. Es el suplicio de Tántalo.

Sabemos que el señor Riva Agüero le pide todos los días al señor Pardo que le declare la guerra a Alemania. Y sabemos que el señor Pardo le da todos los días una negativa al señor Riva Agüero.

Clama el señor Riva Agüero:

–¡Cómo! ¿Y el hundimiento de la "Lorton"? ¿Va a quedar sin sanción?

Y le responde inexorable el señor Pardo:

–Somos neutrales.

Tenemos descubierto que el señor Pardo cree lo contrario que el señor Riva Agüero. Para el señor Pardo el camino de la celebridad no está en ir a la guerra sino en ser neutrales. Las declaratorias de guerra ya no son de moda. No llaman la atención. Preferible será que cuando se cuente todos los nombres de los países en lucha, se mencione el nombre del Perú como una única excepción.

Mas el señor Riva Agüero no ceja.

Ahora, en vista de la obstinación del señor Pardo, ha vuelto a pensar en la renuncia. La crisis que no han conseguido los acontecimientos internos la van a conseguir probablemente los acontecimientos externos. El señor Riva Agüero siente que la responsabilidad de no declararle la guerra a Alemania sería la primera responsabilidad de su carrera administrativa.

Si mañana o pasado renuncia el gabinete del señor Riva Agüero ya sabemos pues el motivo.

Y la historia también.

Memorias

Ayer habló uno de nuestros cronistas con el doctor Heráclides Pérez, el mismo doctor Heráclides Pérez de la prórroga del presupuesto y de otros papeles administrativos del señor Pardo.

Nuestro cronista fue a reportear al director de administración sobre las

memorias de hacienda que habían sido motivo de una información nuestra.

Y el director de administración le dijo primero:

–No he leído nada.

Mas tarde, frente a la información puesta bajo sus ojos, se dirigió a una oficina interior del ministerio y volvió luego para declararle que nadie podía haberse atrevido a adulterar un documento público.

Y le hizo entender lo siguiente:

–¡Ya les contestará a ustedes el papel que publicamos cotidianamente. A mí no se me ocurre desmentirles! ¡Pero supongo que se les ocurrirá la manera de hacerlo a los hombres que nos escriben para defendernos! Es cuestión de atribuciones.

El doctor Heráclides Pérez de la prórroga del presupuesto hablaba tranquila y serenamente.

(En *El Tiempo*: Lima, 12–IV–1917)

VOCES

Capilla fúnebre

Otra vez nuestro ánimo se siente compungido y enfermo. El país sigue trágico. Fuera de él se están matando los hombres. Dentro de él estamos aún velando un cadáver.

Tenemos sueño, pero no podemos dormirnos. El país es una capilla. Tenemos ganas de gritar y tampoco podemos hacerlo. Es indispensable que no hagamos bulla y que vivamos en silencio.

Un cadáver ilustre está aquí, junto a nosotros, entre nosotros, rodeado de cirios y de flores, loado en panegíricos, cantado en elegías, exaltado en oraciones. Y por muy grandes esfuerzos que hagamos para sentirnos contentos, un luto solemne que está en el ambiente y que está en los corazones nos oprime, nos sojuzga, nos arredra.

Hacemos una vigilia triste. Amanecemos. Y este tránsito de un crepúsculo a otro nos parece angustioso e interminable.

Hoy iremos al panteón. Veremos abrirse una fosa para guardar este cadáver venerando que ha llegado de Cotabambas, de un cementerio oscuro y lejano, de una serranía sórdida y traicionera, de una tumba rural y sombría. Veremos luego poner una lápida sobre esta fosa. Y veremos semblantes afligidos y ademanes melancólicos.

Hay una esperanza que sonríe en muchas almas y que es una esperanza optimista. En el panteón de Bellavista va a sepultarse hoy con el cadáver todo el período cruento que hemos vivido. Concluye definitivamente esta tragedia. Y nosotros queremos que esta esperanza sea también nuestra. Queremos que se haga convicción y certidumbre en nuestra conciencia. Pero después de creer que va a terminar el último acto de la tragedia, nos asalta el temor de que falte un epílogo. Y nosotros le tenemos una aprensión terrible a los epílogos.

La ciudad vive sin explicarse cómo esta onda mala no ha pasado todavía. Hace mucho tiempo que estamos aguardándolo. Mas cuando ya

hemos creído que la onda mala pasaba han venido voces del sur:

–Hay un ataúd en viaje a Lima.

Nos hemos sobrecogido.

Primero ha pasado sobre nosotros la melancolía del jueves y del viernes santo. Luego esta semana ha traído para todos otro jueves y otro viernes santo. El duelo no quiere irse del país. Se aferra a él. Casi somos a esta hora una república exornada con crespones.

Traen estas horas de silencio el recuerdo de que acabamos de atravesar un período truculento y de que estamos todavía en un período dramático. Hay voces que tratan de aturdir las conciencias. Pero son muy débiles. Tan débiles que las conciencias siguen escuchando acusaciones, anatemas, apóstrofes.

Para nosotros esta madrugada es obsesionante y penosa.

Tenemos a ratos la obsesión de que la ciudad está dormida. Enseguida la sensación se renueva. Indudablemente la ciudad está insomne. Acaso está viendo sombras.

Finalmente, para oprimirnos más, aun se adueña de nuestros espíritus la visión de la Semana Santa.

Y nos convencemos que todos los peruanos nos hallamos alrededor de una tumba abierta que nos está enseñando el cadáver llagado del Hijo del Hombre.

(En *El Tiempo*: Lima, 13–IV–1917)

VOCES

Llaman a la puerta

Nos están echando la puerta abajo.

Pensábamos que íbamos a vivir tranquilos y que la guerra no iba a entrar en nosotros. Sabíamos que el gobierno del señor Pardo endulzaba nuestra neutralidad con una sonrisa a los Estados Unidos. Creíamos que el ángel de la paz, el arco iris y la paloma con una rama de olivo en el pico constituían la heráldica de nuestro momento.

Mas ocurre que esta guerra sacude al mundo entero, y como sacude al mundo entero llama también a nuestra puerta.

Nuestra apatía criolla se alarma. Estamos muy lejos de la guerra. Vivimos a orillas del Océano Pacífico. No tenemos escuadras y ejércitos que enviar a la contienda. Tales son las convicciones acendradas de los peruanos. Y allí, dentro de su casa de la calle de Lártiga, está el señor José de la Riva Agüero, rosadito como un "ice cream soda", para traducirlas o interpretarlas.

Hombres idealistas salen a las calles y nos hablan de solidaridad, de ideal, de democracia.

Pero nos encogemos de hombros y decimos:

–¡Locos!

Luego nuestra alborozada eutrapelia se divierte honestamente y hace chirigotas:

–¡A ver! ¿Qué buques vamos a mandar a la guerra?

–Todos. El "Grau", el "Bolognesi", el "Chalaco", el "Lima", el "Rodríguez".

–¿Y los sumergibles?

–Los sumergibles no sirven.

–¿Y mandamos también el Regimiento Escolta?

–Justo.

–¿Y mandamos al general Puente?

–Por supuesto.

–¿Y mandamos al general Canevaro?

–No; al general Canevaro lo haremos aquí ministro de guerra.

Es necesario que riamos. Todos los hombres pueden matarse y todos los ideales pueden conflagrarse, que a nosotros nos tienen sin cuidado unos y otros. Nosotros somos neutrales. Nosotros estamos muy lejos de Europa. Nosotros no somos pupilos de nadie.

El doctor Cornejo, con frase, sabiduría y gesto de apóstol, dice también:

–Debemos solidarizarnos con los Estados Unidos. Ningún país tiene el derecho de ser neutral frente a esta guerra. La neutralidad es una aberración. Más aún, es una traición a los destinos del continente.

Las gentes no se atreven a decir que el doctor Cornejo es un loco.

Hablan también el doctor Porras, el doctor Deustua, el doctor García Irigoyen, el doctor Federico Elguera.

Las gentes no se aventuran a contrariarles, pero se encogen de hombros.

Unicamente los hombres idealistas aplauden y dicen que todas las naciones deben declararle la guerra a Alemania.

Sigilosamente renuevan las gentes sus bromas. No contradicen. No refutan. No replican. Hacen chistes. Preguntan cuántos hombres vamos a poner en pie de guerra. Preguntan si Alemania nos hará caso. Preguntan si pondremos la bandera peruana sobre la casa Oechsle.

Y es que ante todo defendemos nuestro derecho a la felicidad. Hemos vivido asistiendo a la guerra como a un espectáculo de circo. Vemos a los beligerantes como gladiadores. Nos divertimos. Tiene que parecernos muy ingrato que nos quieran aventar al picadero.

Nos sentimos indiferentes, absolutamente indiferentes, a este gran momento histórico.

Y nuestro gobierno, completamente digno de nosotros, pide que lo dejen tranquilo.

(En *El Tiempo*: Lima, 15–IV–1917)

VOCES

Todo igual

Hallamos las cosas como las dejamos ayer. No hay nada cambiado. Está igual el señor Pardo. Está igual el señor de la Riva Agüero. Están iguales los candidatos por Lima: el señor Juan Manuel Torres Balcázar, el señor Luis Miró Quesada, el señor Gerardo Balbuena. Todo el Perú está igual.

Aún somos neutrales. La guerra nos arredra y nos atemoriza. Comprendemos que es una cosa muy grande para que podamos llegar hasta ella. Preferimos seguir viéndola desde las esquinas del Palais Concert y de Leonard.

Y hasta el comentario público sigue malévolo y procaz.

–¿Por qué no entra el Perú en la guerra?

–¡Hombre, porque el Perú es muy chico!

–¡Una lástima!

–¿Verdad?

–¡Claro! ¡Era la primera vez que íbamos a ir a una guerra con la seguridad de ganarla y desperdiciamos la ocasión!

Como todos estamos tan necesitados de la risa, nos reímos no más.

Repentinamente suena un vocerío en las calles y pasan gritando los estudiantes. Han salido de un cónclave lleno de leaders y oradores. Jóvenes con anteojos en el alma han querido discutir una actitud sentimental con sentido de Congreso Pan–Americano. Han querido ser casi una conferencia de la paz. Pero al fin el sentimiento ha triunfado y se han quedado en las gradas de la asamblea los jóvenes que tienen anteojos en el alma.

Pero la ciudad no se ha estremecido al ver pasar a esta juventud vibrante y apasionada. No ha corrido tras de ella. No ha enarbolado banderas. No se ha unido a los himnos ni a los vítores.

Todos pensamos que el tumulto descompone el traje, fatiga la voz, enciende el rostro. ¿Para qué vamos a hacer los aspavientos de la juventud? Sigamos viéndola desde las gradas del Palais Concert con un bombón en

la boca y una sonrisa en la mirada.

El gobierno está convencido de que al Perú no le convienen solidaridades ni americanismos gravosos. Toma solemnemente su papel de gobierno neutral como toman las chicas en sus juegos el papel de mamás de sus muñecas. Se pone muy serio para que se convenzan de que es un gobierno ecuánime y serenísimo a quien no van a turbar las veleterías de otras naciones irreflexivas.

También el señor de la Riva Agüero se vuelve neutralista como el señor Pardo. Tiene la resolución de que no surjan en el gobierno disidencias. Es indispensable que no se le dé gusto a los oposicionistas que quieren la crisis. Nada de crisis. El señor Enrique de la Riva Agüero y el señor Pardo están muy cogidos de las manos.

La ciudad, que es muy impaciente, se pregunta:

–¿Acaso este gabinete de Riva Agüero va a quedarse para siempre en Palacio?

Y entonces le responden:

–No. Para siempre, no.

La ciudad no se queda contenta e insiste:

–¿Acaso va a quedarse mientras sea presidente Pardo?

Y le contestan:

–No. Va a irse muy pronto. Después de las elecciones. Pero antes del Congreso. Unicamente quiere hacer suyas todas las responsabilidades del proceso electoral.

Hay que deducir que este es un gabinete heroico. O hay que deducir que el señor Pardo lo sujeta para que acabe de cargar con todas las máculas de esta etapa de su período presidencial.

Mientras tanto, nosotros, que somos inquietos, que somos veleidosos, que somos neurasténicos, nos morimos de monotonía viendo que en el Palacio de Gobierno siguen los mismos ministros, que somos todavía neutrales, que los candidatos por Lima no han pasado aún de tres y que todo, absolutamente todo, continúa igual.

(En *El Tiempo*: Lima, 19–IV–1917)

VOCES

Gracia perdida

Se necesita un candidato.

El gobierno va a tener que poner un aviso en los periódicos. Y nosotros sentimos una satisfacción muy grande al economizárselo. La satisfacción de ser unos ciudadanos acuciosos, solícitos y útiles a la administración pública.

Salimos a la calle y nos paramos en la esquina del Palais Concert para preguntarles a nuestros amigos:

–¿No saben ustedes quién tendrá ganas de ser candidato?

Nuestros amigos creen que nos hemos vuelto locos y nos interrogan:

–¿Candidato a qué?

Muy serios les contestamos:

–Candidato a una senaduría. Y candidato del gobierno. Candidato del señor Pardo. Candidato de los partidos civil y liberal.

Pero nuestros amigos se obstinan en no creernos y en recelar de nuestro juicio.

Y es por eso que a estas horas estamos buscando por todas partes un candidato. Visitamos a las gentes en sus casas y las atajamos en las calles. Nos sentimos casi unos corredores de bolsa. Pensamos que nuestros bolsillos guardan las credenciales de una senaduría en propiedad. Y se las ofrecemos a todo el mundo.

Nos parece muy práctico decirlo por fin desde el periódico y hacerles esta pregunta a todos los hombres de buena voluntad:

–¿Quién quiere ser candidato oficial?

Sabemos muy bien que esta interrogación debían hacerla los papeles del gobierno. Pero sabemos igualmente que esos papeles no sirven ni siquiera para un honesto anuncio de demanda.

Pedimos, pues, a nombre del gobierno, un candidato oficial para una de las senadurías en propiedad por el departamento de Ancash. Era antes este

candidato el señor Pedro Rojas Loayza. El señor Rojas Loayza y el señor Carlos López no tenían opositores ni resistencias para llegar a las senadurías de Ancash. La divina gracia oficial había bajado sobre sus cabezas para ungirlas e iluminarlas.

Las gentes tienen, pues, que sorprenderse de que el señor Pedro Rojas Loayza haya perdido la simpatía del gobierno.

Así mismo nos sorprendimos nosotros cuando nos comunicaron la noticia infausta.

Mas no engañamos a nadie ni tampoco nos han engañado a nosotros. El señor Rojas Loayza ha dejado de ser candidato de los afectos del régimen. Absolutamente. Y no ha existido sino un motivo insignificante para esta ruptura. Un motivo que ha sido una carta. Una carta del señor Leguía al señor Rojas Loayza.

El señor Pardo, que es muy celoso, tuvo un día conocimiento de que el señor Leguía le había escrito al señor Rojas Loayza y puso el grito en el cielo:

–¡Cómo! ¿Rojas Loayza se entiende con Leguía?

El señor Concha trató de calmarlo:

–Se escribe no más, señor.

El señor Pardo se puso intransigente:

–¡Dos hombres que se escriben son dos hombres que se entienden! ¡Rojas Loayza no es leal amigo nuestro! Necesitamos un nuevo candidato. Hay que buscarlo ahora mismo.

Los hombres del gobierno están desde ese día buscando un ciudadano que quiera ser senador propietario por Ancash. El señor Rojas Loayza ha sido declarado leguiísta. Y el gobierno no transige con los leguiístas a menos que sean el señor Salomón o el señor Huamán de los Heros.

Y nosotros generosamente hacemos gratuitamente el anuncio:

"Se necesita un candidato"

Es un anuncio de oficio.

(En *El Tiempo*: Lima, 20–IV–1917)

VOCES

Nombres y apellidos

Ya estamos en plena cuaresma electoral. Cual hemos dicho, esta cuaresma no es callada sino bulliciosa, no es discreta sino sonora, no es apacible sino agitada. Sirve para demostrarnos que vivimos en una democracia y que tenemos entre otros grandes hombres al señor Juan Manuel Torres Balcázar, al señor Luis Miró Quesada y al señor Gerardo Balbuena.

Hay gritos, interjecciones, ciudadanos honestos y ciudadanos de alquiler.

Ayer nos sentimos de repente en medio de una atmósfera de jornada cívica. Había en la Municipalidad de Lima torvas cataduras de jiferos. Sonaban en sus pasillos agrias voces de malandrines.

Nosotros nos alarmamos y preguntamos:

–¿Qué es esto?

Y nos respondieron:

–Esto es que se va a elegir el personal de las mesas receptoras de sufragios.

Vimos al señor Luis Miró Quesada y al señor Juan Manuel Torres Balcázar. Y no vimos al señor Balbuena.

Oímos aclamaciones y vítores y comprendimos que nos hallábamos en medio de un minuto trascendental de nuestra democracia.

Esperamos.

La junta electoral comenzó a pronunciar los nombres de las comisiones receptoras.

Nombres y apellidos. Nombres y apellidos. Nombres y apellidos.

De rato en rato había un gesto risueño en el semblante redondo del señor Torres Balcázar.

Sentimos que el señor Torres Balcázar pensaba entonces:

–¡Ese es un hombre independiente!

Y el señor Eduardo Escribens traducía el pensamiento del señor Carlos Balcázar y lo gritaba:

–¡Ese es un hombre independiente!

Nos entusiasmábamos y aplaudíamos.

–¡Bravo!

Todos nuestros amigos y conocidos parecían salir de estas ánforas solemnes. Nos sentimos en familia. Creímos que ese era no el recinto de la Municipalidad sino el jirón de la Unión. Quinientos nombres y quinientos apellidos. Medio Lima.

Se nos ocurrió una pregunta:

–¿Y el candidato de los conservadores?

–Todavía no hay candidato de los conservadores.

Tuvimos que imaginarnos que habíamos preguntado una tontería.

Y siguieron saliendo nombres y apellidos. Nos acercábamos a la media noche. Continuábamos poseídos por las mismas emociones. Seguíamos oyendo el comentario del señor Eduardo Escribens.

Vimos de pronto al señor Jesús Larco y Torres y nos interrogamos:

–¿A qué habrá venido aquí el señor Jesús Larco Torres?

Supusimos que sería candidato a una de las diputaciones suplentes por Lima.

Nos dio sueño y nos indignamos finalmente:

–¡Que conste nuestra protesta! ¡Esto se está haciendo entre gallos y media noche!

–Y lo gritamos con tanto énfasis y con tanta energía que el señor Torres Balcázar nos dijo que teníamos maravillosa aptitud de adjuntos.

Una aptitud que nosotros nos desconocíamos, pero que, conforme a las prácticas de nuestra democracia, nos da puesto indiscutible en la política peruana.

(En *El Tiempo*: Lima, 21–IV–1917)

VOCES

La ciudad se agita

Ya ha comenzado a agitarse seriamente la ciudad. Todo se despereza y se distiende. El son del mitin y de la jornada cívica empieza a vibrar en la ciudad. Y hasta hay un síntoma que estremece y asusta: una bomba de dinamita.

Súbitamente hemos sentido todos una sacudida. La dinamita es siempre una cosa inquietante. Nada importa que sea una lata de betún con cincuenta gramos de dinamita la que se ponga en un umbral aviesamente. Es una bomba y es dinamita y basta.

Esta palabra ha sobrado para llenar de estupores e intranquilidades a las gentes:

–¡Dinamita!

Mas tarde la palabra se ha hecho una frase:

–¡Una bomba de dinamita!

Todos hemos salido a la calle y nos hemos parado en medio de la calzada para preguntar lo que ocurría:

–¿Ha reventado esa bomba de dinamita?

Y nos han dicho:

–No ha reventado. Era muy chica.

Y hemos preguntado luego:

–¿Estaba destinada acaso al señor Rafael Villanueva?

Y nos han dicho:

–No. Estaba destinada a la Compañía Peruana de Vapores.

Esto nos ha alarmado. Pensábamos nosotros que el humorismo criollo tenía dedicados todos sus petardos al señor Rafael Villanueva. El señor Villanueva posee entre nosotros fisonomía de Romanones o de Montero Ríos. Vive en consecuencia expuesto a que los hombres malos de la tierra, que son probablemente muchos, le quieran volar. Sólo que como aquí los hombres malos no son sino bromistas no podrían querer volarlo sino

asustarlo no más.

Pero esta dinamita de antes de ayer no ha sido dedicada al señor Villanueva sino a la Compañía Peruana de Vapores.

Hemos reflexionado un rato y nos hemos reído enseguida:

–No puede ser. Un atentado de esta clase no puede ser un atentado serio.

Nos ha preguntado la ciudad:

–¿Por qué? Se ha encontrado dinamita. Cincuenta gramos únicamente. ¡Pero dinamita al fin!

Hemos insistido:

–¡No puede ser! Si creyéramos que en el Perú comienza a hacerse justicia con dinamita, ¿se imaginan ustedes que los primeros cincuenta gramos estarían destinados a la Compañía Peruana de Vapores?

El argumento ha sido inteligente y decisivo. Las gentes lo han recibido con sonrisa y alegría. Se han alborozado a costa de nuestro buen humor.

Pero nosotros, a solas, hemos convenido en una cosa: la dinamita es un síntoma alarmante. La dinamita dentro de una lata esférica o cúbica es más alarmante todavía. Y cuando a la dinamita y a la lata se une el pabilo, la colisión de esos tres graves elementos es superlativamente alarmante.

Es que la ciudad se agita. Sus pulsaciones se aceleran. La fiebre es inminente. Por una parte hay una bomba de dinamita y por otra parte hay ambiente de bulla malandrinesca. Se conflagran los electores. Los candidatos cierran los puños. Comenzamos a vivir intensamente. Y vamos en automóvil y apresuradamente a una fecha terrible.

(En *El Tiempo*: Lima, 22–IV–1917)

VOCES

Cancha grande

No tendremos ya por qué extrañar ni al señor José de la Riva Agüero ni al señor José María de la Jara y Ureta en la lucha electoral de Lima. Para que haya cuatro candidaturas fuertes, cuatro candidaturas grandes, cuatro candidaturas viriles, acaba de atisbarse la aparición de una nueva. Y la ciudad aguarda con la respiración en suspenso que salga a las calles.

Hasta hoy sólo las candidaturas a las diputaciones suplentes iban multiplicándose como los panes del sermón evangélico. Además del señor Eduardo Escribens, del señor Oscar Devéscovi, del señor Carlos Iturrizaga y del señor Emilio Osterling, veinte ciudadanos más le piden sus votos a la ciudad. Todos los días suena el nombre de un candidato nuevo. Hay candidatos de gremio, candidatos de sociedad de auxilios mutuos y hasta candidatos de familia. Uno de estos días vamos a amanecer con un candidato en cada calle de Lima.

Pero los candidatos a las diputaciones en propiedad han seguido siendo los mismos. Permanentes, el señor Torres Balcázar, el señor Miró Quesada y el señor Balbuena. Intermitente, el señor Luis Felipe Paz Soldán. Nadie más ha querido ser candidato a una diputación en propiedad. Y así hemos vivido entre el señor Torres Balcázar, el señor Miró Quesada y el señor Balbuena.

Repentinamente esta monotonía simpática va a romperse. Una candidatura está detrás de la puerta lista para asomar en el balcón y hablarle al pueblo. Aún no se le ve, pero ya se le siente. Se escucha su respiración que es ordenada y tranquila. Se comprende que está llena de salud y de bríos.

Uno se para en medio de la calzada y pregunta:

–¿Y cómo va a salir este candidato a la calle? ¿En automóvil o en victoria?

Todos responden:

–Ni en automóvil ni en victoria. ¡Va a salir a pie para darle la mano a

todo el mundo!

La inminencia de la nueva candidatura nos pone intranquilos y desasosegados. Hemos vivido tanto tiempo pendientes de la esperada aparición de la candidatura del señor Pérez Palacios, que nuestros nervios están agotados y fláccidos. Y ahora no sabemos cuánto tiempo vamos a vivir aguardando la salida de la candidatura que debe surgir de un momento a otro.

Y es que hay una razón fundamental para que nuestro interés sea infinito. La candidatura nueva va a salir de nuestro barrio, va a salir de nuestra calle, va a salir de nuestra acera.

Para tener estos atributos no puede ser sino una candidatura muy importante. Y lo es indiscutiblemente. Cuando la tengamos en las calles se persuadirán todos de que lleva un apellido ilustre del partido civil, de que luce vibrantes arrestos de mocedad y de que exhibe títulos sonoros de simpatía.

No es una candidatura advenediza; es una candidatura con regular proceso de gestación.

Toda la ciudad sabe ya que es la candidatura del señor Jorge Prado y Ugarteche. Y lo único que ignora es cuándo va a presentarse en el umbral de su casa para llamar a su alrededor a todos los hombres de buena voluntad.

Nosotros estamos encantados porque la cancha se extiende, porque la lucha se anima, porque el panorama se complica.

Hacemos con los dedos una cuenta regocijada:

–El señor Balbuena, el señor Miró Quesada, el señor Torres Balcázar, el señor Prado y Ugarteche.

Y nos volvemos locos de contento.

Así mismo se nos caería el alma al suelo si el señor Balbuena, por ejemplo, desistiese.

Mas el mismo señor Balbuena nos ha dicho hace un segundo:

–Yo soy invencible. Una diputación sigue siendo mía.

Y luego con un entusiasmo inmenso:

–¡Dios es muy grande! ¡Dios amanece para todos!

Sólo que después hemos descubierto que el señor Balbuena hace cotidianamente estas exclamaciones para ponerse bien con los católicos.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–IV–1917)

VOCES

Minuto solemne

Este minuto histórico que vivimos quiere ser no sólo grande en el mundo sino también aquí en el Perú. Y es por eso que unas veces estamos a punto de declararle la guerra a Alemania y otras veces nos sentimos amenazados por una sublevación de indígenas.

La vida nacional llega indudablemente a una etapa interesantísima. Se diría que asistimos a un renacimiento peruano. Tenemos arte incaico. Teatro incaico. Música incaica. Y para que nada nos falte nos ha sobrevenido una revolución incaica.

Si ponemos los ojos en una vidriera nos encontramos con una momia. Si ponemos los ojos en un periódico nos encontramos con un artículo del doctor Kimmich sobre las ruinas del Tiahuanaco. Si ponemos los ojos en un escenario, nos encontramos con Ollantay y Súmacc Tica. Y si ponemos los ojos en otro escenario nos encontramos con el señor Daniel Alomía Robles y con el folklore aborigen.

Todas estas circunstancias se confabulan para dictar una sola conclusión: éste es el renacimiento peruano. Se abren las huacas para que surjan las sombras de los emperadores del Tahuantisuyo. Estamos en un minuto solemne.

Y si dirigimos la mirada al mapa nos encontramos con que los indios que, por virtud de la palabra del general Rumimaqui sueñan con la restauración de su dinastía y de su mascaipacha simbólica, se han levantado en armas y les muestran los puños agresivos a los osados mestizos que les sojuzgan y oprimen.

El color de este minuto de nuestra historia es un rubio color de lana de vicuña. Su ritmo es un cadencioso ritmo de huaynito. Se diría que este renacimiento aparece orquestado y armonizado por un sumo sacerdote del Sol.

Apenas si no nos explicamos todavía cómo no surge en Lima, por

ejemplo, una candidatura incaica. Sería una candidatura victoriosa desde su aparición. Haría un camino triunfal a las ánforas. Se pondría de moda. Los periódicos le harían reclamo con epígrafes a dos columnas como a la compañía de los dramas legendarios.

Hay en la ciudad la sensación de este renacimiento. Se comprende que es muy grande el minuto presente. Se abre la boca con admiración. Pero no falta, por supuesto, el comentario risueño.

Apenas hace un minuto, un hombre nos ha detenido para decirnos:

–¡El señor Pardo no sólo ha soliviantado a nuestro presente! ¡Ha soliviantado también a nuestro pasado! ¡Hasta los incas salen de sus huacas para combatirlo!

Y luego se ha muerto de risa.

Contrariando todas las gravedades solemnes del instante, el hábito nacional de la risa sigue triunfando.

Poco a poco todo se va haciendo risa entre nosotros.

El general Rumimaqui quiere ser inca del Perú. No sabemos si el general Rumimaqui haría un buen gobierno. No sabemos siquiera si haría un gobierno constitucional. Acaso se le ocurriría imitar al señor Pardo y prorrogaría el presupuesto. Tal vez pondría tambien en la dirección de administración al señor Heráclides Pérez. Quién sabe le aventaría igualmente al país un puñado de papeles procaces para contrarrestar la protesta de los hombres de bien.

Ignoramos todo esto.

Una sola cosa sabemos: que el general Rumimaqui quiere ser inca. Pues quiere serlo, acude al sistema de la montonera. Levanta el estandarte de la revancha. Prende una tea revolucionaria en lo alto de una serranía en la cual triscan y escupen las llamas.

Es el renacimiento peruano.

Amanece

Escribimos en una madrugada alegre.

Hay en torno de nosotros gran bullicio de gentes. El ruido de nuestra máquina de escribir parece asfixiado entre el ruido de tantas voces discutidoras. Nos sentimos aturdidos, confundidos, ebrios.

Es, sin duda, que amanecemos con un acontecimiento sonoro que no puede ser sino la candidatura del señor Jorge Prado y Ugarteche a una de las diputaciones en propiedad por Lima.

Candidatura de nuestro barrio. Candidatura de nuestra calle. Candidatura de nuestra acera. Ya lo hemos dicho. Y lo repetimos porque es una verdad definitiva y vibrante.

Sentimos que entre nosotros y esta candidatura la razón de vecindad crea solidaridades y vinculaciones indeclinables. Para algo vivimos en Lima. En Lima una razón de vecindad es una razón altísima.

Nada le falta ya a la candidatura del señor Jorge Prado y Ugarteche para salir a la calle y entregarse al abrazo de todos los ciudadanos. Absolutamente nada.

Está ya vestida de pies a cabeza y, por supuesto, vestida democráticamente de americana. De americana y con chaleco blanco.

Pensamos en este instante de la madrugada que la ciudad entera se ha congregado en la calle General La Fuente llamando al señor Jorge Prado y Ugarteche. Y pensamos que el señor Jorge Prado y Ugarteche se presenta en el umbral de su casa con el nimbo de su nombre civilista, de su simpatía metropolitana y de su aliento juvenil.

La multitud que nos rodea a nosotros y a nuestra máquina de escribir entona un verdadero y unánime himno:

–¡Esta es la candidatura de la juventud! ¡Esta es la candidatura del optimismo! ¡Esta es la candidatura del ideal!

Todo nos parece muy acertado y muy inteligente.

Pero agregamos por nuestra cuenta:

–¡Esta es la candidatura del General La Fuente!

La multitud nos aplaude:

–¡Bravo!

Indiscutiblemente nosotros estamos en lo justo.

Siguen en nuestro alrededor los entusiasmos, las voces, las aclamaciones, los entusiasmos, los actos de devoción.

Y mientras tanto amanece.

En el portal de la casa del señor Prado y Ugarteche se han quedado dormidos los ciudadanos aguardando la hora inminente de que la candidatura salga a las calles.

(En *El Tiempo*: Lima, 25–IV–1917)

VOCES

Aire libre

La guerra mundial, los Estados Unidos. Mr. Wilson, los candidatos a las diputaciones por Lima, el general Rumimaqui y el renacimiento peruano tienen la culpa de que vivamos un tanto olvidados del señorPardo. Poco a poco nos hemos ido acostumbrando a hablar de hombres distintos. Mr. Lansing ha llegado a alcanzar aquí mayor interés público que el señor Pardo.

Y hacemos mal.

El señor Pardo está mustio y pálido. La ciencia le ha recomendado el aire libre, el paseo y la distracción. Y su amigo más leal, más bueno y más complaciente es el automóvil que le lleva y le trae a lo largo de las carreteras y de las pistas.

Hoy le hemos visto pasar en su automóvil, envuelto en una atmósfera de bencina y le hemos hallado envejecido y magro. Nos hemos dado cuenta de todo el tiempo que le hemos tenido olvidado. Y una gran indignación contra nosotros mismos se ha apoderado de nosotros.

Hemos detenido al señor Balbuena en la calle para preguntarle:

–¿Por qué tenemos tan olvidado al señor Pardo?

Mas el señor Balbuena nos ha respondido:

–¡Ustedes! ¡Yo no! ¡Yo no tengo jamás olvidados a mis amigos! ¡Pienso siempre en ellos! ¡Mi devoción amistosa es inquebrantable!

No hemos querido que el señor Balbuena nos siguiera hablando de esta suerte y hemos seguido solos por las calles preguntándonos a nosotros mismos:

–¿Por qué tenemos tan olvidado al señor Pardo?

El señor Pardo está tedioso, está esplinático, está neurasténico. Sólo en el vértigo del automóvil, en la fruición del paisaje, en la alegría del campo y en la majestad del amor, encuentra su espíritu satisfacción y recompensa. Dentro de su automóvil siente que el Perú es muy chico. Y sobre todo siente

que el Perú marcha, que el Perú rueda y que el Perú corre.

Es por esto que el señor Pardo no piensa ahora sino en hacer caminos para automóviles. Está seguro de que el día en que la república se vea cruzada por un millón de automóviles habrá llegado a su máxima grandeza. La felicidad está en el campo, está en la ribera, está en el camino. Y al campo, a la ribera y al camino no es posible sino ir en automóvil. La felicidad es el automóvil.

Aún no nos hemos puesto a imaginar todos los pensamientos que debe tener un Presidente de la República dentro de un automóvil. Se nos ocurre que debe sentir la sensación de ser muy libre. El automóvil lo encierra, pero al mismo tiempo lo transporta a donde quiere. Y el automóvil no está sujeto a la inflexibilidad férrea de los rieles. Hace ondulaciones. Es tornadizo.

No sabemos cómo a todos los peruanos no nos recomienda la ciencia el aire libre lo mismo que al señor Pardo. Todos debíamos ir en automóviles por los caminos. Acaso es que sólo nos faltan automóviles.

Pero hemos descubierto una cosa.

El señor Pardo quiere indiscutiblemente que gocemos de una felicidad pluscuamperfecta. Y como no podremos ser felices sino el día en que podamos pasear en automóvil por el campo, quiere dejarnos abiertas las pistas sobre las cuales rodaremos más tarde. No hace sino pensar en caminos para automóviles. La avenida de Miramar, la avenida de Miraflores, la avenida de la Magdalena tienen todas sus predilecciones.

Tal vez la historia le hará justicia y dirá que el gobierno del señor Pardo ha sido el gobierno de las avenidas.

(En *El Tiempo*: Lima, 26-IV-1917)

VOCES

Visita

Es absolutamente exacto lo que dijimos ayer. El señor Pardo está tedioso. Su espíritu sufre inquietudes y desazones profundas. El automóvil y el campo le distraen y le regalan algunos momentos. Pero el señor Pardo no puede consagrarle todo el día al automóvil y al campo. Es Presidente de la República cual sabemos. Y no puede pasarse el tiempo paseando.

Ayer amaneció intranquilo el señor Pardo. No quiso ir a la avenida de Miramar. No quiso ir tampoco a La Pólvora ni a ninguna de las otras obras que los presidentes suelen visitar para que el país comprenda que se esfuerzan y que trabajan.

El señor Pardo fue a la Penitenciaría. En la Penitenciaría se está construyendo celdas nuevas. Hay allí una obra de albañilería que justifica una visita presidencial. Un Presidente de la República celoso no podía dejar de inspeccionarla.

Pero la ciudad, que es muy reticente, se preguntaba con obstinación:

–¿A qué ha ido el señor Pardo al Panóptico?

Y había gentes que hacían esta otra interrogación:

–¿El señor Pardo está en el Panóptico?

Todo por escuchar esta respuesta simple y monosilábica:

–Sí.

También nosotros salimos a las calles al recibir la noticia para preguntar con risueño candor:

–¿El señor Pardo está en el Panóptico?

Las gentes nos respondían afirmativamente:

–Sí.

Más tarde comenzaron a divulgarse los detalles de la visita. Se contaba cómo había entrado el señor Pardo al Panóptico y cómo había salido. A qué hora había entrado y a qué hora había salido. Con qué pie había entrado y con qué pie había salido. Una versión minuciosa, prolija, perfecta.

Nosotros nos quedábamos asombrados oyendo hablar a la ciudad y pensábamos que la ciudad celebraba la visita del señor Pardo al Panóptico. Somos todavía muy ingenuos para entender bien la complicada sicología de la ciudad.

Y sobre todo una cosa nos turbó entre todas las que la ciudad comentaba. Una cosa inocente pero sugestiva. Una cosa de esas que en los labios de la ciudad son tan interesantes.

Era que el señor Pardo había visitado también los altos del Panóptico. Los altos destinados a los presos políticos. Los altos de las prisiones históricas. Los altos del código de justicia militar.

Hay en esos altos tres habitaciones que encendieron respectivamente una curiosidad del señor Pardo.

Y en el umbral de una de ellas el director del Panóptico habló así:

–Aquí estuvo el señor Leguía.

Y en el umbral de la segunda, agregó:

–Aquí estuvo el señor Billinghurst.

No habló más el director del Panóptico.

Pero en el umbral de la otra habitación, el señor Pardo hizo esta pregunta:

–¿Y aquí quién ha estado?

El director del Panóptico dijo entonces:

–Aquí no ha estado todavía nadie.

Terminó la visita. El señor Pardo salió de la Penitenciaría y se alejó de ella.

Mientras tanto la ciudad, noticiada rápidamente de la visita al Panóptico, daba rienda suelta a sus impertinencias, a sus murmuraciones, a sus travesuras. Seguía preguntándose a qué habría ido el señor Pardo al Panóptico. Fingía a veces una sospecha y se apretaba el corazón. Temía por las hidalgas y buenas gentes que le hacen oposición al señor Pardo.

Y había un rato en que la ciudad temblaba y había otro rato en que la ciudad soltaba la risa.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–IV–1917)

VOCES

En el atrenzo

Ya la ciudad le ha visto la cara a la candidatura del señor Jorge Prado. Imperativa, exigente, pertinaz, le aguardaba a las puertas de la casa del General La Fuente. Y como la candidatura no salía, la ciudad impaciente se metió dentro de su casa para verle la cara antes de que apareciese a la calle.

Tenemos, pues, cancha grande desde hace varias horas.

Hay cuatro candidaturas que son como los cuatro puntos cardinales.

Todavía no podemos decir si la candidatura del señor Torres Balcázar es la candidatura del norte y la del señor Jorge Prado la del sur y la del señor Luis Miró Quesada la del oeste y la del señor Balbuena la del este.

Nos paramos en la puerta de nuestra casa con una veleta en la mano para llegar a esas conclusiones geográficas y orientarnos.

Y vemos que las gentes pasan corriendo por nuestra acera y por la del frente.

Sentimos que a un lado tenemos un candidato y a otro lado otro candidato. Uno en la calle de Lártiga y otro en la calle del General La Fuente. Y pensamos en que los dos tienen el noble color blanco en el traje. Uno en el pantalón y otro en el chaleco.

Vivimos encantados.

Los días electorales se acercan corriendo hacia nosotros con los brazos abiertos. Los presentimos emocionantes, bulliciosos, alegres. Y les pedimos por señas un anticipo de su emoción, de su bullicio y de su alegría.

Almas mal intencionadas se aproximan a la nuestra para arredrarla con su hálito pesimista y reticente.

Nos parece oír una interrogación así:

–¿Habrá tragedia?

Y entonces protestamos:

–¡No! ¡Tragedia no! ¡Por Dios!

La voz del señor Balbuena nos acorre desde muy lejos:

–¡Tragedia no! ¡Todos somos hermanos! ¡Todos somos amigos! ¡Hagamos todos un honesto esfuerzo cívico!

Y enseguida la juventud nos saca de preocupaciones tristes. Viene a nuestra casa y la llena como un raudal de entusiasmos. Se sube sobre las mesas y nos revuelve los papeles. Grita. Ríe. Juega.

Nos paramos gravemente detrás de nuestra máquina de escribir y preguntamos:

–¿Dónde han estado ustedes?

Y la juventud nos responde:

–¡En la casa de Prado! ¡Prado es el candidato de la juventud!

Hacemos una interrogación risueña:

–¿Y es también el candidato de la adolescencia?

Y nos responden:

–¡También!

Y hacemos una interrogación más:

–¿Y es también el candidato de los jóvenes futuristas?

La juventud se ríe. Nos da con los papeles en la cabeza. Nos abraza. Nos tunde con sus gritos de despedida. Y se va toda en tropel.

Tras de la juventud salimos a la calle.

Hallamos a nuestra calle y nuestro jirón inundados de animación y regocijo. Si el señor José de la Riva Agüero fuera siempre pretendiente a una diputación, tendríamos tres candidaturas en nuestro jirón. Nuestro jirón representaría el ombligo de la opinión limeña. En la calle de Lártiga el señor Torres Balcázar sonoro y el señor Riva Agüero rosado. En la calle del General La Fuente el señor Jorge Prado nervioso. La fuerza, el futurismo y la juventud.

Así habría sido indudablemente.

Por eso el mismo señor Balbuena nos acaba de decir:

–¡Estoy buscando casa cerca de ustedes!

(En *El Tiempo*: Lima, 28–IV–1917)

VOCES

Entre telones

No le miren ustedes el semblante al señor Pardo en estos momentos. Sean prudentes. El gesto del señor Pardo es risueño en la superficie pero ácido en el fondo. El señor Pardo ha sufrido un fracaso.

• El proceso electoral es un juego para el señor Pardo. No un juego de azar sino un juego de habilidad. Un juego como el ajedrez. El señor Pardo apuesta, y cuando pierde se impacienta y se indigna. Solitario, en su despacho presidencial o en su alcoba, mueve las fichas de un tablero que es el tablero del encasillado electoral.

Y el señor Pardo acaba de perder un juego. Le han vencido. Y le han vencido en una forma tan llena de galantería que no le deja protestar y que ni siquiera le deja poner cara adusta.

Era el señor Alfredo Solf y Muro el candidato único a la diputación por Chiclayo. Los partidos civil y liberal le habían proclamado. Todas las gracias y virtudes se habían confabulado alrededor de su persona para nimbarla gloriosamente.

Pero hubo un día malo en que, acodado sobre su tablero, el señor Pardo pensó que el señor Solf y Muro no era pardista. Pensó que era pradista. Vio imaginativamente que, cogidos de la mano, el señor Javier Prado y Ugarteche y el señor Alfredo Solf y Muro le hacían morisquetas.

El señor Pardo se inquietó profundamente y les preguntó a sus amigos:

–¿Qué es Solf y Muro?

Cauta y redomadamente le contestaron:

–Solf y Muro es catedrático de la Universidad de San Marcos.

El señor Pardo se puso pensativo y se calló. La enunciación de la Universidad de San Marcos le recordaba nuevamente al señor Prado.

Y en otra oportunidad volvió a hacer la misma pregunta:

–¿Qué es Solf y Muro?

También entonces le contestaron con ingenuidad discreta:

–Solf y Muro es miembro de la junta directiva del partido civil.

El señor Pardo sintió otra vez que, como en la Universidad, el señor Solf y Muro estaba también muy cerca del señor Prado en la junta directiva del partido civil.

Y un día se embarcó para Eten el señor Enrique Pardo, y puso en manos del señor Cabrera el ofrecimiento de la diputación por Chiclayo a nombre de su hermano el presidente de la república.

Vaciló el señor Cabrera, pero insistió el señor Enrique Pardo. Fue la suya una dialéctica persuasiva. El señor Solf y Muro era evidentemente un distinguido ciudadano. Mas el gobierno necesitaba imperiosamente que fuesen a la Cámara sólo sus amigos incondicionales.

Y hubo de rendirse a las tentaciones el alma provinciana del señor Cabrera.

Entonces el señor Solf y Muro hizo un ademán orgulloso. Retiró su candidatura a la diputación por Chiclayo y se inclinó cortésmente ante el señor Cabrera.

Avisándole su desistimiento, el señor Solf y Muro parecía decirle al señor Cabrera:

–Pase usted no más. Pase usted solo. Yo me retiro.

Pero el alma provinciana del señor Cabrera sabe también ser un alma genuflexa y gentil. La sonrisa y el ademán del Sr. Solf y Muro la sedujeron. Y el señor Cabrera quiso hacer lo mismo que el señor Solf y Muro.

Pagándole la deferencia, el señor Cabrera le decía al señor Solf y Muro reverentemente:

–Pase usted no más. Pase usted solo. Yo me retiro.

Así ha terminado el incidente.

Ha perdido una jugada el señor Pardo.

Y no puede hacer sensible su desagrado. Tiene que sonreírse. Tiene que callarse. Un jugador pundonoroso no puede dar de gritos ni puede mesarse los cabellos.

Mientras tanto el señor Solf y Muro, gentilhombre metropolitano, y el señor Cabrera, gentilhombre rural, siguen haciéndose genuflexiones por encima del hombro del señor Enrique Pardo, estupefacto todavía.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–IV–1917)

VOCES

Trance democrático

En el centro y en el suburbio, en el Palais Concert y en el arrabal, en esta esquina y en esa otra, en la acera nuestra y en la acera del frente, en todas partes se siente que vivimos en una democracia. Todo es vítores y voces populares. Todo es atmósfera de jornada cívica. Hay furtivos y persistentes hálitos de pisco y de cerveza.

Andando por las calles se da uno cuenta de que sólo falta un día para que empiece el mes de las elecciones. Mayo, que es en otros países el mes de la primavera, es entre nosotros el mes de los comicios populares. Mayo no nos hace pensar en el búcaro que recibirá nuestro ramo de flores sino en el ánfora que recibirá nuestro voto.

La ciudad es recorrida por honestos grupos ciudadanos. Unos aclaman al señor Torres Balcázar. Otros aclaman al señor Balbuena. Otros aclaman al señor Miró Quesada. Todavía la candidatura del señor Jorge Prado no ha hecho un paseo por las calles.

Y todos nos sentimos rodeados de candidatos y de electores que hablan de la libre emisión del voto y de otras cosas similares.

Parado sobre una silla en el umbral de su imprenta dice el señor Torres Balcázar a los ciudadanos que le aclaman:

–¡Aguardemos la lucha en las ánforas!

El señor Balbuena nos dice en el jirón de la Unión:

–¡Confío mi suerte a las ánforas!

Y luego nos agrega haciendo una digresión:

–¡Rectifiquen ustedes! ¡Yo no busco casa en la calle de ustedes! ¡Tengo la casa de "El Tiempo"! ¿No es mía la casa de "El Tiempo"? ¿Para qué voy a buscar otra?

Y no se oye hablar sino de las ánforas y de los esclarecidos ciudadanos que van a vigilarlas y a defenderlas.

Ignoramos cómo nuestro criollismo ha consentido que sobreviva a todas sus influencias el noble, ático y pagano nombre de ánfora. El ánfora

ya no debía llamarse así entre nosotros. Acaso podría denominarse porongo.

Mientras el ánfora siga llamándose tal, no será posible que simbolice al mes de mayo en el Perú. Si un anónimo lechero la bautizase con mote más lógico, podría simbolizarlo enseguida. El ánfora es vulgarmente misteriosa. Esconde raros sortilegios a pesar de que está hecha de hojalata. Y en cualquier momento puede resucitar la excelsa fábula de la caja de Pandora. Un ánfora electoral puede servir, pues, en toda oportunidad, para el estudio prolijo de nuestra historia republicana.

Estas son puerilidades que no inquietan absolutamente a nuestra democracia. Nosotros somos acaso los únicos que las examinamos. Hacemos mal sin duda alguna. Mejor haríamos en unirnos a las expansiones entusiastas del sentimiento popular.

Hemos salido a las calles y hemos pensado enseguida que está en su apogeo el sistema nacional del club y del tumulto. El señor Torres Balcázar lo cultiva puro y tradicional. Sus partidarios se deslizan a pie o en victorias. El señor Balbuena y el señor Miró Quesada modernizan el sistema. Sus partidarios pasan en automóviles veloces.

Sólo que el señor Torres Balcázar afirma malignamente y en son de apótrofe como él afirma todo:

–Es que mis partidarios son muy numerosos y no caben en todos los automóviles de la ciudad.

Muy pocas horas faltan para que comience también la candidatura del señor Jorge Prado a hacer la vida del club y del tumulto. Muy pocas horas faltan para que se abran las puertas de sus casas políticas. Muy pocas horas faltan para que sus paladines vayan de un suburbio a otro suburbio.

Hasta ahora la candidatura vive dentro de la casona del General la Fuente. Permanece en nuestra vecindad. El patio y los salones sonoros de la casona del General La Fuente se llenan de adhesiones. Y la juventud arde en deseos de desbordarse por la ciudad con el nombre de su candidato en los labios. Una vez que la candidatura del señor Prado se eche a las calles, la ciudad va a llegar al máximo de su fervor democrático.

Nos sentimos en la antesala de un mes emocionante.

Ayer

No quiso descansar ayer la política.

Y es que la política cuando es política electoral no respeta el precepto religioso del domingo santo.

La ciudad se reunió ayer en el hipódromo de Santa Beatriz. Se inauguró la temporada de las carreras. Y la política quiso asistir también a la fiesta elegante y gentil.

El señor Torres Balcázar quiso presenciar el triunfo de un caballo del señor Químper en el clásico de apertura. Pensó como el señor Basadre y como el señor Escribens que el triunfo de "Willful" era también un triunfo de la minoría.

Y el señor Torres Balcázar y el señor Escribens Correa fueron en la fiesta de Santa Beatriz los candidatos de exhibición y de moda.

No tuvieron competidores.

El señor Balbuena, y el señor Miró Quesada y el señor Prado se quedaron en la ciudad sin fijarse en que la ciudad se iba al Hipódromo.

El triunfo del caballo del señor Químper en el clásico de apertura motivó entusiasmos políticos vibrantes. Hubo champaña en honor del señor Químper. Y hubo brindis en honor del señor Torres Balcázar.

Repentinamente se le ocurrió al señor Torres Balcázar hacer una exégesis:

–¡"Willful" llevaba el número 20! ¡Esto es simbólico! ¡El 20 de mayo es el día de las elecciones! ¡El número 20 está con nosotros!

La gente turfista ovacionó al señor Torres Balcázar y chocó con la suya su copa de champaña.

Y, de regreso al centro, la gente turfista pensaba que el señor Torres Balcázar estaba en lo cierto, que el número 20 simpatizaba con la oposición y que el número 20 era antigobiernista. Y se preguntaba si el número 21 sería solidario con el número 20.

(En *El Tiempo*: Lima, 30-IV-1917)

VOCES

Mayo nacional

Este día que amanece no es un día vulgar. Es el primer día del mes de mayo, que es un mes de complicadas emociones electorales. El reloj nos advierte que estamos en el umbral de un mes sonoro y tremendo.

Ya hemos llegado a mayo. Los peruanos nos alegramos de esto no por que sea un mayo florido sino porque es un mayo electoral. Si fuese un mayo florido no les interesaría probablemente sino a los enamorados y a los estudiantes, que son grandes simplones.

El primero de mayo es para otras gentes el día de una efemérides de reivindicaciones. Para nosotros este día primero de mayo es también el de una efemérides trascendental. Recuerdo una revolución del doctor Durand iniciada a la altura de Yanacoto, que es como decir a la altura de la luz eléctrica metropolitana. Los liberales iniciaban una reivindicación y nada podía parecerles más justo que hacerlo dejando a la ciudad a oscuras.

Mayo es, pues, para el Perú un mes de reivindicaciones. Una vez estas reinvindicaciones fueron jornadas cívicas. Otra vez estas reivindicaciones fueron un viaje del partido liberal al Cerro de Pasco en un tren de pasajeros. Las reivindicaciones han tenido siempre ente nosotros curiosas y originales modalidades.

Y este mayo que hoy comienza se inaugura con grandes promesas. Hemos estado esperándolo mucho tiempo. Desde muy lejos se ha hecho anunciar con tiros y tragedias. Ha querido encontrar al país enlutado y trémulo. Y es lógico que nos haya sobresaltado e inquietado.

Amanece este día entre clamores de candidaturas vibrantes. Suena en una aclamación el nombre del señor Torres Balcázar. Suena en otra aclamación el nombre del señor Luis Miró Quesada. Suena en otra aclamación el nombre del señor Balbuena. Suena en otra aclamación el nombre del señor Jorge Prado.

Hay en la ciudad en este día cuatro candidaturas políticas y una

candidatura obrera a las diputaciones en propiedad y veinte candidaturas de todos los matices y de todas las fachas a las diputaciones suplentes.

Sentimos que sus partidarios pasan por las calles a pie o en carruaje.

Y entran a nuestra estancia gentes trasnochadoras que nos dicen:

–¡Ya llegamos al primero de mayo!

Nosotros les respondemos:

–Justo. Es el día de la efemérides de Chicago. Y es el día de la efemérides de Chosica.

Las gentes trasnochadoras nos responden:

–¡Es el primer día del mes de mayo de 1917! ¡Para nosotros no hay efemérides!

Nos callamos y nos ponemos a escribir monologando las palabras de nuestro artículo. Nos persuadimos de que nuestra máquina "Underwood" tiene la misma sensación que tenemos nosotros en el umbral del mes de mayo. Nos preguntamos cuál será la sensación del señor Pardo en este día.

Y de repente se callan todos los rumores de la calle para que nuestros nervios se tranquilicen y para que lentamente sintamos el amortecimiento del insomnio fatigado.

Tras una pausa de sueño nos encontramos viviendo plenamente el mes de mayo. Habrá en las calles voces de jornada cívica. Saldrán de sus escondites las ánforas de hojalata. Afloran al jirón de la Unión los pecheros y los mandarines de los suburbios. El imperio criollo de la cerveza y de la butifarra populares entrará en su apogeo. Y el panegírico de los candidatos tendrá en unos labios una glosa enamorada y en otros labios una glosa mordaz, que así es el mundo y así somos todos los hombres.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º–V–1917)

VOCES

La voz de Leguía

Ha llegado de repente al Perú una voz conocida. Ha llegado desde muy lejos. Ha llegado de improviso.

En la estancia privada y en la vía pública latía pertinazmente desde hace mucho tiempo esta interrogación:

–¿Y Leguía?

A veces una onda sorpresiva soplaba alegremente y una aseveración rotunda circulaba por todas partes:

–¡Viene Leguía!

Nosotros salíamos a la puerta de nuestra casa y preguntábamos:

–¿Cuándo?

Y nos respondían:

–¡Muy pronto!

Pero la onda pasaba furtivamente y nos engañaba.

Mas tarde se aglomeraban al rededor de nosotros las angustias, las murmuraciones, las penas, las inquietudes. La opinión nacional se inquietaba intranquilizadoramente. El país se llenaba de quejas y de gritos airados. Pero siempre había un paréntesis para preguntar:

–¿Y Leguía?

Los leguiístas invocaban a Dios con la cara vuelta hacia Londres. Se arrodillaban a la hora de la puesta del sol con el alma inclinada sobre un punto del mapa. Iluminábanse de rato en rato y salían a las calles sonrientes para decir:

–Ha escrito Leguía.

Hoy ha sonado repentinamente entre nosotros una voz lejana. La ciudad se ha estremecido. Y los leguiístas se han llenado de alborozo y han gritado:

–¡Oigamos la voz de Leguía!

Nosotros hemos salido a la puerta de nuestra casa para rectificar:

–¡La voz del señor Roberto Leguía!

Los leguiístas han seguido jubilosos y jocundos:

–¡Ha hablado Leguía!

El apellido ha vibrado incesantemente en sus labios enamorados. Han callado el nombre. El nombre no tiene para ellos importancia. El culto es el apellido.

Nosotros hemos preguntado:

–¿El señor Roberto Leguía vive en la República Argentina?

Nos han dicho:

–Sí. El señor Roberto Leguía vive en la República Argentina.

Y nos han agregado luego, sin que nosotros lo averiguáramos:

–El señor Larco Herrera también vive en la República Argentina.

Hemos callado para volver los ojos al Palacio de Gobierno. Al Palacio de Gobierno han llegado los ecos de la voz lejana. Y han encendido un gesto intranquilo y ácido. El nombre que tiene tantos cultos y tantas devociones no suena bien en el Palacio de Gobierno. Parece que tampoco suena bien en la casa del señor Pardo. Los hombres que tienen inclinaciones leguiístas y que al mismo tiempo tienen aspiraciones electorales lo saben perfectamente.

El señor Pardo no ha escuchado con indiferencia la voz del señor Leguía. La ha escuchado con desazón. Y ha preguntado después de escucharla:

–¿Roberto Leguía es aún vicepresidente de la República?

Ha habido sonrisas de los áulicos, de los corifantes, de los turibularios. Un papel impreso ha hecho las acostumbradas piruetas y los acostumbrados volatines. Las gentes metropolitanas se han callado y le han dirigido una mirada muy honda al señor Pardo.

Y se ha escrito en las crónicas una frase así:

"La voz de Leguía llegó por primera vez al Perú el primero de mayo, que es día de efemérides gloriosa, etc., etc..."

(En *El Tiempo*: Lima, 2-V-1917)

VOCES

Rueda de molino

Hay un solo tema para toda la ciudad que es tan grande. Un tema que monopoliza los comentarios. Un tema que llena los periódicos. Un tema que sube del suburbio al Palacio de Gobierno. Un tema que enciende mil debates.

Ya la ciudad no se ocupa sino de la cotización del trigo y del arancel de la harina. Los molineros y panaderos entran y salen del ministerio de hacienda. El alcalde Luna se encuentra irresoluto entre las exigencias del concepto del pueblo y las exigencias del concepto del gobierno. Unos hombres le recuerdan que es candidato a una diputación y le dicen que es el pueblo el que le va a elegir. Y otros hombres le dicen que en el Perú no elige el pueblo.

Estas gentes limeñas que no parecían preocuparse de la vida y que se quedaban dormidas hasta el mediodía, se han puesto de pie de repente y se han tornado trágicas.

Y han gritado:

–¡El pan está muy chico! ¡La vida está muy cara! ¡Vamos a morirnos de hambre!

El señor Pardo ha tenido que escuchar estos clamores y ha tenido que salir al umbral de su despacho para hablarles a las gentes. El ministro de hacienda ha reunido en su oficina a los obreros. Los fabricantes de pan le han llevado sus cuentas al alcalde. Los molineros han salido alarmados a las calles. Los periodistas han recurrido una vez más a la excelencia del reportaje.

Sorpresivamente el gobierno se ha sentido envuelto en un conflicto que es un conflicto grave. Toda la gente que tiene hambre y que es mucha le ha rodeado para hablarle de las subsistencias. La prensa le ha abrumado con sus apreciaciones y cálculos.

Primero ha clamado la ciudad:

–¡El pan está muy caro!

Más tarde han clamado los panaderos:

–¡La harina está muy cara!

Finalmente han clamado los molineros:

–¡El trigo está muy caro!

El gobierno ha oído alarmado esta serie de clamores. Ha sentido ganas de indignarse contra la ciudad, contra los panaderos y contra los molineros. Pero se ha reportado. Y después de pensar en una ley terrible contra los panaderos o contra los molineros, ha concluido dando una ley terrible contra los revendedores de pan.

Y le ha dicho a la ciudad:

–¡Habrá pan grande!

El gobierno acude al sistema del pan grande para adquirir la simpatía nacional. No le parece fácil conseguir que el pan sea barato. Mas sí le parece fácil conseguir que el pan sea grande.

Y quien padece un fastidio obsesionante con todas estas cosas es el ministro de hacienda. Todas las gentes no le hablan sino del trigo. El les responde con cifras y cálculos aritméticos. Y las gentes le siguen hablando del trigo.

El país se sonríe y piensa que la sabiduría del ministro de hacienda va a ser poca para un problema tan complejo como el del trigo.

El señor García y Lastres frunce el entrecejo. Cree que estas cuestiones del trigo han sido creadas por la oposición para molestarlo. Le asaltan tentaciones de ordenar a sus papeles que se lo digan al país. Sueña con un grano de trigo que se hace grande como una montaña. Y en una pesadilla siente que este grano de trigo le ahoga.

En el comentario público el trigo es el asunto de las preocupaciones unánimes. La importación del trigo. El impuesto al trigo. La calidad del trigo. El trigo, el trigo, el trigo. Nada más que el trigo.

Y el señor García y Lastres se persuade de que el presente peruano se condensa en un grano que es en estas horas tan simbólico como las espigas del hambre de Egipto.

(En *El Tiempo*: Lima, 3–V–1917)

VOCES

Camino llano

El trigo y la harina no consiguen absorber a la opinión pública. La cuaresma electoral es más impresionante que el trigo y que la harina. Y la política no se deja sojuzgar por los problemas económicos.

Cada momento sentimos más cercano el 20 de mayo. Las elecciones corren hacia nosotros velozmente. Parece que se aproximan en automóvil. Traen en las manos muchas promesas. Y los clubes sacuden a la ciudad todas las noches con sus vítores y con sus entusiasmos. Las casas políticas abren de par en par sus puertas y recogen entre sus muros arengas y ditirambos. Aquí la casa política del señor Torres Balcázar. Allá la casa política del señor Miró Quesada. Acullá la casa política del señor Balbuena. Y en nuestro jirón y en nuestra acera la casa política del señor Jorge Prado.

Estamos en una pista muy amplia que nos lleva al encuentro de las elecciones. Caminamos tras de cuatro candidatos a las diputaciones en propiedad y treinta candidatos a las diputaciones suplentes. Sentimos una atmósfera de gasolina y de cerveza que nos solivianta cívicamente como un brindis.

El señor Torres Balcázar está en una heroica postura de luchador. Se le ve más fuerte, más colorado y más redondo que cuando fue leader de la oposición parlamentaria. Se le siente iluminado y magnífico.

Y como está el señor Torres Balcázar están los señores Miró Quesada y Balbuena y el señor Jorge Prado que ya es definitivamente candidato.

Las cuatro candidaturas continúan inconmovibles. En los bastidores de la política se han agitado muchas sugestiones para que no fuesen sino tres. Pero el señor Jorge Prado se ha sentido rodeado por muchos afectos y por muchas devociones. Ha comprendido la importancia del momento democrático que vivimos actualmente.

Hace rato que la candidatura del señor Jorge Prado ha salido de la

casona del general La Fuente. No ha recorrido aún toda la ciudad. Mas ha llegado en hombros de sus amigos hasta el Palais Concert por un lado y hasta la casa política del Serrano por otro.

Todo es a nuestro alrededor clubes populares y voces de multitud.

Y esta ciudad que se pasa las horas clamando contra la crisis de las subsistencias, se olvida transitoriamente del pan y de la harina, del trigo y del ministro de hacienda, del grano candeal y de las espigas doradas para pensar únicamente en las elecciones y en los candidatos.

(En *El Tiempo*: Lima, 4-V-1917)

VOCES

Voto de censura

El trigo le continúa dando muchos dolores de cabeza al señor García y Lastres. No quiso el señor García y Lastres que se exonerase de impuesto al noble grano. Desechó el proyecto del señor Luis Miró Quesada. Se alarmó ante la posibilidad de que el gobierno hiciese excepciones extraordinarias a favor del trigo.

Hay gentes que sostienen que el señor García y Lastres dijo así:

–¡No favorezcamos al trigo! ¡No creemos para él una situación singular! ¡No le concedamos ningún privilegio! ¡La opinión pública podría hacerle serios cargos al gobierno! ¡Yo no quiero que se me suponga un protector de la importación de trigo!

El señor Luis Miró Quesada, armonizando su deber de alcalde con su deber de candidato a una diputación por Lima, sostenía la conveniencia de liberar de impuesto al trigo y a la harina. Afirmaba que los molineros necesitaban trigo barato y que los panaderos necesitaban harina barata. Se ensayaba en la oratoria parlamentaria.

Mas el señor García y Lastres no transigía:

–¡Ni el trigo ni la harina! ¡Ni la harina ni el trigo!

Y anteayer la municipalidad de Lima ha pronunciado un voto importante. Ha aprobado la gestión del señor Luis Miró Quesada a favor del trigo y de la harina. Se ha solidarizado con sus ideas. En buena cuenta ha pronunciado un voto de censura contra el señor García y Lastres.

La voz de la municipalidad de Lima ha llegado al despacho del señor García y Lastres sonoramente:

–¡Exoneremos de impuesto al trigo!

El señor García y Lastres, indignado, ha respondido desde su despacho:

–¡No me da la gana!

Y la municipalidad de Lima, porfiada y tenaz, ha decidido esperar al congreso. El congreso no pensará lo mismo que el señor García y Lastres.

Oirá las razones que el señor García y Lastres no ha querido oír. Hará lo que el señor García y Lastres no ha querido hacer. Y el señor García y Lastres tendrá que acudir al congreso a discutir con él sobre el trigo, si hasta entonces es ministro.

El voto de la municipalidad de Lima ha tenido especial resonancia en la ciudad. Toda la ciudad ha dicho que el señor García y Lastres está censurado. No ha podido censurarlo el congreso. Pero lo ha censurado la municipalidad. No hay sino que abrir los ojos y leer los periódicos para darse cuenta de ello. El señor García y Lastres no ha aceptado la exoneración del impuesto al trigo y a la harina pedida por el señor Miró Quesada. Y la municpalidad se ha solidarizado con la petición y con el pensamiento del señor Miró Quesada. Si el señor García y Lastres fuese concejal habría ya un motivo para insinuarle que renunciase el ministerio.

Pero se piensa, sin embargo, que el trigo y la harina serán la causa de que el señor García y Lastres se vaya del gobierno.

El país ha encontrado al fin la forma de desesperar al señor García y Lastres. Y el país es muy dado a la zumba y al humorismo. Hostigará al señor García y Lastres implacablemente con el tema que más le fastidia y molesta. Se quejará eternamente contra el pan que está tan chico y que está tan caro.

Y, tal vez, la historia tendrá que decir mañana que las gentes malignas de este país sacaron al señor García y Lastres del ministerio de hacienda tirándole granitos de trigo a la cabeza hasta volverlo loco.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–V–1917)

VOCES

Ovación y vuelta al ruedo

Esta nerviosa candidatura del señor Jorge Prado, que no ha nacido del conchabamiento político sino de una vibración democrática, se ha paseado ya en hombros por las calles de Lima.

Ha dejado de ser una candidatura de barrio, una candidatura de Palais Concert, una candidatura de casona solariega y patio grande, para empezar a ser una candidatura de plazuelas, desfiles y tumultos.

Nosotros la pronosticamos.

Un día sentimos en la atmósfera de nuestra calle que había una candidatura inminente muy cerca de nosotros.

Mentalmente pasamos lista a todos nuestros vecinos ilustres y pronunciamos el nombre del señor Jorge Prado. El nombre nos dio la clave del secreto. La candidatura inminente era la candidatura del señor Jorge Prado.

Nos preguntamos:

–¿Candidatura civilista?

Y adivinando nuestro pensamiento nos respondieron todas las gentes:

–¡No! ¡Candidatura civilista, no! ¡Candidatura independiente! ¡Candidatura de la juventud! ¡Candidatura del ideal!

Mas tarde nuestra calle se llenó de adhesiones. Vinieron a ella gentes de todas partes. Gentes del suburbio y gentes del corazón de la ciudad. Y tocaron a la puerta de la casa del señor Prado para verle la cara, oírle la voz y saber si era o no candidato. El señor Prado no abrió sus puertas al principio. Habló desde la ventana. Se resistió a salir a la calle. Pero las gentes se precipitaron dentro de su patio y lo hicieron pretendiente a una de las diputaciones por Lima.

Así nació la candidatura del señor Jorge Prado.

Nosotros se la pronosticamos a la ciudad. Nosotros se la pronosticamos al señor Pardo. Nosotros se la pronosticamos al mismo señor Jorge Prado.

Ayer las gentes jóvenes de la ciudad fueron a la casa del señor Jorge

Prado y la hicieron vibrar con sus actos de devoción.

Y el señor Prado les dijo:

–¡Vamos a una plaza pública! ¡Quiero tomarle el pulso a la ciudad! ¡Y me propongo auscultar su corazón!

Las gentes jóvenes contestaron:

–¡Vamos! ¡Vamos!

El señor Prado salió a la calle cargado por las gentes jóvenes. Le llevaban en hombros como se lleva a Belmonte después de las buenas corridas. Y hasta le aventaban sombreros.

Y el señor Prado no quiso que se ratificase la proclamación de su candidatura en el patio de su casa ni en la plazuela de la Merced ni en la plazuela de la Exposición. Quiso que se ratificase en la Plaza de Armas frente a los balcones del Palacio de Gobierno que son en esta hora nacional los balcones del señor Pardo.

La juventud, que es muy maliciosa y muy mataperra, quiso algo más. Quiso que la candidatura del señor Prado le hablase al pueblo desde el balcón municipal. Como quien dice desde el balcón del señor Luis Miró Quesada.

Todo fue como quisieron el señor Prado y la juventud.

En la Plaza de Armas y bajo los balcones del señor Pardo se ratificó la proclamación de la candidatura del señor Jorge Prado.

En la Plaza de Armas y desde los balcones del señor Luis Miró Quesada le habló al pueblo el señor Jorge Prado.

Un gesto popular y un gesto político llenos de símbolos.

Más tarde el señor Jorge Prado fue conducido a su cuartel político nuevamente en hombros. Nuevamente en hombros, como Belmonte después de las buenas corridas.

Y por eso el comentario político de anoche se reducía a estas palabras sintéticas:

–Ovación y vuelta al ruedo.

(En *El Tiempo*: Lima, 6–V–1917)

VOCES

La frase ilustre

Hoy ha tornado a sacudir los nervios de la ciudad el nombre ilustre que enciende sus más sonoras e inquietantes devociones. Ese nombre ilustre ha sonado en todos los labios durante algunas horas. Unos labios le han dado una entonación reticente. Pero todos lo han pronunciado.

La palabra del señor Augusto Leguía es tal vez la última palabra de condolencia que llega al Perú por el asesinato del doctor Grau. Viene desde Londres que está conmovido por los estremecimientos de la guerra. Parece la póstuma condenación y el póstumo anatema.

El país ha cogido con las dos manos "El Tiempo" y ha fijado largamente los ojos en la firma de una carta emocionante y expresiva.

Y se ha preguntado:

–¿Esta es la firma del señor don Augusto B. Leguía?

El corazón le ha respondido que sí en una palpitación.

Los leguiístas, que se prosternan todas las tardes y levantan las manos al cielo con la cara vuelta a Londres, se han agitado intensamente. Han corrido por las calles con la carta del señor Augusto Leguía en las manos. Se la han aprendido de memoria.

Y han entrado a nuestra estancia para interrogarnos:

–¿Han leído ustedes, frase por frase, la carta del señor Augusto Leguía?

Mesuradamente les hemos contestado:

–Sí.

Ellos han insistido:

–¡Este no es ya el señor Roberto Leguía! ¡Este es el propio señor Augusto Leguía!

Nos hemos sonreído:

–Claro.

Y ellos se han ido de nuestra casa sin despedirse, blandiendo como una bandera el periódico de la carta sensacional.

La emoción ciudadana ha sido excepcional, tremenda, vibrante. Ha corrido por Lima un calofrío agudo. El corazón de la metrópoli ha reconocido, a pesar de toda la lejanía, el sonido de la voz del señor Leguía.

Ha habido un grito único:

–¡Es la voz de Leguía!

Y así tenía que ser.

Esta es la primera vez desde el histórico documento de su manifiesto que el señor Augusto B. Leguía habla para todo el país. Esta es la primera carta suya que no tiene un sentido íntimo y personal. Esta es la primera ocasión nacional que le hace romper su silencio.

Hasta hace algún tiempo los hombres del gobierno decían del señor Leguía cuando su nombre era un estandarte en muchos labios:

–¡Bah! ¡Leguía está muy lejos! ¡Leguía no está con ustedes!

Y repetían siempre:

–¡A ver! ¡A que no habla Leguía!

Hoy los leguiístas se vengan de ellos y gritan:

–¡Ya ha hablado Leguía! ¡Leguía, el que está en Londres! ¡Leguía, el que fue Presidente de la República!

(En *El Tiempo*: Lima, 7–V–1917)

VOCES

Pista liviana

Este automóvil que va por las calles y por las avenidas con más prisa que ninguno es el del señor Pardo. Viéndole pasar por la ciudad pensamos todos que viene de ganar un record de velocidad. Y nos engañamos. No viene de ganar record alguno. Viene de Miraflores.

Meditemos.

Y digamos que este automóvil es el mejor amigo del señor Pardo. Es tal vez su único amigo leal. El señor Pardo dejará escrito probablemente en la historia del Perú que el perro y el automóvil son las cosas más fieles del mundo. Toda su tranquilidad, todo su sosiego, todo su bienestar están confiados al automóvil. Si su automóvil le traicionase el señor Pardo se sentiría desolado. El le ampara, él le lleva y le trae, él le guarda y le cobija.

No es difícil declarar que el principal instrumento de gobierno de un presidente peruano puede ser un automóvil. El señor Pardo lo demuestra. Sin automóvil el señor Pardo viviría entre inquietudes, desazones y tristezas. No gozaría el placer infinito del raudo paseo campesino. No se regalaría con la noble visión sonora del mar.

Para el señor Pardo, su automóvil es la felicidad, la poesía, la paz, el amor, la historia, el presente, el futuro, la belleza, el arte, el universo. Para el señor Pardo su automóvil es la gloria. Para el señor Pardo su automóvil es el Perú.

Y por el automóvil el señor Pardo va a legar al país las obras que lo inmortalizarán. Una es la avenida de Miraflores. Otra es la avenida de Miramar. La suave y blanda pista que lleva a la Magdalena primero y a Miraflores después es obra del señor Pardo. La que llevará de la Magdalena a Miraflores será obra del señor Pardo también.

Paseándonos en automóvil por la avenida de la Magdalena y sintiéndola hermosa, mullida y plácida, nos hacemos de vez en cuando esta pregunta:

–¿Qué otra cosa quiere el país?

Mas tarde nos arrepentimos de la interrogación y nos damos golpes de pecho. Hacemos penitencia. Pronunciamos un apóstrofe muy grande y muy procaz contra el señor Pardo. Pero la sinceridad de nuestra alma ha estado sin duda alguna en la primera exclamación.

Y muchas veces reincidimos en esta sinceridad, ingenua y diáfana:

–¿Qué otra cosa quiere el país?

Miramos al señor Pardo perderse entre un nimbo de polvo y de humo en la lejanía de la Avenida de Miraflores o de la Avenida de Miramar y sentimos que tiene un culto acendrado por las cosas poéticas. Los lugares de su predilección se llaman Miramar y Miraflores. El mar y las flores tienen todas las preferencias de su espíritu. El mar, las flores y el automóvil.

Estamos seguros de que este automóvil, que lleva al señor Pardo a Miraflores y a Miramar, comprende perfectamente la trascendencia de su papel histórico. Va y viene raudamente. Jamás hay en sus llantas ni en sus neumáticos una rebeldía. Todo es en unas y otros obediencia y disciplina.

Probablemente este automóvil vive enamorado del señor Pardo. Su interior debe ser dulce y elegante. Sus cristales deben ser transparentes y brillantes. Su motor debe ser imperturbable y majestuoso.

El país no se da cuenta acaso de estas cosas. Es demasiado trivial su preocupación. Pone los ojos en la crisis de las subsistencias y los quita del señor Pardo.

Y, mientras tanto, el señor Pardo cree todo lo contrario. Piensa que el país no quita los ojos de su automóvil. Y hace que su automóvil corra, corra y corra, como un pájaro que se escapa, entre dos filas de árboles y gendarmes.

(En *El Tiempo*: Lima, 8–V–1917)

VOCES

Gobierno liberal

Este gobierno del señor Pardo no quiere ser civilista. Por supuesto tampoco quiere ser constitucional. Ve a la cabeza del partido civil al señor Javier Prado. Y ve en la bandera del partido constitucional a la constitución al lado de un sable viejo y mellado. Estamos en vías de persuadirnos de que este gobierno del señor Pardo se llamará en la historia del Perú gobierno liberal.

Acabamos de hablar con los liberales. Nosotros les hemos dicho, por decirles algo:

–¿Ustedes están todavía con el gobierno?

Y ellos nos han respondido:

–¡Nosotros no estamos con el gobierno! ¡Nosotros estamos en el gobierno! ¡El gobierno es del partido liberal!

Nos hemos quedado asombrados:

–¿Ustedes están en el gobierno? ¿El gobierno es del partido liberal?

Hemos cerrado los ojos y hemos visto luego que el gobierno estrechaba amorosamente entre sus brazos la candidatura del señor Gerardo Balbuena. Hemos sentido que la candidatura del señor Balbuena tiene todas las simpatías del señor Pardo. Hemos oído que aclamaban al señor Balbuena no sólo los ciudadanos honestos sino también los pecheros de la traílla gobiernista.

Y hemos salido en busca del señor Balbuena para abordarle.

–¡Doctor! ¡Doctor! ¿Es cierto que su candidatura es la favorita del señor Pardo?

–¡El señor Pardo es partidario mío! ¡Como ese trabajador que me saluda! ¡Como este proletario que me acompaña! ¡Como aquel menestral que me vitorea! ¡Como todo el pueblo de Lima!

–¡Perdón, doctor! Le queríamos preguntar si es usted el candidato del gobierno.

–¡Yo soy el candidato de todos los hombres sanos y bien intencionados y de todas las instituciones amables y generosas! ¡Si el gobierno que es una institución, me hace también su candidato, magnífico! ¡Bien haya el augur de ustedes!

–El augur no es nuestro. Es de la ciudad que ha oído su nombre en los labios de los malandrines y de los galloferos.

–¿Mi nombre en los labios de los malandrines? ¿Mi nombre en los labios de los galloferos? ¡Bien! ¡Encantador! ¡Admirable! ¡Mi nombre contribuirá entonces a la rehabilitación democrática de los malandrines y de los galloferos! ¡Los ciudadanos honrados estamos obligados a rehabilitar a los que no lo son! ¡Seamos caritativos! ¡Seamos amorosos! ¡Seamos cristianos! ¡No hagamos una aristocracia de la virtud cívica! ¡Ustedes son virtuosos! ¡Yo soy virtuoso! ¡Pero no despreciemos a los pecadores si los pecadores se arrepienten!

En este punto hemos dejado al señor Balbuena. Su palabra no nos ha dicho si el gobierno le da o no todo el amparo de su gracia a su candidatura. Su aseveración ha sido, como siempre, fluida y escurridiza. Hemos sentido que se volatilizaba en el aire antes de llegar a nuestros oídos y a nuestra comprensión.

Y hemos tornado a decir que el gobierno del señor Pardo se va haciendo poco a poco un gobierno liberal. Hemos pensado que acaso algún día el señor Pardo será presidente de los liberales. Hemos comprendido que en tanto que la figura del señor Javier Prado aleja al señor Pardo del partido civil, la figura del señor Augusto Durand lo acerca al partido liberal.

Este presidente de la república que corre en automóvil por las alamedas, no es ya civilista. Se escapa del partido civil como una oveja de su aprisco. Y se escapa con la prisa de sus caballos de fuerza.

Insensiblemente el gobierno ha caído en poder del partido liberal. Y no ha sido porque el partido liberal haya ido a Chosica para cortar la luz y regresar a Palacio. Ha sido porque las puertas de Palacio han sido abiertas por el señor Pardo para el partido liberal.

Así es como la candidatura del señor Balbuena se presenta a estas horas nimbada por las predilecciones del señor Pardo. Así es como se ha enseñoreado en el corazón del gobierno. Así es como el anhelo enamorado del régimen le hace un dosel protector.

Sentimos que en la calle suenan vítores al señor Balbuena. Son recios y procaces. Pensamos que no son los vítores de los ciudadanos honestos sino los vítores de los ciudadanos impuros.

No sabemos si apenarnos o si regocijarnos.

Dudamos.

Y nos parece oír que la voz del señor Balbuena nos dice:

–¡Ustedes son virtuosos! ¡Yo soy virtuoso! ¡Pero no despreciemos a los pecadores! ¿Me aclaman los malandrines? ¡Es que se rehabilitan!

(En *El Tiempo*: Lima, 9–V–1917)

VOCES

Olor de pólvora

Revolución.

Allá en Bolivia, donde pronunció antes de ayer una palabra evangélica de paz y de concordia el presidente Montes, hay desde ayer hombres que han empuñado la bandera de rebeldía.

Esos hombres no aspiran como el general Rumimaqui a la resurrección del imperio del Tahuantisuyo. Protestan contra la elección del señor Gutiérrez Guerra como presidente de la república boliviana. Alzan un estandarte que es para ellos el estandarte de las reivindicaciones.

Hemos sentido repentinamente que sonaban disparos distantes y nos hemos consternado.

Todos hemos asomado a nuestros balcones para hacer esta pregunta anhelante:

–¿Revolución?

Nos han contestado:

–¡Revolución!

Y tras una pausa angustiosa nos han dicho luego:

–¡Revolución en Bolivia!

Nosotros, cautos y tímidos escritores, nos hemos dejado caer en nuestro asiento. Ha pasado por nuestra puerta el comentario callejero. Hemos oído que labios ecuánimes decían displicentemente:

–Es la historia de estas pequeñas repúblicas sudamericanas.

Un período de paz y una revolución. Una hora de calma y otra de tormenta. No tiene importancia.

Y el eco ha persistido:

–Es la historia de estas pequeñas repúblicas sudamericanas.

Nos hemos puesto a pensar en lo fácil que es para una de estas pequeñas repúblicas sudamericanas amanecer un día entre los disparos y los clamores de una revolución. Los ciudadanos que se acuestan serenamente en las

noches pueden ser despertados en la madrugada por los tiros de los ciudadanos que tienen sombríos insomnios. Y los gobiernos que suponen que en la cabecera de su cama vigila el ángel de la guarda, no están libres de que les sorprenda y les estremezca un alba trágica.

Hay en nosotros en estos minutos de la medianoche profundo miedo y aguda desazón.

Pensamos que estos tiros venidos desde el sur nos han sacudido a todos los peruanos porque en estos momentos nuestros nervios están hiperestesiados por la agitación del momento democrático que atravesamos.

Vivimos entre bandos rivales, entre candidatos heroicos, entre clubes denodados y entre tiros al aire. Nuestra sensibilidad se encuentra excitada. El grito de los ciudadanos soliviantados nos quita el sosiego y nos llena de intranquilidad.

Es explicable que nos inquietemos cuando nos gritan:

–¡Revolución!

Somos muy nerviosos.

Ignoramos si el señor Pardo será tan nervioso como nosotros. Ignoramos si estos tiros vecinos del sur habrán turbado su calma. Ignoramos si esta noticia de revolución llegada de una casa vecina habrá conmovido su espíritu.

Acaso el señor Pardo filosóficamente se resigna con la inestabilidad de las cosas humanas y dice lo mismo que el comentario callejero:

–Es la historia de estas pequeñas repúblicas sudamericanas, etc., etc.

Candidatura liberal

Es imposible negar que esta candidatura del señor Gerardo Balbuena es una candidatura liberal. Absolutamente imposible. El señor Balbuena abre su cartera a todas las solicitaciones de la cortesía y de la prodigalidad. Aquí estamos nosotros para afirmarlo. Un día el señor Balbuena nos regaló un reloj. Otro día el señor Balbuena nos mandó dulces y juguetes de navidad como a los niños. Acaba de abonar en la peluquería los servicios transitorios de nuestro barbero.

Y es que el señor Balbuena está en todas partes y en todas ellas es acucioso, servicial y amable. Indiscutiblemente el señor Balbuena ha nacido para ser candidato y para ser candidato a la diputación por Lima. Nosotros querríamos que lo fuese eternamente y en esto es probablemente en lo único que disentimos con él.

Ayer encontramos al señor Balbuena en la peluquería. Terminaban de acicalar el peinado del señor Balbuena. Y hubo entre él y nosotros, sin trastornar la labor de los barberos que nos pulían, una conversación breve e interesante.

Preguntamos nosotros:

–¿Por quiénes votará usted doctor en las elecciones?

Y nos respondió el doctor Balbuena:

–¡Por Miró Quesada y por mí mismo!

Tuvimos una sorpresa y nos incorporamos súbitamente en el sillón en que nos afeitaban:

–¿Votará usted por sí mismo, doctor?

Y el señor Balbuena razonó con la locuacidad perenne de su dialéctica:

–¡Evidente! ¡Facilitaré mi elección unánime! ¡Y por otra parte yo tengo que ser mi elector más entusiasta! ¡Si yo que les pido a mis ciudadanos sus votos no sostengo personalmente mi aspiración, soy un insensato! ¿Yo pienso que debe ser elegido diputado por Lima? ¡Pues contribuyo a mi elección con mi voto! ¡No hay más!

El señor Balbuena se había puesto ya de pie y se preparaba para salir de la peluquería. Nos hizo una despedida amistosa. Y silenciosamente dejó pagados los servicios del barbero que nos afeitaba. Sólo al marcharnos lo supimos. Y no nos asaltó sino una mortificación: la de no poderle dar las gracias al señor Balbuena.

Pero nos fue recomendada una solución eficacísima: la de darle las gracias por escrito y públicamente.

Así lo hacemos.

El señor Balbuena se empeña en cohecharnos cual si no estuviera muy seguro de nuestra adhesión.

Y nosotros protestamos.

Mas protestamos diciendo:

–¡No se puede negar que esta es una candidatura liberal! ¡Muy liberal!

(En *El Tiempo*: Lima, 10–V–1917)

VOCES

Hacia la meta

Va a promediar el mes de mayo. Nos acercamos velozmente a los días electorales. Y sentimos ya los anticipos de la emoción.

Se han callado los tiros. Se ha apagado el rumor de la jornada cívica. Se han atemperado los ademanes procaces.

Y el señor Balbuena grita en las esquinas:

–¡Nada de tragedia! ¡Nada de agresión! ¡Nada de injusticia!

Pasa de rato en rato un automóvil o un coche en gira propagandística. Oyense vítores agrios y fuertes. Vibra una palpitación democrática de la ciudad.

Mas enseguida todo se calla.

Tenemos la sensación de que corremos raudamente hacia las elecciones. Tenemos la sensación de viajar dentro del automóvil del señor Pardo, que parece siempre un automóvil en fuga. Tenemos la sensación del vértigo.

No es posible, pues, que haya ruidos y explosiones. Nos aturdimos sordamente. No podemos gritar porque la velocidad no nos lo consiente.

Miramos al sur de la ciudad y vemos al señor Jorge Prado que entra a las fábricas. Miramos al norte y vemos al señor Manuel Torres Balcázar que dirige una arenga a sus prosélitos. Miramos al oeste y vemos al señor Balbuena que se exhibe del brazo del señor Luis Pardo. Miramos al este y vemos al señor Miró Quesada que pasa en automóvil para sentir la fruición del pavimento restaurado.

Sentimos, luego, que estos cuatro candidatos empiezan a girar al rededor nuestro. Nos agarramos a una mesa para no caer al suelo mareados. Y nos tapamos luego los oídos para no volvernos locos con el vocerío de los hombres que nos afirman:

–¡Prado y Torres Balcázar!

–¡Balbuena y Miró Quesada!

–¡Torres Balcázar y Prado!

–¡Miró Quesada y Balbuena!

Nos reportamos.

Y son entonces las listas de los periódicos las que nos abruman.

Hay en las calles aseveraciones absolutas:

–¡La juventud está con Prado!

–¡La madurez está con Torres Balcázar!

–¡La ancianidad está también con Prado!

Y hay contradicciones:

–¡No es cierto! ¡No es la juventud la que está con Pardo! ¡Es la adolescencia! ¡No es tampoco la adolescencia! ¡Es la lactancia! ¡No es ni siquiera la lactancia! ¡La juventud es ésta! ¡La juventud es de Miró Quesada!

Nosotros nos preguntamos asombrados si en Lima los ciudadanos han resuelto hacer de la edad una frontera política. Y nos preguntamos si serán en este caso los jóvenes o los viejos los que apoyan al gobierno. O si serán los universitarios. O si serán los obreros de la asamblea de las sociedades unidas.

Es que los candidatos se empeñan en hacer afirmaciones definitivas sobre la adhesión de las distintas categorías de ciudadanos:

–¡Míos son los universitarios!

–¡Míos son los intelectuales!

–¡Míos son los periodistas!

–¡Míos son los católicos!

El señor Prado se viste de teniente para ser también dueño de la adhesión de los militares.

Y el señor Balbuena exclama entonces:

–¡Yo también soy militar! ¡También me he retratado con uniforme!

Se enorgullece el señor Prado:

–¡Usted no ha sido sino soldado! ¡Usted está bajo mis órdenes! ¡Yo soy su teniente!

El señor Balbuena se queda callado.

Y el señor Torres Balcázar se ríe con todo el estrépito tremendo de su socarronería:

–¡Si los militares no votan! ¡Hay que conquistar a los paisanos! ¡No hay que perder el tiempo!

El señor Balbuena piensa ensèguida como el señor Torres Balcázar y dice:

–¡Exacto! ¡No hay que ponerse uniforme militar! ¡Billinghurst se vistió de coronel una vez y a los pocos días lo derrocaron! ¡Y eso que era coronel!

Así, entre ironías y avisos en los periódicos, se pasan las horas. El reclamo moderno triunfa en nuestros sistemas democráticos. El cinematógrafo y la rotativa resultan dos elementos principales.

El mes sigue corriendo como un automóvil que llevase al señor Pardo a Miraflores o que trajese al señor Pardo de Miramar.

80, 100, 120 kilómetros por hora.

Miramos nuestro reloj y sentimos que ésta es la última madrugada de una semana álgida.

Mañana será domingo. Habremos entrado en la antesala de las elecciones, después de oír una misa. Nos asomaremos a la fecha de los sufragios.

Y sabremos tal vez quiénes serán con nosotros en el paraíso.

(En *El Tiempo*: Lima, 11–V–1917)

VOCES

Señor gerente

Este ilustre señor don José Carlos Bernales, que pasa en automóvil por las calles de la ciudad, piensa en el hambre del pueblo y le busca alivio.

No creamos que es sólo un gentleman buen mozo, un hombre de trascendentales especulaciones económicas, un caballero de limpios escarpines y donosa historia, un administrador solícito de todos los impuestos.

No.

Este ilustre señor don José Carlos Bernales es también un hombre de estado. Es un demócrata que se preocupa de los que no comen y de los que comen mal. Es un altruista que tiene desvelos generosos y eficaces.

Acaba de ponerse de pie sobre los recibos de las contribuciones para señalarle origen y hallarle remedio a la carestía de la vida.

Y le ha hecho una rectificación importantísima a los epígrafes de "El Tiempo" y a los epígrafes de toda la prensa:

–¡Esto no se llama la crisis de las subsistencias! ¡Esto se llama la carestía de la vida!

Toda la ciudad ha aplaudido entusiasmada:

–¡Claro!

Y si toda la ciudad no ha aplaudido, basta que haya aplaudido por ella el señor Balbuena:

–¡Evidente! ¡Acertado! ¡Indiscutible!

El señor Bernales ha descendido luego del segundo piso de su despacho, ha subido a su automóvil y ha pasado por el jirón de la Unión para escuchar las palpitaciones del regocijo público motivado por su carta.

No podía hablar en un reportaje el señor Bernales. El señor Bernales es hombre cauto y prudente que sabe cuán resbaladizos son los reportajes. Y además el señor Bernales es un profesional de las cartas sensacionales. Hizo una vez una carta a don Nicolás de Piérola. Y don Nicolás de Piérola

le contestó así:

–Mi señor don José Carlos...

Y el señor Bernales tuvo un sonoro éxito nacional.

Hoy el señor Bernales les ha dado a los periódicos oficialistas una carta destinada también a alcanzar todas las resonancias. Tal vez el señor García y Lastres, a quien va dirigida, le podría responder así al señor Bernales:

–Mi señor don José Carlos...

Pero parece que el señor Bernales se ha prevenido contra esta posibilidad. Le ha hablado de tú al señor García y Lastres. Le ha dicho familiarmente: Oye, Aurelio. Le ha tratado sin ceremonia.

El éxito será esta vez sólo de la carta del señor Bernales.

Y la carta del señor Bernales no encenderá disgusto ni en el gobierno ni en la oposición.

El señor Bernales ha contentado al gobierno dedicándole a él exclusivamente su carta y ha contentado a la oposición haciéndole reparos, reproches y atingencias al gobierno.

Más que gentleman, más que financista, más que senador por Lima, más que hombre de estado, más que demócrata, este ilustre señor don José Carlos Bernales es político.

Hace viaje en automóvil a la presidencia de la república.

Y es por eso que le hemos visto leerle a hurtadillas su carta a los hombres del gobierno.

Nos acercamos tímidamente para gozar de la gracia de oír la lectura de la esclarecida carta.

Y el señor Bernales interrumpió su lectura.

Nos tornamos a acercar sigilosamente a él para atisbar de soslayo su epístola.

Y el señor Bernales se la guardó en el bolsillo.

Tuvimos que pensar que no era un documento para todo el país, que era únicamente un documento para el gobierno, que era un documento tan reservado como un documento de la cancillería.

No era sino que el señor Bernales no quería roce, vecindad ni cercanía de hombres de la oposición en los momentos en que le hablaba al señor García y Lastres para darle consejos sobre la solución de ese asunto tan grave que nosotros llamamos la crisis de las subsistencias y que en verdad se llama la carestía de la vida.

No era más.

El señor Bernales sabe ser buen amigo del gobierno y buen amigo de la

oposición. A veces piensa con el gobierno y le hace entonces muchos mimos a la oposición. A veces piensa con la oposición y le hace entonces muchos mimos al gobierno.

Un ciudadano de tan grandes prestancias no debía estar indudablemente sólo en la gerencia de la Recaudadora. Debía estar en el Ministerio de Hacienda. O debía estar en la Presidencia de la República.

Pero en el Perú las cosas son muy anómalas y el señor Pardo no aceptaría seguramente una permuta inmediata con el señor Bernales para que el señor Bernales conjurase toda el hambre de este pueblo que grita y que padece.

Y es que si este ilustre señor don José Carlos fuese el Presidente de la República y el señor José Pardo gerente de la Recaudadora, acaso tendría que escribirle otra carta al señor Pardo para enseñarle el remedio de otra situación.

Otra carta que no saldría de la gerencia de la Recaudadora para ir al Palacio de Gobierno sino que saldría del Palacio de Gobierno para ir a la gerencia de la Recaudadora.

Y en la que el señor Bernales volvería a hablarle de tú al señor Pardo para evitar que el señor Pardo le respondiese:

–Mi señor don José Carlos...

(En *El Tiempo*: Lima, 12-V-1917)

VOCES

Viaje de salud

Hoy queremos tener el alma cortesana de los cronistas sociales. Hoy queremos sustraernos a la vibración de la política. Hoy queremos hacer un artículo muy comedido, muy afable, muy galante.

Se va el señor Payán.

Y no se va, por supuesto, en viaje de negocios. Se va en viaje de salud. Un gran hombre de negocios no puede viajar sino por razones de placer o de salud. Jamás por razones de negocios. Sería muy prosaico.

No maliciemos pues nada ni malo ni bueno de este viaje del señor Payán. No nos demos a pensar siquiera que es un viaje a Estados Unidos como el sonoro e infecundo viaje del señor Montero y Tirado. No abramos los ojos a las insinuaciones locuaces de la suspicacia nacional.

El señor Payán es un hombre venerable.

Volvamos los ojos al pasado y sabremos que el señor Payán fue un prócer de la libertad cubana. Y que el señor Payán fue, además de prócer, general. Y que el señor Payán aspiró en una ocasión a la Presidencia de la República de Cuba.

Pero el señor Payán no tenía vocación de político cubano. Tenía más bien vocación de político del Perú. En el Perú habría llegado fácilmente a la Presidencia de la República si no hubiese nacido en Cuba. Y en el Perú ha sido siempre uno de nuestros políticos principales, uno de nuestros políticos prominentes, uno de nuestros políticos sustantivos, pero al mismo tiempo un político único, excepcional, invulnerable. El primero de nuestros políticos. Político del oro y del papel bancario. Y, por ende, político civilista.

Tuvo en el Perú el señor Payán un empresario ilustre: el señor don Nicolás de Piérola.

Aseveró el señor don Nicolás de Piérola:

–¡Payán es un gran financista!

Y en el Perú no se discutía nunca una aseveración del señor don Nicolás de Piérola.

El señor Payán fue un gran financista. Hoy es un financista más grande todavía. Ya no tiene empresarios en el gobierno peruano. Ahora es empresario de gobiernos peruanos.

Profesor de energía, maestro de hacendistas, médula del Banco del Perú y Londres que tiene una casa de tres pisos en la calle de Melchormalo, sensorio de la economía nacional, sacerdote de todos los esoterismos del negocio y de la cifra, del oráculo de las cosas acontecederas; grande, complicado, fuerte y misterioso como el destino, el señor Payán tiene la arquitectura, la complejidad y la altitud de un rascacielos.

Es en una palabra un hombre de cincuenta pisos.

Y en él se concilian las ductilidades sabias de la goma elástica, buena para la llanta del automóvil y buena para el borrador Faber, con las fortalezas inquebrantables del cemento armado, bueno para todo lo que pretende ser impermeable y eterno.

Alzamos la cara para mirar al señor Payán y lo sentimos tan alto, tan alto, tan alto que no sabemos bien si es que nosotros somos muy chicos o si es que el señor Payán es muy grande.

Tiembla nuestro corazón medroso. Nuestra alma se vuelve cortesana como la de los cronistas sociales. Hacemos una genuflexión ante un automóvil muelle e insonoro que pasa por la calzada con paso blando, suave y silencioso.

Se va el señor Payán.

Las voces malignas de la suspicacia intentan enseñorearse en nuestra conciencia. Nos rodean con la fuerza de una tentación irresistible. Nosotros, débiles criaturas, nos dejamos poseer transitoriamente por la voluptuosidad del pecado mortal.

Y cerramos los ojos:

Vemos entonces al señor Payán vestido de americana, chico, burgués, cazurro, hecho un hombre vulgar, en las calles de Washington.

Y le vemos llamar a las puertas del capital yanqui para decirle que en el Perú se le aguarda para decirle que aquí hay una institución muy poderosa que se llama la Recaudadora y para decirle que la Empresa del Agua de Lima es un admirable campo de inversión de dinero.

Sentimos que la dialéctica persuasiva del señor Payán conmueve y sacude al capital yanqui.

Y oímos al señor Payán que se entusiasma y grita:

–¡El primer hombre del Perú es Pardo! ¡Y yo lo represento! ¡Yo he venido a nombre suyo!

Pero oímos entonces al capital yanqui que observa:

–También vino en nombre del señor Pardo el señor Montero y Tirado.

Y finalmente oímos al señor Payán que replica:

–¡Oh! ¡Montero y Tirado no era gerente del Banco del Perú y Londres! Yo soy el personero auténtico y único de Pardo! ¡Pardo es el primer hombre del Perú! ¡Pardo, el primero! ¡Y Bernales, el segundo!

Viéndole y oyéndole en Washington entre vías y rascacielos babelescos, el señor Payán no nos parece tan grande como en Lima.

Y entonces comprendemos que estamos en pecado mortal. Nos signamos con la señal de la santa cruz. Nos defendemos de la tentación con las dos manos. Abrimos los ojos. Tocamos con las manos la realidad. Sentimos que estamos en el Perú, que estamos en Lima, que estamos en el año 1917 y bajo la presidencia del señor Pardo.

Y volvemos a pensar que el señor Payán es muy grande y que nosotros somos muy chicos.

(En *El Tiempo*: Lima, 13–V–1917)

VOCES

No hay tratamientos

–Oye, mi querido Aurelio.

–Oye, mi querido José Carlos.

No usamos tratamientos para discutir este asunto que se llama la crisis de las subsistencias según los periódicos y la carestía de la vida según la carta notable del señor don José Carlos Bernales. Nos hablamos de tú familiarmente. Nos hablamos de tú como los ciudadanos de Atenas, como los ciudadanos de Roma y como los ciudadanos de la gran revolución francesa. Y nos hablamos de tú como les habla el Papa al señor Pardo y a todos los demás príncipes cristianos.

Te decía, Aurelio.

Me decías, José Carlos.

Hay que pensar que vamos a solucionar admirablemente la crisis de las subsistencias. Estamos debatiéndola en confianza y entre amigos. Tú y yo. Yo y tú. Mis ideas y tus ideas.

Nosotros, ingenuos periodistas, vivimos encantados.

Tenemos a un lado de la máquina de escribir la carta del señor don José Carlos Bernales y al otro lado la carta del señor don Aurelio García y Lastres. La carta del señor Bernales, columna y media. La carta del señor García y Lastres, veinte líneas. Pero las dos sin protocolo y sin ceremonia. Tú, tú, tuturutú.

Vienen a nuestra imprenta las gentes malévolas y suspicaces para decirnos:

–¡Miren ustedes! Estas cartas abiertas tienen mala suerte. Son largas, muy largas, interesantes, muy interesantes, hábiles, muy hábiles. Mas las contestan con cuatro palabras. El señor Ulloa le escribió en treinta pliegos al señor Manzanilla. Y el señor Manzanilla le contestó en medio pliego al señor Ulloa. Lo mismo ha ocurrido entre el señor Bernales y el señor García y Lastres.

Nos quedamos muy serios.

Y las gentes malévolas y suspicaces se van de nuestra imprenta repitiéndonos risueñamente:

–¡Estas cartas abiertas tienen muy mala suerte!

Volvemos a poner los ojos en las dos cartas.

Volvemos a pensar en su familiaridad.

Sentimos toda la influencia de la abolición de los tratamientos oficiales en la literatura epistolar. El tú se impone. El tú se abre paso. El tú se enseñorea en todas las cartas, abiertas y cerradas, íntimas y públicas.

Nos vuelven a hablar las gentes malévolas y suspicaces irrumpiendo otra vez en nuestra sala:

–¿Han leído ustedes la carta del señor García y Lastres? Es una carta humorística. Es una carta maliciosa. Es una carta socarrona. Léanla nuevamente y subráyenla.

Y después de tentarnos con su malignidad insidiosa, que pretende hacernos creer que el señor García y Lastres le ha contestado irónicamente al señor Bernales, se van de la imprenta las gentes malévolas y suspicaces que le hacen morisquetas innobles a nuestra conciencia.

Tornamos a estar solos.

Y releemos una y otra carta.

Nos quedamos pensativos sobre la carta del señor García y Lastres.

Y luego nos ponemos risueños.

El señor García y Lastres le dice al señor Bernales que tomará en cuenta sus ideas en cuanto estén de acuerdo con las suyas.

Admirable es el señor García y Lastres:

Ha descubierto un excelente e ingenioso sistema de tomar en cuenta las ideas ajenas. Piensa con los demás cuando los demás piensan con él. Y sostiene enseguida que piensa con los demás.

Ignoramos si el señor García y Lastres se ríe cuando escribe estas cosas tan serias. Ignoramos si resuelve en broma los problemas del país. Pero nos inclinamos a creer que así es. Aquí a nuestro lado se encuentra una prueba afirmativa. Los documentos económicos del señor García y Lastres parecen los documentos de un humorista.

–Tomaré en cuenta tus ideas en cuanto estén de acuerdo con las mías...

Así habla el señor García y Lastres.

Y como las ideas del señor Bernales no son las mismas del señor García y Lastres, es muy fácil para el señor García y Lastres decir que las tomará en cuenta a su manera.

Evidentemente esta cara cazurra y chica del señor García y Lastres es la cara de un hombre que se ríe por dentro.

Una cara que sólo se impacienta y se disgusta cuando le ponen delante el asunto del trigo y la situación de los trigueros.

Y es aquí donde puede estar la represalia del señor Bernales.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–V–1917)

VOCES

Semana febril

Estamos en una semana de conmociones, estremecimientos y sonoridades. Una semana de carreras en automóvil. Una semana de expectaciones angustiosas. Una semana de vibraciones populares. Una semana de actitudes cívicas. Una semana de locuacidades democráticas. Una semana de sandwichs criollos y "festiva cerveza".

Nos va a parecer seguramente a todos una semana vertiginosa. Muchos nos vamos a sentir mareados. Y todos vamos a ir de sorpresa en sorpresa, de estupefacción en estupefacción, de sacudida en sacudida y de aturdimiento en aturdimiento.

Una candidatura gobiernista ha subido anoche a un escenario teatral.

Y una candidatura independiente subirá esta noche al mismo escenario.

La propaganda electoral abandona los cinemas y se enseñorea en los teatros. Habla a las gentes vestida de americana o de jaquet. Y deja olvidados en la guardarropía a un lado la clámide y el coturno y a otro lado el traje de Arlequín.

El señor Miró Quesada supo que el señor Jorge Prado les iba a hablar a las gentes desde el tinglado del Teatro Municipal. Se acordó del grito de lucha lanzado por el señor Prado en el balcón de la Municipalidad, que es por antonomasia el balcón de la candidatura del alcalde. Y pensó que el teatro en que el señor Prado iba a reaparecer para hablarles a sus amigos y a sus electores era también un teatro Municipal.

Y gritó:

–¡El Teatro Municipal es mío! ¡Yo seré el primer candidato que hable desde su tinglado!

Empieza la semana con asambleas teatrales. Suben los candidatos a los escenarios. Los políticos se pasean entre bastidores. Y encuentran que este ambiente tiene familiaridades amables con sus espíritus.

Sólo el señor Torres Balcázar continua reacio a los cónclaves de cinema

y de teatro. Su alma rebelde no transige con los telones, con las candilejas ni con los decorados. Su palabra no quiere encierros ni limitaciones.

Y es por eso que el señor Torres Balcázar habla así:

–¡Yo soy un candidato de la calle! ¡Yo soy un candidato de barricada! ¡Yo soy un candidato de multitudes!

Oyendo estas frases se entusiasman los hombres de las jornadas cívicas.

Piensa la ciudad que la candidatura del señor Torres Balcázar se queda en las plazas públicas.

Insinúa el señor Balbuena con intención de sofista:

–Esa candidatura está a la intemperie. Y ya se siente mucho frío...

Pero le refuta el señor Torres Balcázar con un razonamiento contundente:

–¡Las elecciones no se hacen en los cinemas, Sr. Balbuena! ¡Las elecciones se hacen en las plazas públicas! ¡Yo las estoy esperando en su sitio! ¡Y todavía no encuentro campo para colocar a todos mis electores!

Sonríe el señor Balbuena:

–¡Perdón, señor Torres Balcázar! ¡Perdón!

Y la semana se hace intensa, emocionante, febril.

Clubes, victorias, automóviles, discursos, banderas, ciudadanos honestos y ciudadanos de alquiler, vítores, pisco, anuncios periodísticos, retratos, hojas sueltas.

Todas nuestras modalidades democráticas se desperezan y se renuevan. El progreso y el modernismo asoman su fisonomía en la eficacia del automóvil y del anuncio en los rotativos. La "victoria" cotizable que gobierna un auriga zambo y con bufanda, es casi un elemento simbólico del éxito electoral.

Y estamos tan cerca de las elecciones que sentimos ya su aliento de jornada cívica, tibio, capcioso y rudo.

Firmas, firmas, firmas

A partir de aquella hora galante de tandas vermouth y cocktailes en que la candidatura del señor Jorge Prado fue llevada al cabildo municipal en hombros de una multitud fervorosa, el espíritu del señor Pardo sufre profundas desazones.

Ese raudo automóvil que lleva al señor Pardo a través de la ciudad y a través de los campos corre indudablemente más a prisa desde esa hora.

Es ácido y malhumorado el gesto de los hombres de Palacio...

Y vuelve a sonar la aseveración que en los editoriales de los diarios gobiernistas ha sido siempre un himno a la honestidad de la administración presente:

–El gobierno tiene mucho dinero. La caja fiscal está llena de oro y de papel. Vivimos bajo las efusiones del cuerno de la abundancia. Nadamos entre superávit.

La aseveración se simplifica y se amplía en los labios de los hombres de Palacio.

–¡Tenemos mucho dinero! ¡Y sabemos que los problemas políticos piden soluciones económicas!

Y tanto se repite esta aseveración que el país quiere persuadirse de que el gobierno del señor Pardo es un gobierno de sabios hacendistas aunque no lo parezca.

Mientras la semana electoral se complica, se calienta y se conflagra, nosotros, y con nosotros la ciudad, volvemos los ojos de rato en rato al Palacio de Gobierno.

Sabemos que el señor Pardo tiene bajo su mirada nerviosa, fatigada e inquieta los papeles de la candidatura del señor Prado.

Y sabemos que sus labios repiten una firma, otra firma y otra firma con una entonación muy honda de desengaño.

Con el último aviso del señor Jorge Prado entre las manos, pronuncia el señor Pardo un nombre y otro nombre:

–¡El general Cáceres!

Y se calla.

–¡El general Canevaro!

Y se sonríe.

–¡El contralmirante Carbajal!

Y levanta una mano al cielo.

–¡Osores!

Y empieza a pasearse en su estancia insonora y sola.

Mas cuando el espíritu del señor Pardo se solivianta y se sale de quicio es cuando bajo sus ojos surgen las firmas de los obreros.

No concibe el señor Pardo que los obreros hagan cosa que a él pueda fastidiarle.

Y para el señor Pardo los obreros se condenan, se compendian y se resumen en los presidentes de las instituciones populares.

Después de cada explosión del sentimiento presidencial salen a las calles los hombres de Palacio y se echan a buscar a los obreros represen-

tativos:

–¡Que éste niegue su firma! ¡Que ése la borre! ¡Que aquél la desautorice!

Pero hasta los hombres de Palacio, excitados y espoleados por las nerviosidades del señor Pardo, sólo han conseguido una desautorización.

Verdad es que con ella en la mano se han subido a los campanarios de la ciudad para pregonarla.

Pero verdad es también que es solamente una, exclusivamente una, típicamente una, festivamente una.

Y verdad es así mismo que a punto en que esta negación sonó claudicante y medrosa en los labios mestizos y trémulos del hombre sojuzgado, sonó también el canto del gallo que apostrofó al apóstol de la negación bíblica.

Y que en èl umbral de su casa solariega este bizarro señor Jorge Prado que hizo proclamar su candidatura bajo los propios balcones del señor Pardo, se sacó del bolsillo un autógrafo para enseñárselo impreso en cien mil papeles a la ciudad y al Palacio de Gobierno.

La ciudad se ríe.

Tras los estores del Palacio de Gobierno muerden los labios sus imprecaciones.

Y el automóvil del señor Pardo pasa por la ciudad y fuga hacia el campo, más de prisa que nunca en pos de la visión sedante del mar.

(En *El Tiempo*: Lima, 15–V–1917)

VOCES

Vítores, vítores, vítores

El ombligo de las candidaturas independientes sigue en nuestro barrio. Y la simpatía con las candidaturas independientes sigue siendo para nosotros una cuestión de vecindad. Parados en nuestra puerta sabemos que a un lado nuestro está la candidatura del señor Torres Balcázar y a otro lado nuestro la candidatura del señor Jorge Prado.

Ayer volvió a sonar en nuestro barrio, en nuestra manzana, a un paso de nosotros, el grito electoral de los hombres independientes. Llegó hasta nuestra casa el eco de los discursos sonoros. Y nos callamos con una mano en una oreja para oír la voz de la vibrante dialéctica como nos callamos a veces para oír la voz de la opereta vienesa.

Un día fue el balcón municipal el plinto de la candidatura del señor Prado.

Otro día ha sido el escenario del Teatro Municipal el plinto de la misma candidatura bizarra.

El señor Prado ha querido siempre subir a los proscenios del señorío del alcalde para hablarle al pueblo con toda la autoridad arrogante de un burgomaestre.

Ha resonado en nuestra estancia el ruido de una ovación tremenda. Palmas, palmas, palmas. Vítores, vítores, vítores.

Nos hemos puesto de pie ante nuestra máquina de escribir y nos hemos preguntado:

–¿Esto es una jornada cívica?

Nosotros mismos hemos tenido que tranquilizarnos:

–¡Es una asamblea teatral!

Y, solicitados por la curiosidad y el entusiasmo, hemos dejado nuestra casa para entrar corriendo en el Teatro Municipal.

En el teatro Municipal nos han dicho:

–¡Entren, entren ustedes! ¡Aquí está toda la juventud! ¡Aquí está todo

Lima!

Y dentro del cónclave fervoroso y exaltado de hombres independientes nos hemos sentido también fervorosos y exaltados.

Ha vibrado la palabra del señor Pedro de Oliveira con entonaciones de reproche y de crítica para nuestra democracia y para nuestro gobierno.

Y ha vibrado la palabra del señor Jorge Prado con entonaciones de programa parlamentario y de credo político..

–¡Yo pienso que éstos son nuestros problemas económicos! ¡Yo pienso que aquéllos son nuestros problemas sociales! ¡Yo pienso que ésos son nuestros problemas militares!

El comentario ha sido uno solo.

Y más tarde toda esta muchedumbre de hombres importantes y de hombres modestos, de hombres viejos y de hombres jóvenes, de hombres grandes y de hombres chicos ha salido a la calle con el señor Prado en andas.

Hemos tenido que pegarnos a un portal para que esa muchedumbre no nos matase.

Y la candidatura del señor Prado, en hombros de la multitud como los toreros fenómenos, ha vuelto a ir hasta la Plaza de Armas para que el señor Pardo escuchase sus gritos y viese su desfile tras de los estores de un balcón de Palacio.

Ha salido del Teatro Municipal para afirmar en la Plaza de Armas con toda la fuerza de sus clamores:

–¡Esta es la reacción de los ciudadanos contra las imposiciones! ¡Esta es la reacción de los ciudadanos contra el desarme del ejército! ¡Esta es la reacción de los ciudadanos contra la política del Palacio de Gobierno!

Se ha agitado la ciudad intensamente como si un temblor la hubiera sacudido.

Y se ha conmovido el seismógrafo de la Sociedad Geográfica.

La semana de las emociones democráticas ha tenido una vibración violenta y pujante.

Los transeúntes han abierto calle al desfile del tumulto cívico y se han pegado a las paredes y a los portales para que el roce de los hombres tumultuosos no les contagiase su fiebre.

Y tras de las ventanas de Palacio se ha apagado una luz pensativa que brillaba como una pupila inquieta y enconada.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–V–1917)

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ALBERTO, rey de Bélgica: 330, 331.
ALZAMORA, Isaac: 236.
ARAMBURÚ, José Antonio: 36, 108, 151.
ARANA Y SANTA MARÍA, Carlos: 48.
ARENAS LOAYZA, Carlos: 319.
ARÍSTIDES: 118.
ASPÍLLAGA, Ántero: 306, 307.
BALBUENA, Gerardo: 16, 24, 25, 26, 37, 38, 39, 42, 49, 50, 54, 59, 60, 62, 74, 80, 108, 114, 115, 117, 118, 122, 126, 133, 134, 258, 261, 264, 286, 328, 329, 337, 341, 345, 346, 350, 354, 355, 358, 359, 360, 361, 367, 377, 378, 379, 381, 382, 383, 384, 386, 396.
BALCÁZAR, Carlos: 342.
BARREDA Y LAOS, Felipe: 185, 186, 196, 216, 217, 310.
BARRIOS, Manuel Camilo: 94, 101, 135, 198, 222, 262.
BARRIOS, señores: 245.
BASADRE, Eduardo C.: 56, 77, 360.
BAZÁN, Arnaldo: 253, 269, 270, 300.
BEDOYA, Augusto: 114. 151.
BELAÚNDE, Víctor Andrés: 81, 99, 106, 163, 164, 171, 216, 220, 261, 262, 265, 300.
BELMONTE, Juan: 372.
BENAVENTE, Jacinto: 4, 105.
BENDEZÚ, Juan C.: 184.
BENTÍN, Ricardo: 248, 280, 281, 285, 286, 293, 302, 303, 310.
BERNALES, José Carlos: 61, 62, 306, 386, 387, 388, 391, 392, 393, 394.
BETHMANN–HOLLWEG, Teobaldo von: 226.
BILLINGHURST, Guillermo: 5, 21, 108, 182, 270, 353, 385.
BOBADILLA, Emilio: v. Fray Candil
BOLÍVAR, Simón:: 83, 84.
BOLOGNESI, Francisco: 56.
BORDA, Carlos: 55, 77, 83, 84, 114, 133, 134, 168, 169, 175, 314.
BRIAND, Arístides: 226.
BUENAÑO, Pedro A.: 237, 251.
BUENO, Bruno: 58.
CABRERA, Ramón: 357.
CÁCERES, Andrés A.: 6, 51, 52, 56, 107, 108, 114, 139, 151, 248, 266, 397.
CANEVARO, César: 36, 47, 86, 151, 336, 397.
CARBAJAL, Manuel Melitón: 151.
CARBAJAL, Francisco de: 158, 397.
CARLOS, emperador de Austria y rey de Hungría: 187.
CARMONA, Nicanor: 108, 151, 205.
CASTAÑEDA, Fidel: 103, 104.
CERRO, Miguel F.: 116.
CONCHA, Carlos: 50, 74, 75, 92, 105, 204.
CORBACHO, Jorge: 147, 262.
CÓRDOVA, José María: 74, 76.
CORNEJO, Angel Gustavo: 205, 336.
CORNEJO, Mariano H.: 5, 73, 193, 194, 262.
COURRET, Eugene: 52.
CRIADO y TEJADA: Víctor L.: 20,70, 108, 151, 234.
CUADROS, Arturo: 103, 104.
CHANGANAQUÍ, Francisco de Paula.: 177, 178.
CHECA, Miguel A.: 115, 116, 206.
DAMOCLES: 4, 234.
DARÍO, Rubén: 76.
DAVID: 297.
DE LAS CASAS, Luis Felipe: 55, 83.
DEUSTUA, Alejandro O.: 336.
DÍAZ DE MENDOZA, Fernando: 185.
D'ONOFRIO: 248.
DUNSTAN, Guillermo O.: 185, 186, 206, 216, 217.
DURAND, Augusto: 21, 82, 248, 361, 378.
DURAND, Juan: 82, 109, 110, 119.
ECHECOPAR, Enrique: 31, 32, 68, 69, 72.
ECHEGARAY, José: 78, 185.
ECHENIQUE, Miguel: 95, 119, 135.
ELÉSPURU, Juan Norberto: 151.
ELGUERA, Federico: 315.
ESCARDÓ Y SALAZAR, Enrique: 131, 180.
ESCRIBENS CORREA, Eduardo: 342, 345,

360.
ESPINOZA, Ricardo A.: 116.
FRANCISCO JOSÉ, emperador de Austria–Hungría: 187.
FRAY CANDIL: 101.
FUCHS, Fernando: 18.
FUENTES, Hildebrando: 20, 55, 151.
GÁLVEZ, Cmdte.: 237.
GAMARRA, Abelardo: 11, 59, 81.
GAMARRA, Manuel Jesús: 314.
GAONA, Rodolfo: 53, 106, 108, 133, 146, 190, 206, 207.
GARCÍA, Rufino V.: 83, 84.
GARCÍA BEDOYA, José Manuel: 12, 80, 169, 290, 291.
GARCÍA IRIGOYEN, David: 135, 336.
GARCÍA Y LASTRES, Aurelio: 12, 40, 127, 149, 155, 214, 215, 220, 225, 281, 282, 284, 313, 366, 369, 370, 392, 393, 394.
GIANOLLI, Ernesto: 83.
GIDE, Charles: 169.
GOLIAT: 297.
GONZÁLEZ, César: 310, 311, 312.
GOYZUETA, Felipe: 52.
GRAU, Miguel: 255, 272, 276, 306.
GRAU, Rafael: 253, 255, 256, 266, 270, 271, 274, 300, 315, 333, 334, 373.
GUERRERO, María: 78, 105, 185.
GUESDE, Jules, 169.
GUEVARA, Víctor: 269.
GUTIÉRREZ GUERRA, José: 380.
GUTIÉRREZ, Teodomiro: V. Rumimaqui:
HERRERA, Gonzalo: 48.
HUAMÁN DE LOS HEROS, Benjamín: 340.
ITURRIZAGA, Carlos: 345.
IZCUE, José A. de: 73.
JESUCRISTO: 3, 4, 66, 72, 79, 106, 114, 116, 183, 220, 254, 268, 271, 306, 318.
JIMÉNEZ, Juan Ramón: 89.
JOB: 221.
JOFFRE, José: 77, 217.
JOSÉ: 3, 4, 190.
KIMMICH, I.: 347.
LA JARA Y URETA, José María de: 25, 38, 54, 80, 81, 99, 105, 106, 125, 126, 178, 328, 329, 345.
LANATTA, Eduardo: 8, 26, 83.
LANSING: 214, 226, 350.
LARCO HERRERA, Víctor: 364.
LARCO Y TORRES, Jesús: 342.
LÁZARO: 159.
LEGUÍA, Augusto B.: 5, 20, 29, 30, 45, 51, 52, 53, 54, 97, 98, 123, 149, 156, 161, 183, 300, 301, 309, 340, 353, 363, 364, 373, 374.
LEGUÍA, Roberto: 21, 364, 373.
LEHAR, Franz: 78.
LINCOLN, Abraham: 118.
LÓPEZ, Carlos: 340
LUGONES, Leopoldo: 146
LUNA, alcalde: 365.
LLOYD GEORGE, David: 226.
MAC ADOO: 127, 128, 214, 215, 225.
MAETERLINK, Mauricio: 228.
MÁLAGA SANTOLALLA, Fermín: 53.
MANZANILLA, José Matías: 5, 6, 24, 34, 35, 42, 49, 50, 55, 57, 63, 64, 65, 67, 68, 69, 73, 74, 136, 140, 141, 148, 155, 162, 168, 180, 183, 235, 236, 264, 310, 315, 392.
MARÍA: 3, 4, 71.
MARIÁTEGUI, Foción: 116.
MARTÍNEZ, Pedro Pablo: 82.
MAÚRTUA, Víctor M.: 71, 81.
MENÉNDEZ, Luis Julio: 95.
MENÉNDEZ, Julio J.: 120, 169.
MERCADO, Juan L.: 88.
MERINO REYNA, Amador: 253.
MEZA, Ladislao: 216.
MIRÓ QUESADA, Antonio: 46, 50, 136, 155.
MIRÓ QUESADA, Luis: 25, 37, 38, 54, 118, 126, 178, 262, 286, 328, 329, 337, 341, 345, 346, 354, 358, 359, 360, 361, 367, 370, 372, 382, 383, 384, 395.
MONGE, Cmdte.: 229, 231, 264.
MONROE, James: 128.
MONTERO RÍOS, Eugenio: 343.
MONTERO Y TIRADO, Manuel: 313, 389, 391.
MONTES, Ismael: 380.
MONTESINOS, Edmundo: 71.
MORÁN, Moisés: 179.
MORENO, Adrián: 290.
MÜLLER, Hermann: 214.

MUÑOZ, Ezequiel: 284.
MURATURE, José: 214, 226.
NEUHAUS, Rodolfo: 202, 203.
OECHSLE, A.F.: 336.
OLIVERA (cmdte): 189.
OLIVEIRA, Pedro de: 400.
OLLANTA: 259, 260, 347.
OSMA, Pedro de: 6.
OSORES, Arturo: 133, 139, 144, 151, 152, 248, 397.
OSTERLING, Emilio: 345.
PARDO, Enrique: 155, 156, 357.
PARDO, Felipe: 155, 156.
PARDO, José: 3, 4, 5, 6, 7, 11, 12, 13, 14, 15, 17, 22, 23, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 40, 41, 45, 46, 50, 51, 52, 57, 58, 60, 71, 72, 74, 75, 76, 77, 78, 80, 81, 82, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 98, 100, 101, 102, 105, 108, 109, 110, 11, 112, 113, 116, 121, 122, 123, 124, 129, 130, 131, 132, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 147, 148, 152, 155, 156, 171, 173, 174, 175, 176, 181, 182, 183, 186, 187, 188, 189, 192, 193, 194, 202, 203, 204, 208, 209, 210, 212, 213, 216, 217, 218, 219, 221, 225, 230, 245, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 263, 264, 269, 270, 271, 273, 274, 276, 277, 278, 281, 282, 283, 285, 286, 287, 288, 291, 293, 296, 301, 302, 303, 306, 307, 309, 311, 313, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 330, 331, 335, 337, 338, 340, 348, 351, 352, 353, 356, 362, 364, 365, 371, 372, 375, 376, 377, 378, 381, 388, 391, 392, 396, 397, 398.
PARDO, Juan: 136, 155, 156, 196, 306.
PARDO, Luis, 156, 383.
PARDO, Manuel: 75.
PASQUALE, Miguel A.: 89, 183, 184, 320.
PAYÁN, José: 389, 390, 391.
PAZ SOLDÁN, Enrique: 220, 287.
PAZ SOLDÁN, Luis Felipe: 345.
PEÑA MURRIETA, Rodrigo: 123, 180, 196.
PÉREZ, Heráclides: 92, 101, 105, 137, 140, 145, 186, 187, 331, 332, 348.
PÉREZ, Manuel Bernardino: 36, 47, 48, 80, 102, 103, 105, 120, 123, 133, 306, 318.
PÉREZ PALACIOS, Arturo: 38, 115, 133, 319, 329, 346.
PEROCHENA, Víctor Aníbal: 164.
PIÉROLA, Nicolás de: 389, 390.
PINZÁS, Teobaldo J.: 266, 300.
PIZARRO, José M.: 151
PRADO Y UGARTECHE, Javier: 38, 59, 60, 74, 131, 133, 183, 272, 273, 279, 283, 288, 290, 326, 327, 356, 377, 378.
PRADO Y UGARTECHE, Jorge: 24, 37, 38, 60, 71, 79, 96, 100, 101, 124, 136, 139, 173, 174, 266, 346, 348, 349, 354, 355, 358, 359, 360, 361, 367, 371, 372, 383, 384, 395, 396, 397, 398, 399, 400.
PRADO Y UGARTECHE, Manuel: 38.
PRADO Y UGARTECHE, Victoriano: 38.
PUENTE, Benjamín: 12, 13, 40, 41, 69, 70, 76, 77, 78, 82, 169, 233, 238, 242, 249, 256, 263, 264, 276, 281, 282, 284, 316, 317, 321, 335.
QUÍMPER, Manuel: 56, 59, 60, 61, 77, 114, 115, 133, 206, 207, 360.
REÁTEGUI, Ulises: 150,
RÍOS, Juan: 66.
RIVA AGÜERO, Enrique de la: 149, 155, 169, 226, 281, 284, 291, 304, 318, 321, 330, 331, 337, 338.
RIVA AGÜERO, José de la: 12, 25, 38, 54, 60, 88, 89, 90, 99, 101, 102, 105, 106, 124, 125, 148, 149, 158, 161, 162, 173, 178, 206, 225, 265, 266, 305, 328, 329, 335, 345, 355.
RIVERA, Juan: 160.
RIVERO, Francisco: 124.
RIZO PATRÓN, Antenor: 265, 266.
ROBLES, Daniel Alomía: 259, 266, 347.
ROJAS, Eleodoro: 22.
ROJAS LOAYZA, Pedro: 340.
ROMANONES, Alvaro de Figueroa y Torres, Conde de: 343.
RUIZ BRAVO, Pedro: 77.
RUMIMAQUI: 171, 172, 228, 347, 348, 350, 380.
SALAVERRY, Carlos Augusto: 181.
SALAZAR Y OYARZÁBAL, Juan de Dios: 63, 67, 68, 69, 77.
SALINAS Y COSSÍO, Guillermo: 178, 196, 265, 266.

SALOMÓN, Óscar Víctor: 53, 80, 340.
SAN GREGORIO: 10, 11.
SAN HUGÓN, Obispo: 10, 11.
SAN JULIÁN: 247.
SAN LETARDO: 247.
SAN MARTÍN, José de: 124.
SAN PEDRO: 321.
SAN PRIMITIVO: 247.
SANTA GERTRUDIS: 10, 11.
SARMIENTO, Fernando: 78.
SAYÁN Y PALACIOS, Emilio: 119, 177, 178, 196, 266, 300.
SCHREIBER, Germán: 95, 119, 135.
SECADA, Alberto: 16, 42, 43, 56, 57, 59, 60, 61, 65, 109, 110, 113, 134, 152, 153, 154, 165, 166, 167, 174, 179, 180, 218, 249, 306, 318, 319, 320.
SILVA SANTISTEBAN, Gonzalo: 7, 8, 9, 25, 26, 71, 83.
SLAMBAT: 169.
SOLAR, Amador F. del: 24, 32, 35, 36, 46, 47, 50, 74, 92, 149, 155.
SOLF Y MURO, Alfredo: 356, 357.
SOMBART, Werner: 169.
SOSA, Mario: 12, 83, 284.
SUCRE, Antonio José de: 74.
SÚMMAC TICA: 347.
TÁNTALO: 331.
TELLO, Julio C.: 259, 260, 262, 266.
THEBES, Madame de: 48.
TIRPITZ, Alfred von: 229.
TORRES BALCÁZAR, Juan Manuel: 16, 25, 33, 38, 54, 56, 77, 113, 115, 118, 125, 126, 169, 179, 180, 210, 216, 248, 249, 250, 261, 264, 286, 287, 327, 328, 329, 337, 341, 342, 345, 346, 354, 355, 358, 359, 360, 361, 367, 383, 384, 395, 396, 399.
TUDELA Y VARELA, Francisco: 5, 46, 47, 50, 55, 80, 148, 155.
UGARTE, Augusto: 300.
UGARTE, Manuel: 128, 312.
ULLOA CISNEROS, Alberto: 63, 64, 66, 67, 68, 69, 179, 180, 236, 392.
URBINA, Manuel Jesús: 318.
URQUIETA, Mariano Lino: 171, 197, 198, 216, 222, 223, 245, 246, 262.
VALDIVIESO, (comdte.): 229, 231, 264.
VALENCIA, Tórtola: 51, 59, 180.
VALERA, Enrique: 7, 9, 12, 40, 60, 284, 326, 327
VARELA Y ORBEGOSO, José: 55.
VARELA Y ORBEGOSO, Luis: 314.
VARGAS, Nemesio: 111.
VELEZMORO, Neptalí: 33, 61.
VERNE, Julio: 27, 28.
VIDAURRE, Pedro N.: 290.
VILLAESPESA, Francisco: 89, 106.
VILLAGARCÍA, Adolfo: 55.
VILLARAN, Luis Felipe: 55, 83, 84, 149, 150.
VILLARAN, Manuel Vicente: 5, 6, 44, 45, 80, 84, 92, 95, 155, 262, 310, 311, 312, 313.
VILLARREAL, Federico: 204, 205.
WIESSE, Carlos: 111.
WILSON, Woodrow: 128, 214, 323, 331, 350.
YSIGALA: 60
ZAPATA, Ernesto: 119, 123.
ZAPATA, José Ramón: 36, 63.

ÍNDICE

	Págs.
Nota Editorial	VII

VOCES

Pesadilla	3
Editor responsable	4
La opinión amiga	6
Un día más	10
Camino adelante	11
Cuarto menguante	14
Insomnio	18
En la trastienda	19
El looping the loop	22
Con el reloj en la mano	24
Trance cotidiano	25
Yate nuevo	27
La miel en los labios	29
Minuto álgido	31
Coloquios y menús	32
Sesiones extraordinarias	34
Encasillado	35
Cancha libre	37
Parlamentarismo	40
Monotonía	42

Silencio 44
Cónclave tremendo 46
Conquista segura 47
Clausura 49
Aventura extraña 51
Glosa callejera 53
Más candidaturas 55
Oratoria festiva 56
Consagración 57
Día de fiestas 59
Partido flamante 61
Correo emocionante 63
Cónclave chico 65
Lasitud 66
La última carta 68
Maniobras 69
Redobles y jaculatorias 71
Un día más 73
Guardia Republicana 74
Marcha triunfal 76
Antes del preludio 78
Rápido y directo 80
Al partir de un confite 82
Sobresalientes 83
Tras de la puerta 85
Humorismo 86
¡Para hoy! ¡Para mañana! 88
¡Ya! 91
A la luz del día 93
Cónclave inquietante 94
El comentario 97
El alboroto 99
Buenos y sanos 101
Celos 102
En la primera fila 105
¡Tralalá! 107
Testigo importante 109
El cuento de ahora 111

Árbol de Navidad 113
Las haciendas 115
Mala noticia 117
Cónclave cotidiano 119
Desvío 121
Inocentes 122
Abanicos 125
Washington–Lima 127
Nochebuena 129
El primer día 131
Besamanos 132
Mirando a la trastienda 134
Apogeo 136
Malestar 138
Otra prórroga 140
Frente a la Villa Gaby 142
De la noche del sábado 144
Eclipse 146
El favorito 148
Cancha libre 149
Solidaridad 151
Un desmentido 155
Viaje triste 157
Las listas finales 159
Carta de Chorrillos 161
Adiós 162
La pesca cristiana 165
De vacaciones 168
Grimas y zozobras 170
La playa de los amores 173
A media noche 175
Huacho realista 177
La minoría, mayoría 179
El porvenir 181
Odisea triste 183
Justa de leyenda 185
Mensaje real 186
Villa nueva 188

Madrugada trágica 190
Senador nacional 193
El encasillado 195
Mensaje tremendo 197
A media noche 199
Lógica criolla 202
Crónica palatina 204
Política y caballos 206
Hora intranquila 208
Nervios malos 210
Susto grande 212
Frente al conflicto 214
Las avanzadas 216
El balneario y el camino 218
La ciudad alegre 220
Escribe el doctor Urquieta 222
Verano político 224
El croquis cotidiano 226
Estremecimiento 228
Todavía 231
Consejo de guerra 233
Lejos de la política 235
Trance amargo 237
Quincuagésima 239
Sobrevivientes 241
Sueños pesados 243
El ariete 245
Día grande 247
Candidatura de estación 248
El cumpleaños 251
La intrusa 253
Malandanzas 255
En la cuaresma 257
La cara al pasado 259
Adjetivos 261
Sin novedad 263
Vox clamantis 265
Ayer 267

Minuto trágico 269
Vigilia fúnebre 271
La cátedra nueva 272
Miramos el reloj 274
Atriciones 276
La ciudad indolente 278
Viaje sonoro 280
Cuestión de plata 281
La fuerza del mal 283
Oyendo a las gentes 285
Optimismo 286
El porvenir dirá 288
Vengan manifiestos 290
Algidez 292
No pasa nada 294
A puerta cerrada 296
Camino llano 298
El mapa del Perú 300
El viajero 302
Un día y otro 304
Oración y bizcocho 306
Nuevos tiros 308
Pasajeros 310
El viajero inminente 312
La casa cerrada 314
Alegría 316
Hacia el recogimiento 318
Místico 320
Ruido de campanas 322
Papel impreso 324
Año escolar 326
Cuaresma política 328
Somos neutrales 330
Memorias 331
Capilla fúnebre 333
Llaman a la puerta 335
Todo igual 337
Gracia perdida 339

Nombres y apellidos 341
La ciudad se agita 343
Cancha grande 345
Minuto solemne 347
Amanece 348
Aire libre 350
Visita 352
En el atrenzo 354
Entre telones 356
Trance democrático 358
Ayer 359
Mayo nacional 361
La voz de Leguía 363
Rueda de molino 365
Camino llano 367
Voto de censura 369
Ovación y vuelta al ruedo 371
La frase ilustre 373
Pista liviana 375
Gobierno liberal 377
Olor de pólvora 380
Candidatura liberal 381
Hacia la meta 383
Señor gerente 386
Viaje de salud 389
No hay tratamientos 392
Semana febril 395
Firmas, firmas, firmas 396
Vítores, vítores, vítores 399

ÍNDICE ONOMÁSTICO 401

3 9001 03133 5345

Este Tomo 5 de ESCRITOS JUVENILES (Voces II) de José Carlos Mariátegui se terminó de imprimir el 16 de diciembre de 1992, por encargo de la Empresa Editora Amauta S.A., en los talleres de la Editorial Gráfica Labor S.A., sita en la Calle Uno Nº 146, Ate, Distrito de Vitarte, Lima, con Registro Industrial Nº 5–14457–G.

La corrección de pruebas estuvo a cargo de Jorge Rosales Hinojosa.

La carátula fue diseñada por Carlos González.